

Jorge Amado

Tienda de los Milagros

Traducido del portugués por Marcos Mayer

Alianza Editorial

Título original: *Tenda dos milagres*

Reservados todos los derechos. EL contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© *Herederos de Jorge Amado, 1969, 1987*
© *de la traducción: Marcos Mayer / Emecé Editores, 2008*
© *Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2009*
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888
www.alianzaeditorial. Es
ISBN: 978-84-206-8576-2
Depósito legal: M. 40.696-2009
Fotocomposición EFCA, S. A.
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Zélia, la rosa y la brujería

Mientras escribía este libro, recordé muchas veces al fallecido profesor MARTINIANO ELISEU DO BONFIM, AJIMUDA, sabio *babalaô* y amigo mío, por lo cual quiero dejar aquí constancia de su nombre, al lado de los nombres de DULCE y MIÉCIO TÁTI, de NAIR y GENARO DE CARVALHO, DE WALDELOIR REGO y de EMANOEL ARAÚJO, *axé*

«Así eres, mi Bahía.
Esto sucede en tu burgo.»

GREGÓRIO DE MATOS

«Brasil posee dos verdaderas riquezas: la fertilidad de su suelo y el talento del mestizo.»

MANUEL QUERINO

(El colono negro como factor de la civilización brasileña)

«Les queda, pues, un recurso muy de moda: adecuarlo a otra imagen. [...] Construirán un inmenso robot, dócil e institucionalizado. Un aparato moderno integrado en el sistema, en el que está agonizando o en el que vendrá. Parecido a GM, pero por cierto más bello y mejor adaptado. Y lo distribuirán por las escuelas primarias, secundarias y superiores, por las librerías y los puestos de diarios. Con la fuerza de la comunicación generada en los cursos de las facultades y en las agencias de publicidad, lo difundirán entre gentes de todas las edades, del niño al anciano, y lo establecerán con la eficiencia de su modesta verdad [...], como cualquier mercancía industrial.»

«Esos letrados deberían postular como verdad que el Poeta prefirió no ser justo ni injusto, importante o anónimo, que no se retiró al santuario del eremita ni se permitió un refugio en el campo, por el cual antes había sentido nostalgia. GM no se entregó a la abstinencia de la acción ni a la paz de la contemplación sin compromiso. Practicó, más de lo habitual, la vida que le enseñó su poesía, el amor y la libertad del hombre.

»Esta imagen se reproduce aquí en toda su pureza, o su impureza, si lo preferís así.»

JAMES AMADO

(La foto prohibida hace 300 años. Notas al margen de la edición de las Obras completas de Gregorio de Matos.)

«Oscuro, paisano y pobre, con aires de sabiondo e ingenioso.»

(De un informe policial sobre Pedro Archanjo, en 1926.)

«*laba* es una diablesa sin cola.»

CARYBÉ

(*laba*, guión para un film).

En el amplio territorio del Pelourinho, hombres y mujeres enseñan y estudian. Universidad vasta y variada, se extiende y ramifica en el Tabuão, en las Portas do Carmo y en Santo Antonio Além-do-Carmo, en la Baixa dos Sapateiros, en los mercados, en el Maciel, en la Lapinha, en el Largo da Sé, en el Tororó, en la Barroquinha, en las Sete Portas y en Rio Vermelho, en todo lugar donde hombres y mujeres trabajen los metales y las maderas, utilicen hierbas y raíces, mezclen ritmos, pasos de danza y sangres; en la mezcla han creado un color y un sonido, imagen nueva, original. Aquí resuenan los *atabaques*, los *berimbaus*, los *ganzás*, los *agogôs*, las panderetas, los adufes, los *caxixis*, las *cabaças*: instrumentos pobres y, sin embargo, tan ricos en ritmo y melodía. En ese territorio popular nacieron la música y la danza:

*Camaradinho é
Camaradinho, camará.*

Al lado de la iglesia de Rosário dos Prêtos, en un primer piso con cinco ventanas abiertas sobre el Largo do Pelourinho, había instalado el maestro Budião su Escola de Capoeira Angola: los alumnos llegaban al final de la tarde y a las primeras horas de la noche, cansados del trabajo del día pero dispuestos a divertirse. Los *berimbaus* ordenan los golpes, variados y terribles: *meia-lua*, *rasteira*, *cabeçada*, *rabo-de-arraia*, *aú com rolê*, *aú*

*de cambaleão, açoite, bananeira, galopante, martelo, escorão, chibata armada, cutilada, boca de siri, boca de calça, chapa-de-frente, chapa-de-espaldas y cha-pa-pé*¹. Los muchachos juegan al son de los *berimbaus* en la loca geografía de los golpes rítmicos: São Bento Grande, São Bento Pequeno, Santa Maria, Cavalaria, Amazonas, Angola, Angola Dobrada, Angola Pequena, Apanhe a Laranja no Chão Tico Tico, lúna, Samongo y Cinto Salomão; y hay más, compañeros, vaya si lo hay: aquí en este territorio la *capoeira* angoleza se enriqueció y transformó, y, sin dejar de ser lucha, se volvió ballet.

La agilidad del maestro Budião es inaudita ¿existirá algún otro tipo tan diestro, ligero e imprevisible? Salta hacia los costados y para atrás; jamás adversario alguno logrará tocarlo. En el recinto de la Escola demostraron valor, habilidad y todo su saber los grandes maestros: Querido-de-Deus, Saveirista, Chico da Barra, Antonio Maré, Zacaria Grande, Piroca Peixoto, Sete Mortes, Bigode de Seda, Pacífico do Rio Vermelho, Bom Cabelo, Vicente Pastinha, Doze Homens, Tiburcinho de Jaguaribe, Chico Me Dá, Nô da Empresa y Barroquinha².

Niño, ¿quién fue tu maestro?

1 Una traducción aproximada de los nombres dados a cada uno de los golpes de la *capoeira*: media luna, arrastrado, cabezazo, cola de raya, golpe con giro, azote, bananero, galopante, martillo, puntapié en el estómago, rebenque armado, cuchillazo, boca de cangrejo, boca de pantalón, golpe de frente, golpe de espaldas, golpe de pie. [N. del T.]

2 Como ocurre con muchos personajes del libro (comenzando por el protagonista, Pedro Archanjo, arcángel), el nombre de casi cada uno de estos luchadores tiene un significado. Como ejemplo, algunos: Querido de Dios, Antonio Marea, Verga Peixoto, Siete Muertes, Bigote de Seda, Buen Cabello, Vicente Flequillo, Doce Hombres. [N. del T.]

*Mi maestro fue Barroquinha
Cuando aún barba no tenía
Acuchillaba a los policías
Y el pueblo lo trataba bien.*

Un día llegaron los coreógrafos y se toparon con los pasos de ballet. Llegaron los compositores de todos los ritmos, los honestos y los plagiadores, y para todos hubo de sobra, ¿no es así? Aquí, en el territorio del Pelourinho, en esta universidad libre, nace el arte de lo que crea el pueblo. Con el correr de la noche, los alumnos cantan:

*Ay ay, Aidê.
fuego bonito quiero aprender
Ay, ay, Aidê.*

En cada casa, en cada tienda, en cada taller, hay profesores. En el mismo sitio de la Escola de Budião, en un patio interior, ensayó y se preparó para el desfile el *Afoxé* de los Filhos da Bahía y tiene allí su sede el *Terno da Sereia*, bajo la dirección del joven Valdeloír, un verdadero experto en músicas pastoriles y de carnaval; sobre *capoeira* lo sabe todo, y hasta le agregó golpes y toques cuando abrió su propia escuela en el Tororó. En el patio grande ocupa también su lugar el samba *de roda*, los sábados y domingos, y allí se exhibe el negro Ajaiy, rival de Lídio Corró en el puesto de embajador del *afoxé*, pero único y absoluto dominador en la ronda de samba, su principal ritmador, su mayor coreógrafo.

Son varios los ilustradores de milagros que los pintan con óleo, con tintas de agua y cola, con lápices de colores. Quien le haya hecho una promesa a Nuestro Señor del Bonfim, a Nuestra Señora de las Candelas, a

cualquier otro santo, y haya sido atendido, merecido la gracia o un beneficio, llega hasta las tiendas de los ilustradores de milagros para encomendarles un cuadro, que será colgado en la iglesia como agradecido pago. Esos pintores primitivos se llaman João Duarte da Silva, maestro Licídio Lopes, maestro Queiroz, Agripiniano Barros, Raimundo Fraga. El maestro Licídio también hace grabados en madera, tapas para las colecciones de literatura de cordel.

Trovadores, guitarristas, improvisadores, autores de pequeñas ediciones, compuestas e impresas en el taller del maestro Lídio Corró y en otros pobres locales, venden en el territorio libre el romance y la poesía a cincuenta *reís* y a un *tostão*.

Son poetas, redactores de panfletos, cronistas, fabulistas. Informan y comentan la vida de la ciudad, poniendo en rimas cada hecho acontecido y cada historia inventada; unas y otras asombrosas: *LA DONCELLA DEL BARBALHO QUE SE METIÓ UNA BANANA O LA PRINCESA MARICRUZ Y EL CABALLERO DEL AIRE*. Protestan y critican, enseñan y divierten, de tanto en tanto producen algún verso sorprendente.

En la tienda de Agnaldo, las maderas nobles —el jacarandá, el *pau-brasil*, el *vinhatico*, la *peroba*, el *putumuju*, la *massaranduba*— se transforman en oxés de Xangô, en Oxuns, en Yemanjás, en figuras de caboclos, Rompe-Mundo, Tres Estrellas, Siete Espadas, las espadas fulgurantes en sus poderosas manos. Poderosa es la mano de Agnaldo: cuando ya estaba desfalleciendo su corazón condenado por el mal de Chagas (en ese momento la dolencia fatal ni siquiera tenía un nombre, era simplemente una muerte lenta y segura), las manos infatigables creaban *orixás* y caboclos que poseían un misterio que todo el mundo ignora, como si Agnaldo, tan próximo a la muerte, les transmitiese un soplo inmortal

de vida. Son personajes inquietantes, que recuerdan al mismo tiempo a seres legendarios y a personas conocidas. En cierta ocasión, un *pai de santo* de Marogogipe le encargó un enorme Oxóssi, para lo cual le llevó un tronco de *jaqueira*: fue preciso reunir a seis hombres para poder transportarlo. Ya golpeado por la enfermedad, fatigado, Agnaldo sonrió al ver el árbol: le producía placer trabajar con semejante tronco, tan descomunal. Extrajo de la madera un desmedido y encantado Oxóssi, el gran cazador, pero no con su arco y flecha sino armado con una carabina. Era un Oxóssi diferente: seguía siendo sin duda aquel mismo rey de Ketu y dueño del bosque, pero se parecía a Lucas da Feira, el bandido del *sertão* o *cangaçeiro*, a Besouro Cordão de Ouro:

Besouro, antes de morir

Abrió la boca y habló:

Hijo mío, no te rindas,

Que tu padre nunca se rindió.

Así vio Agnaldo a Oxóssi y así lo realizó: con sombrero de cuero, pechera y carabina y en la banda del sombrero la estrella del *cangaço*. El *babalorixá* lo rechazó, era una imagen profana: Oxóssi permaneció en la tienda unos cuantos meses hasta que un día pasó por allí un viajero francés y enseguida después de verlo ofreció por él una buena suma. Según dicen, fue a parar a un museo de París. Se dicen muchas cosas en el territorio libre.

En las manos de Mário Proença, un ciudadano delgado, mulato casi blanco, las hojas de hojalata, el cinc, el cobre, son espadas de Ogum, abanicos de Yemanjá, *abebés* de Oxun, *paxorôs* de Oxalá.

La insignia de su local es una enorme Yemanjá de cobre: la «Tienda da Mãe-D'agua».

El maestro Manu, sucio, feo y *cafuringa*, de palabras exactas y de naturaleza exigente, forja en su horno el tridente de Exu, los múltiples hierros de Ogun, el tenso arco de Oxóssi, la cobra de Oxumarê. En el fuego y en las manos violentas de Manu nacen los *orixás* con sus emblemas. De las manos creadoras de esos iletrados nace la escultura.

Instalado en las Portas do Carmo, el maestro Didi trabaja con las cuentas, las pajas, las colas de caballo, los cueros: va creando y recreando *ebiris*, *aidés*, *eruxins* y *erukerês*, *xaxarás de Omolu*. Su vecino es Deodoro, mulato de estridente carcajada, especialista en *atabaques*, de todos los tipos y naciones: *nagô* y *gêge*, angola y congo, y en *ilus* de la nación *ijexá*. Fabrica también *agbés* y *xeres*, pero los mejores *agogôs* son los de Manu.

En la Rua do Liceu, junto a una puerta de conversación alegre y franca, el santero Miguel realiza y encarna ángeles, arcángeles y santos. Santos católicos, devoción de iglesia, la Virgen de la Concepción y San Antonio de Lisboa, el arcángel Gabriel y el Niño Dios. ¿Cuál es entonces el parentesco que los liga tan íntimamente a los *orixás* del maestro Agnaldo? Hay entre esos elegidos del Vaticano y esos marginales y caboclos de *terreiro* un rasgo común: sangres mezcladas. El Oxóssi de Agnaldo es un *jagunço* del *sertão*. ¿No lo será también el San Jorge del santero? Su casco parece más un sombrero de cuero, y el dragón tiene algo de yacaré y de la *caa-pora* de *reisado*.

Cada tanto, y cuando le sobra tiempo y le palpita el corazón, Miguel esculpe, para su propio placer, una negra desnuda, en la plenitud de su timidez, y se la

ofrece a un amigo. En una de ellas apareció sin buscarlo el retrato de la negra Dorotéia: los senos altos, el trasero indómito, el vientre en flor y los pies redondos. ¿Quién la merecería sino Archanjo? Sin embargo, no logró hacer a Rosa de Oxalá, no pudo «atrapar su arrogancia», como decía.

Los plateros trabajan los metales nobles: la plata y el cobre se revisten de una sobria belleza en frutas, peces, higas y *balangandans*. En la Sé y en la Baixa dos Sapateiros tocan el oro, y helo aquí transformado en collares y pulseras. El más famoso de los plateros fue Lúcio Reis: el padre, experto lusitano, le enseñó el oficio pero él despreció las filigranas por los cajús, los ananás, las pitangas, las pifias, las higas de todos los tamaños. De su madre, la negra Predileta, heredó el gusto por inventar, y fue así que inventó aretes, broches, anillos que hoy valen fortunas entre los anticuarios.

En las barracas que venden hierbas, los *obis* y los *orobôs*, las semillas mágicas de los rituales, se suman a la medicina. Doña Adelaida Tostes, peleadora, boca sucia y devota de la cachaza, conoce cada semilla y cada hoja, su fuerza de *ebó* y su antídoto. Conoce las raíces, las cortezas de la madera, sabe de plantas y de hierbas y de sus cualidades curativas: *aluma* para el hígado, hierba *cidreira* para calmar los nervios, *tiririca de babado* para la resaca, *quebra pedra* para los riñones, hierba santa para el dolor de estómago, hierba barba de buey para levantar el miembro y el ánimo. Doña Filomena es otro gran personaje: si se lo piden y le pagan, reza y protege el cuerpo del cliente contra el mal de ojo y cura positivamente el catarro crónico, el mal de pecho con cierto mejunje de epazote, miel, leche y limón y no se sabe qué más. No hay tos, por más convulsa que sea, que resista el preparado. Un médico aprendió de

ella una receta para lavar la sangre, se mudó a São Paulo e hizo una fortuna curando la sífilis.

En la Tienda de los Milagros, Ladeira do Tabuão 60, se encuentra el rectorado de esa universidad popular. Allí trabaja el maestro Lídio Corró, ilustrando milagros, agitando sombras chinas, tallando toscos grabados en la madera; allí se halla Pedro Archanjo, ¿tal vez el rector de la universidad del Pelourinho? Encorvados sobre viejos tipos gastados y sobre la caprichosa imprenta, en el taller descuidado y paupérrimo, componen e imprimen un libro sobre el vivir bahiano.

Allí muy cerca, en el *Terreiro* de Jesús, se levanta la Facultad de Medicina, y allí también se enseña a curar dolencias y a atender enfermos. Además de otras materias: de la retórica al soneto, además de algunas sospechosas teorías.

DE CÓMO AL POETA FAUSTO PENA, BACHILLER EN CIENCIAS SOCIALES, LE FUE ENCARGADA UNA INVESTIGACIÓN Y DE CÓMO LA LLEVÓ A CABO

Encontrarán los lectores en las páginas que siguen el resultado de mi investigación acerca de la vida y la obra de Pedro Archanjo. Este trabajo me fue encargado por el gran James D. Levenson, y fue pagado en dólares.

Se imponen algunas aclaraciones preliminares, pues este asunto resultó, desde el principio hasta el fin, un juego de equívocos insensato y un tanto absurdo. Al revisar mis notas, no puedo disimular las conclusiones que se sacan de ellas: en muchos aspectos, persisten el sinsentido y el disparate, todo permanece confuso y oscuro a pesar de mis esfuerzos, reales e ingentes, me crean o no.

Al hablar de dudas e inseguridades, de imprecisiones y mentiras, no me refiero sólo a la vida del maestro bahiano sino al conjunto de acontecimientos que rodearon su existencia en toda su complejidad: desde los hechos del pasado distante hasta los sucesos más recientes con la sensacional entrevista de Levenson, desde la inaudita borrachera en los festejos por sus cincuenta años hasta la noche de las solemnes ceremonias del centenario. En lo que se refiere a la reconstrucción de la vida de Pedro Archanjo, no fue eso lo que me propuse ni lo que exigió el sabio de la Columbia, cuyo interés se reducía a los métodos de investigación y de estudio y a las condiciones de trabajo capaces de generar y permitir la creación de una obra tan viva y original. Me encomendó que me ciñera a la recolección

de datos a través de los cuales pudiera tener una mejor percepción de la personalidad de Archanjo, sobre quien escribiría algunas páginas, una suerte de prefacio a la traducción de sus obras.

Se me escaparon de la existencia de Archanjo no sólo cuestiones de detalle sino hechos importantes, tal vez vitales. Con frecuencia me encontré ante un vacío, un hiato en el espacio y el tiempo, o frente a acontecimientos inexplicables, versiones encontradas, interpretaciones disparatadas, un completo desorden en el material recogido, informaciones e informantes contradictorios. Por ejemplo, nunca llegué a saber si la negra Rosa de Oxalá fue o no la misma mulata Risoleta descendiente de *males*, o la Dorotéia del pacto con el diablo. Hubo quien la personificó en Rosenda Batista dos Reis, que vino de Curitiba, mientras que otros atribuían el episodio a la hermosa Sabina dos Anjos, «de todos los ángeles el más bello», según las galanterías del maestro Archanjo. Finalmente, ¿se trataba de una única mujer o eran criaturas diferentes? Desistí de saberlo, y, por otra parte, no creo que nadie lo sepa a ciencia cierta.

Confieso haber renunciado, por cansancio o por irritación, a elucidar ciertas hipótesis, a poner en limpio pormenores quizá definitivos, tal fue la barahúnda de relatos y el desacuerdo entre las informaciones. Todo se resumía en un «tal vez», «puede ser», «si no fue así, fue de otro modo»: absoluta falta de coherencia y de certezas, como si aquellas personas no vivieran con los pies sobre la tierra y viesen en el finado no a un ser de carne y hueso sino a una cohorte de héroes y magos, pues son tantas y tan increíbles las hazañas que le adjudican. Jamás logré establecer el límite entre la información y la invención, la realidad y la fantasía.

En cuanto a sus libros, los leí, de cabo a rabo, tarea por otra parte de poca monta: apenas cuatro libritos, y el más voluminoso no llega siquiera a las doscientas páginas (un editor de São Paulo acaba de reunir tres en un solo volumen, dejando aparte sólo el de cocina, ya que su carácter especial permite que llegue a un público más amplio). No voy a opinar sobre la obra de Archanjo, hoy por encima de cualquier debate o crítica; nadie se atreve a negarla, luego de su consagración definitiva por Levenson y de las varias traducciones, un éxito en todas partes. Ayer, sin ir más lejos, leí en el servicio telegráfico de los diarios: «Archanjo publicado en Moscú con elogios de *Pravda*».

Como mucho, puedo agregar mis elogios al elogio universal. Diré que me ha agradado su lectura; mucho de lo que refiere Archanjo sigue siendo parte de nuestra vida, del andar cotidiano de la ciudad. Me divertí, y mucho, con el penúltimo de sus cuatro libros (consta que al morir estaba preparando un nuevo volumen), aquel que le generó tantos odios, tantas dificultades. Ahora, cuando veo a ciertos tipos jactándose de tener sangre azul, árbol genealógico, blasones, abolengos nobles y otras tonterías, le pregunto el nombre de la familia y voy a buscarlo a la lista establecida por Archanjo, tan meticuloso y serio, tan apasionado por la verdad en toda su obra.

Me falta explicar cómo entré en contacto con el sabio norteamericano y resulté honrado por su elección. El nombre de James D. Levenson exime de cualquier presentación o comentario, y el hecho de que me haya confiado el difícil encargo me hace sentir vanidad y gratitud. A pesar de los pesares, guardo un amable recuerdo de nuestros encuentros. Simple, risueño y cordial, bien dispuesto y elegante, es la negación de los

sabios de las caricaturas, viejos, sarcásticos, siempre de mal humor. Aprovecho para poner los puntos sobre las íes en un aspecto de mi colaboración con el ilustre profesor de la Columbia, miserablemente criticada por la maledicencia de los envidiosos y los resentidos. No satisfechos con inmiscuirse en mi vida íntima, con arrastrar por el fango, donde les gusta vivir, el nombre de Ana Mercedes, intentaron enemistarme con la izquierda, acusándome de haberme vendido a mí mismo y la memoria de Archanjo al imperialismo norteamericano por un puñado de dólares. Ahora, ¿qué vínculo existe entre Levenson y el Departamento de Estado o el Pentágono? Lejos de eso, la posición de Levenson es considerada muy poco ortodoxa por reaccionarios y conservadores, estando su nombre ligado a movimientos progresistas, a manifestaciones contra la guerra. Cuando obtuvo el Premio Nobel por su contribución al desarrollo de las ciencias sociales y humanas, la prensa europea resaltó especialmente la juventud —apenas llega a los cuarenta años— y la independencia política del laureado, lo que lo vuelve sospechoso en ciertos medios oficiales. Además, la obra de Levenson está allí, al alcance de todos; ese inmenso panorama de la vida de los pueblos primitivos y subdesarrollados, al que alguien calificó como un «dramático clamor de protesta contra un mundo injusto y equivocado».

En nada he contribuido a la divulgación de los libros de Archanjo en los Estados Unidos, pero considero que esa divulgación es una victoria del pensamiento progresista, habiendo sido el bahiano, como realmente lo fue, un libertario, sin ideología por cierto, pero de incomparable pasión popular, una verdadera bandera de lucha contra el racismo, los prejuicios, la miseria y la tristeza. Llegué a Levenson por intermedio de Ana

Mercedes, auténtico valor de la joven poesía, dedicada hoy por completo a la música popular brasileña, redactora en una época de un matutino local y encargada de cubrir la corta estancia del sabio en nuestra ciudad. Tan bien cumplió el mandato de su director, que se volvió inseparable del norteamericano, su acompañante e intérprete, de día y de noche. Su recomendación pesó ciertamente para que yo fuera elegido, pero de ahí a que dijeran lo que dijeron de ella y de mí algunos canallas hay una gran distancia y un mar de infamias: antes de contratarme, Levenson tuvo la posibilidad de evaluar mi capacidad.

Los tres fuimos juntos a la fiesta de Yansan, en el *Terreiro* de Alaketu, y allí pude exhibir mi especializada experiencia, demostrándole mis conocimientos y mi valía. En una mezcla de portugués y de español, sumando mi pobre inglés al de Ana, todavía más pobre, le expliqué las diversas ceremonias, le informé de los nombres de los *orixás*, la razón de cada movimiento, gesto y posición, le hablé de danzas y cantos, de los colores de los trajes y de tantas otras cosas —cuando estoy en vena, tengo una buena labia—, y lo que no sabía lo inventé, pues no me hallaba en situación de perder los prometidos dólares, dólares y no desvalorizados cruzeiros, mitad de los cuales fueron pagados poco después, en el vestíbulo del hotel, donde, un poco a disgusto, debí despedirme. Nada más tengo que explicar, ya todo ha sido dicho. Lamento solamente y con cierta melancolía que mi trabajo, este trabajo, no haya sido tomado en consideración por el gran Levenson. Apenas lo terminé, le envié una copia a máquina, de acuerdo con lo convenido, adjuntando uno de los dos únicos documentos fotográficos que me fue posible descubrir y obtener: en el descolorido retrato, se ve a un

mulato pardo, joven y fuerte, vestido con ropa oscura, prepotente: es Archanjo, recién nombrado bedel de la Facultad de Medicina de Bahía. Me pareció correcto no enviarle la foto en la que el maestro Pedro, ya viejo y decadente, un trapo, es visto en compañía de dudosas mujeres empinando el codo, en evidente estado de borrachera.

Unos quince días después, el correo me trajo una carta firmada por la secretaria de Levenson, acusando recibo de mi texto y remitiendo un cheque en dólares correspondiente a la mitad pendiente de pago y a unos cuantos gastos, que hice o podría haber realizado, necesarios para el éxito de la investigación. Pagaron todo sin discutir un centavo y habrían sin duda pagado más de no ser yo tan modesto en mis pretensiones, tan tímido en mi lista de gastos. De todo el material enviado, el sabio usó apenas la fotografía al publicar en inglés una traducción de buena parte de la obra de Pedro Archanjo, en uno de los volúmenes de su monumental enciclopedia sobre la vida de los pueblos del África, del Asia y de América Latina (*ENCYCLOPEDIA OF LIFE IN THE TROPICAL AND UNDERDEVELOPED COUNTRIES*), en la cual colaboraron los mayores nombres de nuestro tiempo. En las páginas introductorias, Levenson no se ocupó prácticamente del análisis de los libros del bahiano; son poquísimas las referencias a su vida. Bastante, sin embargo, para que me quedara claro que ni siquiera le había echado un vistazo a mi texto. En su prefacio, Archanjo queda promovido a profesor, a miembro eminente del consejo de la Facultad de Medicina (*distinguished Professor, member of the Teacher's Council*), por cuya cuenta y encargo había realizado sus investigaciones y publicado sus libros, ¡imagínense! No sé quién le transmitió semejantes patrañas a Levenson,

pero, de haber al menos ojeado mis originales, no habría incurrido en un error tan grosero. De bedel a profesor, ¡ay mi pobre Archanjo, sólo te faltaba esto!

Ni una sola vez al menos aparece citado mi nombre ni hay referencias a este trabajo en las páginas de James D. Levenson. Siendo así, me siento en libertad y en condiciones de aceptar la propuesta que acaba de hacerme el señor Dmeval Chaves, el próspero librero de la Rua da Ajuda, ahora también editor, para la edición y venta de estas poco pretenciosas páginas. Impuse una única condición: la firma de un contrato a fecha, pues, según dicen, el señor Chaves, tan opulento y rico, es duro a la hora de pagar los derechos de autor, siguiendo por otra parte en esto una difundida tradición local; ya nuestro Archanjo fue víctima de un tal Bonfanti, librero y editor, con comercio en el Largo da Sé, en tiempos pasados, como se verá más adelante.

DE LA LLEGADA A BRASIL DEL SABIO NORTEAMERICANO JAMES D. LEVENSON Y DE SUS IMPLICACIONES Y CONSECUENCIAS¹

—¡Pero si es un caramelito! ¡Ay, Dios mío, un caramelito de miel! —exclamó Ana Mercedes, dando un paso al frente, para destacarse, palmera tropical, de entre la masa de periodistas, profesores, estudiantes, mujeres ricas, literatos, vagos, allí reunidos en el amplio salón del gran hotel, a la espera de James D. Levenson, para una entrevista colectiva. Micrófonos de emisoras de radio, cámaras de televisión, reflectores, fotógrafos, cineastas, un berenjenal de cables eléctricos, y por entre ellos atravesó risueña la joven reportera del *Diário da Manhã* con su caminar acompasado, como si la ciudad le hubiera encargado recibir y saludar al gran hombre.

«Acompasado» es una palabra malintencionada y falsa, un adjetivo mezquino para esa navegación de ancas y senos, con compás de samba, con ritmo de portaestandarte de *rancho*. Muy *sexy*, con la minifalda que dejaba exhibir las columnas morenas de las caderas, el mirar nocturno, la sonrisa de labios semiabiertos, un tanto gruesos, los dientes ávidos y el ombligo al aire, toda ella era de ébano. No, no es que se bamboleara, pues era la danza misma, convite y oferta.

El norteamericano había salido del ascensor y se había detenido para observar el salón y dejarse ver: un metro noventa de estatura, físico de deportista, aspecto

de actor, cabellos rubios, ojos azul celeste, pipa, nadie le echaría los cuarenta y cinco años que figuraban en su curriculum vitae. Las fotos a toda página de las revistas cariocas y paulistas eran las responsables del mujerío presente, pero todas comprobaron de inmediato que el material vivo superaba, y en mucho, a los retratos. ¡Qué hombre!

—¡Desvergonzada! —dijo una de ellas, de pechos de paloma; hablaba de Ana Mercedes.

Fascinado, el sabio clavó los ojos en la muchacha, que venía decidida en su dirección, con el ombligo al aire. Nunca había visto un andar con tanto de danza, ni un cuerpo así de flexible, un rostro de inocencia y malicia, una blanca-negra mulata.

Llegó y se paró frente a él: no era una voz, era un gorjeo.

—*Aló, boy!*

—*Aló!*—murmuró Levenson, quitándose la pipa de la boca para besarle la mano.

Las mujeres se estremecieron, suspiraron al unísono, afligidas y con pánico. ¡Ah! Esa Ana Mercedes no pasaba de ser una putita ordinaria, periodista de segunda, poetisa de mierda —aparte, quién no sabe que sus versos se los escribe Fausto Pena, el cornudo del momento.

«El encanto, la clase y la cultura de la mujer bahiana estaban representados *comme il faut* en la genial entrevista de James D., las modelos que presumían de etnólogas, y las esnob deslumbradas postulándose para sociólogas...», escribió en su columna el inefable Silvinho, y algunas de aquellas señoras tenían sus méritos además de la belleza, de la elegancia, de las pelucas, de las habilidades en la cama: poseían diplomas de cursos de «Trajes y Costumbres Folclóricas»,

«Tradición, Historia y Monumentos de la Ciudad», «Poesía Concreta», «Religión, Sexo y Psicoanálisis», emitidos por la Oficina de Turismo o por la Escuela de Teatro. Pero, diplomadas o simples aficionadas, adolescentes rebeldes o irreductibles matronas en vísperas de su segunda o tercera cirugía plástica, todas sintieron que se había acabado cualquier competencia leal, que era inútil cualquier esfuerzo: audaz y cínica, Ana Mercedes se había anticipado y había puesto al macho exponente de la ciencia bajo su control, propiedad privada y exclusiva, posesiva e insaciable —«vaca³ insaciable, copulativa estrella», en el verso del lírico y sufrido Fausto Pena—, no habría de compartirlo con ninguna, estaban perdidas las esperanzas de cualquier competencia.

De la mano de la poetisa y periodista, el profesor de la Columbia University llegó hasta el centro del salón, al sillón reservado. Los fotógrafos hacían estallar los flashes y las luces parecían como flores: si abriesen el piano y tocasen la marcha nupcial, Ana Mercedes, de minifalda y miniblusa, y James D. Levenson, de azul tropical, serían los novios del año en camino al altar. «Novios», susurró Silvinho.

El sabio se sentó y sólo entonces se separaron las manos. Pero Ana se mantuvo junto a él de pie, en guardia; no era tonta como para dejarlo solo, en medio de la avidez de tantas perras en celo. Conocía a todas esas yeguas, cada una más fácil y disfrutable. Rió en dirección a ellas, sólo por molestarlas. Los fotógrafos, contagiados de semejante desvarío, se subían a las sillas, se erguían sobre las mesas, se arrastraban por el suelo en una alucinación de ángulos y posiciones. A la

³ La palabra «vaca» tiene en portugués el doble significado de «vaca» y «puta». [N. del T.]

discreta señal del superintendente de Turismo, los mozos sirvieron las bebidas y dio comienzo la entrevista.

Bajando la copa, henchido de importancia y de erudición, de suficiencia y de empatía, se levantó el redactor del *Jornal da Cidade* y crítico literario Julio Marcos. Se produjo un silencio rodeado de una aureola de admiración. En el sector femenino alguien dio un profundo suspiro: a falta del sabio rubio, del producto extranjero, el arrogante Marcos, un tanto mulato, tenía su encanto. En nombre del *Jornal da Cidade* —y de los intelectuales más avanzados— hizo la primera pregunta, primera y demoledora:

—Me gustaría oír, en pocas palabras, la opinión del ilustre profesor acerca de Marcuse, su obra e influencia. ¿No le parece que, después de Marcuse, Marx es una antigualla inútil? ¿Está o no de acuerdo con esto?

Tras su pregunta, recorrió la sala con mirada victoriosa, mientras el traductor designado por la Rectoría —pronunciación perfecta, por supuesto— trasladaba la pregunta al inglés y la rebelde Mariucha Palanga, con dos operaciones estéticas en la cara, una en los senos, triste caricatura de jovencita, aplaudía por lo bajo pero de manera audible:

—¡Qué talento!

James D. Levenson aspiró el humo de la pipa, miró con ternura el ombligo de Ana Mercedes, flor en un campo de ensueño, pozo de profundos secretos, y respondió con español gutural, con esa grosería que les sienta tan bien a los artistas y a los sabios:

—La pregunta es idiota y sólo un frívolo o un cretino opinaría sobre la obra de Marcuse o discutiría la actualidad del marxismo en los límites de una conferencia de prensa. Si tuviese tiempo para una conferencia o para una clase sobre esos asuntos, muy

bien; pero no tengo tiempo ni he venido a Bahía para hablar de Marcuse. He venido aquí para conocer la ciudad donde vivió y trabajó un hombre notable, de ideas profundas y generosas, un creador de humanismo, vuestro conciudadano Pedro Archanjo. Para eso, y sólo para eso, he venido a Bahía.

Fumó otra bocanada de la pipa, sonrió a toda la concurrencia, relajado, tranquilo, con simpatía de gringo, y, sin mirar al cadáver del periodista Marcos envuelto en el sudario de su jactancia, volvió a contemplar a Ana Mercedes, midiéndola de arriba abajo, de la negra cabellera suelta a las extraordinarias uñas de los pies pintadas de blanco, encontrándose cada vez más cómodo y a gusto. En uno de sus libros, Archanjo había escrito: «La hermosura de las mujeres, de las simples mujeres del pueblo, es atributo de la ciudad mestiza, del amor de las razas, de la clara mañana sin prejuicios». Contempló una vez más aquel ombligo en flor, ombligo del mundo, y dijo en su español correcto y endurecido de universidad norteamericana:

—¿Saben con qué compararía yo la obra de Pedro Archanjo? Con la señorita aquí presente. Ella se parece a una página de míster Archanjo, igualita, sin exagerar.

Así comenzó en Bahía, en aquella dulce tarde de abril, la gloria de Pedro Archanjo.

La notoriedad, el reconocimiento público, el aplauso, la admiración de los eruditos, la gloria, el éxito —incluso mundano, con la mención de su nombre en las columnas sociales y en los grititos histéricos de mujeres de primer orden, insignes y dadivosas— le llegaron a Pedro Archanjo sólo post mórtem, cuando ya no le servían para nada, ni siquiera las mujeres, en vida tan de su predilección y apetito. Aquél fue el «año de Pedro Archanjo», escribió en su balance anual un destacado periodista al enumerar los acontecimientos culturales del período. Realmente, ninguna figura intelectual gozó de tanto reconocimiento, ninguna otra obra obtuvo los elogios otorgados a sus cuatro pequeños volúmenes, reimpressos a toda prisa, libros olvidados por tantos lustros, para decirlo mejor, desconocidos no sólo para la masa de los lectores sino también para los especialistas, con las acostumbradas y honrosas excepciones, de las que se dará cuenta más adelante.

Todo comenzó con la llegada al Brasil del famoso James D. Levenson, «uno de los cinco genios de nuestro siglo», según la *Enciclopedia Británica*: filósofo, matemático, sociólogo, antropólogo, etnólogo, entre muchas más cosas, profesor de la Columbia University, Premio Nobel de Ciencia, y, como si todo eso no fuera suficiente, también era norteamericano.

Polémico y audaz, había revolucionado la ciencia contemporánea con sus teorías: estudiando y explicando, desde perspectivas inesperadas, el desarrollo de la humanidad, llegó a conclusiones nuevas y audaces, en una reformulación de tesis y de conceptos. Para los conservadores, era un hereje peligroso; para sus alumnos y seguidores, un dios; para los periodistas, una bendición del cielo, pues James D. no medía palabras ni opiniones.

Llegó a Río de Janeiro invitado por la Universidad de Brasil para un curso de cinco conferencias en la Facultad de Letras. Constituyó el enorme éxito que todos conocemos: programada la primera charla para el salón de actos de la Facultad, hubo que trasladarla apresuradamente al gran auditorio del Rectorado, y aun así había asistentes en los pasillos y las escaleras. Los diarios y revistas, los reporteros y fotógrafos, tuvieron realmente de qué ocuparse: Levenson no sólo era genial, también era fotogénico.

Las conferencias, seguidas de preguntas y acalorados debates, por momentos muy ácidos, dieron lugar a manifestaciones de apoyo al sabio y de repudio a la dictadura. Más de una vez, y al borde del delirio, los estudiantes lo ovacionaron de pie durante largos minutos. Ciertas frases suyas resultaron del gusto del público y recorrieron el país de punta a punta: «más valen diez años de conferencias internacionales que un solo día de guerra, y son más baratos»; «las prisiones y los policías son idénticos y sórdidos bajo todos los regímenes, sin ninguna excepción»; «el mundo será realmente civilizado cuando los uniformes sean un objeto de museo».

Rodeado de fotógrafos y vedettes, metido en una malla minúscula, Levenson reservó las mañanas completas a la playa.

De manera sistemática, rechazó invitaciones de academias, institutos, gremios, consejos culturales, profesores: de eso tenía de sobra en Nueva York, y estaba harto; pero ¿cuándo volvería a disfrutar de un sol como el del Brasil? Llegó hasta jugar al fútbol en las playas y fue fotografiado metiendo un gol, a pesar de que sin duda su deporte predilecto eran las mujeres.

Llegó a la intimidad de óptimos ejemplares nacionales, en la playa y en las salas de fiestas.

Al estar recién divorciado, los columnistas sociales se desvivían por atribuirle romances y novias. Una loca desquiciada, cronista de escándalos, previo la ruina de un hogar estable, pero se equivocó de medio a medio — el marido, honradísimo, se hizo íntimo del sabio semental—: «Ayer, en la glorieta del Copa, con un biquini de Cannes, Katy Siqueira Prado contemplaba con ternura a su marido y al gran James D., dos compañeros inseparables», refutó el informado Zul. Cierta revista de amplia circulación exhibió en la portada de aquella semana la atlética desnudez del Nobel al lado de la desnudez promocional de Nádia Silvia, actriz de un gran talento que se revelaría cuando le dieran en el cine o en el teatro la oportunidad que hasta ahora inexplicablemente se le había negado, y Nádia, según se mostró en el reportaje, se rió mucho, no confesó nada, pero tampoco negó que hubiera pasión o compromisos. «Levenson es la sexta celebridad mundial que pierde la cabeza por Nádia Silvia, la irresistible», informó seriamente un diario, que dio la lista de los cinco anteriores: John Kennedy, Richard Burton, Aga Khan, un banquero suizo y un lord inglés. Sin hablar de la condesa italiana, noble, millonaria y lesbiana. «El genial Levenson ayer una vez más en la pista del Le Bateau, *in love* con la glamurosa Helena von Kloster», se leía en *Cronica da Noite*, en la columna de Gisa; «aprendió el samba, y no acepta otro ritmo», revelaba Robert Sabad en dieciocho publicaciones y otras tantas estaciones de televisión, poniendo al alcance de los pueblos la frase de Branquinha do Val Burnier, una magnífica *hostess*, incomparable en la mesa y en la cama: «Si James no fuese el Premio Nobel que es, podría ganarse la vida

como bailarín profesional». Diarios y revistas se esforzaban, y el sabio no les fallaba.

Nada, sin embargo, tan sensacional como la declaración sobre Pedro Archanjo, bomba que estalló en el aeropuerto, a la hora de embarcarse para Bahía. En verdad, en el primer contacto con la prensa, al llegar de Nueva York, Levenson había hecho una breve referencia al nombre del bahiano: «Estoy en la patria de Archanjo. Me siento feliz». Sin embargo, los reporteros no consignaron la frase, porque no la entendieron o por no atribuirle demasiada significación. Al partir hacia Bahía, por el contrario, fue diferente, pues el desconcertante Premio Nobel declaró haber reservado dos días de su breve permanencia en el Brasil para viajar hasta Salvador, «a conocer la ciudad y el pueblo que fueron objeto de los estudios del fascinante Pedro Archanjo, en cuyos libros la ciencia es poesía», autor que había llevado tan alto a la cultura brasileña. Se desató el alboroto.

¿Quién es ese Pedro Archanjo del que nunca se oyó hablar antes?, se preguntaban boquiabiertos los periodistas. Uno de ellos, con la esperanza de obtener una pista, quiso saber de qué forma había conocido Levenson a ese autor brasileño. «Leyendo sus libros — respondió el sabio—, sus libros imperecederos.»

La pregunta había sido de Ápio Correia, un sabihondo, editor del suplemento de ciencias, arte y literatura de un matutino, un pícaro astuto y audaz.

Continuó con su estrategia: dijo no tener noticias de que se hubieran traducido los libros de Archanjo al inglés.

No había leído esos libros en inglés sino en portugués, informó el terrible norteamericano, agregando que lo había hecho a pesar de poseer mínimos

conocimientos de nuestra lengua, pero con un buen manejo del español y sobre todo del latín. «No fue difícil», completó, y aclaró que había descubierto los libros de Archanjo en la biblioteca de la Columbia, en una reciente investigación acerca de la vida en los pueblos tropicales.

Su intención era hacer traducir y publicar en Estados Unidos la «obra de vuestro gran compatriota».

—Tengo que actuar rápidamente —murmuró Ápio Correia, retirándose en busca de un taxi que lo llevase a la Biblioteca Nacional.

Todo fue puro vértigo hasta que los periodistas descubrieron y localizaron al profesor Ramos, eminente por varios títulos y ahora por conocer la obra del tal Archanjo, cuyo valor había afirmado más de una vez en artículos de revistas especializadas, lamentablemente de escasisima circulación y menos lectura.

«Durante años —contó—, fui de editor en editor, en un vía crucis, ofreciendo los libros de Archanjo para que fueran reeditados. Escribí prefacios, notas a pie de página, explicaciones: ninguna editorial mostró el menor interés. Fui a ver al profesor Viana, director de la Facultad de Filosofía, para ver si por su intermedio la universidad colaboraría en su publicación. Me contestó que perdía el tiempo con "las tonterías de un negro borracho. Borracho y subversivo". Tal vez ahora se den cuenta de la magnitud de la obra de Archanjo, ya que Levenson le otorga la importancia que se merece. Además, dicho sea esto de paso, la propia obra de Levenson es igualmente mal conocida en Brasil, y aquellos que tanto lo elogian y adulan no leyeron ni siquiera sus libros fundamentales y no entienden la esencia de su pensamiento. Son unos charlatanes.»

Como se ve, fue un poco amarga la entrevista del profesor Ramos. Pero convengamos en que le sobran razones para estar resentido: tantos años luchando por un lugar al sol para el pobre Archanjo, sin conseguir nada, oyendo los rechazos de los editores, las estupideces y amenazas de Viana Dedo-duro, mientras que, con una sola entrevista, un extranjero había puesto en movimiento a toda la imprenta y a la jauría de los intelectuales dedicados ahora a husmear la memoria del ignorado bahiano. Intelectuales de todas las tendencias y corrientes, sin distinción de ideologías, tanto los festivos como los oscuros, pues Pedro Archanjo se había puesto de moda y quien no lo conociera o no citara sus obras no podía considerarse alguien actualizado y progresista.

Fue verdaderamente sensacional el artículo de Àpio Correia, aparecido tres semanas después: «Pedro Archanjo, el poeta de la ideología». Allí se encuentra una curiosa y brillante versión del diálogo, ocurrido en el aeropuerto, entre el sabio Levenson y el erudito Correia, en el cual uno y otro demostraron su profundo conocimiento de la obra de Archanjo. Que los del crítico fueran más amplios y más antiguos era algo natural, tratándose de un brasileño.

3

En Bahía, la tierra de Archanjo, ubicación y motivo de sus estudios, fuente de sus investigaciones, razón de su obra, el carnaval fue aún mucho mayor.

El desconocimiento del nombre consagrado por Leven-son no era aquí tan universal como en Río o en São Paulo. En São Paulo, cabe recordarlo, los periodistas obtuvieron a un elevado precio una única referencia al bahiano, aunque de la más alta significación: un artículo de Sergio Milliet, escrito en 1929 para *O Estado de São Paulo*. Comentando con franca simpatía y extremados elogios el libro de Archanjo sobre la cocina bahiana (*La cocina de Bahía, sus orígenes y sus recetas*), el gran crítico modernista adivinó en el autor un procer «y de los mayores, de los más auténticos» de la antropofagia, «el revolucionario y discutido movimiento recién iniciado por Tarsila, Oswald de Andrade y Raul Bopp». Por la cualidad brasileña del contenido y por el sabor de su prosa, el «delicioso volumen» le pareció un «ejemplo perfecto del verdadero ensayo antropofágico». Milliet concluía lamentando no conocer los libros anteriores de un ensayista con tanto saber, quien seguramente no había oído hablar nunca de los antropófagos paulistas pese a haberse anticipado a ellos.

En Bahía hasta apareció alguno que lo había conocido y tratado personalmente, como certifican los diarios. Sin embargo, ese conocimiento se reducía a algunas pocas personas y a unas cuantas historias. La obra de Pedro Archanjo, los cuatro pequeños volúmenes sobre la vida popular bahiana, publicados con grandes dificultades, en ediciones mínimas, en la precaria imprenta de su amigo Lídio Corró, en la Ladeira do Tabuão, esa obra cuyos méritos sedujeron al sabio norteamericano, era aquí tan ignorada e inexistente como en el resto del país.

De no haber enviado el propio Archanjo ejemplares de sus obras a instituciones, universidades, bibliotecas

nacionales y extranjeras, no se habría vuelto a hablar de sus libros, pues Levenson no los habría descubierto. En Salvador, apenas algunos etnólogos y antropólogos sabían de su existencia, la mayoría de oídas.

Ahora, de pronto, no sólo los periodistas sino también los poderes públicos, la Universidad, los intelectuales, el Instituto, la Academia, la Facultad de Medicina, los poetas, los profesores, los estudiantes, los grupos teatrales, la nutrida falange de la etnología y la antropología, el Centro de Estudios Folclóricos, el grupo de turismo y otros desocupados, todos se dieron cuenta de que poseíamos un gran hombre, un autor ilustre y lo desconocíamos, no le dábamos uso ni siquiera a la hora de los discursos, relegándolo al anonimato más completo, sin la menor promoción. Se desató entonces una carrera en torno de Archanjo y de su obra. Se gastó mucho papel, mucha tinta y mucho espacio en los diarios a partir de la entrevista de Levenson, para celebrar, analizar, estudiar, comentar y elogiar al relegado escriba. Era necesario reparar el atraso, corregir el error, apagar el silencio de tantos años.

La obra de Archanjo obtuvo al fin la presencia y la importancia que le correspondían, y en medio de los sinvergüenzas y estafadores que aprovecharon la ocasión y el tema para promoverse, se escribieron algunas cosas serias, páginas dignas de la memoria de quien trabajó indiferente al éxito y al lucro. Algunas declaraciones de los contemporáneos, gente que conoció a Archanjo y trató con él, traían también una marca de verdadera emoción, y fue apareciendo la faz del hombre. No se hallaba Archanjo tan distante en el tiempo como se pensó al principio: dio su último suspiro en 1943, hace veinticinco años, a los setenta y cinco años y, según consta, en singulares circunstancias: lo encontraron

muerto, caído en una cuneta, a altas horas de la noche. En sus bolsillos, apenas una libreta de anotaciones y una cantidad de lápices, ningún documento de identidad. Algo innecesario por otra parte en aquella zona pobre y abandonada de la ciudad vieja, donde todos lo conocían y lo estimaban.

DE LA MUERTE DE PEDRO ARCHANJO, *OJUBÁ*, Y DE SU ENTIERRO EN EL CEMENTERIO DAS QUINTAS

1

Ladera arriba, vacilante, un viejo se apoya en las paredes de los caserones. Quien lo viera pensaría que está borracho, sobre todo si lo conociera bien. La oscuridad es total, todas las lámparas apagadas en las calles y en las casas, ni un destello de luz: medida de guerra, los submarinos alemanes rondan las costas brasileñas donde se suceden los hundimientos de pacíficos navios de carga y de pasajeros.

El viejo siente que le crece el dolor en el pecho y trata de apurar el paso. Si llegara a casa encendería la lamparita y anotaría en la libreta el diálogo, la frase prodigiosa; su memoria ya no es la misma de antes, cuando lograba recordar durante años una conversación, un gesto, un hecho con todos los detalles sin necesidad de notas. Luego de anotar el debate podría descansar. Ese dolor había aparecido y desaparecido más de una vez. Sin embargo, nunca había sido tan fuerte.

¡Ah! Si viviese todavía algunos meses, unos pocos meses, lo suficiente para completar sus anotaciones,

para poner los papeles en orden y entregarlos al joven simpático, socio de la imprenta. Apenas unos meses.

Palpa la pared, trata de ver a su alrededor; la visión se le ha reducido, no tiene dinero para cambiar los anteojos, no tiene ni para un trago de cachaza. Un dolor más profundo le ataca el costado, devastador. Sin embargo, basta con un esfuerzo para llegar a casa, unas pocas cuadras hasta el cuartito del fondo del burdel de Ester. A la luz de la lamparita escribirá con su letra menuda, si el dolor se calma y se lo permite. Se acuerda de su compadre Corró, que cayó muerto sobre el milagro que acababa de ilustrar, con un hilo de sangre en la comisura de la boca. Tantas cosas habían hecho juntos, él y el ilustrador de milagros, tantas correrías por las laderas, tantas muchachas derribadas en los portales. Lídio Corró había muerto hacía mucho tiempo: unos quince años, tal vez más. ¿Hace cuántos, mi querido? ¿Dieciocho, veinte? Ya le falla la memoria, pero todavía retiene la frase del herrero, íntegra, palabra por palabra. Apoyado en la pared, intenta repetirla, no puede olvidarla, debe anotarla en la libreta cuanto antes. Apenas unas pocas manzanas, unos centenares de metros. En un esfuerzo murmura la imprecación final del herrero, quien la destacó con un golpe sobre la mesa, con la mano negra como si fuera un martillo sobre el yunque.

Había ido al bar a escuchar la radio, las emisoras extranjeras, la BBC de Londres, la Radio Central de Moscú, la Voz de América; su amigo Maluf había adquirido un aparato que recibía transmisiones del mundo entero. Las noticias de aquella noche lo alegraban, los «arios» recibían duras críticas. Todo el mundo apostrofaba a los alemanes, los «nazis alemanes», los «monstruos alemanes»; sin embargo, el viejo se refería a los

«bandidos arios», asesinos de judíos, negros y árabes. Conocía a alemanes maravillosos; su amigo Guilherme Knodler se había casado con una negra y había tenido ocho hijos. Un día fueron a hablarle a favor de la raza aria, sacó el miembro y retrucó:

—Sólo si me cortan la pija.

Cuando Maluf sirvió aguardiente para celebrar las victorias del día, comenzó la discusión: si Hitler ganara la guerra, ¿podría o no matar a todos los que no fuesen blancos puros, acabando de una vez con el resto del pueblo? Se cruzaron las opiniones, que podría, que no podría, y el herrero terminó por alterarse:

—Ni Dios, que creó al pueblo, puede matar a todos de una vez; va matando de uno en uno, y cuanto más mata, más nace y crece gente y ha de nacer, crecer y mezclarse, ¡y no lo va a impedir ningún hijo de puta! —Y al golpear sobre el mostrador, volcó el vaso y se perdió lo que quedaba de cachaza. Pero el turco Maluf era de buena madera y regresó con otra ronda antes de la despedida.

Intenta el viejo seguir subiendo, rumiando las palabras del herrero: «Ha de nacer, crecer y mezclarse...».

Cuanto más mezclado, mejor: el viejo casi sonríe en medio del dolor que pesa sobre su espalda como una cruz, un dolor más duro de soportar que una cruz. Sonríe al recordar a la nieta de Rosa, tan igual a su abuela en su belleza y tan diferente: los cabellos lisos y sedosos, el cuerpo espigado, los ojos azules, la piel morena; muchos fueron los que se sumaron para que saliera así de perfecta. Rosa, Rosa de Oxalá, perdición de mujer; eran tantas las que había tenido el viejo..., pero ninguna se la podía comparar; por ella había sufrido hasta lo

inexpresable, había hecho tonterías, había caído en ridículo, había pensado en morir y en matar.

Quién pudiera ver a la nieta de Rosa otra vez; la risa, la gracia, el requiebro de su abuela; y los ojos azules, ¿a quién salían? Ver también a algunos amigos, ir al *terreiro* y saludar al santo, dar un paso de baile, entonar un canto, comer *xin-xim* de gallina, *moqueca de peixe* en la mesa del burdel con Ester y las putitas. No, no quería morir, ¿para qué morir? No valía la pena. ¿Qué fue exactamente lo que dijo el herrero? Tenía que tomar nota en el cuaderno para no olvidarse; ya se estaba olvidando. El libro por la mitad, debía concluirlo, seleccionar acontecimientos, frases, historias, el caso de la *iaba* que vino de entrometida a dañar al mujeriego, se enamoró del tipo y terminó comiendo de su mano; de ese caso asombroso quien está bien al tanto es ella. ¡Ay, Dorotéia! ¡Ay, Tadeu!

El dolor lo parte en dos, le rompe el pecho, ya no alcanzará la casa de Ester, ya está perdida la frase del herrero, tan bonita y acertada, ¡ay, la nieta de Rosa...! Cae en la calle, despacio rueda hacia la cuneta. Allí permaneció su cuerpo, primero cubierto sólo de oscuridad; luego llegaron los rayos de la aurora y lo vistieron de luz.

El santero señala el cuerpo extendido, se ríe y, afirmándose en las piernas, realiza una divertida comprobación:

—Ese tipo está más lleno de bebida que nosotros tres juntos. Cayó de bruces y vomitó las tripas.

Vuelve a reírse otra vez y tropieza en el aire, en una pirueta de circo.

El mayor Damião de Souza, ya fuese por haber consumido menos cachaza o por mayor contacto con la muerte —rábula registrado, siempre cerca de crímenes y de cadáveres, *habitué* de morgues—, desconfía y se acerca, observa la sangre, toca con la punta de los zapatos las espaldas del viejo, su chaqueta estropeada:

—Está completamente muerto. Ayúdenme.

¿Qué cantidad de alcohol podía consumir el mayor sin embriagarse?, se interroga el santero repitiendo la pregunta unánime de los esponjas de la tierra, humillados y perplejos ante ese misterio, más allá de toda comprensión. Hasta ahora los alambiques de la ciudad y del Recôncavo se habían mostrado insuficientes y, según Mané Lima, el mayor podría «agotar las existencias del mundo». Y siempre se mantenía lúcido.

A los tropezones y risas, acuden el santero y Mané Lima y entre los tres dan la vuelta al cuerpo. Antes siquiera de verlo de frente, de observarle el rostro, el mayor lo ha reconocido; desde el principio había algo que le resultaba familiar, tal vez la chaqueta. Mané Lima, pillado por sorpresa, tras quedarse al principio sin voz, lanza después un grito de temor:

—¡Es Pedro Archanjo!

De pie, muy tenso, el mayor apenas mostraba una sombra en su rostro de cobre. No se había equivocado, era el viejo; y el mayor, con sus cuarenta y nueve años

bien vividos, se siente abandonado, huérfano de padre y madre. Era el viejo, sí, y, ay, no tenía remedio; ¿por qué no cualquier otro, preferiblemente un desconocido? Tanta gente mala en el mundo, mierda de mundo, y justo el viejo Archanjo debía morir así, de noche, en la calle, sin avisar a nadie, ¿cómo podía ser posible?

—Ay, es el viejo, ¡qué desgracia! —Toda la cachaza baja por las piernas del santero y se queda parado en la vereda, mudo e inmóvil. Apenas puede retirar del barro la mano del difunto apretada entre las suyas.

Una vez por semana, los miércoles, invariablemente, con sol o con lluvia, Archanjo iba a buscarlo a su tienda de imágenes, primero para unas cervecitas heladas en el bar de Osmário, luego para el *amalá* en el *candomblé* de la Casa Branca. La conversación tranquila, entremezclada de historias, una charla antigua:

—Abra la bolsa, amigo, cuente los detalles.

—No sé nada, maestro Archanjo, ignoro que haya algo nuevo.

—Pero, ya se sabe. Noticias hay todo el tiempo, amigo mío, siempre suceden cosas lindas, algunas para reír, otras para llorar. Vamos, desate esa lengua, camarada, que la boca fue hecha para hablar.

¿Cuál era su secreto, cuáles sus estratagemas, qué poder poseía para que se abrieran la boca y el corazón de los demás? Ni las *mães de santo* más celosas y estrictas, tía Maci, doña Menininha, Mãe Senhora, de *Opô Afonjá*, las respetables matronas, ni siquiera ellas guardaban sus secretos ante el viejo, revelándole todo cuando les besaba la mano. Además, así lo habían ordenado los *orixás*, «para *Ojuobá* no hay puerta cerrada». *Ojuobá*, los ojos de Xangô, ahora allí estirado y muerto junto al paseo.

Se han acabado las cervezas, maestro Archanjo, las tres o cuatro botellas; en un jueves pagaba el viejo, en el otro los gastos iban por cuenta del santero, si bien en los últimos tiempos el viejo andaba seco, sin un cobre. Valía la pena ver lo contento que estaba la semana en que se hacía con algunas monedas, unos escasos centavos, golpeando fuerte la mesa para llamar la atención del mozo.

—Traiga la cuenta, amigo...

—Déjeme, maestro Archanjo, guarde su dinero...

—¿En qué lo ofendí, camarada, para que me trate así? Cuando yo no tengo dinero, el que paga es usted, y no me aflijo porque no es por mi falta de voluntad ni por mi culpa. Pero si hoy estoy rico, ¿por qué quiere pagar usted? No me quite ni mi deber ni mi derecho, no subestime al viejo Archanjo, déjeme pagar toda la cuenta, compadre.

Y reía con sus dientes blancos, pues conservaba perfectamente toda su dentadura; para ello chupaba rollos de caña, masticaba carne seca.

—No es dinero robado, me lo gané sudando.

Haciendo recados en casas de putas, su último trabajo, quien lo viese tan alegre y satisfecho no imaginaría nunca las privaciones, las dificultades, la infinita pobreza de sus últimos años. Hasta en ese último miércoles no cabía en sí de alegría: en el internado de Ester había conocido a un joven estudiante, socio de una imprenta, dispuesto a imprimir su libro. Había leído los anteriores y dijo en voz alta y tono firme que Archanjo era un provocador, que había desenmascarado a toda esa caterva de charlatanes de la facultad.

En el autobús, al comienzo de la noche de estrellas y de la llegada de la brisa del mar, en el camino del Rio Vermelho de Baixo donde se yergue la Casa Branca de

Engenho Velho, el maestro Archanjo había hablado de su nuevo libro, mientras los ojitos le brillaban, astutos y maliciosos. Todo lo que recogía lo anotaba en sus libretas, para aquella obra, «un morral de herramientas», la sabiduría del pueblo:

—Usted no se imagina, mi buen amigo, lo que junté sólo en casas de madamas. Entérese, camarada, de que no hay mejor lugar para que viva un filósofo que una casa de putas.

—Usted es el filósofo, maestro Archanjo, el mayor que yo haya conocido; no hay otro que sepa vivir la vida con filosofía.

Iban en dirección al *candomblé* para el *amalá* de Xangô, obligación de los miércoles. Tia Maci le daba de comer al santo, en el *peji*, al son del *adjá* y del canto de las hechiceras. Luego, en torno de la gran mesa de la sala, servían el *carurú*, el *abará*, el *acarajé*, a veces un guiso de tortuga. El maestro Archanjo era de buen diente y de buena bebida. La conversación se prolongaba hasta avanzada la noche, cordial y animada por el calor de la amistad; oír a Archanjo era un privilegio de pobres.

Se había terminado el libro, el *amalá* y la cachaza, los viajes en tranvía y los encuentros imprevistos; el viejo conocía cada rincón del camino, le eran familiares cada casa y cada árbol, de una familiaridad secular, pues sabía el ahora y el antes, quién era y quién había sido, el hijo y el padre, el padre del padre y el padre del abuelo y con quiénes se habían mezclado. Conocía a los negros que habían llegado como esclavos del África, a los portugueses desterrados por la corte, a los cristianos nuevos escapados de la Inquisición. Ahora todo ese saber se había terminado; junto a las carcajadas y a la gracia, se habían cerrado los ojos de los ojos de Xangô; el único destino de *Ojuobá* es el cementerio. El santero

se deshace en lágrimas, solitario y vacío. Así como no logra emborracharse, el mayor no puede llorar, a no ser —¡y con qué facilidad!— en un juicio o en una conmemoración, cuando es necesario emocionar a los oyentes, ganarlos para su causa. Pero el dolor verdadero, ese que viene desde dentro, de las entrañas, no se muestra en el rostro.

Mané Lima proclamó el nombre y la muerte del viejo a todo el mundo, apostado en medio de la Ladeira do Pelourinho, lugar adecuado y seguro, pero a esa hora temprana de la mañana sólo lo oyeron unas enormes ratas y un perro flaco.

El mayor se despega de la visión fatal, sale a la calle en dirección a la casa de Ester, el peso de la noticia le aplasta los hombros. Allí apurará un trago fuerte y necesario.

3

De pronto la ladera comenzó a animarse. Del Largo da Sé, de la Baixa dos Sapateiros, del Carmo, surgieron hombres y mujeres, apresurados y afligidos. No venían por la muerte de Pedro Archanjo, sabio autor de libros sobre mestizaje, tal vez definitivos, pero sí por la muerte de *Ojuobá*, los ojos de Xangô, un padre para toda aquella gente. Desde el burdel de Ester la noticia se ha propagado de boca en boca, de puerta en puerta, de caserón en caserón, por las calles, escaleras arriba,

laderas abajo y en los bares. Llegó a Largo da Sé a tiempo para subirse a los primeros tranvías y autobuses.

Mujeres arrancadas del sueño o de los brazos de tardíos clientes y entregadas a las lágrimas y las lamentaciones. Trabajadores de horario preciso, vagabundos sin reloj, borrachos y mendigos, habitantes de los sótanos, de los infames conventillos, árabes prestamistas, jóvenes y viejos, gente del santo y comerciantes del *Terreiro* de Jesús, un carroceros con su carroza, y Ester, la desnudez cubierta con un quimono, mostrándole todo a quien quisiera verlo. Pero ¿quién habría de aprovecharse si se estaba arrancando los cabellos y se golpeaba el pecho?:

—¡Ay, Archanjo, santo mío!, ¿por qué no me dijiste que estabas enfermo? ¿Cómo iba a saberlo? ¿Cómo será todo ahora, *Ojuobá*? Tú eras nuestra luz, los ojos con que veíamos, la boca con que hablábamos. Tú eras nuestro coraje y nuestra inteligencia. Sabías de ayer y de mañana. ¿Quién otro podrá saberlo?

¿Quién, eh, quién? En la hora del espanto, hombres y mujeres encaraban la muerte desnuda y cruda, allí, en la cuneta, desprovista de cualquier adorno, de todo consuelo. *Ojuobá* todavía no era recuerdo, era sólo muerte y nada más.

Se abrieron puertas y ventanas, llegó el sacristán de la iglesia con una vela encendida. Ester se abrazó a él envuelta en llanto. La multitud en torno del cuerpo, y un agente de la policía militar con sus armas y su autoridad. Ester se sentó al lado del santero y tomó la cabeza de Archanjo. Con el borde del quimono le limpió la sangre de los labios. El mayor le dirigió la palabra, desviando la mirada para no ver sus pechos libres, ya que no era el momento apropiado para eso. ¿Será que hay una hora

prohibida para eso, Archanjo? Tú decías que no, «cualquier momento es bueno para distraer el cuerpo».

—Vamos a llevarlo a casa, Ester.

—¿A casa? —Ester dejó de llorar, miró al mayor, como si no lo reconociera—. ¿Estás loco? ¿No te das cuenta de que no puede ser? Es el funeral de *Ojuobá*, no el entierro de una ramera o de un marica para que salga de una casa de putas.

—No es para que salga de allí el entierro, sólo para cambiarle la ropa, que no ha de ser enterrado con esos pantalones sucios y una chaqueta remendada.

—Ni sin corbata, nunca fue a una fiesta sin corbata... —se sumó Rosália, la más vieja de las prostitutas, en otros tiempos amor de Archanjo.

—No tiene otras ropas.

—Eso no va ser problema. Le doy mi traje de cachemir azul, lo hice para mi casamiento y está como nuevo —ofreció João dos Prazeres, maestro de ebanistería, que vivía allí cerca—. No va a ser problema —repitió, y fue a buscar la ropa.

—¿Y después adonde lo llevaremos? —preguntó Rosália.

—No me preguntes nada, querida, no estoy en condiciones de pensar ni de resolver nada; pregúntale al mayor y déjame con mi viejo —rugió Ester, con la cabeza de Archanjo sobre la falda, en el calor de su carne.

El mayor fue tomado por sorpresa.

—¿Adónde? No me molestes con tonterías; lo importante ahora es sacarlo del medio de la calle. Después no faltará un lugar.

Pero el sacristán de la iglesia de Nossa Senhora do Rosário dos Prêtos, amigo de larga duración y de muchas diversiones, se acordó de que Pedro Archanjo era viejo miembro de la cofradía, benemérito y redimido,

con derecho a ser velado en el templo, a que se encomendara su cuerpo, a misa del séptimo día y a sepultura perpetua en el Cementerio das Quintas.

—Vamos, entonces —ordenó el mayor.

Fueron a levantar el cuerpo, pero el soldado se interpuso: que nadie se atreviese a tocar el cadáver antes de que llegaran la policía, el delegado y el médico. Era un soldado joven, todavía adolescente, casi un niño: lo habían vestido con uniforme y armas y le habían dado drásticas órdenes; habían encarnado en él la fuerza y el poder, lo malo del mundo.

—Nadie se atreva.

El mayor analizó al soldado y la situación: recluta del interior, místico de la disciplina, difícil de convencer. El mayor intentó:

—¿Eres de aquí, muchacho? ¿O del *sertão*? ¿Sabes quién es ése? Si no lo sabes, voy a decírtelo.

—No me interesa saberlo. Sólo saldrá de aquí con la policía.

Entonces, el mayor se rebeló. No iba a permitir que el cuerpo de Archanjo siguiera expuesto en medio de la calle, como si fuera el cuerpo de un criminal, sin derecho a un velatorio.

—Va a salir, y ahora mismo.

Por muchas razones, y todas buenas, el apodo del mayor Damião de Souza era Abogado del Pueblo: fuera o no en pago de sus muchos méritos. Ya antes le habían otorgado el título de mayor; mayor sin chapa, sin batallón, sin charreteras, sin uniforme, sin mando ni comando, un mayor de segunda. El Abogado del Pueblo subió al cordón de la vereda y arengó con voz indignada y por momentos trémula:

—¿Será que el pueblo de Bahía ha de consentir que el cuerpo de Pedro Archanjo, de *Ojuobá*, permanezca en

medio de la calle, en el fango de las cloacas, en esta podredumbre que el intendente no ve y no ordena limpiar, que permanezca aquí a la espera de que aparezca un médico de la policía? ¿Hasta qué hora? ¿Hasta el mediodía, hasta las cuatro de la tarde? Oh, pueblo, oh, pueblo glorioso de Bahía, que expulsó a los holandeses y derrotó a los bandidos lusitanos, ¿vas a dejar que nuestro padre *Ojuobá* se pudra en medio de la basura? ¡Oh, pueblo de Bahía!

El pueblo de Bahía —unas treinta personas, sin contar las que aparecían en lo alto y en lo bajo de la ladera—: las manos se irguieron y las llorosas mujeres partieron hacia el soldado de la brigada. Fue un momento de riesgo, desagradable y difícil; el soldado, como había previsto el mayor, se mantuvo firme. Rígido, torvo, inflexible, porque era tan joven y porque la autoridad no se deja amilanar, desenfundó el arma: «Quien se acerque muere». Y Ester se puso de pie, dispuesta a morir.

Sin embargo, sonó el silbato casi civil del guarda nocturno Everaldo Fode-Mansinho⁴, de regreso al hogar luego de cumplir su deber por la noche y después de unos cuantos sorbos de aguardiente: ¿Qué significaba aquel alboroto en la madrugada? Vio al soldado con el sable en la mano y a Ester con los pechos al aire. «Una pelea de putas», pensó, pero Ester era su preferida.

—¡Basta! —bramó hacia el recluta—. ¡Piensa!

Autoridad *versus* autoridad. De un lado, el guarda nocturno, el último de los uniformados, con su silbato delator y la picardía, la flexibilidad, el manejo; del otro, el soldado de la brigada, militar de verdad, con su sable, su revólver, su reglamento, su violencia, su fuerza bruta.

Everaldo se encontró con el difunto en la calle:

4 El nombre puede traducirse como «jode poquito». [*N. del T.*]

—¿Qué hace Archanjo aquí? ¿Es sólo la cachaza, no?

—Pues no...

El mayor explicó el descubrimiento del cuerpo y la tozudez del soldado, que no permitía que lo llevaran a casa de Ester. Everaldo, conocido como Fode-Mansinho, rompió el fuego, de uniforme a uniforme.

—Muchacho, es mejor que te esfumes cuando todavía hay tiempo; has perdido la cabeza y le faltaste al respeto al mayor.

—¿Mayor? No veo ningún mayor.

—Ése de allí es el mayor Damião de Souza, ¿nunca oíste hablar de él?

¿Quién no había escuchado el nombre del mayor? Hasta el joven soldado lo había oído todos los días, ya desde Juazeiro y el cuartel.

—¿Aquél es el mayor? ¿Por qué no lo dijo de entrada?

Perdió la intransigencia, su única y pobre fuerza, y, obediente, fue el primero en cumplir las órdenes del mayor: colocaron el cuerpo en la carroza y partieron todos rumbo al burdel de Ester.

El maestro Pedro Archanjo iba feliz de la vida, feliz de la muerte: aquel viaje de difunto en carroza abierta, tirada por burros con cascabeles en el pescuezo, con un cortejo de borrachos, noctámbulos, putas y amigos, con el guarda Everaldo al frente haciendo sonar su silbato y atrás el soldado tratando de controlar todo, ay, ese corto viaje parecía una invención suya, una farra como para que quedara registrada en su libreta, para que se la contara en la mesa de *amálá*, los miércoles de Xangô.

4

El dinero provino sobre todo de las mujeres de la vida. Para el cajón, los autobuses, las velas y las flores.

Rosália, en su condición de antigua novia, se vistió de luto y de viudez, con un chal negro sobre la rala y oxigenada cabellera, y salió por el Pelourinho para juntar dádivas, a las que nadie se negó. Ni siquiera Marques Unha de Fome; hasta él, que jamás había fiado un trago de cachaza, contribuyó con su óbolo y unas palabras sobre el finado.

Sí, porque más allá del dinero, Rosália recogía historias, recuerdos, palabras, episodios; por todas partes se encontraba el rastro de Pedro Archanjo, su presencia. La pequeña Ki-ki, de quince años raquíticos y aún sin cumplir, manjar que le hacía olvidar los dolores en el burdel de Dedé, giró los enormes ojos, trajo la muñeca que él le había regalado y prorrumpió en llanto.

Dedé, una decadente madama, había conocido durante toda su vida a Archanjo, siempre desprendido y chiflado. Todavía una niña, pastorcita de los días de *reisado*, en novenas y treceñas, en los ensayos de los *blocos*; en la locura del carnaval. Archanjo era un tren de riesgo; ¿quién podía con su vida? Se había quedado con muchos hímenes, una buena proporción sólo de pastoras de las fiestas de *reisado*. Al recordarlo, Dedé se reía y lloraba. «Yo, moderna y linda; él, un vagabundo.»

—¿Fue el primero, fue él quien la desfloró?

La pregunta quedó sin respuesta. Dedé no dijo nada más y Rosália se fue con la duda. También ella tenía lo suyo para contar y sin embargo se contenía, sin sollozar y sin llorar, ocupada sólo en recaudar donaciones.

—Doy con gusto, y si tuviera más, más daría —dijo Roque, vaciando los bolsillos, de donde sacó unos escasos mil *reis*.

En el taller, todos contribuyeron, y Roque aclaró:

—No hace tanto tiempo, unos quince años, menos que eso... Espera, te doy la fecha exacta, fue en el treinta y cuatro, hace nueve años: ¿Quién no se acuerda de la huelga de la Circular? Al comienzo era sólo el personal de los tranvías, ese viejo demonio no tenía por qué meterse.

—¿Trabajó en la Circular? Nunca me enteré.

—Por poco tiempo; entregaba los recibos de luz. Había conseguido el puesto con mucho esfuerzo y le costó mucho; andaba con muchas necesidades.

—Siempre pasó necesidades.

—Pero no sólo estuvo en la huelga, acabó en la comisión, se salvó de ir preso y terminó de patitas en la calle. Pero nunca más le cobraron el pasaje en el tranvía. El viejo era especial.

En la Escola de Capoeira, en el primer piso vecino a la iglesia, el maestro Budião, sentado en el banco, miraba fijamente al frente, piel y huesos, solo y atento a los ruidos. Como si no alcanzara con la ceguera, a los ochenta y dos años había sufrido un derrame. Pero aun así, en las noches de sala llena, agarraba el *berimbau* y se ponía a cantar. Rosália dio su informe.

—Ya me enteré, y ya envié a mi mujer a que lleve una ayuda. Cuando regrese, voy a la iglesia a ver a Pedro.

—Querido, usted no está en condiciones de ir.

—Cállate. ¿Cómo no voy a ir? Soy más viejo que él por unos buenos años, le enseñé *capoeira*, pero todo lo que sé se lo debo a Pedro. Fue el hombre más honesto y serio que conocí.

—¿Serio? Si era un farrista.

—Digo que era serio por su rectitud, no por la cara de culo.

Perdido en tinieblas, atrapado por las piernas débiles, el maestro Budião divisa al joven Archanjo, andando con libros, siempre con libros, estudiando solito, pues nunca tuvo profesor.

—No lo precisaba, aprendía por sí mismo.

La mujer del *capoeirista*, cincuentona robusta, sube las escaleras y su voz llena la habitación:

—Está elegantísimo, con ropa nueva, todo rodeado de flores. Lo van a llevar a la iglesia, que está repleta de gente. El entierro sale a las tres.

—¿Entregaste el dinero?

—En la mano del santero Miguel, que es quien lo está cuidando.

Allí siguió Rosálfa, de casa en casa, de tienda en tienda, de bar en bar, de burdel en burdel; atravesó las Portas do Carmo, bajó el Tabuão. Hizo una pausa en su caminata en el sitio donde había estado el taller de Lídio Corró, ocupado ahora por un negocio de chucherías.

Había sucedido hacía más de veinte años, veinticinco o treinta, ¿quién sabe? Para qué contar el tiempo; no sirve para nada. También ella, Rosália, era moza y linda; ya no era una virgen, sino una mujer hecha y apetecible, en lo mejor de la edad; Archanjo bordeaba los cincuenta. Un noviazgo desparejo, pasión de locura, de desesperación.

Pasaban parte del tiempo en el taller de Lídio Corró: los dos hombres en las cajas de los tipos, con el pequeño ayudante. De cuando en cuando, un trago para calentar el trabajo. Rosália encendía el fuego, cocinaban bocadillos, y por la noche aparecían los amigos cargados de bebidas.

Más adelante, en la esquina de la ladera, se levantaba el caserón de dos pisos, que ya no está. En la mansarda, desde lo alto, veían salir la aurora sobre los muelles, los barcos y los *saveiros*. Por los vidrios rotos de la ventana entraban la lluvia, la brisa del mar, la luna amarilla, las estrellas. Morían los ayes de amor cuando doblaba la mañana. Pedro Archanjo, un zafado en la cama y ¡cuánta delicadeza! Ya no existe el caserón, ni la mansarda, ni la ventana sobre el mar. Rosália retoma el camino, aunque ya no se siente sola ni triste. Dos hombres suben apurados:

—Conocí a un hijo suyo, mi amigo en las dárseñas; después se embarcó en un navio.

—Pero si nunca estuvo casado.

—Tuvo más de veinte hijos, era un semental.

Se rió con ganas, y su compañero también; el hombre había sido algo especial. Y esa otra risa, más sonora y clara, ¿de dónde viene, Rosália? ¿Solamente veinte? Agregue más hijos, amigo mío, no se acobarde; verga poderosa, pastor de doncellas, seductor de mujeres casadas, patriarca de putas. Con unas y otras, Pedro Archanjo pobló el mundo, querido.

5

La iglesia, toda azul en medio de la tarde, iglesia de los esclavos en la explanada en que se habían levantado el cepo y el *pelourinho*. ¿Es el reflejo del sol o es un hilo de sangre en el piso empedrado? Corrió tanta sangre

sobre esas piedras, tanto gemido de dolor subió a ese cielo, tanta súplica y tanta maldición resonaron en las paredes azules de la iglesia del Rosário dos Prêtos.

Hacía mucho que no se reunía semejante multitud en el Pelourinho, desbordando la iglesia, el atrio, las escalinatas, la explanada, y ubicándose en veredas y calles. ¿Dos autobuses serán suficientes? No había sido fácil conseguirlos a causa del racionamiento de gasolina; el mayor debió trabajar y mover influencias. Una muchedumbre por lo menos similar espera en la Ladeira das Quintas, al pie del cementerio. Muchos llegan hasta la iglesia, contemplan el rostro sereno del finado; algunos le besan la mano; luego, en la Baixa dos Sapateiros, toman el tranvía de las Quintas, donde esperarán el cortejo. En la sede del *afoxé*, una faja de paño negro de lado a lado.

En la escalinata de la iglesia, el mayor fuma su cigarro barato, murmura un buenas tardes, no está de humor para conversaciones largas. Allí dentro, Pedro Archanjo, listo para el entierro, limpio y bien trajeado, decente. Así de elegante iba a las ceremonias de los *terreiros*, a las fiestas callejeras, a los cumpleaños, casamientos, velorios y funerales. Sólo al final de su vida se descuidó un poco, obligado por la extrema miseria. Lo que no perdió jamás fue la alegría.

Cuando tenía treinta años, llegaba cada mañana al Mercado do Ouro, a la barraca de la comadre Terência, madre del mulato Damião, a tomar café con cuscús de mandioca y *beiju* de tapioca. Gratis, por supuesto, ¿quién iba a cobrarle? Desde chico se acostumbró a no pagar ciertos gastos o, mejor dicho, a pagarlos con la moneda de sus risas, de sus palabras, diversión y enseñanza a la vez. No por avaricia —era manirroto, derrochón— sino porque no le cobraban o porque la

mayoría de las veces no tenía con qué pagar; el dinero no le duraba en los bolsillos, ¿y para qué sirve el dinero si no es para gastarlo, querido?

Apenas escuchaba el sonido de esa risa el mulato Damião, claro, largaba todo, hasta la pelea más apasionante, para ir a sentarse en el suelo a la espera de historias. Archanjo conocía todas las intimidades de los *orixás*; también de otros héroes: Hércules y Perseo, Aquiles y Ulises. Demonio travieso, terror de los vecinos, bromista y perdido, jefe de banda sin ley, Damião no habría aprendido a leer si Archanjo no le hubiera enseñado. Ninguna escuela pudo retenerlo, ningún castigo logró convencerlo; tres veces había huido del patronato.

Pero los libros de Archanjo —la *Mitología Griega*, *El Viejo Testamento*, *Los tres mosqueteros*, *Los viajes de Gulliver*, *Don Quijote de La Mancha*—, la risa tan comunicativa, la voz cálida y fraternal: «Siéntate aquí, compañerito, ven a leer conmigo una historia genial», ganaron al holgazán para la causa de la lectura y de las cuentas.

Archanjo sabía de memoria una gran cantidad de versos, y, como buen actor, sabía cómo decirlos. Poemas de Castro Alves: «Era un sueño dantesco... La punta del mástil que de las claraboyas enrojece el brillo, la sangre donde bañarse»; de Gonçalves Dias: «No llores, hijo mío; no llores, que la vida es una lucha reñida: vivir es luchar». La muchachada lo oía con la boca abierta, con un asombrado interés.

Cuando ocurría que Terência estaba de mal humor, con la cabeza puesta en el marido que la había dejado por otra y había desaparecido del mundo, el compadre le arrancaba una sonrisa en los hermosos labios, declamándole versos líricos, poemas de amor: «Su boca

era un pájaro escarlata donde cantaba un festival de sonrisas». En su puesto de comidas, la comadre Terência, que vivía para su hijo Damião, posaba sobre el compadre sus ojos pensativos; ¿qué otra cosa sino sonreír, dejar las penas de lado? En la tienda de Miro, la impulsiva Ivone largaba los paquetes, atrapada por las rimas: «Una noche, lo recuerdo... Ella dormía en una red recostada perezosamente... Casi abierto el vestido, suelto el cabello...». Los ojos de Terência, pensativos.

En el Mercado do Ouro, cierta mañana de temporal, el cielo de brea y viento furioso, se produjo el encuentro de Pedro Archanjo con la sueca Kirsi. El mayor parece estar viéndola: visión fascinante, parada en la puerta, golpeada por la lluvia, el vestido pegado al cuerpo, llena de curiosidad y de miedo. El niño nunca había visto cabellos tan lacios y rubios, muy, muy rubios, la piel rosada, los ojos de un azul infinito, azules como esa iglesia del Rosário dos Prêtos.

Dentro de la iglesia, un runrún, un vaivén, gente que entra y sale, una aglomeración permanente en torno del ataúd. No era un servicio de primera clase, un féretro de lujo, no dio para tanto lo recaudado, pero no pasaba vergüenza con sus galones y alamares, el paño violeta, las manijas de metal y Archanjo vestido con la ropa roja de la cofradía.

Sentadas a su alrededor, las veneradas *mães de santo*, todas, sin excepción. Antes, todavía en la casa de Ester, en el escondido cuartito del fondo, *mãe* Pulquéria había cumplido con las primeras obligaciones del *axexé* de *Ojuobá*. Por toda la iglesia y en la plaza, la gente de los *terreiros*: respetables *ogans*, *filhas de santo*, *iaôs* de barco reciente. Flores lilas, amarillas, azules, una rosa roja en la mano morena de Archanjo. Así lo había deseado y pedido. El sacristán y el santero fueron a

llamar al mayor; faltaban cinco minutos para las tres. El carro fúnebre y los autobuses a tope parten en dirección al Cementerio das Quintas, donde, en tierras de su cofradía católica, *Ojuobá*, los ojos de Xangô, tiene derecho a sepultura perpetua. Un automóvil de gasoil acompaña el cortejo, llevando al profesor Azevêdo y al poeta Simões, los únicos dos que se acercaron hasta allí porque el finado había escrito cuatro libros, había discutido teorías, había polemizado con los sabios de la época, había negado la pseudociencia oficial, se había alzado contra ella para destruirla. Los demás se habían acercado para despedir a un viejo con mucha sabiduría y conocimientos, que daba buenos consejos y transmitía su experiencia, famoso conversador, bebedor impresionante, mujeriego hasta el final, pródigo hacedor de hijos, preferido de los *orixás*, destinatario confiable de todos los secretos: un tipo digno del mayor de los respetos, casi un hechicero, *Ojuobá*.

El cementerio queda en lo alto de una colina, pero el carro fúnebre, los autobuses y el automóvil no suben hasta la puerta como se hace habitualmente en los funerales. No siendo ésa una ceremonia cualquiera, el muerto y sus acompañantes desembarcan al pie de la ladera.

Se mezcla la muchedumbre llegada de la iglesia con los que estaban esperando en las Quintas, inmensa multitud: un funeral tan concurrido sólo el de *mãe Aninha*, cuatro años atrás. Ningún político ni millonario, ningún general, ningún obispo reunió a tanta gente a la hora de su despedida.

Obás y *ogans*, algunos doblados por el peso de la edad, ancianos de andar cansino, el mayor y el santero Miguel toman el cajón y lo suspenden tres veces por

encima del pueblo, por tres veces lo bajan a tierra en el inicio del ritual *nagô*.

La voz del *pai de santo* Nèzinho se levanta en su canto fúnebre, en lengua *iurubá*:

Axexê, axexê
Omorode.

El coro repite, las voces crecen en el cantar del adiós: «*Axexê, axexê*».

Continúa el entierro, subiendo por la ladera: tres pasos al frente, dos hacia atrás, pasos de danza al son de los cánticos sagrados, el ataúd elevado a la altura de los hombros de los *obás*:

Iku lonan ta ewê xê
Iku lonan ta ewê sê
Iku lonan.

En medio de la subida, el profesor Azevêdo toma una manija del ataúd: le resultaban fáciles los pasos; los traía en su sangre mezclada. Las ventanas están colmadas, se acerca gente corriendo a ver ese espectáculo único. Un funeral como ése, sólo en Bahía y muy de vez en cuando.

Allí va Pedro Archanjo *Ojuobá*, bien arreglado, con ropa nueva y con corbata, la túnica roja, bien decente, bailando su última danza. El poderoso canto penetra en las casas, corta el cielo de la ciudad, interrumpe negocios, inmoviliza a los paseantes; la danza domina la calle, tres pasos al frente, dos pasos hacia atrás; el muerto, los que lo llevan y el pueblo entero:

Ara ara la insu

Iku ô iktz ô
A insu bereré.

Llegan finalmente a la puerta del cementerio. *Obás* y *ogans*, de espaldas, como indica el ritual, introducen el ataúd de *Ojuobá*. Al lado de la tumba, en medio de las flores y como duelo se callan los *atabaques*, cesan la danza y los cánticos. «Somos los últimos que veremos estas cosas», le dice al poeta Simões al profesor Azevêdo, quien se pregunta, melancólico, cuántos de los que están allí tienen alguna idea de la obra de Archanjo. ¿No valdría la pena que se la mencionara en un breve discurso? La timidez se lo impide.

Todos visten de blanco, el color del luto. El ataúd descansa por un instante antes de quedar encerrado para siempre en la tumba: Pedro Archanjo está todavía entre los suyos. La multitud se aprieta, alguien solloza. Entonces, cuando se produce un silencio total y los enterradores se apoderan de Pedro Archanjo en su cajón, se eleva una voz solitaria, trémula y grave, en un canto punzante, lacerante, en el adiós más tierno y doloroso. Es el maestro Budião, todo de blanco, completamente de luto, guiado por su mujer, protegido por Mané Lima, en lo alto de un túmulo, ciego y parálítico: una conversación entre padre e hijo, entre hermanos inseparables; adiós, hermano, adiós para siempre adiós, una frase de amor, *iku ô iku ô dabá ra jô ma boiá*.

«Cuando muera, pónganme en la mano una rosa roja.» Una rosa de fuego, una rosa de cobre, de canto y de danza, Rosa de Oxalá, *axexê, axexê*.

DE NUESTRO VATE E INVESTIGADOR EN SU CONDICIÓN DE AMANTE (Y CORNUDO), CON UNA MUESTRA DE SU POESÍA

1

Al necesitar el gran Levenson de la ayuda de Ana Mercedes para poner en orden, incluso esa misma noche, algunas notas, y no siendo mi presencia útil, deseable o sujeta a tarifa, ofrecí al sabio mi despedida en el vestíbulo del hotel. Elogió mi buen trabajo y no me pareció sincero.

Así, llamé aparte a su reciente colaboradora para recomendarle cuidado y firmeza, no fuese que el gringo jugara al conquistador barato, transformando la ciencia nocturna en una enorme degeneración. Arrogante, herida en sus impulsos, me cortó la preocupación y las dudas con una pregunta rispida y una terrible amenaza: «¿Crees o no en mi lealtad y honradez? Pues si existe la menor duda, entonces es mejor...». Pobre de mí, no la dejé terminar; le aseguré mi confianza ciega y obtuve su perdón, un beso rápido y una sonrisa indescifrable.

Salí en busca de algún bar para la vigilia cívica: emborracharme, ahogar en cachaza los restos de los celos que ni los dólares del norteamericano ni las protestas de Ana Mercedes habían liquidado.

Sí, celos, pues por ellos moría y renacía cada mañana, a cada instante del día y sobre todo por las noches —si no estaba conmigo—, celos de Ana Mercedes, por quien me peleé, gané y fui vencido, por quien sufrí hasta lo indecible, en pozos de humillaciones y rencores; por quien me transformé en un trapo mísero e indigno, objeto de risa de literatos y subliteratos; y todo eso valió la pena, y fue poco, pues mucho más merecía ella.

Musa y baluarte de la nueva generación poética, Ana Mercedes participó del movimiento «Comunicación a través del Hermetismo», fórmula genial, frase inevitable cuya vigencia sólo los obcecados y los envidiosos podrían negar. En esas huestes de la nueva poesía mi nombre es admirado y aplaudido. «Fausto Pena, autor de *El eructo*, uno de los líderes más importantes de la joven poesía», escribió en el *Jornal da Cidade* Zino Batel, autor de *Viva la caca*, no menos líder ni menos importante. Estudiante de periodismo en la misma facultad en la cual, dos años antes, yo había obtenido mi diploma de sociólogo, Ana Mercedes alquileraba, por un salario vil, el brillo de su inteligencia en el *Diário da Manhã* (en su condición de reportera conoció y pudo tratar con Levenson) y había concedido gratuitamente a este vate barbudo y desempleado las gracias de su cuerpo divino e incomparable. ¡Ah!, ¿cómo describir a esta mulata de Dios, de oro puro desde la cabeza hasta los pies, carne perfumada de romero, risa de cristal, hecha de quiebro y requiebro, y su infinita capacidad para mentir?

En el *Diário da Manhã*, desde los dueños hasta los porteros, pasando por la redacción, por la administración y por las oficinas, mientras ella pasó por allí, velero navegando el mar revuelto, ninguno de aquellos tipos

tuvo otro pensamiento, otro deseo que no fuera hacerla naufragar en uno de los blandos sofás de la sala del directorio, ante el retrato del egregio fundador, obra de Jenner; sobre las vacilantes mesas de la redacción y de la gerencia; sobre la viejísima imprenta, sobre las resmas de papel o en el sórdido piso lleno de grasa y suciedad: si Ana Mercedes extendiese su cuerpo sobre el sucio suelo, lo transformaría en un lecho de rosas, en suelo bendito.

No creo que se haya entregado a ninguno de esos delincuentes; dicen que antes sí: candidata al empleo, se habría entregado al doctor Brito, director ejecutivo de la publicación, vista con él en los sospechosos recovecos del Ochenta y Uno, motel de lujo, bajo el mando de madame Elza. Me juró su inocencia; era verdad que había andado con el patrón en semejantes sitios, pero lo había hecho para demostrarle sus aptitudes e instinto de reportera, en una historia en la que no deseo profundizar ni corresponde hacerlo aquí.

Acepté la oscura explicación, ésa y muchas más, incluso aquella de tenor científico en la noche en que asumí el compromiso de salir en busca de Pedro Archanjo por las laderas y bares de Bahía: mis celos, atroces y violentos, asesinos y suicidas, se deshacían en juramentos de amor cuando la víbora, arrancándose la miniblusa y la falda, exhibía el resto, extendiendo brazos y piernas, todo aquel paisaje dorado, cobre y oro, y el perfume del romero, maestra de fornicación: «Contigo aprendieron y se formaron las prostitutas», escribí en uno de los múltiples poemas que le dediqué, múltiples y bellos (perdón por la falta de modestia).

La literatura fue el lazo inicial que nos reunió, y Ana Mercedes admiró a este poeta y su ruda poesía antes de ceder al tipo bárbaro, de barbas, larga cabellera y

pantalón vaquero Lee. Verga bárbara, perdónenme otra vez la inmodestia, quienes lo decían de mí eran las poetisas, una flor de verga.

Momento inolvidable fue cuando ella, tímida y temerosa, me extendió para que lo juzgara un cuaderno infantil con sus primeras producciones: una belleza conmovedora, la sonrisa suplicante, humilde de pies a cabeza. Fue la primera y última vez que la tuve rendida a mis pies.

Zino Batel había obtenido un cuarto de página en el suplemento dominical del *JC* para la «Columna de la Joven Poesía», y quiso que la organizáramos juntos: esclavo en una sucursal de banco ocho horas por día y por las noches en el *copydesk* del diario, no le sobraba el tiempo para recolectar y elegir poemas. Me cupo la tarea, gratuita y difícil, pero en cierta medida compensadora, pues daba prestigio y categoría. Me instalé en un bar de poca luz y reducidas proporciones, al final de una galería de arte, y mantuve mis reuniones con chicas y muchachos —nunca imaginé que hubiera tantos poetas jóvenes y que fueran tan malos—, cada cual más inspirado y fecundo, todos ávidos de una pulgada de espacio en nuestra columna. Los candidatos, en general, ricos en inspiración y pocos en efectivo, pagaban un refresco de limón; los más emprendedores se estiraban hasta un whisky. Reafirmo aquí que no me he dejado influir en la evaluación y selección de los originales por la calidad o dosis de las bebidas. Incluso algunas desgreñadas poetisas me abrieron sus flacas piernas y ni así lograron vencer mi reconocida severidad crítica; como mucho la ablandaron. En pocos minutos, Ana Mercedes puso fin a tanta firmeza de carácter y a tanta imparcialidad. Apenas recorrí con la mirada las líneas del cuaderno me di cuenta: no había nacido para

esto, ¿por qué será Dios tan injusto? Sin embargo, sus rodillas y una porción de sus muslos, perfecciones de la naturaleza, y los ojos llenos de miedo: «Hija mía, te lo dije, tienes talento». Como sonrió agradecida, subí la apuesta: «¡Talento de verdad!».

—¿Lo va a publicar? —quiso saber enseguida, impaciente, abriendo apenas la boca y pasándose la punta de la lengua por los labios, ¡Dios mío!

—Es posible. Depende de ti —respondí con voz pícara, llena de insinuaciones y sobrentendidos.

Confieso que en aquel momento llegué a pensar estúpidamente en salir con honra y provecho de la situación: durmiendo con la poetisa y no publicándole esas chapucerías. Falso engaño: al domingo ella ya se estrenaba, ocupando sola la «Columna de la Joven Poesía», rodeada de elogios: «Ana Mercedes, la gran revelación literaria de los últimos tiempos», y yo no había llegado más lejos que a unos besos, a tocarle un poco los pechos y a unas cuantas promesas. Es verdad que los tres poemas impresos con su firma eran prácticamente de mi autoría. En uno de ellos sólo había aprovechado de Ana Mercedes la palabra *subilatorio*, bellísima y desconocida para mí, que significa ano⁵. Por otra parte, puede decirse que la producción poética de Ana Mercedes ha sido toda obra mía, primero, y del poeta Ildásio Taveira después, cuando la ingrata, tal vez cansada de las escenas de celos, abandonó mi lecho e inició una nueva fase en su literatura. Del poeta Ildásio partió rumbo a la música popular, como socia del compositor Toninho Lins, más en la cama que en la letra y la melodía.

Cuando Levenson llegó a Bahía, mi relación con Ana Mercedes alcanzaba su punto culminante: pasión

5 En portugués. [N. del T.]

definitiva, amor eterno. Durante meses y meses no tuve ojos ni fuerzas para otra mujer, y si ella traicionó algunas veces nuestros juramentos de amor, nunca logré comprobarlo, tal vez por no querer hacerlo, ¿quién sabe? ¿De qué me serviría esa constatación sino para una ruptura definitiva, y eso nunca, o para no tener siquiera en las horas amargas el beneficio de la duda, aun la menor, el beneficio de la porción más ínfima de duda?

Dudas y celos, deseo de tenerla en mi cama, y habiéndola dejado en el hotel con el sabio, a aquella hora de la noche, crucificado en mi abyección y remunerado en dólares, fui a esconderme y a embriagarme en el Xixi dos Anjos, tugurio ignoto de nula concurrencia.

Apenas me acomodé ante la cachaza sin mezcla, cuando: ¿Quién estaba en íntimo coloquio con una torpe arpía, no sé si meretriz o solterona, indescriptible flacucha? ¡El académico Luiz Batista, epítome de la Moral y de la Familia, el caballero por excelencia, el paladín de las Buenas Causas! Tembló al verme, y no le quedó opción: se vio obligado a acercarse, cordial y afable, a darme alguna explicación, con una historia tan confusa como las de Ana Mercedes.

Sufrí al profesor Batista en el colegio, sus clases aburridísimas, sus incoherencias, su reaccionarismo bovino, su mal aliento, sus atropellos a la gramática: no nos llevamos bien entonces ni después en las raras ocasiones en que nos cruzamos. Pero hete aquí que en el infecto establecimiento deshabitado, yo rumiando mis penas, mis dolores de cornudo, él descubierto en un *affaire* torpe, encontramos un motivo y un enemigo que nos unían: Levenson, el sabio norteamericano, y su contrapunto brasileño, el anónimo Pedro Archanjo.

Expuso el ínclito académico sus sospechas respecto de Levenson, sus dudas sobre su verdadera misión en el Brasil: yo silencié las mías, por íntimas y personales. Las de él eran de interés público y vinculadas a la seguridad nacional.

—Tantas personas egregias en Bahía, patria de genios y de héroes, comenzando por el inmortal Ruy, el Águila de Haia, y ese extranjero elige para sus alabanzas, como el único merecedor de sus elogios, a un negro borracho y bribón.

La indignación comenzó a apoderarse de él y se puso de pie, en pose oratoria, tan en trance como los *iaôs* en el *Terrei-ro* de Alaketu; a veces en dirección a mí, otras hacia la gloriosa flacucha o hacia el mozo que se escarbaba los dientes:

—Hay que investigar, porque me parece que toda esa escenografía cultural no va más allá de un plan de origen comunista para socavar los cimientos del régimen —la voz en tono menor, confidencial—. He leído en alguna parte que ese tal Levenson fue amenazado con ser deportado por la Comisión de Actividades Antinorteamericanas y sé de buena fuente que su nombre aparece en las listas del FBI.

Agita el dedo en dirección a la solemne indiferencia del mozo, habituado a los ebrios más diversos y ridículos:

—Finalmente, ¿qué intenta endilgarnos como ciencia suprema? Estupideces sobre la chusma, el pueblo bajo. ¿Quién fue ese tal Archanjo? ¿Alguna figura fundamental, un profesor, un docto, una luminaria, un procer político, al menos un rico comerciante? Nada de eso, un insignificante bedel de la Facultad de Medicina, poco más que un mendigo, prácticamente un obrero.

Salía espuma de la boca del insigne ciudadano, y no le quito razones para semejante cólera. Había dedicado su vida a combatir el libertinaje, la disolución de las costumbres, los trajes de baño, Marx y Lenin, el bastardeo de la lengua portuguesa, «última flor del Lacio», ¿y qué resultados había obtenido? Ninguno, impera la pornografía en los libros, el teatro, el cine y la vida; la disolución de las costumbres se ha vuelto algo cotidiano; las jóvenes usan la pildora junto al rosario; las mallas se han transformado en biquinis como si nada; como si no bastasen Marx y Lenin, allí están Mao Tsé Tung y Fidel Castro, sin hablar de los curas, poseídos todos por el demonio; en cuanto a los libros y a la lengua portuguesa, los tomos del ilustre académico, basados en el terso y castizo idioma de Camões y publicados por cuenta del autor, yacen en los estantes de las librerías, en eterna consignación, mientras se venden por miles los libros de aquellos escribas que desprecian las reglas de la gramática y reducen la lengua de los clásicos a un subdialecto africano.

Tuve miedo de que me mordiese a mí o al mozo. No lo hizo. Tomó a su damisela, entró en el Volkswagen y partió en busca de cualquier rincón que fuera realmente discreto, donde un padre de la patria y de la moral pudiera ejercitar los indispensables preliminares que pudieran llevarlo por una vez en la vida a la práctica del coito carnal con otra que no fuera su santa esposa, sin que durante esas dulces iniciativas fuera espiado por tipos de baja extracción moral y literaria.

De baja extracción, sin duda. De no ser así, en lugar de cultivar tenuous dudas en la cachaza, en la inspiración en ella de versos discutibles, habría invadido implacable el hotel y el cuarto del flagrante delito; en una mano los dólares para arrojárselos en la cara al canalla; en la otra

el revólver cargado: cinco tiros a la infiel, en su disoluto
vientre de gozo y de traición; finalmente, la última bala
en el propio oído. Ay, mis celos son asesinos y suicidas.

2

COBRA CABRÓN

Mancillada estrella
camas extranjeras
coitos en latín
oh mancillada
comeré tus restos
las sobras
las rosas el cansancio la noche de vigilia
el padre de la patria el dolor del mundo
comeré tus restos
sociológicos
perfume de romero aroma de lavanda
whisky baño jabón humo de pipa
oh yes
puro merecedor
ni revólver ni puñal
ni lámina ni vómito
ni llanto quejas amenazas gritos
apenas sólo amor
comeré tus restos
rey de los cuernos
cobra cobrado cabrón
jardín de astas

tentáculos aspas grampas salientes parásitos
en la cabeza las manos los pies
en los huesos de la columna
en el ano
con ellos te penetraré
poluta estrella pura
tu rey señor

FAUSTO PENA

Xixi dos Anjos, alta madrugada, 1968. DONDE SE TRATA
DE GENTE ILUSTRE Y FINA, INTELLECTUALES DE ALTA
CATEGORÍA, EN GENERAL MUY SABIOS

1

Las declaraciones de Levenson pusieron las páginas de las revistas, los micrófonos de las emisoras y las cámaras de televisión al servicio de la memoria y de la obra del hasta entonces desconocido bahiano, de repente una celebridad internacional. Artículos, entrevistas, declaraciones de los mandamás de la cultura, trabajos en los suplementos dominicales, crónicas, mesas redondas en los programas de mayor audiencia.

En general, en las entrevistas y en los artículos, en la radio y en la televisión, los intelectuales buscaron sobre todo probar su íntimo y antiguo contacto con la obra de Pedro Archanjo. Como se ve, ninguna diferencia entre los de aquí y los de Río y São Paulo: el progreso va liquidando las desigualdades y las distancias culturales que diferenciaban antiguamente a la metrópolis y a las provincias. Hoy estamos tan adelantados, somos tan capaces, cultos y audaces como cualquier gran centro del sur, y nuestros talentosos muchachos nada tienen que envidiarles a Ápio Correia y los demás colosos de los bares de Ipanema o de Leblon, por más agudos y atrevidos que sean. Permanece una única y violenta

diferencia: aquí los salarios y los caches se mantienen bajos, miserables, provincianos. Se descubrió, para gran sorpresa, que cada uno de nuestros mayores talentos había difundido, hace largo tiempo y por todos los medios, el inestimable valor de la obra del maestro Pedro (hasta lo habían promovido de bedel de la Facultad de Medicina a *maestro* de la universidad), ante la ignominiosa indiferencia de sus colegas. Al leerlos, se tenía la impresión de que el nombre y los libros de Archanjo jamás habían estado sumidos en la oscuridad y el anonimato, de donde habían ido a retirarlos las citas de Levenson, y sí, en permanente evidencia y brillo, proclamados a los cuatro vientos, en ensayos, cursos, conferencias y debates, por toda una vasta cohorte de continuadores de la obra y de los conceptos del autor de *La vida popular de Bahía*. Conmovedora unanimidad de pensamiento, emocionante comprobación: quién se habría podido imaginar la existencia de un número tan importante de discípulos de Pedro Archanjo, un verdadero batallón, siendo Bahía, como efectivamente lo es, tan extremadamente rica en etnólogos, sociólogos, antropólogos, folcloristas y otros especímenes de la misma fauna, cada cual más estudioso y experto, ¡válganos el Señor del Bonfim!

Vale la pena destacar, en medio de ese abundante, erudito y absurdo material de prensa, dos o tres contribuciones realmente serias y dignas de señalarse. Por ejemplo, la extensa entrevista concedida por el profesor Azevêdo al vespertino *A Tarde*.

Catedrático de sociología, el profesor nada tenía que ver con la urgente avidez de promoción de los intelectuales. Conocía en verdad la obra de Archanjo; había colaborado con el profesor Ramos, de Río de Janeiro, en la confección de notas que permitieran

actualizarla y esclarecerla; había hecho esfuerzos para interesar en aquellos pequeños libros a los jóvenes especialistas, pero los especialistas estaban conformes de sí mismos y de su saber; con eso les alcanzaba. Fue necesaria la llegada de James D. Levenson, Premio Nobel, para que cambiaran de opinión y se pusieran a la cabeza de la tardía gloria de Archanjo.

La entrevista del profesor Azevêdo fue la principal fuente en la que abrevaron los firmantes de los brillantes artículos de suplementos y revistas, aunque no sea fácil encontrar los libros de Archanjo —de antiguas y reducidas ediciones—. Meticuloso, explicó, analizó, detalló la obra del autor de *Influencias africanas en las costumbres de Bahía*, realzando su formación autodidacta, su seriedad y su audacia científica, intolerables para la época. Citó títulos, fragmentos, sitios de investigación, nombres, fechas, y dijo algo sobre el hombre con quien había mantenido un breve contacto y a cuyo entierro había asistido.

Más de veinte ensayos, artículos y crónicas surgieron de aquella entrevista; algunas significaron para sus autores enormes elogios; ninguno hizo mención del catedrático, pero todos citaron las obras de Levenson y de otros autores yanquis y europeos. Uno de ellos, más decidido que el resto, calificó al «mensaje archanjiano» como un «producto retroactivo del pensamiento de Mao». Otro, no menos audaz, escribió sobre *Archanjo y Sartre: dos medidas del hombre*. ¡Unos genios!

Un material curioso, digno de ser destacado entre tanta tontería, fue una crónica del columnista Guerra, uno de los pocos que no se proclamó etnólogo y que no se presentó como discípulo de Archanjo. Irreverente lengua de trapo, el tal Guerra sólo se incorporó al debate para denunciar los repetidos plagios de que venía siendo

objeto una de las obras del maestro, la única que alcanzó cierta difusión cuando fue expuesta en las mesas de las librerías hacía más de treinta años.

En sus declaraciones, el profesor Azevêdo había contado el inmenso esfuerzo realizado por el bedel, de salario corto y cachaza larga, para poder imprimir sus libros. Su amigo y compadre Lídio Corrô, ilustrador de milagros, flautista y farrista, había montado una diminuta imprenta en la Ladeira do Tabuão: imprimía volantes y anuncios para tiendas de los alrededores, para los cines de la Baixa dos Sapateiros, componía fascículos de trovadores, literatura de cordel vendida en mercados y ferias. (En el marco de las conmemoraciones por el centenario de Archanjo, el ensayista Valadares elaboró un meticuloso trabajo sobre Lídio Corrô, digno de atención y lectura: *Corrô, Archanjo e a Universidade do Tabuão*.) Allí, en el pobre taller, fueron compuestos e impresos tres de los cuatro volúmenes del ignorado maestro, todos de pésima calidad gráfica.

Sin embargo, uno de sus libros tuvo un editor responsable y una tirada de mil ejemplares, importante para la época y enorme para Archanjo, cuyas ediciones anteriores nunca habían superado los trescientos ejemplares —ocurrió que de la última, los importantísimos *Apuntes sobre el mestizaje de las familias bahianas*, se imprimieron apenas ciento cuarenta y dos volúmenes, porque el papel no había dado para más—. Ciento cuarenta y dos, tan pocos, y sin embargo los suficientes para provocar escándalo, horror y violencia. Cuando Corrô obtuvo nuevas resmas de papel y quiso reanudar la impresión, llegó la policía.

La cocina bahiana: orígenes y recetas tuvo mejor suerte. Un tal Bonfanti, de procedencia dudosa y crédito sospechoso, se estableció con una librería en la Praça

da Sé, especialista en artículos escolares y en la explotación de estudiantes secundarios y universitarios, a quienes compraba baratos y vendía caros los mismos libros: antologías, tablas de logaritmos, diccionarios, tratados de medicina y de derecho. Pedro Archanjo frecuentaba el negocio y mantenía conversaciones distendidas con el mafioso; incluso llegó a deberle unos cobres por la compra de una edición usada, pero completa, de las *Memorias de un médico*, de Dumas padre, prueba de gran estima por parte del librero, que no le fiaba a nadie, fuera quien fuera.

Bonfanti había editado unos libritos destinados a ayudar a estudiantes reincidentes en los exámenes del Ginásio da Bahía y de los liceos particulares: la traducción de las fábulas de Fedro, obligatoria en las pruebas de latín, soluciones de problemas de álgebra y geometría, algunas nociones de gramática, el análisis de *Os Lusíadas*, todo en volúmenes de tamaño reducido para facilitar su transporte clandestino y la consulta prohibida en las salas de exámenes. Para complementar la educación de los jóvenes, por la cual demostraba tanto interés el italiano, imprimía y les vendía folletos pornográficos, para los cuales contaba también con una selecta clientela de graves señores.

Bocadillos y recetas, además de los libros, unían al mulato bahiano y al oscuro peninsular, ambos de gran apetito y gusto refinado, ambos cocineros nada frugales. Archanjo no tenía rival en ciertos platos bahianos, su *moqueca* de raya era sublime. Bonfanti preparaba una pasta *sciuta-ai-funghi-secchi* que era para chuparse los dedos, aunque protestara contra la inexistencia en Bahía de ciertos ingredientes indispensables. De sus conversaciones y de los almuerzos dominicales nació la idea de un manual de cocina bahiana que reuniera

recetas hasta entonces transmitidas oralmente o anotadas en libretas de cocina.

No fue pacífico el proceso de la edición, pues Bonfanti pretendía reducir el texto a las recetas, con media página de prefacio, como mucho, mientras que Archanjo exigía la publicación completa, sin cortes: antes, la investigación, los comentarios, un extenso estudio; luego, las recetas. Finalmente, el libro salió completo, pero la tirada tardó años en agotarse, sea porque «un manual de cocina está destinado a amas de casa y no debe contener ni literatura ni ciencia», como proclamaba Bonfanti —quejándose de las pérdidas y negándose a pagar derechos de autor—; sea porque «el italiano tramposo hizo más de mil ejemplares», o tal vez por desinterés del público. Cuando murió Archanjo, Bonfanti aún conservaba un pequeño *stock*, unos escasos volúmenes.

Pero, si hubo desinterés, lo cierto es que con el paso de los años, con el crecimiento de la ciudad, con el progreso, con la instalación de industrias y sobre todo con el turismo, la cocina bahiana ganó fama y popularidad en toda la nación. Se lanzaron varios libros de recetas en Río y en São Paulo. Algunos en cuidadosas ediciones, con una excelente presentación gráfica, ilustradas con coloridas fotos de los platos. Periodistas, señoras de la sociedad, un francés dueño de un restaurante en el Corredor da Vitoria, todos improvisados, ganaron sus buenas sumas con *La cocina bahiana, 100 recetas de platos y dulces de Bahía, Dendê, coco y pimienta, Cocina afrobrasileña, Los manjares de Yayá*, etcétera, etcétera.

Según la opinión del turbulento Guerra, se copiaron pura y deliberadamente del folleto de Archanjo, sin aportar nada nuevo ni original. Al contrario, abandonaron

por inútil y pesada —«¡unos imbéciles!», exclamaba el cronista, enojado— la parte de la investigación, estudio, conclusiones, robando apenas el recetario. Sin embargo, un periodista carioca, de mayor experiencia e impudicia, luego de una corta semana en Bahía, robó todo, página por página. Peor aún: tuvo la desfachatez de rescribir los conceptos de Archanjo, deformándolos y degradándolos. El literato Guerra denunció al sinvergüenza: «Sin embargo, conste que no soy etnólogo ni folclorista».

En cuanto a la entrevista al mayor Damião de Souza, la popular figura de las lides forenses y de tantas campañas memorables, merece un párrafo aparte, tales fueron sus grandiosas e imprevisibles consecuencias.

2

Pocos, poquísimos, son los que pueden girar el picaporte y entrar directamente en la sala del doctor Zèzinho Pinto, director (y dueño) del *Jornal da Cidade*, donde el poderoso ciudadano se encerraba a pensar y decidir sobre proyectos (en la Financiera le resultaba imposible, en la Petroquímica también; ni hablar en la sede de las industrias asociadas). Allí, en la sala con la puerta herméticamente cerrada, a las dos de la tarde, antes de que comenzara el bullicio de la redacción y de las oficinas, encontraba la tranquilidad necesaria para sus elucubraciones y también para una siesta reparadora.

Sin embargo, el mayor Damião de Souza, que tenía acceso libre a todas partes, sacó la mano huesuda, movió el picaporte y entró:

—Mi preclaro doctor Zèzinho, Dios guarde a su excelentísima. ¿Todos bien en casa? ¿La salud ídem y la fortuna creciendo, no? Así se pretende y vale la pena. Pues me llegué hasta aquí para hablar de Pedro Archanjo. Los chicos de su diario oyen a todo el mundo, publican los retratos de cualquier lamebotas, pero este servidor suyo, que es el único que sabe de Archanjo, está relegado, olvidado, abandonado. ¿Qué significa esto, doctor? ¿Está despreciando al mayor?

Había tocado una llaga recién abierta, una herida expuesta: llegaba el doctor Zèzinho Pinto de un almuerzo mensual en el que dos magnates de la prensa bahiana, señores de los diarios de Salvador, se ponían al día. Amigos de antiguo, su almuerzo era siempre una reunión alegre, con buenos vinos y whisky de contrabando; además del intercambio de informaciones y del análisis de la situación política y económica, se reían y hablaban de la vida ajena, se burlaban unos de los otros, comentando los errores de sus respectivos diarios. Aquel día la víctima había sido el doctor Zèzinho por la pobre cobertura ofrecida por el *Jornal da Cidade* al gran asunto de moda: Pedro Archanjo. «Una redacción con grandes talentos, la flor de la intelectualidad, y pese a eso las publicaciones sobre el tema del momento han quedado muy lejos de los éxitos de *A Tarde* —la entrevista al profesor Azevêdo, por citar un solo ejemplo— y de los de *Diário da Manhã*, con un suplemento especial, "Archanjo da Bahía", sin tomar en cuenta las declaraciones exclusivas de Levenson, concedidas a Ana Mercedes, transcritas por la prensa de Río y de São Paulo, de Porto Alegre, de Recife.»

—Convengamos, querido Brito, que con tales métodos.. . ¿Quién no le daría una entrevista especial a Ana Mercedes a solas en una habitación de hotel? Hasta yo. Si eso no es competencia desleal, no sé qué pueda serlo. ¿Saben cómo le dicen en las redacciones? Concha de oro.

—¿Verdaderamente es de oro, Brito? Dicen que tú lo sabes —bromeó Cardim.

Los tres se rieron y bebieron un buen vino alemán, pero el doctor Zèzinho, orgulloso de su diario, celoso de su calidad, se había quedado con una espina atragantada. Les pagaba un dineral a aquellos jóvenes con títulos y pretensiones, los dejaba escribir una cantidad de herejías en su gaceta para que el *Jornal da Cidade* fuese el adalid de la cultura en la ciudad, y cuando aparecía un tema trascendente dejaban que se les anticiparan sus competidores de redacciones baratas e incultas. Ese día, en reunión con los responsables — tras un rápido sueñecito en la sala refrigerada—, les había pateado esos traseros doctos y malcriados: les pagaba demasiado bien a esos tipos. No podía admitir que su diario estuviera en una humillante posición de retaguardia.

—¿Archanjo? Mayor, ¿es verdad que usted lo conoció?

—¿Si lo conocí? ¿Quién me enseñó a leer? ¿Quién lo encontró muerto en la Ladeira del Pelourinho? No llegó a ser mi padre porque doña Terência, mi madre, sólo se lo encontró después de que el Tuerto Souza ingresara en mi familia y ella instalara su puesto en el Mercado do Ouro. Todas las mañanas, Archanjo iba a tomar café, y él solo valía por todo un circo: historias, versos, refranes. Hasta hoy me parece que doña Terência sentía algo especial por él, pero Archanjo no

llegó en buen momento. Él fue quien me educó, el que me enseñó el abecedario, lo bueno y lo malo de la vida.

No lo dijo, pero podría haberlo hecho: el gusto por la cachaza y el placer con las mujeres. Pero ya el doctor Zèzinho no lo escuchaba; apretaba el timbre y gritaba por el intercomunicador.

—¿Llegó ya alguien a la redacción? ¿Quién? ¿Ari? ¡Mándelo aquí, enseguida! —se volvió hacia el mayor con su célebre sonrisa—. Mayor, usted es el hombre, no hay duda. —Y le volvió a sonreír; sonreía como si estuviera entregando un regalo—. Es el hombre.

En cierta forma era cierto: en las vísperas de sus setenta y cinco años, el mayor no tenía rivales en cuanto a popularidad; era sin duda la figura más pintoresca de Bahía. Rábula del Pueblo, Procurador de los Pobres, Providencia de los Infelices, habilitado en el foro, había batido todos los récords de defensa —y de absolución— en el juzgado en el que actuaba desde hacía casi cincuenta años; era innumerable su clientela de reos paupérrimos, desamparados, en la mayoría de los casos atendidos de forma gratuita. Periodista con carta blanca en todos los diarios, pues en todos escribía y publicaba las leidísimas «Dos líneas» de reclamaciones y peticiones a las autoridades, de denuncia de violencias e injusticias, de clamores contra la miseria, el hambre, el analfabetismo. Ex concejal por un pequeño partido que obtuvo su fama por haber elegido a dos sabihondos, el presidente y el primer secretario del gremio, ratas insaciables, hizo de la cámara municipal la casa de los pobres, puso en aprietos a los demás ediles, empeñó su posición en las *inovaciones* de las que nacieron los barrios nuevos, y nunca más recuperó su puesto. Orador general y universal, no sólo en los juicios y los tribunales de apelación sino también en cualquier ceremonia o

fiesta en la que se encontrase. Allí alzaba la voz, se tratase de una solemnidad cívica como de un almuerzo o cena de casamiento, cumpleaños o bautismo; tanto en la apertura de una escuela pública o de una sala de primeros auxilios como en la inauguración de tiendas, almacenes, panaderías, bares; en el entierro de una figura de pro o en comicios políticos (cuando estaban permitidos, en otras épocas), sin distinción de partido. Según él, para defender los intereses del pueblo, para protestar contra la miseria, la falta de trabajo y de escuelas, cualquier pasquín y cualquier tribuna sirven, y lo demás no importa.

Vale la pena oír uno de sus discursos; ¡ah!, el inefable discurso del 2 de julio en la Praça da Sé, ante las figuras del Caboclo y de la Cabocla, con Labatut, Maria Quitéria, Joana Angélica. Fue un monumento de oratoria cívica y barroca. ¡Cuántas veces lo llevó en hombros la masa impulsada por el delirio!

La voz ronca de cachaza y de cigarrillos, adecuada para los tropos y los clichés que arrancan aplausos, las citas de grandes hombres nacionales y extranjeros; Cristo, Ruy Barbosa y Clemenceau eran sus favoritos. En los discursos del mayor relucían sentencias y conceptos atribuidos a nombres famosos, vivos, muertos e inventados; en los juicios los lanzaba a la cara de los fiscales boquiabiertos ante tanto desparpajo. Una vez, en apoyo de una absurda tesis de legítima defensa, había citado al «inmortal jurisconsulto Bernabó, gloria de Italia y de la latinidad», y el fiscal, imberbe ardoroso y orgulloso de sí, decidió denunciar la impostura y desenmascarar de una vez por todas al embustero:

—Señor mayor, discúlpeme, pero nunca oí hablar del criminalista citado por vuestra excelencia. ¿Realmente existe ese Bernabó?

El mayor posó los ojos con lástima sobre el pretencioso fiscal:

—Vuestra excelencia es aún muy joven, tiene pocas lecturas, es natural que ignore las obras clásicas de Bernabó, y no se puede exigir que las haya leído. Si vuestra excelencia tuviese mi edad, los ojos casi ciegos, gastados por la lectura, entonces no se le perdonaría semejante ignorancia...

Tenía una vista excelente, nunca usó anteojos. A una edad en que la mayoría está con un pie en el retiro, en las jubilaciones y a la espera de la muerte, se mantenía firme y espigado, «conservado en cachaza», comiendo *sarapatel* a medianoche en São Joaquim, en las Sete Portas, en la Rampa del Mercado, derrumbando mujeres sobre la cama; «si me voy a dormir sin picotear no concilio el sueño»; el habano barato en la boca de dientes podridos, las manos grandes y nudosas, el cuello alto, el traje blanco —devoto de Oxalá, sólo podía vestir de blanco—, a veces con el cuello y los puños sucios.

Su escritorio, en principio, se encuentra por donde anda, pues jamás se lo vio caminar solo; va por la calle con tres o cuatro infelices que le demoran el paso, y cuando se arrima al mostrador de algún bar en busca de un trago, siempre saludable para el frío o el calor, inmediatamente comienzan los relatos, las quejas, las peticiones. Va tomando nota en trozos de papel, que guarda en un bolsillo de la chaqueta. Pero su bufete oficial, donde atiende todas las mañanas, queda al final de una puerta de un caserón colonial de la Rua do Liceu, en el ex taller del santero Miguel.

Muerto el santero, un zapatero remendón alquiló el lugar y allí ubicó sus herramientas y su media suela. Sin embargo, el escritorio del mayor permaneció en el mismo

lugar, y el nuevo artesano, simpático mulato de cara pecosa, le mantuvo la cachaza y la amistad.

Allí, alrededor de la puerta, se acumula desde temprano la maltratada clientela: mujeres de presos, a veces con todos los crios, madres con niños en edad escolar y sin escuela, desocupados, prostitutas, vagabundos, enfermos con necesidad de atención médica, hospital y remedios, pillos con proceso y libertad provisional, parientes de muertos sin dinero para el entierro, mujeres abandonadas por sus maridos, doncellas recién desfloradas, embarazadas de seductores inmunes al matrimonio, tipos de los más diversos, todos amenazados por la justicia, la policía, los poderosos, y borrachos simplemente embriagados, con la esperanza de un trago matinal para enjuagar la boca; población afligida, hambrienta y sedienta. El mayor los atiende, uno por uno.

Ha fijado su residencia en Liberdade, en Cosme de Faria y en Itapagipe, y en cada lugar lo espera una concubina, con paciencia y afecto, madrugada adentro, en la noche en que le toca.

En Liberdade reside Emerência, una criolla gorda y tranquila, de pechos y muslos abundantes, con sus cuarenta y tantos años, que prepara almuerzos bahianos para casas ricas, quien tiene una clientela selecta y es el más antiguo de los actuales amores del mayor; hace más de veinticinco años él la robó de su casa.

En Cosme de Faria, cose para fuera la tierna Dalina, cose y borda, manos de hada, rostro picado de viruela, treintañera, rubiona, graciosa.

Conoció al mayor cuando lo fue a buscar, embarazada, expulsada por el padre intransigente. El responsable, casado y cabo del ejército, obtuvo una pronta transferencia al sur. El mayor consiguió

maternidad y médico para Dalina y después la recogió junto a su bebé; no iba a dejarlos a la buena de Dios.

En Itapagipe, en una casita de frente verde y ventanas color rosado, Mara, cabocla y linda, de dieciocho años y dientes de oro, hace flores de papel de seda para una tiendita de la Avenida 7 y vende todas las que logra hacer. Además, el dueño del local ya le propuso otros acuerdos y ventajas; también lo hizo Floriano Coelho, pintor, atractivo y elocuente; el uno y el otro querían tomarla bajo sus cuidados. Sin embargo, Mara es fiel a sus flores y a su hombre. Cuando llega el mayor, ella se acurruca en sus brazos flacos, siente su aliento fuerte, oye la ronca voz nocturna:

—¿Cómo te va, mi pajarito?

¿Tres hogares, tres concubinas? Ante el comprensible y natural asombro de muchos al enterarse del número y de las bellas —«es mentira, no puede ser cierto»—, el mayor pide comprensión y disculpas: tengan en cuenta la edad prolecta y unas jornadas llenas de quehaceres. Cuando era más joven y estaba menos ocupado, no eran tres; entonces no se podían contar las casas y las mujeres, las permanentes y las pasajeras.

«Archanjo estaba siempre rodeado de gente, y las muchachas no lo soltaban», dice el mayor, mientras Ari, redactor principal, registra la información con su letra ilegible. El doctor Zèzinho sigue la entrevista, curioso. Desfilan personajes, sucesos, lugares y fechas; la memoria del mayor es un pozo inagotable. Tienda de los Milagros, Lídio Corró, Budião, Kirsi, puesto de comidas, Ivone, Rosa, Rosália, Ester, mujeres y más mujeres, el Afoxé de los Filhos da Bahía, la persecución a Procópio, el delegado Pedrito Gordo, una feria, la huelga de la Circular en el 34 («es mejor no hablar de huelgas en la situación actual, evite ese tema, Ari», le recomienda el

doctor al periodista de mente calenturienta, capaz de hacer de la huelga el centro del asunto, provocando problemas con la censura), el *Terno* da Sereia, el santero Miguel. Mucho, por cierto, pero todo ese palabrerío del mayor deprime al dueño del diario: vale muy poco, no tiene el menor carácter científico.

—¿Murió en la miseria, no? —pregunta Ari.

Bueno y simple pero un cabeza dura obstinado, con un orgullo interior, nadie podía con Archanjo. Muchas veces el mayor (no sólo él, también otros amigos) había querido llevarlo a su casa cuando el viejo perdió las últimas posibilidades de trabajo. ¿Usted aceptó? Él tampoco. «Me arreglo solo y no necesito limosnas.» Viejo astuto.

—Hace exactamente veinticinco años que murió. En diciembre, una semana antes de Navidad, el día 18, harán cien años de su nacimiento.

Se oyó una exclamación: era el doctor Zèzinho, finalmente ante algo que quería y buscaba.

—Mayor, ¿qué fue lo que dijo? ¿Cien años? ¡Repita eso!

—Es verdad: el centenario de Archanjo. Querido doctor, cuando festejó los cincuenta, la fiesta fue espectacular, una semana entera, ¡qué semana!

Agitado, el doctor Zèzinho se puso de pie y anunció:

—¿Una semana? ¡Qué una semana! Un año entero vamos a conmemorar el centenario, empezando desde mañana. Para terminar con la mayor solemnidad el día de su nacimiento. Ari, el *Jornal da Cidade* va a patrocinar las conmemoraciones del centenario del inmortal Archanjo. ¿Me entiende, va comprendiendo la idea? Ahora, el que se va a reír voy a ser yo. Quiero verles las caras a Brito y a Cardim. Ari, avise a Ferreirinha, a Goldman; vamos a hacer una reunión hoy mismo, vamos

a lanzar la mayor promoción de los últimos tiempos, con gran estilo. Convocaremos al gobierno, a la universidad con la Facultad de Medicina al frente, al Instituto Histórico, a la Academia de Letras, al Centro de Estudios Folclóricos, a los bancos, al comercio, a la industria, organizaremos una comisión de honor, traeremos gente de Río. Ah, vamos a aplastar a esos periodicuchos, vamos a mostrarles cómo se hace un diario.

Ari estaba de acuerdo.

—El diario necesita realmente una buena campaña. Desde que no se puede atacar al gobierno, las ventas no dejan de bajar.

El doctor Zèzinho Pinto se dirigió al mayor:

—Mayor, usted me dio la idea para la promoción del año: el centenario de Pedro Archanjo. No sé cómo agradecerle, cómo pagarle.

Le sonrió, no existe mejor paga, mejor agradecimiento, remuneración más grata que aquella sonrisa tan afectuosa del notable ciudadano. Pero el mayor, ay ese mayor Damião de Souza:

—Pero no se preocupe por eso, querido doctor. Venga conmigo al bar de las Focas de allí enfrente y páguese un coñac, que sean dos sin contar el suyo. Uno es para mí, otro lo beberé por Archanjo, el viejo se enloquecía por un trago de licor de manzanas. Vamos ya, que es el momento propicio.

Al procer no le cuadraba tomarse un coñac nacional en el mostrador de un bar de cuarta categoría, mucho menos con el calor de la media tarde. Sin embargo, en un gesto generoso, ordenó que la gerencia le entregara al mayor un vale para cachaza. Hoy se paga todo, se acabaron los buenos tiempos.

3

El gran Levenson no supo de la entrevista al mayor Damião de Souza, concedida y publicada cuando ya el sabio había partido de Bahía, y lamentó, unos meses después, en breve carta de su secretaria al doctor Zèzinho Pinto, director-propietario del *Jornal da Cidade*, no poder aceptar la invitación del ilustre órgano de prensa para hacer uso de la palabra en la «solemne sesión en homenaje al inmortal Pedro Archanjo», en el cierre de las conmemoraciones del centenario del maestro bahiano. «El profesor Levenson agradece las noticias sobre los homenajes brindados a Pedro Archanjo y se adhiere a ellos, feliz de comprobar que el pueblo brasileño demuestra su aprecio y estima por el eminente autor.» Lamentablemente, no podía asistir, aunque tanto lo desease: compromisos anteriores e ineludibles en el Extremo Oriente, en Japón y en China. Una curiosa posdata, escrita y firmada a mano por el científico, otorgaba un increíble valor de autógrafo a la carta escrita a máquina y firmada por la secretaria:

«P. S.: La China de la que se habla aquí es la continental, la República Popular China, pues la otra, la isla de Formosa, es tan sólo una ridícula y peligrosa invención de los belicistas».

«Premio Nobel exalta la iniciativa del *Jornal da Cidade*», fue el titular que encabezaba la noticia de la «entusiasta solidaridad de James D. Levenson, el gran hombre de ciencia de los Estados Unidos a la campaña de nuestro diario» y de la lamentable imposibilidad de su presencia. «Soy solidario y me hacen feliz los

homenajes», transcribía el diario, escamoteando al mismo tiempo a la secretaria y la posdata.

El doctor Zèzinho no ocultó su contrariedad: tenía por segura la asistencia de Levenson, y ahora su campaña se reducía a los genios nacionales y a los valores de la provincia. Se había garantizado la presencia del profesor Ramos, de Río de Janeiro, flaco consuelo para la ausencia del Premio Nobel, «llegado expresamente del Gigante del Norte, del coloso norteamericano», de acuerdo con el anuncio y la repercusión buscada. No se enteró el potentado bahiano de las vacilaciones de Levenson, casi decidido a mandar al diablo el curso de la Universidad de Tokio y la invitación de Pekín y volver a Bahía, a reencontrarse con el mar verde- azul, con las velas de los *saveiros*, con la ciudad recostada en la montaña, esa gente de civilizada gracia, esa muchacha alta —¿cómo era su nombre?—, palmera erguida, labios, senos, muslos y vientre inolvidables, mestiza salida de un libro de Archanjo, ese perturbador Archanjo cuyo rastro apenas había podido vislumbrar en el misterio de la ciudad.

Había venido para estar dos días, pero se había quedado tres —tres días y tres noches— y guardaba de su breve estancia una idea poética y absurda: Archanjo era un brujo, de eso se daba cuenta, y le había inventado a esa muchacha para él, Levenson, con el fin de probarle en la realidad todo cuanto había escrito. ¿Cómo era su nombre? Ah, sí, Ann, acogedora e impávida, y con el idiota del novio a rastras.

—¿Quién es ese tipo oscuro que nos sigue a todas partes? Un admirador o un policía, «¿un policía?» — preguntó el sabio, al tanto de los hábitos de los países subdesarrollados y de sus dictaduras, señalando al poeta Fausto, sombra de sus pasos.

—¿Aquél? —se rió Ana con desparpajo—. Es mi novio... Hablando de eso, ¿no me dijo usted que desea contratar a alguien para recoger datos sobre Pedro Archanjo? Pues él es la persona indicada. Es sociólogo y poeta, tiene talento y tiempo disponible.

—Si puede asegurar que va a comenzar ahora mismo y nos deja en paz, puede considerarse contratado...

Fueron días de plenitud: en compañía de Ana Mercedes, Levenson recorrió la ciudad, intrépido andarín, metido en los antros, en las laderas, en el pantano de los Alagados, en la Zona, en las iglesias barrocas de oro y azulejos. Conversó con la gente más diversa: Camafeu de Oxóssi, Eduardo de Ijexá, el maestro Pastinha, Meninha e Mãezinha, Miguel de Santana Obá Aré. Huyó de los notables y rechazó una cena de homenaje con el pretexto de una indisposición intestinal, zafándose así del fino menú y del discurso de salutación del académico Luiz Batista, una celebridad. Fue a comer *vatapá*, *carurú*, *efó*, *moqueca de siri mole*, *cocada* y *ananá* en lo alto del Mercado Modelo, en el restaurante de la finada Maria de São Pedro, desde donde contemplaba los *saveiros* de velas desplegadas cruzando el golfo y las pilas de frutas en la rampa sobre el mar.

En el *candomblé* de Olga, hija de Lôko y de Yansan, en el Alaketu, reconoció los *orixás* de los libros de Archanjo y, haciendo oídos sordos a las explicaciones del novio de la muchacha, los saludó con alegría y amistad. Apoyado en su reluciente bastón de cascabeles, Oxalá llegó bailando hasta él y lo recibió en sus brazos. «Encantado, padre mío, es Oxolufan, Oxalá viejo», le dijo Olga llevándolo a ver a los *pejis*. Una reina, aquella Olga, con sus trajes y colores de bahiana, con su

corte de hechiceras y de *iaôs*. «Reinas en las calles de la ciudad, con sus tableros de comidas y dulces, dobles reinas en los *terreiros, mães* y *filhas de santo*», había escrito Pedro Archanjo.

Las horas de la noche, de las tres cortas noches bahianas, fueron para la cama del amor, para las largas piernas de la muchacha, las ancas, los senos morenos, el perfume del trópico, la risa insolente, extravertida:

— Vamos a ver, señor gringo, si vale usted algo o es sólo fachada —le dijo ella la primera noche, sacándose la poca ropa—. Voy a enseñarle lo que vale una mulata brasileña.

Una fiesta, una fiesta inigualable de risas y gemidos. Una fiesta, ¿qué más se puede agregar? Las palabras se borran y el sabio Levenson, querido doctor Zèzinho, estuvo a punto de abandonarlo todo, Japón y China —la continental, no se olvide—, y aceptar su invitación para volver a la ciudad de Archanjo, la ciudad de los misterios y las brujerías.

¡Ah!, si el doctor Zèzinho lo supiera, podría encargar otro titular para su diario: «En Nueva York, el gran Levenson sufre por su nostalgia de Bahía».

4

Algunos pocos contemporáneos de Pedro Archanjo, descubiertos por los periodistas, más por azar que como consecuencia de una búsqueda planificada, ancianos tímidos, personas simples del pueblo, se limitaron a

recordar la figura de un buen vecino, bohemio y un tanto loco, que tenía la manía de anotarlo todo, lleno de preguntas y también de historias, oyente atento, hábil intérprete de *cavaquinho* y de guitarra, para no hablar del *berimbau* de *capoeira* y del *atabaque*, instrumentos sin secretos para quien los tocaba desde niño en las fiestas de la calle y del *terreiro*.

Declaraciones temerosas, testimonios tímidos ante periodistas de inquietante exigencia, ávidos de detalles sensacionalistas, de sexo brutal y triste, de violencia por la violencia misma, memorias de un tiempo y una gente sin encantos para la prensa de un mundo caníbal. Un tiempo y una gente aún próximos en el calendario, pero tan distantes en los hábitos, en los sentimientos, en el estilo de vida, hasta el punto de que el periodista Peçanha comentó en barra de amigos y amigas en el garito:

—¡Imagínense! Yo, que soy un tipo de onda, detrás de un viejito *colored*, que murió y fue enterrado hace más de veinte años y nadie se dio cuenta, y que me cuenten cosas sueltas, tontísimas y ridículas, que a él le parecen geniales, sobre un asunto llamado Tienda de los Milagros.

De onda, el reportero Peçanha, todos sus amigos, todas sus amigas de onda; cada uno más en la onda que el resto, en la onda total, y quien no estuviera en la onda era un pobre diablo.

—En ese lugar asqueroso en el que nada funciona, y Matusalén que viene a fastidiarme con esa tal Tienda, donde el molesto de Archanjo se hacía el actor, decía versos, una estupidez generalizada. ¿Saben qué me parece? Ese Archanjo no fue más que un payaso.

DONDE SE DA CUENTA DE CARNAVALES, PELEAS CALLEJERAS Y OTROS HECHIZOS, CON MULATAS, NEGRAS Y UNA SUECA (QUE EN REALIDAD ERA FINLANDESA)

1

La gente se acercaba corriendo para ver y aplaudía, gritaba, saltaba y bailaba con loco entusiasmo. Vino toda la comparsa: máscaras, *zé-pereiras*, *mandus*, *zabumbas*, disfraces, *blocos*, *cordões*, harapientos, cabezones, caretas. Cuando el *afoxé* apareció por el Politeama, se oyó un grito unánime de salutación, un clamor de aplausos; *¡viva, viva, vivaaa!*

La sorpresa hacía que el delirio fuera aún mayor: ¿No había prohibido el doctor Francisco Antônio de Castro Loureiro, director interino de la Secretaría de Policía, «por motivos étnicos y sociales, en defensa de las familias, de las costumbres, de la moral y del bienestar público, en el combate contra el crimen, el libertinaje y el desorden», la salida y desfile de los *afoxés* a partir de 1904 con cualquier pretexto y en cualquier lugar de la ciudad?

¿Quién se atrevería entonces?

Se atrevió el *Afoxé* de los Filhos da Bahía; nunca había salido antes y jamás se había imaginado y visto un *afoxé* tan majestuoso, con figuras tan grandes y bellas, con semejante escándalo, una maravilla de colores, un orden admirable y Zumbi en toda su grandeza.

Fue doblemente osado, pues llevó a las calles a la República de los Palmares armada para la guerra, los heroicos combatientes y Zumbi, su jefe y comandante, el mayor de todos los guerreros, vencedor de tres ejércitos, para enfrentarse al cuarto en el instante de la batalla, poniendo en peligro imperio y emperador, victorioso en su montaña de fuego y libertad.

Allí estaba Zumbi, de pie sobre la montaña, con la lanza en el puño, el torso desnudo, una piel de jaguar que le tapaba las vergüenzas. El grito de guerra marca la danza de los negros que huyeron de los ingenios, del yugo, de los capataces y señores, de la condición de animales de carga, hombres recuperados y beligerantes; nunca más esclavos. En un ala, los guerreros semidesnudos; en la otra, los mercenarios de Domingos Jorge Velho, partidario de la esclavitud, cabo de guerra sin perdón ni piedad, sin ley y sin tratados. «Los quiero vivos a todos, para que sean esclavos», anunciaba en su discurso al pueblo de Bahía durante el carnaval. Llevaba larga barba, túnica y bandolera, sombrero de explorador y mano sobre el látigo de tres puntas.

El pueblo aplaudía el rebelde y valiente desafío: ¿Dónde se vio, señor doctor Francisco Antônio de Castro Loureiro, interino de la policía y blanco de culo negro, dónde se vio un carnaval sin *afoxé*, diversión del pueblo pobre, del más pobre, su teatro y su ballet, su representación? ¿Le parece a usted poco la miseria, la falta de comida y de trabajo, las enfermedades, la viruela, la fiebre maldita, los males, la disentería que

mata a niños, y todavía pretende usted, señor doctor Francisco Antônio Mata Negros, empobrecerlo aún más y oprimirlo? Hubo rechiflas, silbidos, risas, abucheos, un arsenal contra el jefe de policía. Para los valientes del *afoxé*, *viva, viva, vivaaa*.

Se acercó todo el carnaval a saludar al *Afoxé* de los Filhos da Bahía, a aplaudir la República libertaria de los Palmares. Ni siquiera el *afoxé* de la embajada africana tuvo tanto éxito cuando se presentó por primera vez en 1895, mostrando la corte milagrosa de Oxalá. Tampoco tres años después, al exhibirse en la ciudad la corte del último rey del Dahomey, Su Majestad Negrísima Agô Li Agbô. Ni los Parranderos del África, con el *soba* Lobossi y su ritual angoleño. Ni los Hijos de la Aldea, en 1898, *afoxé* de *cablocos*, deslumbrante novedad que arrancó aplausos y elogios. Ninguno alcanzaba a compararse con los Filhos da Bahía en el año de la prohibición.

Llegó todo el carnaval, y con él la caballería y la policía. El pueblo reaccionó en defensa del *afoxé*: ¡Muera *Chico Cagão*, muera la intolerancia! La batalla se extendió, los jinetes desenvainaron sus espadas, golpeaban, pisaban a la gente bajo las patas de los caballos, y el *afoxé* se disolvió en la multitud. Gritos y quejas, muertas y vivas, gente golpeada, corridas, caídas, puñetazos, algunos guerreros atrapados por los esbirros, liberados por el pueblo persistente en la pelea y la locura.

Fue así la primera presentación, el único desfile del *Afoxé* de los Filhos da Bahía que llevó a Zumbi de los Palmares y a sus combatientes invencibles a las calles.

Un agente daba órdenes:

—Atrapen a aquel pardo, es el cabecilla.

Pero el pardo cabecilla, Pedro Archanjo, había desaparecido en algún callejón, ladera abajo, junto a

otros dos. Uno de ellos debía de ser secretario de Zumbi, puesto que, además de taparrabos, implicaba usar pluma, pergamino y un tintero azul en bandolera. ¿Quién podía ser ese escribiente sino Lídio Corró? En cuanto al segundo fugitivo, en él se reconocía por blanco y por uniformado a Domingos Jorge Velho, a pesar de que había perdido en el ardor de la refriega el sombrero de explorador y las barbas: en la vida civil el gallego Paco Muñoz, dueño del barcito A Flor do Carmo.

Corrían los tres a toda prisa, campeones precipitados. Pero de pronto Pedro Archanjo, simple guerrero de Palmares y jefe de la pandilla, detuvo el maratón y comenzó a reírse, a reír con las banderas desplegadas; una risa fuerte, clara y propia de quien había roto la injusta orden y había proclamado la fiesta; abajo el despotismo, viva el pueblo, límpida e infinita risa de alegría, hurra, hurra, *viva y viva, vivaaa*.

2

Su última farra carnavalesca, los Filhos da Bahía: en 1918 retornaron los *afoxés*, tras quince años de prohibición, pero Archanjo ya no les brindó el tiempo ni el interés de antes, a pesar de haber participado, a petición de *mãe Aninha*, del directorio de los Parranderos del África cuando su glorioso estandarte volvió a recorrer el carnaval, levantado por las manos de Bibiano Cupim, *axogun* del *candomblé* de los Gantois.

Afoxé significa «encantamiento», y el primero de todos, el inicial, fue puesto en manos de Pedro Archanjo por Majé Bassan, la temible: Archanjo había llegado para comunicarle la decisión y pedirle bendición y consejo. Lídio Corró, José Aussá, Manoel de Praxedes, Budião, Sabina y él, de acuerdo con un grupo activo de Tororó, pretendían organizar una *Folia* Carnavalesca, la Embajada Africana, en honor de los encantados, y para exhibir en la comparsa la civilización de donde provenían negros y mulatos.

Mãe Majé Bassan echó las cuentas para saber cuáles serían los dueños de la Embajada y cuál el Exu que los protegería. Se anunció como dueña a la sirena del mar, Yemanjá, y Exu Akssan asumió los cuidados y las responsabilidades. Resuelto esto, la *iyalorixá* trajo un pequeño cuerno de carnero, engastado en plata, que contenía *axé*, el sostén del mundo. Éste es el *afoxé*, dijo, y sin él u otro igual en importancia, ninguna *folia* o farra de carnaval debe salir a la calle ni atreverse a hacerlo.

—Éste es el *afoxé*, el encantamiento —repitió, y lo colocó en las manos de Pedro Archanjo.

La Embajada Africana, el primer *afoxé* en intentar disputar la preferencia y los aplausos en la plaza pública —enfrentando a las Grandes Sociedades, la todopoderosa Cruz Roja, el monumental Congreso de Vulcano, los Fantoques de Euterpe, los Inocentes en Progreso—, apareció en el año 1895, con Lidio Corró como embajador, maestro de ceremonias y coreógrafo inigualable. Con su indicación, el Bailador, Valdeloir, un muchacho de Tororó, subía el *afoxé* e iniciaba el canto:

Afoxé Ioni

E Ioni

Afoxé ê Ioni é.

El coro iba delante, con los cánticos y la danza:

E loni ô malé xê

Hay encantamiento hoy, decían, hoy hay encantamiento. La Corte de Oxalá, tema elegido para el desfile, tuvo tanto éxito que ya al año siguiente el *Afoxé* de los Parranderos del África se juntaba con la Embajada, fundado y dirigido por integrantes de la nación angola, con sede en Santo Antônio Além-do-Carmo. Un año más tarde ya eran cinco los que entonaban el canto de negros y mulatos, hasta entonces reducido al secreto de las macumbas, y el samba llegó a todos los que estaban en la calle.

Ese canto de los negros fue tan del agrado de todos, ese samba *de roda*, el baile, el batuque, el sortilegio de los *afoxés...*, ¿qué remedio quedaba sino prohibirlos?

Los diarios protestaban contra el «modo en que se ha africanizado entre nosotros la fiesta del carnaval, esa gran fiesta de la civilización». Durante los primeros años del nuevo siglo, la campaña de prensa contra los *afoxés* creció violenta y sistemáticamente ante cada éxito de los «cordones de africanos» y ante cada fracaso de las Grandes Sociedades Carnavalescas —con la Grecia Antigua, con Luis XV, con Catalina de Médicis—, se santiguaban los señores del comercio, los doctores, los ricos. «La autoridad debería prohibir esos batuques y *candomblés* que, en gran cantidad, se propagan estos días por las calles, produciendo esa enorme algarabía, sin ton ni son, como si estuviésemos en la Quinta das Beatas o en el Engenho Velho, así como esa mascarada vestida de falda y con el torso desnudo, que entona un samba abominable, pues que todo eso es incompatible

con nuestro estado de civilización», bramaba el *Jornal de Noticias*, poderoso órgano de las clases conservadoras.

Los *afoxés* asolaban las calles, corrompiéndolas, envileciéndolas.

En medio de los requiebros del samba, el pueblo ya no miraba ni admiraba los carros alegóricos de las Grandes Sociedades ni prestaba atención a sus temas de la corte de Francia: estaba lejos la época en que «el entusiasmo explotaba ante el paso de los clubes victoriosos, que monopolizaban todas las atenciones». El editorialista exigía medidas radicales: «¿Qué será del carnaval de 1902 si la policía no toma medidas para que nuestras calles no presenten el aspecto de esos *terreiros* donde impera el fetichismo con su cortejo de *ogans* y su orquesta de *ganzás* y panderetas?». Los *afoxés* seguían en la plaza y en la calle, ocupando todo, cada cual más triunfal y rico en colores y melodías, en pasos de samba —frente al Politeama, en el Campo Grande, en la Rua de Baixo, en el Largo do Teatro—. Obtenían triunfo tras triunfo, aplausos, palmas y hasta premios. *Afoxés* y samba invadían las calles, era una epidemia. Hacía falta un remedio drástico.

En 1903, trece *afoxés* de negros y mulatos hicieron retumbar los aires con sus portentosos cortejos («Rompieron el desfile, atronando el aire con estridentes notas de sus instrumentos, DOS CLARINES, los que visten LINDOS VESTIDOS DE TÚNEZ como prueba de que la civilización no es una UTOPIA EN EL CONTINENTE NEGRO como sostienen los maldicientes»; así comenzaba el manifiesto al pueblo de uno de los *afoxés*.) Luego del carnaval, el periodista se cubrió la cabeza de ceniza y vergüenza: «Si alguien ha de juzgar a Bahía por el carnaval, no puede dejar de ponerla a la par del África y,

considérese, para nuestra vergüenza, que se halla aquí hospedada una comisión de sabios austríacos, quienes naturalmente, ofendidos por el bochorno, van registrando estos casos para difundirlos en los diarios de la culta Europa».

¿Dónde estaba la policía?, ¿qué hacía «para demostrar que en esta tierra existe la civilización»? De continuar la escandalosa exhibición del África: las orquestas de *atabaques*, las alas de mestizas y de todos los grados de mestizaje —desde las opulentas criollas hasta las elegantes mulatas blancas—, el samba embriagador, ese encantamiento, ese sortilegio, ese hechizo, ¿dónde irá a parar entonces nuestra latinidad? Pues somos latinos, lo saben bien, y, si lo ignoran, lo van a aprender a costa de yugo y de golpes.

Finalmente, la policía reaccionó en defensa de la civilización y la moral, de la familia, del orden, del régimen, de la sociedad amenazada y de las Grandes Sociedades, con sus carros y sus graciosos desfiles de élite; se prohibieron los *afoxés*, el batuque, el samba, «la exhibición de clubes de costumbres africanas».

Por fin, mejor tarde que nunca. Ahora pueden desembarcar sabios austríacos, alemanes, belgas, franceses, o de la rubia Albión. Ahora, sí pueden venir.

Pero quien llegó fue Kirsi, la sueca, que, por otra parte, corrija pronto, no era sueca como todos pensaban, decían y terminó por ser; y sí finlandesa de trigo y de asombro. Poseída por el miedo y la lluvia, en la puerta del Mercado do Ouro, en la mañana del miércoles de ceniza, ofrecía una mueca de terror y los ojos de azul infinito.

Pedro Archanjo se levantó de la mesa de cuscús y ñame, sonrió con los labios amplios, se dirigió a ella con

paso directo y firme, como si lo hubieran designado para recibirla, y le extendió la mano:

—Véngase a tomar café.

Jamás se supo si comprendió o no la matinal invitación, pero la aceptó; se sentó a la mesa del puesto de Terência y golosamente devoró mandioca, ñame, torta de *puba*, cuscús de tapioca.

La impetuosa Ivone rumió sus celos en la tienda de Miro, murmurando insultos: «Cucaracha descarada». Terência posó sus ojos tristes sobre la mesa, quién sabe si no más tristes. La invitada, harta de comer, dijo una palabra en su lengua y se rió en dirección a todos. El *moleque* Damião, hasta allí en silencio y de pie al fondo, se entregó finalmente y también se rió:

—Blanca más blanca, de albayalde.

—Es sueca —aclaró Manoel de Praxedes, que acababa de llegar por un café y un trago—. Saltó del barco sueco, ese carguero que está recibiendo madera y azúcar, vino en el mismo remolcador que yo —Manoel de Praxedes trabajaba en la carga y descarga de barcos—. De vez en cuando una mujer rica y loca se embarca en un barco mercante para conocer el mundo.

No tenía cara de rica ni de loca; por lo menos allí, en el puesto, todavía mojada, los cabellos pegados al rostro, tan inocente y frágil, dulce niña.

—El barco sale a las tres, pero ella sabe que tiene que embarcarse antes; cuando bajé vi que el comandante conversaba con ella.

Tocándose con el dedo el pecho, dijo:

—Kirsi —dijo, y repitió estirando las sílabas.

—Ella se llama Kirsi —comprendió Archanjo y pronunció—: Kirsi.

La sueca batió palmas con alegre aprobación, y le tocó el pecho a Archanjo, preguntándole algo en su lengua. Manoel de Praxedes desafió:

—Descifre la charada, vamos, mi compadre sabihondo.

—Pues ya la descifré, mi querido. Me llamo Pedro —respondió dirigiéndose a la muchacha; había adivinado la pregunta y, repitiendo lo que había hecho la gringa, respondió—: Pedro, Pedro, Pedro Archanjo, *Ojúbá*.

—Oju, Oju —lo llamó ella.

Era el miércoles de ceniza. En la víspera, martes de carnaval, había sido disuelto el *Afoxé* de los Filhos da Bahía con los golpes en la espalda y en las patas de los caballos frente al Teatro Politeama, tras haber desfilado e impuesto la libertad y el samba. El *moleque* Damião había derribado a un jinete de su montura y se había traído un gorro como trofeo. No se lo mostró ni a Terência, por temor al castigo. Salió corriendo a buscarlo en el escondite de la cuadrilla, en el arenal. Cuando regresó con su botín de guerra, ya Archanjo y la sueca se habían ido.

Quien se quedó loco de entusiasmo fue Manoel de Praxedes, en la víspera el propio Zumbi de los Palmares, con su complexión de gigante, sus casi dos metros y su pecho amplio como una prensa. A la tarde, en el *afoxé* y en la pelea, a la madrugada en el remolque, en el sótano del carguero anclado durante la noche. No había tenido tiempo siquiera para conversar y comentar cosas con Archanjo y Lídio, con Valdeloir y con Aussá; había abierto camino en el conflicto, derrumbando a unos cuantos idiotas de la policía; sólo se pudo ir hasta al mar a reírse, a la espera del barco. Con su mano de hierro acarició la cabeza del niño:

—¡*Moleque* macho!

—Le voy a cortar ese machismo —amenazó Terência, con voz baja y grave, los ojos perdidos en la distancia.

—Pero doña Terência, ¿quién no iba a pelear ayer? Teníamos toda la razón, ¿dónde se vio semejante cosa?

—Es un niño, no tiene edad para eso.

¿Un niño? Era el guerrillero más moderno de las huestes de Zumbi, apto para el combate, y allí estaba la prueba, el quepis del soldado. Se rió con toda la fuerza Manoel de Praxedes, y su carcajada estremeció los cimientos del Mercado. Rumbo al Tabuão, bajo el chaparrón, la sueca y Archanjo sin palabras pero en una sola risa. En el puesto un silencio incómodo, ¿por qué? Manoel de Praxedes retomó el hilo de la conversación:

—¿Usted no fue ayer a ver el carnaval, doña Terência?

—¿Para ver qué? No me da placer la fiesta ni el carnaval, señor Manoel.

—Para vernos a nosotros, al *afoxé*, a mí que salí de Zumbi, a Damião vestido de guerrero. Al maestro Pedro le habría gustado verla allí.

—No le hago falta a nadie, menos aún a mi compadre. Tiene tanto hacia donde mirar, que no se da cuenta de mí. Ahora, hasta a una blanca que bajó de un barco. Señor Manoel, déjeme en mi rinconcito, con mi tranquilidad, con mis manías.

El viento traía harapos de risas; lejos, en el arenal, Archanjo y la sueca estaban con las manos entrelazadas.

Se entendían fácilmente con gestos y risas; paseaban cogidos de la mano, asistieron a la toma de las cenizas en la iglesia de oro de San Francisco, en la iglesia de piedra da Sé, en la iglesia azul del Rosário dos Prêtos. Espectros de luto, viejas beatas corvadas por el peso de las culpas del tiempo pagano del carnaval, por los pecados de los hombres, recibían las cenizas de la penitencia. ¿Quién merece la misericordia de Dios? Y la sueca, de sorpresa en sorpresa, de iglesia en iglesia, los ojos muy abiertos, la mano apretada sobre el brazo de Archanjo.

Recorrieron calles y laderas; él le mostró la Tienda de los Milagros con las puertas cerradas. El día anterior, Lídio Corró había vaciado al menos una damajuana en la conmemoración; no habría de despertarse hasta media tarde. Entonces, con muchos gestos y muchas risas, ella le preguntó dónde vivía. Allí, bien cerca, en una mansarda sobre el mar, con luna y estrellas por la noche. Hacía cinco años le había alquilado la buhardilla al español Cervino, y allí viviría más de tres décadas.

En la escalera oscura y abrupta circulaban ratas, y cuando una de ellas, enorme, saltó encima de la sueca, le dio tal susto o tal pretexto, que ella se vio en los brazos de Archanjo y le entregó la boca de sal y marejada. Frágil criatura, él la tomó en brazos y la cargó escaleras arriba.

Aroma a hojas de pitanga, y una cachaza añeja en barrica de madera perfumada. En un rincón de la mansarda, una especie de altar, pero especial; instrumentos y emblemas de encantamientos, en lugar de imágenes; el *peji* de Exu con su fetiche, su *itá*. Para Exu, el primer trago de cachaza.

A veces se decía que Archanjo era hijo de Ogun; muchos pensaban que lo era de Xangô, en cuya casa

ostentaba alto puesto y título. Pero cuando lanzaban los *búzios* y comenzaba el juego, el que respondía de inmediato, antes que cualquier otro, era el errante Exu, señor del movimiento. Llegaba después Xangô por medio de su *Ojuobá*, Ogun, y se acercaba luego Yemanjá. Delante, se reía Exu, amedrentador y farrista. No había duda, Archanjo era el mismo Demonio.

Kirsi se paró ante el *peji* y luego ante la ventana, mirando el barco mercante, más allá del fuerte. En la chimenea, un hilo de humo. «Mi embarcación», decía en su dialecto; él comprendió y miró la hora en su reloj: mediodía en punto, y las campanadas lo confirmaron. Al son de las campanas, ella se desnudó sin exhibirse y sin pudor, natural y simplemente, con una sonrisa y una palabra en finlandés, un juramento, una promesa, quién sabe. Con el son de las campanadas siguieron en lo suyo y la tarde avanzó hacia el poniente sin que se dieran cuenta. Ya no se escuchaba el sonido de las campanas sino el inoportuno silbato del barco, aviso de partida, que sacaba de la compañía de las prostitutas a grumetes y marineros. Del respiradero salía humo a borbotones. Silbato prolongado para llamar a la retrasada pasajera. En la buhardilla los dos eran uno solo, adormecidos en el mismo sueño. Archanjo le había enseñado el *arrorró* y el *despiojado*. En su idioma extravagante y sin embargo musical, ella lo meció con una canción de cuna escandinava.

Se despertaron al mismo tiempo, con la insistencia de la sirena del carguero preocupado; el reloj marcó las tres y media de la tarde. Archanjo se puso de pie, quebrado por la nostalgia, loco de deseo. ¡Había sido tan poco y ya se terminaba! La reclamaban el barco, el mar, el comandante. Archanjo alisó los pantalones; ella se rió. Se levantó toda desnuda y blanca, y por la ventana

asistió al adiós del barco. La mano bajó por el pecho de Archanjo, por el vello del mulato, se detuvo en la cintura: ¿Qué es eso de tener que vestirse? Dijo varias cosas la extranjera, y Archanjo supo, sin lugar a dudas, que estaba hablando de amor.

—Gringa —le respondió—, el mulato que hagamos juntos, si es varón, será el hombre más inteligente y fuerte, rey de Escandinavia o presidente de Brasil. Pero, ay, si nace mujer, ninguna va a poder comparársele en hermosura y porte. ¡Vamos ya!

Por largo tiempo siguió silbando el barco mercante por la pasajera perdida y se notificó a la policía. Finalmente, el comandante ordenó la partida; era imposible seguirse demorando. Bien le había dicho su patrón, el armador, al ver a la viajera en la cubierta: «Esta loca te va a dar un dolor de cabeza; por favor, que el viaje no se atrase cuando ella desaparezca en el primer puerto». Fue en Bahía, donde se procesa el mestizaje. Vamos rápido, gringa, y andemos despacio, vamos rápido. Las palabras se cruzaban, de amor unas y otras.

4

La luz de la tarde se disuelve en sombras; la Ladeira do Tabuão, casi vacía, todavía no se recupera del carnaval. El maestro Lídio Corró, apoyado sobre el papel, dibuja y pinta, ilustra el milagro. Comenzó antes de los desfiles, y debe terminar hoy. A pesar del

cansancio y de la pereza, el rostro se le abre en una sonrisa.

El milagro fue famoso, digno de promesa y gratitud, gratitud que Lídio Corró, artista del pincel, expresa, por encargo, usando para eso su tinta china y su talento. Pero Lídio no piensa en la grandeza de la gracia concedida, en la categoría del prodigio; es del propio cuadro de donde provienen su sonrisa y su satisfacción: de la luz lograda, de los colores y la complicada composición, con las figuras, la huida de los caballos, el santo y los matorrales vírgenes. Le gusta sobre todo el jaguar. Una pincelada aquí, otra más allá, para acentuar el verde de la selva, el negro cielo nocturno, la palidez de las criaturas; la escena es patética y el maestro está llegando al final de su trabajo. Tal vez debiese agregar un rayo o dos, cortando los senderos, para darle más fuerza al drama.

Cuando agarró el pincel para retocar y concluir el milagro, Lídio Corró, cuarentón bajo y robusto, mulato lleno de viveza y malicia, lo hizo con mala voluntad. El día anterior había bebido más allá de cualquier medida; él y Budião habían perdido la cuenta durante el batuque en la casa de Sabina. Lídio no recuerda nada a partir de un determinado momento: cómo terminó la fiesta y vino a parar a la Tienda, quién lo trajo; cuando se despertó, casi a las dos de la tarde, se vio vestido y calzado sobre el estrado en el que dormía y derribaba a fulanas, en un rincón al final del estudio. Al mismo tiempo estudio y vivienda, con cocina, un grifo para bañarse que da gusto y un pequeño lugar en el que Rosa planta y recoge flores. Si Rosa se decidiese de una vez, ah, ¡qué jardín crecería al contacto de sus manos! Lídio se preparó un café bien cargado. En aquel carnaval nadie había visto a Rosa de Oxalá.

El deseo del milagrero era regresar a la cama y dormirse hasta la noche; sólo entonces abriría las puertas de la Tienda para recibir a los amigos y charlar. Los esperan muchos temas y cuestiones: los acontecimientos del día anterior, ampliados por un reguero de rumores, mentiras y noticias absurdas. Alguien había llegado a la casa de Sabina trayendo una increíble novedad: el director interino de la Secretaría de Policía, doctor Francisco Antônio de Castro Loureiro, había sufrido una repentina enfermedad al enterarse de que un *afoxé* de negros y mulatos había desobedecido su edicto y salido a las calles.

El doctor Francisco Antônio era de familia noble y descendencia ilustre, voluntarioso y maligno, inflexible; sus órdenes debían obedecerse ciegamente y ejecutarse rápida e integralmente. No había podido imaginarse que alguien se atreviese a desconocer y violar la ley por él impuesta, que un *afoxé* se organizara y saliese a desfilar. Para colmo, con aquel *enredo* desafiante e insultante. Audacia imprevisible, hazaña imposible, ardua y compleja, con muchas variantes, que exigían tiempo, dinero, organización y el mayor de los sigilos. Se resistía el doctor a creer que esa canalla inmunda, esa pandilla de mestizos, hubiese concebido y se hubiera atrevido a esa actitud inconcebible. Allí debía de haber funcionado el dedo corrupto y traicionero de los monárquicos o una trama subversiva de la vil oposición. Pero si hubieran sido simplemente los mestizos, la negrada, entonces sólo le quedaba morirse o, peor aún, renunciar al cargo.

En presencia del doctor Francisco Antônio, con su fama de coraje y crueldad, los temibles bandidos perdían la compostura y los criminales más peligrosos se meaban del miedo. Pues ese héroe de la policía, ese capitán del interior, había sido puesto en ridículo en las

calles de la ciudad, en la plaza pública, convertido en blanco de los abucheos y las burlas, y había silbidos en la boca de compadres y *moleques*. Herido en su soberbia, envuelto en el odio y la humillación y aislado, helo aquí recogido en el lecho con médicos y remedios caseros.

Al esbozar el portentoso milagro, Lídio deja correr la imaginación: quién sabe si en ese mismo momento no estará la familia del director interino de la policía haciéndole promesas al Señor del Bonfim para salvarle vida y empleo, y todavía le tocaría a él, maestro Corró —embajador del *afoxé*, secretario de Zumbi, encargado de dirigir el baile—, pintar al doctor en la cama, verde de rabia e impotencia, el corazón enfermo de sambas y cánticos en *nagô*, un corazón en el que sólo cabían la vanidad, la arrogancia y el desprecio hacia el pueblo.

Nunca se había concretado un engaño tan bien hecho, nunca se habían enfrentado con tanto garbo y valentía las reglas y las imposiciones de los poderosos. Cuando Archanjo —al leer el decreto en el diario, con la prohibición de los *afoxés*, del samba, de los batuques— le propuso la travesura, también él, Corró, había dicho «es imposible». ¿Pero quién puede resistirse a Archanjo, lengua de oro, una avalancha de razones y argumentos? Le cupo a Corró gran responsabilidad en todo lo ocurrido. Él, Budião, Valdeloir y Aussá fueron los elementos claves de la organización. Sin hablar de Archanjo, la pieza principal.

Había agarrado el pincel y la tinta, con pereza y mala voluntad: ¿Cómo puede alguien de la comparsa trabajar en las cenizas del miércoles muerto, día de descanso? Pero el plazo de entrega era fatal: antes de las nueve de la mañana del jueves, sin el menor atraso, pues para las once el dueño del encargo, el beneficiario del milagro, un

tal Assis, hombre del interior y de dinero, plantador de tabaco y caña, ya había contratado cura y misa con sermón y cánticos. Había hecho una promesa de verdad, iba a gastarse su buen dinerillo, toda una zafra de tabaco: sólo de velas de un metro había encargado una docena. ¿Y la pirotecnia, don Corró? Toda la familia lleva una semana en la ciudad, gastando en hotel, un montón de gente.

—Está usted invitado, después de misa vamos a celebrarlo, si Dios quiere.

—Ay, mi estimado señor, para el miércoles es imposible, no se puede. Queda en medio del carnaval, y durante el carnaval nadie cuenta conmigo, menos todavía este año. Si realmente está tan apurado, búsquese a otro.

Pero el tipo no quiso ni escuchar hablar de otro; para él el único era Lídio Corró; su nombre de milagrero había llegado al sur y al *sertão*. De Ilhéus a Cachoeira, de Belmonte y Feira de Santana, de Lençóis y hasta de Aracaju y Maceió desembarcaban clientes rumbo a la Tienda. Don Assis fue categórico: «Sólo me sirve usted; me dijeron que no hay nadie tan competente, y yo quiero, amigo mío, de lo bueno, lo mejor; fue un milagro de primera, don Corró; aquello no era un jaguar, era un despropósito de animal sin entrañas, los ojos, créame, una iluminación». De creer al *sertanejo*, esa vez el Señor del Bonfim se había superado.

De los verdes matorrales en el bosque espeso, bajo un triste cielo de malos presagios, surge la fiera, ágil y hambrienta, de rayas negras y amarillas; domina el cielo y el suelo, domina todo el cuadro; junto a su enorme cuerpo los hombres parecen pigmeos y los árboles simples arbustos de jardín. Relampaguean los ojos del animalejo, esos ojos como lámparas, única luz presente,

pues, tras pensarlo, el maestro Corró había desistido de los rayos, por falsos y excesivos. Para generar miedo basta con los ojos del animal, de brillo incandescente e hipnótico, atravesando la oscuridad, paralizando a los caminantes.

El rugido del felino despertó a los cuatro adultos y a los tres niños que dormían en el claro. Lídio los representó paralizados por el pavor. Los caballos se habían disparado en un galope de relinchos; se ven apenas las ancas en el salto y la carrera. Milagro de categoría, prodigio de figuración, algo que excedía a lo que podía ocupar un cuadro; por eso mismo —por difícil— capaz de arrancar a Lídio Corró de la pereza y del cansancio y de sumarlo al trabajo apasionante. Lo fácil no lo conmueve, es un artista y tiene orgullo y altivez, ¿o sólo el doctor Francisco Antônio tiene derecho al amor propio, al brío, a la altanería?

No todos los días puede pintarse un milagro así, con esa perfección. Con letra muy cuidada escribe al pie del cuadro: «Gran Milagro que hizo Nuestro Señor del Bonfim el día 15 de enero de 1904 a la familia de Ramiro Assis, cuando, viajando él mismo hacia Amargosa de Morro Prêto, con esposa, hermana soltera, tres hijos y mucama, se vio por la noche atacado por un jaguar, en el claro en el que dormían. Clamaron por el Señor del Bonfim y el jaguar permaneció inerte y manso antes de retirarse».

Escrita en cuatro líneas, la historia resulta muy simple. «Ponga en el cuadro, maestro Corró, la ansiedad, el miedo, la aflicción, la desesperación de la familia, la madre enloquecida. En las manos de Ramiro Assis, sólo un cuchillo de picar tabaco, pues la carabina estaba en la grupa del caballo. Muestre a la fiera moviéndose con pasos sutiles y traicioneros. Se dirige

hacia el más pequeño de los niños, que todavía gatea, inocente en su sonrisa dedicada al enorme gato.» Fue cuando Joaquina, esposa de Assis, y madre de los pequeños, lanzó su grito atroz: «¡Señor del Bonfim, salva a mi hijo!».

La respuesta del santo fue fulminante. A un paso del niño, la fiera se detuvo, como si la mano celestial le impidiese avanzar. En una nueva súplica sumaron sus voces adultos y niños, con excepción del pequeñito todavía pagano y contento con reírle al jaguar con total familiaridad. En un clamor único apelaron al santo omnipotente: «¡Sálvanos, Señor del Bonfim!». Ramiro Assis prometió cielo y tierra.

—Debería usted haberlo visto para creerlo, don Corró: el jaguar dio media vuelta, caminó despacio hasta la espesura y desapareció de pronto. Me abracé a los míos. Todo el mundo dice que usted es el milagrero más famoso de Bahía. Quiero un cuadro con todo lo que le conté, sin agregar ni quitar nada.

Quien dijo esto, don Assis, acertó e hizo justicia. Muchos son los dibujantes de milagros de Bahía; sólo entre el Tabuão y el Pelourinho hay otros tres, además del maestro Lídio; pero no hay nadie igual a él ni aquí ni en todo el país. Quien lo proclama es el pueblo y no él mismo, poco dado a la fanfarronería y al palabrerío: «Voy a esmerarme con el santo, hizo todo para merecerlo». Se demora el maestro Corró en la figura del Cristo del Bonfim, clavado en la cruz pero con un brazo liberado, apuntando en dirección al jaguar y a la familia. En lo alto del cuadro, donde el santo ejecuta su milagro, la claridad domina a la oscuridad, y la aurora se va anticipando.

Vuelve, sin embargo, Lídio Corró a su figura predilecta y que se le rebela: el jaguar rayado, inclemente, gigantesco, los ojos taladrantes, y la boca,

ay, la boca para sonreírle al niño. El artista ya ha hecho de todo para atenuar esa sonrisa, esa ternura; le otorgó al jaguar *sertanejo* porte de tigre y aspecto de dragón. Es superior a sus fuerzas; por más feroz que la pinte, ella sonríe; existe entre la fiera y el niño un pacto secreto, un conocimiento antiguo, una amistad inmemorial. Lídio renuncia y firma la pintura del milagro. Una orla roja circunda el cuadro y con tinta blanca el milagrero escribe su nombre y domicilio: Maestro Lídio Corró, Tienda de los Milagros, Tabuão, n.º 60.

En la media luz del fin de la tarde, en la violeta claridad del atardecer, el maestro Corró, sincero y conmovido, admira el trabajo terminado: una belleza. Pero una obra de arte que saldrá de ese estudio, de la Tienda de los Milagros (si Rosa lo aceptase, le cambiaría el nombre por el de Tienda de Rosa y de los Milagros), donde se esfuerza y lucha un artista modesto pero competente en su oficio. Y no sólo en ese oficio de ilustrar milagros, en este arte de pintar exvotos; también en muchos otros. Basta con preguntar en la calle quién es Lídio Corró y cuántas cosas ha inventado y realizado.

En lo demás, no se trata de él solo. Son dos. Lídio Corró y Pedro Archanjo, casi siempre juntos, y con ellos nadie puede: compadres, hermanos, más que hermanos, son gemelos, *ibejus*, dos *exus* sueltos en la ciudad. Si quieren saber más, vayan a la policía y pregúntenle al doctor Francisco Antônio.

De espaldas, el maestro Lídio retrocede, se aproxima a la puerta para ver mejor. La claridad es escasa, cae la noche.

—Bonito —dice la voz de Archanjo—. Si fuese rico, compadre, todas las semanas te encargaría por lo menos un milagro. Para tenerlo en casa y mirarlo cuando quisiera.

Se dio la vuelta el dibujante, sonrió en las sombras y se topó con la extranjera: su blancura como de porcelana, transparente, su aspecto de niña.

—Kirsi —la presentó Archanjo, y era evidente su satisfacción.

—Mucho gusto —dijo Corró, y le extendió la mano—. Entre, la casa es suya. —Y le hizo saber a Archanjo—: Dile que se siente y enciende la luz.

No mostró sorpresa ante la forastera, la inesperada huésped. Puso el cuadro contra la luz y lo contempló largamente hasta aprenderlo de memoria. La gringa, alta y esbelta, también miró por encima de su hombro, con aprobación y entusiasmo y con aplausos vehementes y exclamaciones ininteligibles. Ahora, sólo faltaba que lo viese Rosa, la peregrina, y quién sabe si no se aparecería de repente, en carne y hueso. Allí, en la Tienda de los Milagros, todo podía suceder y todo sucedía.

5

Si de día el movimiento era intenso, de noche lo era mucho más. Crece la animación en la Tienda de los Milagros desde que las luces se encienden y anuncian la hora del espectáculo. Luego, sólo los amigos y las mujeres, la charla interminable, sobre lo que sea, a la buena de Dios. Ni siquiera en un miércoles de ceniza, el miércoles posterior al carnaval, faltan clientes para la linterna mágica, las comidas que llegan de la cocina.

¿De quién es la idea de imitar el cine? ¿De Lídio Corró, de Pedro Archanjo? Es difícil saberlo, pero, por cierto, son de Corró las figuras recortadas en cartón grueso, articuladas, vistas de perfil. De Archanjo serán la animación, el armazón de las escenas, las palabras, la sal y la pimienta.

Apagadas las luces, queda sólo el brillo apagado del farol sobre la pantalla negra, desde donde se proyectan las sombras ampliadas de los ingenuos y licenciosos personajes sobre la pared blanca de cal. Es todo muy simple y rudimentario y cuesta unos pocos centavos. Atrae a chicos y grandes, ricos y pobres, marineros, ganaderos, cajeros y comerciantes. Hasta algunas mujeres se atreven a participar a escondidas.

Eran protagonistas, reflejados en las paredes, los dos amigos íntimos, Pinguelinho y Zé Piroca⁶, en juramentos y abrazos de amistad. Bien escandalosa, surge en escena Lili Chupeta y se va al diablo la amistad eterna y franca. Los dos se la disputan a golpes, palabrotas, bofetones y topetazos, ataques rastreros, puntapiés, tomas de *capoeira*. La pelea arranca aplausos de la platea.

Todo termina en la farsa más absoluta, cuando Zé Piroca, con la verga encendida y tras haber puesto fuera de combate a Pinguelinho, se arroja sobre Lili Chupeta, le abre las piernas y la penetra. Delira el público con las contorsiones extravagantes, con el alocado ritmo; es un momento supremo, una cumbre emotiva de la superproducción. Pero no es el fin de la trama; falta la secuencia de mayor comicidad, la que justifica el precio de la entrada. Sucede en la hora máxima de los amantes, en lo mejor del placer: reaparece en escena Pinguelinho, recuperado y vengativo, y Zé Piroca sólo se

6 Dos formas de nombrar el miembro masculino. [N. del T.]

da cuenta cuando siente al rival que se le sube a la espalda y se la pone entre nalga y nalga.

Termina la función, salen los asistentes entre carcajadas; dentro de poco llegarán otros. De las seis de la tarde a las diez de la noche funciona el farol. Por unos pocos centavos, no resulta caro.

6

A veces, al finalizar un milagro trabajado con arte e inventiva, el maestro Lídio Corró experimenta el deseo de desistir del pago, de quedarse con el cuadro, de no entregarlo y colgarlo de las paredes del estudio. Al menos, los más bonitos. Sin embargo, en la sala de la Tienda de los Milagros hay un único milagro en la pared. Representa y muestra la figura de un individuo pálido y esquelético, víctima de una tuberculosis galopante, salvado de la muerte en cierta ocasión cuando, en el momento de la hemorragia final, una tía suya, descreída de la medicina y devota de la Virgen, recurrió a Nuestra Señora de las Candelas y le confió la suerte de su sobrino inundado en un mar de sangre.

La propia tía vino a encargarse del trabajo: una señora gorda, de conversación cautivadora, pero más charlatana que el Assis del jaguar y, además, exagerada. Manoel de Praxedes, presente durante el encuentro, quedó atrapado, enamorado, como le sucedía siempre delante de una gorda; «me gusta sentir carne en la

mano; a los perros les gustan los huesos, ya lo sabes; pero trata de darles lomo o asado y verás el resultado».

Estaba la agraciada feliz con su milagro; habló de sus ventajas, tomó prestigio prestado a la Virgen. Manoel de Praxedes dijo que él también era muy devoto de la de las Candelas, que no se perdía la fiesta; con sol o lluvia allí iba todos los años. Santa increíble, realmente milagrosa, con él era así, a la antigua, no le iba a fallar ahora.

La tía, bien a tono con la jactancia del farsante, quiso pagar la mitad del precio del trabajo, y fue una suerte pues nunca regresó. Según lo que cuentan, la santa se abstuvo ante una segunda hemorragia, vaya a saberse por qué motivo, que por cierto debía de ser relevante. En la opinión autorizada de Rosenda Batista dos Reis, a quien Corró le contó el episodio, la santa debió de haberse sentido insultada con ese despropósito de que la tía gorda y el estibador se frotaran a la sombra de su nombre y los castigó librando al tísico a su suerte, a desangrarse. Rosenda era de comentarios prudentes, seguros y sensatos, y sabía mucho de milagros y de ebós.

El cuadro en la pared representa una imagen lúgubre, sin horizonte, con los colores patéticos y la sangre a borbotones. Semierruido en su lecho de soltero, flaquísimo, exangüe, el agonizante: un haz de huesos, piel de cera, en el rostro se lee la muerte. La tía, beata y jovial, salía bien retratada; con chal rojo sobre la cabeza, contempla la figura de la Virgen y pide compasión. La sangre desborda del lecho, cubre las sábanas, chorrea sobre el piso, alcanza el cielo. Un poco aparte de esa zona sanguinolenta un orinal de loza con flores verdes, rosas y rojas. Flores idénticas en la falda de la tía, en la cabecera y en los pies de la cama. Tal vez el maestro Corró quiso romper con ellas la angustiosa atmósfera de

desesperación y muerte. ¡Ah!, mi estimada amiga, no hay santo que salve a este infeliz. Basta con mirar el cuadro y verle la cara. Por falso y fracasado, el único milagro que permanece en la pared del estudio, colgado entre un grabado al óleo de San Jorge con su caballo blanco y el dragón de fuego, y un cartel del Moulin Rouge de París, firmado por Toulouse-Lautrec, una escena de baile de cancán: francesas con las faldas levantadas, exhibiendo muslos, ligas, medias y encajes; ¿cómo diablos habría ido a parar allí?

Cuántas ganas de quedarse con algunos de los milagros, los más bonitos, los más audaces en su arte y su trabajo, pero, ¿cómo hacerlo cuando se necesita el dinero? Dinero y mucho, con urgencia. Poseía sus ahorros; ponía sus fondos en manos de don Herval, mayorista de la Cidade Baixa. Una imprenta, por pequeña que sea, no se consigue con unos centavos; había que juntar un montón de dinero. Una imprenta era su única ambición en la vida, y había de realizarla. La única, pues la otra, la que tenía que ver con Rosa de Oxalá, no dependía ni del trabajo ni del dinero; era un sueño imposible. Para transformar ese sueño en realidad deberían unir sus fuerzas el Señor del Bonfim y la Virgen de las Candelas, juntar sus poderes en el supremo milagro, y tal vez todavía fuera necesario encargar en la misma ocasión un *ebó* para Oxolufan, que es el Oxalá viejo, el mayor de todos.

Un milagro es eso, mi amor. Rosa allí bailando, con su falda blanca, bordada, de siete enaguas, con los brazos y los hombros desnudos bajo la bata de canutillos, los collares, las cuentas, las pulseras, la risa agreste. Decir cómo era Rosa, Rosa de Oxalá, la negra Rosa, describirla con las sandalias de algodón, su olor nocturno, ese aroma de hembra, ese perfume, la piel de un negro azulado, de seda y pétalos, su poder total, de la cabeza a los pies, su profunda elegancia, la elocuencia, los dijes de plata, la languidez de los ojos yorubas; ah, mi amor, para hacerlo, hay que ser un poeta de probada fama, con una lira y su melena, y no esos trovadores de la ladera, con sus versos de siete sílabas, buenos guitarristas para el desafío, pero muy poco para Rosa.

Cierta vez iba Rosa por la calle, con su vestido de fiesta, pues se dirigía a Casa Branca. Como era viernes, había comprado *conquém* blanco para sacrificar a su Padre, Oxolufan. En la ventana de una rica mansión, dos opulentos señores, uno bastante anciano, el otro jovencito, la vieron pasar con su ofrenda y su realeza, elegante, con las sandalias que dejaban al caminar un rastro armonioso, la rosa en el cabello —los cabellos eran un musgo matinal—, el trasero en navegación de marea alta y un pedazo de su seno iluminando el sol.

Suspiran los dos, y el joven, un malcriado niño de mamá, retoño de primos y primas casados dentro de la familia y de una fornicación de pura sangre, alfeñique raquíptico y petulante, la voz temblorosa, dijo: «Qué cosa, coronel, esa criolla, ay si pudiera estar encima o debajo de ella». A lo que el viejo hacendado —que había sido en su tiempo un árbol, un río de torrente caudaloso, un caballo bravo y semental, un terremoto—, apartando los ojos de la negra y dirigiéndolos al lindo adolescente, pobre sangre decadente, débil, respondió: «Ay, mi

doctor, esa mujer requiere mucha preparación, no es una concha para cualquier verguita que sepa hacer pis, que lance agua, ni para un palo ya cansado. Para mí ya no es y para usted no lo será nunca».

Lídio Corró toma la flauta y el sonido despierta estrellas; en la guitarra, Pedro Archanjo busca la luz y la trae de lejos; para Rosa todo es poco: de ella nace el samba en la Tienda de los Milagros. La flauta gime amor, solloza.

Rosa siempre llega así, inesperadamente, de pronto. De la misma forma ilógica desaparece, nadie la ve; puntual sólo en escasas y determinadas obligaciones de *candomblé*, cuando recibe a Oxalá en la barraca de Casa Branca en el Engenho Velho, donde navega el barco de Oxum. Exceptuando la ronda de esas grandes fiestas, en todo lo demás es imprevisible. Un día llega y se queda una semana entera, de lunes a sábado; llega antes que todos, sale a la barra por la mañana, animadísima, riendo y cantando, intercambiando bromas y charlas con Corró, apoyada en su brazo, reposando la frente en su hombro, amante tan cariñosa y ama de casa tan activa, que ordena y arregla las cosas, orden que él piensa que es definitivo y para siempre, manceba en concubinato, esposa en casamiento, su mujer. Pero cuando todo parece seguro y firme, Rosa desaparece, no da noticias durante un mes o dos, un tiempo vacío de alegría.

Cuando sucedió el milagro, hace más de un año, de casualidad y de repente, sin preludios ni demoras, Lídio, que hace mucho la codiciaba, quiso inmediatamente oficializar la relación: «Trae tus bártulos y múdate enseguida». Regresaban juntos de una fiesta, cierta noche; Lídio le había ofrecido acompañarla por la calle desierta y peligrosa y fue él quien pidió ver la lámpara

tan mentada: se murió de risa con Zé Piroca, se tomó un vaso de *aluvé* y se entregó fogosa, casi regalada, como necesitada. Tardó, mientras iba y venía, tres días y tres noches: arregló el estudio y el cuarto, puso todo como nuevo y limpió todo el lugar; llenó la casa con sus cánticos. Lídio se reía por los rincones. Pero bastó con que se hablara de juntarse, para que ella se pusiera seria y grave, y con voz amarga le hiciera esta amenazadora advertencia: «Nunca me hables de eso, nunca más, si no no vuelvo. Si me quieres, si te gusto, debe ser así, cuando me dé la gana, cuando quiera venir por mi propia voluntad. No te pido nada, sólo pido que no te metas en mi vida, que no me vigiles, que no me estés espionando, porque si me entero juro que nunca más me verás la cara». Lo dijo de tal manera y con tanta determinación, que no le dejó margen para discutir: «Para verte y tenerte, si es necesario comeré sapos y culebras».

Cumplió con lo prometido: no le hizo preguntas y no quiso escuchar rumores. Rumores, suposiciones, cuchicheos, pues en verdad nadie sabe nada concreto sobre Rosa. La casa confortable en Barris, con jardín delante, cortinas en las ventanas y un perro guardián, hogar impenetrable: sólo una niña vestida con el mayor cuidado, en medio de las flores, juega con el perrazo; mulatita digna del altar de una iglesia, Rosa niña de cabellos lisos, morena del color del *sapotí*. Sólo Majé Bassan sabe cómo vive Rosa, sus particularidades, los porqués y la consecuencia, todo bien guardado en sus desmedidos senos. Los senos de una *Mãe de santo* deben ser así, enormes, para que en ellos quepa la aflicción de hijos e hijas y de extraños y extranjeros. Son arcas de desesperaciones y rencores, de esperanzas y sueños; son cofres de amor y de odio.

Sólo Majé Bassan, esa temible y dulce *mãe*, sabe de Rosa y conoce su vida; el resto son habladorías. «Vive con un ricachón blanco, un viejo de la nobleza, barón o conde, duque de los Anzuelos y del Casquete, el padre de su hija»; «está casada por lo civil y por la iglesia con un comerciante portugués, con el que tuvo una niña». Pura conversación de comadres, charlas de chismosas, por el gusto de hablar, por el gusto de escucharse la propia voz. Lídio nunca preguntó ni intentó enterarse por ningún medio.

Rosa llega, traviesa y alegre, y su presencia basta; ¿qué importa lo demás? Habla, se ríe, baila; canta y la voz es grave, con un acento nocturno. Rosa envuelta en sombras en la pobre luz de la Tienda donde la flauta de Lídio llora y suplica. ¿Para quién baila? ¿Para quién son los movimientos de su cuerpo, los requiebros de las caderas, los ojos de deseo? ¿Para Lídio, amante constante y casual? ¿Para alguien que no está allí y no sabe quién podrá llegar a ser, marido, amante, noble o rico, el padre de su hija? ¿Para Archanjo?

«El milagro es eso, querida mía: Rosa con su canto, un cantar antiguo, lleno de promesas, de malicia, de sobrentendidos.»

*Vamos atrás da Sé
Na casa de sinhá Teté
Caiumba.*

Muere en la flauta el maestro Lídio Corró; la pasión expuesta rompe su pecho entristecido. Para tenerla de vez en cuando come sapos y culebras, víboras de cascabel. Frente a él, Rosa baila y canta, se ofrece y se niega. Frente a los dos, Pedro Archanjo no demuestra sentir nada; del fuego que lo devora nadie ha de

enterarse. Lídio no puede ni siquiera desconfiar, y Rosa menos aún. Su rostro está cerrado, de piedra la cara; ese enigma de Archanjo, esa adivinanza sin respuesta no puede ni ser descifrada por la *mãe* Majé Bassan.

Suenan las palmas de las bellas, se abre la ronda del samba, vibra la flauta, se eleva la guitarra. Cada cual con su secreto, su angustia, su tormento. A los pies de Archanjo, recostada, la sueca, toda blanca y rubia. Pero no está sola. A su lado, se yergue Sabina de los Ángeles, de los ángeles el más bello, Reina de Saba, en las palabras del maestro Pedro, con el vientre amplio, a la espera de su niño; preñada y todo había bailado samba el día anterior sin parar y ahora mismo entra en la rueda, donde ya da vueltas Rosenda Batista dos Reis, la de Curitiba, la *mandingueira*, legataria de los *mandés* y los hechizos. Se extendió a los pies de *Ojuobá* en las fiestas de Oxóssi, y él, al levantarla, le tocó con la punta del pie los pechos duros. De pie y cerca de la silla, junco flexible, flor de la nación *muçurumim* con mezcla de blanco y de *ijexá*, Risoleta se abrió en una sonrisa: en la Sé, por detrás de la iglesia, había reconocido a Archanjo.

Sin embargo, la única que tenía celos de la gringa marinera, la única entre todas, era aquella en cuyos brazos no estuvo nunca y cuya boca él jamás besó; la única cuyo corazón arde en el odio y que pide la muerte —muerte para la blanca y para todas ellas, sin distinción de color—; es Rosa de Oxalá, los senos sueltos bajo la bata, las caderas desatadas bajo las siete enaguas, bailando frente a los dos. Lídio suspira y sonrío; de aquí a poco la tendrá en sus brazos, ardiente hoguera. Archanjo se encierra en su enigma.

«El milagro es eso, mi santa, milagro del Bonfim, milagro de las Candelas, prodigio de Oxalá, Rosa

entregada al canto y al baile en la Tienda de los Milagros, en noche de penas y enigmas.»

8

Un sueño desolado, una pesadilla: se vio en las arenas del puerto, desierto ardiente y frío a un mismo tiempo; igual a la fiebre de la malaria. Él, Archanjo, con el corazón a la vista y la verga erguida, se ha transformado en Zé Piroca, y Lídio Corró se ha convertido en Pinguelinho. Entre abrazos y juramentos de amistad eterna, tocan la flauta y la guitarra. Llegaba Lili Chupeta, sin falda, sin enaguas, sin bata bordada, sólo los collares, las cuentas, las pulseras. Rosa de Oxalá desnuda, completamente desnuda, negra azulada, rosa pálido, el perfume y el sonido de su voz, velado y grave, la noche inmensa y álgida, un cielo distante. Danzaba frente a los dos, mostrándolo todo, y de inmediato se volvían adversarios, enemigos, profundos pozos de odio. Asesinos implacables, con la muerte en el puño: flauta y guitarra y las espadas de los soldados a caballo. El duelo tuvo lugar en la esquina del muelle, y el cuerpo de Lídio Pinguelinho, muerto para siempre, cayó entre las olas. Nació un sol en la noche cuando cayó el hermano, e hizo arder la cal con el último sonido de la flauta.

Era el momento de ocuparse de la posición de Rosa, de abrirle las piernas, un musgo en el que acostarse. Cubierto de sudor, angustiado y desesperado, el pecho oprimido en un escalofrío, fiebre de malaria. Archanjo

lucha contra el sueño cuando ya la amistad se diluía a los pies de la tentadora.

«No me importa el nombre, no me importa que sea rico, Rosa, muy por el contrario. Ya sea el hidalgo del Prepucio, o el portugués de las especies, le adornaría con placer la frente. Pero escucha, Rosa, y no me mires así; si Lídio hubiera nacido de mi madre, sembrado en ella por mi padre, no habría sido tan mi hermano, no le debería yo tanto respeto y lealtad.

»No, no puede ser; aunque me muera de amor, aunque me estalle el corazón o vaya de puerto en puerto buscando errante en cada una tu sabor nocturno y tu perfume, sin descifrar en ninguna otra mujer tu enigma. Rosa, no somos cachorros de animales, tenemos honra y sentimiento. Rosa, no somos degenerados que vivimos en la promiscuidad, unas bestias, o peor, criminales. Sí, Rosa, exactamente eso: "Mestizos degenerados en promiscuidad sórdida e inmunda", fue lo que escribió un profesor de medicina, un doctor, un catedrático. Pero es mentira, Rosa, es una calumnia de ese sabelotodo que nada sabe.»

Archanjo sale del sueño con un extremo esfuerzo, abre los ojos, nace la mañana en el mar y parten los veleros. La sueca está hecha de jazmín y exhala un perfume suave, matinal. Un niño oscuro correrá por la nieve. Se disuelve en la distancia la imagen de Rosa, totalmente desnuda.

«En la gringa te olvidaré, y en Sabina, en Rosenda, en Risoleta; te olvidaré en muchas otras, libre de tormentos y aflicciones. ¿Libre? ¿Olvidaré o me entregaré a la desesperación? En campo de jazmín y trigo, tu negrura. En todas ellas, Rosa de Oxalá, tu enigma indescifrable, tu prohibido amor eterno.»

Más abajo, donde dobla la Ladeira, en el umbral de la puerta, el viejo Emo Corró mantuvo un requerido sillón de barbero y un grupo de mesitas, además del gabinete para sacar dientes. Le enseñó el oficio y los remedios a sus dos hijos: Lucas y Lídio. Sin embargo, este último abandonó muy pronto la navaja y las tijeras. Siguiendo la invitación de su padrino, Cândido Maia, maestro tipógrafo, fue a aprender junto a él al Liceo de Artes y Oficios. Alumno de viva inteligencia, con un enorme interés por el oficio, lo dominó rápidamente, y pasó de aprendiz a maestro en poco tiempo.

En esa ocasión había conocido a Artur Ribeiro, extraño personaje, oscuro y solitario. Habiendo cumplido una pena en prisión, no le era fácil obtener un empleo estable. Cândido y otros camaradas le conseguían trabajitos en el Liceo. Grabador de metal y madera, no tenía rival en todo el norte del país. En 1848, en combinación con un libanés y un ruso, había montado un estudio clandestino de grabado: era imposible distinguir los billetes falsos fabricados por Artur de los verdaderos del gobierno, realizados en Inglaterra.

El negocio prosperó demasiado: Ribeiro en el taller, mientras el libanes y el ruso se ocupaban de hacer circular la moneda falsa, mercancía con mucha aceptación. Habrían llegado lejos de no ser por el libanés, que era un loco. Le dio el delirio del lujo e hizo múltiples desastres: mujeres, champán, carruajes. Se terminó lo bueno del asunto, y el secreto fue detectado por la Jefatura de Policía. Ribeiro y Mahul, el libanés, dieron con sus huesos en la cárcel, y del ruso no hubo

más noticias; se había escapado a tiempo con la maleta repleta de dinero y verdaderas cédulas del gobierno.

Artur Ribeiro, cerrado, melancólico, silencioso, todavía prisionero de la vergüenza pero libre de todo calabozo, se interesó por el experto *moleque*, habilidoso para el dibujo, y le enseñó a pintar milagros —otro de sus entretenimientos en el final decadente de su vida— y a grabar en trozos de madera, no en metal, pues se había jurado en la prisión que jamás volvería a tocar una placa de cobre. En un día de cachaza y confidencias, le dijo a Lídio que tenía un único deseo: matar con sus propias manos al miserable Fayerman; el ruso se había enterado con antelación de los pasos de la policía y se había fugado con las ganancias, sin siquiera dar aviso a sus socios.

La muerte del hermano Lucas hizo regresar a Lídio a las tijeras, la navaja, el gabinete. Con los años y el trago, Emo había perdido la firmeza de su pulso y alguien debía proveer a los gastos del viejo y los de Zizinha, su reciente y tercera esposa, una chiquilina de dieciocho años. Mano temblorosa, visión borrosa, oído defectuoso, pero lo principal estaba en orden: «Es lo que me sobra», decía Emo, cuando presentaba a su joven mujer.

El aprendizaje de Lídio en el caserón de Artes y Oficios y por las calles de Bahía no se reducía al arte tipográfico, a la pintura de milagros, al corte de la madera: le enseñaron pasos de danza, rudimentos musicales, el juego de damas, el *gamão*, el dominó, a tocar la flauta, su mayor habilidad. En todo se mostraba diestro y seguro, tenía los pies sobre la tierra, era práctico y sagaz.

Durante cierto tiempo se dedicó a barbas y cabellos, a arrancar dientes y a recomendar drogas: veneno de cobra, colas de cascabel, jarabe casero de mostaza

(recomendado para la cura de la tisis), milagrosas cortezas de árboles, *paus de resposta*, *capuaba* para levantar el ánimo y todo lo demás, polvo de lagartija para el asma. Hasta que conoció a Pedro Archanjo, su compañero del Liceo, tan curioso y decidido como él y ocho años más joven. También Archanjo había recorrido distintos talleres: en una imprenta fue donde más tiempo estuvo, aunque su fuerte residía en la caligrafía y en la lectura; estudió gramática, aritmética, historia, geografía. Se aficionó a lo escrito: la letra y la inventiva.

Un día desapareció y, durante años, no se supo de él. Se le había muerto la madre, único pariente que lo retenía en Bahía. No había llegado a conocer al padre, recluta llevado por la fuerza a la guerra del Paraguay, dejando a Noca embarazada de su primer hijo, pues se habían juntado hacía poco tiempo. Se murió en la travesía de los pantanos del Chaco sin enterarse siquiera del nacimiento de su hijo.

Salió Archanjo a conocer el mundo. Aprendió algo de cada lugar por el que pasó. No eludió ningún trabajo: fue grumete, mozo de bar, ayudante de cantero, redactor de cartas para enviar a los confines de Portugal noticias y nostalgias de toscos inmigrantes. Anduvo de la ceca a la meca siempre enredado entre libros y señoras. ¿Por qué ejercía tanta atracción sobre las mujeres? Tal vez debido a su innata delicadeza y a su facilidad de palabra. No se imponía sólo a las mujeres; tan joven todavía, y ya todos lo oían en silencio y con atención.

Al regresar de Río, tenía veintiún años y un gusto por lo elegante en el vestir; tocaba la guitarra y el *cavaquinho*. Se empleó en la Tipografía de los Frailes y meses después, en una noche de *reisado*, se encontró a Lídio Corró ensayando escenas de pastoras (vaya

ocupación). Se volvieron inseparables y al poco tiempo la barbería se fue transformando.

Tres años después del encuentro en el *Terno da Estrela D'Alva*, al quedar desocupada la planta baja del caserón número 60, con mucho esmero diseñó un letrero, con un color para cada letra: TIENDA DE LOS MILAGROS, pues fundamentalmente se trataba de pintar milagros. Archanjo fue quien eligió el nombre. Había dejado la gráfica para enseñarles las primeras letras y las cuentas a niños atrasados, y se había convertido en una especie de socio de Corrô. Socio en el trabajo y en la vagancia, porque el parco lucro Lídio lo invertía para que le diera intereses. La meta de Corrô: la Tipografía Democrática, en la cual don Estevão das Dores componía e imprimía las historias de cantores, las canciones, los versos de los desafíos, la vasta literatura de cordel; las tapas de los folletos eran grabados de Lídio, tallados en madera. Encanecido y reumático, arrastrando los pies, don Estevão se había comprometido a venderle a plazos los instrumentos del taller cuando se decidiese por fin a descansar.

Mientras esperaba los tipos y la clientela de la Democrática, la Tienda de los Milagros se transformó en el corazón, en el centro vital de toda aquella zona de la ciudad, donde se procesa, potente e intensa, la vida popular, y que se extiende desde Santo Antônio, con el Pelourinho, el Tabuão, el Maciel de Cima y el Maciel de Baixo, São Miguel y la Baixa dos Sapateiros con el Mercado de Yansan (o de Santa Bárbara, según se prefiera).

En el corte de la madera, en el estilo del milagro, en los dolores de la tenaza, en la venta de mesitas, en la linterna mágica, el maestro Corrô se gana su apreciado y esforzado dinero. Pero en ese mismo lugar se discute

sobre un montón de cosas. Allí nacen las ideas, se desarrollan los proyectos y se concretan en las calles, en las fiestas, en los *terreiros*. Se discuten cuestiones importantes, la sucesión de las *mães* y *pais de santo*, cánticos de fundamento, la condición mágica de las hojas, fórmulas de *ebós* y de hechizos. Allí se fundan *temos de reis*, *afoxés* de carnaval, escuelas de *capoeira*, se conciertan fiestas, conmemoraciones y se toman las medidas necesarias para garantizar el lavado de la iglesia del Bonfim y de la ofrenda a la *Mãe D'agua*. La Tienda de los Milagros es una especie de senado que reúne a los notables de la pobreza, asamblea numerosa y esencial. Allí se encuentran y dialogan *iyalorixás*, *babalaôs*, letrados, santeros, cantores, bailarines de samba, maestros de *capoeira*, maestros de artes y oficios, cada uno con sus respectivos méritos.

Fue a partir de aquella época, siendo un joven de poco más de veinte años, cuando Pedro Archanjo comenzó con la manía de anotar historias, acontecimientos, novedades, casos, nombres, fechas, detalles insignificantes, todo cuanto se refiriese a la vida popular. ¿Para qué? ¿Quién lo sabe? Pedro Archanjo estaba lleno de inquietudes, de conocimientos, y ciertamente su elección no se debía al azar, a pesar de ser tan joven, para un alto puesto en la casa de Xangô: elevado y consagrado *Ojuobá*, preferido entre tantos y tantos candidatos, viejos y respetados sabios. Sin embargo, obtuvo el título, con sus derechos y deberes; no había llegado aún a los treinta cuando el santo lo eligió y lo ungió: no pudo haber mayor acierto. Xangô conoce los porqués.

Circula una versión entre la gente de los *terreiros* y se expande por las calles de la ciudad: habría sido el propio *orixá* quien había ordenado a Archanjo que mirara todo,

que lo aprendiera todo, que todo lo anotara. Para eso lo había convertido en *Ojuobá*, los ojos de Xangô. A los treinta y dos años, exactamente en 1900, Pedro Archanjo fue nombrado bedel de la Facultad de Medicina y ocupó su puesto en el *terreiro*. Muy pronto se hizo popular entre los estudiantes, a los que ya les enseñaba rudimentos de algunas materias. Ese puesto fue obtenido gracias a la intervención de Majé Bassan, todopoderosa en sus relaciones y amistades, temida incluso por los figurones del gobierno. Con frecuencia, al oír que se nombraba a un mandamás de la política, del comercio, a un potentado o incluso a sacerdotes de la iglesia, *mãe* Bassan murmuraba: «Ése es de los míos». Entre todos, muchachos, viejos o jóvenes, pobres o ricos, Pedro Archanjo era el favorito, el corifeo.

10

Ensaya Kirsi entre las pastoras; es la nueva estrella del alba, la más adecuada, la verdadera. Irene, la anterior, había renunciado para irse a vivir con un relojero en el Recôncavo. Si no lo hacía, la ciudad de Santo Amaro da Purificado se quedaría sin calendario, sin horas ni minutos para los ingenios de caña y los alambiques: cuando el relojero, de paso por Bahía, vio a Irene en el *terno*, se volvió loco.

Las pastoras van y vienen al paso del *lundu*, atentas a las órdenes de Lídio Corrô, el maestro de ceremonias. Al frente de todas pasa Kirsi y recibe la mirada, la

sonrisa aprobadora de Archanjo. Un poco más atrás también Dedé lo recoge en el palpitante seno; la pequeña Dedé, tan joven y aún virgen, ya está queriendo inaugurar el *balancê*:

*Bote a burrinha pra dentro
Pro sereno não molhar.
O selim é de veludo,
A colcha de tafetá*⁷.

Quien estuvo en el ensayo pudo contemplar, bella y luminosa, a Kirsi como estrella del alba; pero la gente de la ciudad no llegó a verla en el desfile, pues el tiempo no fue suficiente. Llegó otro barco y se la llevó: había permanecido allí casi seis meses; le decían la sueca; sólo unos pocos supieron que era finlandesa, pero todos la apreciaban. Acogida sin preguntas, fue uno más de ellos.

Cuando el carguero atracó en el puerto, le dijo a Archanjo en su limitado portugués de acento extranjero:

—Es tiempo de que me vaya, llevo en el vientre a nuestro hijo. Todo lo bueno tiene su duración exacta, debe acabarse en el momento justo si queremos que perdure para siempre. Me llevo conmigo el sol, tu música y tu sangre, estarás donde yo esté y en todos los instantes. Gracias, Oju.

Manoel de Praxedes la llevó hasta la cubierta, y el mercante levó anclas en la mitad de la noche. Pedro Archanjo quedó bajo la sombra de las estrellas, con el rostro de piedra. El navío silbó al salir de la barra, en las puertas del océano. No te diré adiós. Un niño color del bronce, mestizo de Bahía, correrá por la nieve.

⁷ Traiga adentro a la burrita / Para que no la moje el sereno. / La montura es de terciopelo, / La colcha de tafetán. [*N. del T.*]

Junto a la orilla del mar, juguetona, Dedé canta canciones de *reisado*:

Rapariga do balaio
Dá-me um gole pra beber
Cipriana tu não dês
*Que nos deitas a perder*⁸.

Allí, más allá de las islas, rumbo de la niebla y de las lívidas estrellas, navega un barco ceniciento hacia el frío norte; lleva con él a la estrella del alba. Dedé quiere alegrarlo, abrirle en una carcajada la boca silenciosa, el rostro de piedra. Dedé será la nueva estrella, sin la cabellera dorada y rojiza de cometa, sin el halo luminoso, pero con un calor de trópico, un requiebro y aquel perfume de azucenas. Dedé, la muchachita del canasto, del canasto grande.

«No hay en el mundo mejores personas que ustedes, personas más civilizadas que la gente mulata de Bahía», había dicho la sueca al despedirse en la Tienda de los Milagros, al conversar con Lídio, Budião y Aussá. Había llegado de lejos, había vivido con ellos, sabía lo que decía, lo sabía sin dudas ni reparos, con conocimiento de causa. Por entonces, el doctor Nilo Argolo —catedrático de medicina legal en la facultad y mentor científico de la congregación, con renombre de sabio y una descomunal biblioteca— había escrito sobre los mestizos de Bahía aquellas páginas terribles, con palabras espantosas.

El título de la breve separata, memoria presentada a un congreso científico y transcrita en una revista médica, ya delataba su contenido: «La degeneración psíquica y

⁸ Muchachita de la cesta / Dame un trago de beber / Cipriana no lo des / Que nos echas a perder.

En la canción, cesta alude al trasero. [*N. del E.*]

mental de los pueblos mestizos: el ejemplo de Bahía». Por Dios, ¿dónde había encontrado el profesor material para informaciones tan categóricas? «Factor fundamental de nuestro atraso, de nuestra inferioridad, los mestizos constituyen una subraza incapaz.»

En cuanto a los negros, en la opinión del profesor Argolo, éstos no habían alcanzado aún la condición humana: «¿En qué parte del mundo podían los negros constituir un estado con un mínimo de civilización?», les había preguntado a sus colegas de congreso.

En una de esas tardes, de claro sol y suave brisa, Archanjo venía por el *Terreiro* de Jesús con su caminar un tanto ladeado. Había ido a llevar un recado del secretario de la facultad al prior de los franciscanos, un fraile holandés calvo y barbado, muy afable: con evidente placer saboreaba un cafecito, que le ofreció al risueño bedel.

—Yo a usted lo conozco —dijo con su acento áspero.

—Me paso casi todo el día aquí, en la plaza, en la Escuela.

—No fue aquí. —El fraile se rió con una carcajada plena y desprejuiciada—. ¿Sabe dónde fue? Fue en el *candomblé*. Sólo que yo estaba de civil, escondido en un rincón, y usted en un asiento especial, junto a la *mãe de santo*.

—¿Usted, padre, en un *candomblé*?

—Voy a veces, pero no se lo diga a nadie. Doña Majé es mi amiga. Ella me dijo que usted sabe mucho acerca de la macumba. Un día de éstos, si me concede el placer, me gustaría conversar con usted... —Archanjo percibió la paz del mundo en el claustro de árboles frondosos, flores y azulejos; la paz del mundo en el envolvente franciscano.

—Cuando quiera, padre. Estoy a sus órdenes.

Venía por el *terreiro* en dirección a la facultad: un cura, un fraile de convento que frecuenta el *candomblé*, una sorpresa, una novedad digna de destacarse.

De pronto, se vio rodeado por un grupo de estudiantes.

Las relaciones de Pedro Archanjo con los alumnos de medicina eran muy buenas. Dispuesto, atento, jovial, el bedel de la secretaría no se negaba nunca a ayudar a los muchachos en sus dificultades con asistencias y faltas; les guardaba los libros, cuadernos, apuntes. Un mundo de favores mínimos y la camaradería de las extensas conversaciones. Novatos y veteranos iban a verlo a la Tienda de los Milagros o a la Escuela de Capoeira del maestro Budião; dos o tres habían asistido a fiestas de *candomblé*. Con ellos y con los altos funcionarios y profesores, Archanjo se mostraba solícito y gentil, pero jamás humilde, reverente o adulator; así es la gente de Bahía. El hombre más pobre de la ciudad es igual al magnate más poderoso, en su orgullo como hombre, y, por cierto, es más civilizado. La simpatía de los muchachos por el modesto funcionario se volvió más sólida y agradecida cuando Pedro Archanjo, en una declaración decisiva, salvó a un estudiante, amenazado con ser expulsado de sexto año, debido a un complejo y confuso episodio que afectaba a la honra de un profesor interino. Durante las investigaciones, el testimonio de Archanjo, de guardia en la secretaría, liberó de cargos al joven contra el cual se había levantado la ira del ultrajado docente. Los alumnos se habían unido en defensa de su compañero, pero eran pesimistas respecto del resultado. A pesar de haber sido incorporado hacía poco tiempo al puesto de bedel, Archanjo no se dejó confundir ni intimidar. Se ganó la es-

tima de los muchachos y la inquina del docente, quien, además, abandonó las clases en mitad del curso.

Al llegar a la fuente del centro de la plaza, fue rodeado por el grupo, y uno de los estudiantes, que cursaba cuarto año y se distinguía por su pedantería, dado a las fiestas y las intrigas, que valoraba el talento de Archanjo en la guitarra y el *cavaquinho* —él mismo punteaba con placer las cuerdas de la guitarra— le mostró el folleto: «¿Qué piensa de esto, maestro Pedro?». Los demás se reían, con la evidente intención de burlarse del mulato elegante y de buen porte. Archanjo recorrió con la vista las páginas y sus ojos se achicaron, al tiempo que enrojecían. Para el doctor Nilo Argolo, la desgracia de Brasil era aquella negrada, el mestizaje infame.

—El profesor te tritura, no evita insultos —comentó divertido el de cuarto año—. No baja de ladrón y asesino. Estás en la frontera entre lo racional y lo irracional. Y los mulatos son peores que los negros, fíjate. El Monstruo termina contigo y con tu raza, maestro Pedro.

Pedro Archanjo conocía bien esto y se recompuso:

—¿Sólo conmigo, querido? —dijo, contemplando los cabellos del muchacho, la boca, los labios, la nariz—. Termina con todos nosotros, con todos los mestizos, querido.

Conmigo, contigo... —y mirando luego a los demás—: de este grupo no se escapa nadie, ni uno como excepción.

Risas cortas, desganadas, dos o tres carcajadas. El de cuarto aceptó de buen humor:

—Contigo no se puede, ya redujiste a nada nuestros árboles genealógicos.

Se adelantó un jovencito, con actitud distante e impertinente:

—No el mío. —El necio tenía cuatro apellidos y dos títulos de nobleza—. Mi familia es de sangre pura; gracias a Dios, no se contaminó con negros.

Archanjo deja atrás el odio y ahora se divierte; tiene un conocimiento acabado que lo hace sentir fuerte y sabe que la tesis del doctor Nilo —pura charlatanería, un montón de mierda— es sólo error y calumnia, presunción e ignorancia. Mira al muchachito.

—¿Estás seguro, querido? Cuando naciste, tu bisabuela ya había muerto. ¿Sabes cómo se llamaba? Maria labaci, el nombre de su tribu. Tu bisabuelo, un hombre de bien, se casó con ella.

—Negro insolente, te voy a partir la cara.

—Pues amigo, no te reprimas, vamos.

—Cuidado, Armando es *capoeirista* —le avisó un compañero.

Pero otros se burlaban de su infatuado colega:

—¡Vamos, Armando! A ver ese coraje, esa sangre azul.

—No me voy a rebajar con un bedel. —El hidalgo se retiró de la arena y se terminó la discusión.

El de cuarto año todavía tenía algo que agregar:

—Ese gato pardo, maestro Pedro, se cree gran cosa porque su abuelo fue ministro del imperio. Un imbécil.

Un joven de anteojos y sombrero panamá intervino en la conversación.

—Mi abuela era mulata, fue la mejor persona que conocí.

Archanjo retomó su camino.

—¿Me puedes prestar ese folleto?

—Quédatelo.

Nunca más un estudiante molestó a Archanjo con esos temas. Ni siquiera cuando se extendió sobre el *Terreiro* de Jesús la sombra de Gobineau y se puso de

moda la ideología de la supremacía aria, que fue doctrina oficial de la facultad. Al estallar el escándalo, veinte años después, los grupos eran otros, pero los estudiantes apoyaron al bedel contra los profesores.

En el *Terno da Estrela D'Alba*, blancos, negros y mulatos bailaban indiferentes a las teorías de los catedráticos. Kirsi o Dedé, cualquiera de las dos podía ser la estrella del *reisado*, la gente aplaudirá con el mismo entusiasmo, no hay primera ni segunda clase, mucho menos una clase superior y otra inferior. El navío ya se perdió en la noche y en el océano. Dedé calla su canto, se extiende de cuerpo entero en la arena, pronta y dispuesta: Pedro Archanjo escucha el viento del mar, el rumor de las olas y la distancia. «No existe en el mundo gente mejor.» En la fría Suomi jugará un niño hecho de sol y de nieve, color de bronce, y llevará en la mano derecha un *paxorô*, el rey de Escandinavia.

DONDE FAUSTO PENA, INDÓCIL ARRIBISTA,
RECIBE UN VALE (PEQUEÑO), UNA LECCIÓN Y UNA
PROPUESTA

Constato y afirmo con tristeza: la envidia y la presunción campan en los representantes de nuestra mejor *inteligencia*: y me es imposible disimular esta melancólica verdad, pues he sentido sus consecuencias en carne propia. Soy la víctima favorita de la envidia audaz y de la presunción tonta y grosera. Por haber sido honrado en la elección y el contrato (verbal) del gran Levenson para investigar la vida de Pedro Archanjo, me arrastran mis colegas por las calles de la amargura, dicen todo tipo de barbaridades sobre Ana Mercedes y sobre mí, me sumergen en la inmundicia, me ahogan en el lodo y la calumnia.

Ya hablé de las intrigas políticas, de los infames intentos de hacerme pasar por sectario del imperialismo norteamericano, de enfrentarme con la izquierda (lo que, por otra parte, no deja de tener sus ventajas), impidiéndome el acceso a un área vital para quien desea —y yo lo deseo mucho— hacerse un nombre y una carrera y para lo cual se precisan adivinos y padrinos. En su momento hice pública la miserable trama, y si no vuelvo a proclamar aquí en público mis innegociables convicciones es porque, finalmente, soy un investigador y no un loco o un aventurero ansioso de provocar o destinado a ir a la cárcel. Prefiero enfrentarme con el arma invencible de la poesía, de mi poesía hermética y sin embargo ultrarradical.

No se restringieron los canallas al área de las izquierdas, fueron más lejos y me cerraron las puertas de los diarios. En el *Jornal da Cidade* trabajo hace ya tiempo y en forma gratuita (¿quién se atrevería a reclamarle al doctor Zèzinho unos honorarios por poemas publicados en su diario? Felices, yo y los demás poetas, porque no se acordó de cobrarnos el espacio y los elogios mutuos). Soy una presencia dominical obligatoria en ese querido *JC*, en cuyas páginas encuentra la cultura albergue y promoción: a él le debemos la magnífica campaña de los festejos del centenario del nacimiento de Pedro Archanjo. En el suplemento literario del victorioso órgano, mantenemos, junto a Zino Batel, la «Columna de la Joven Poesía»; en realidad, me toca a mí el trabajo; nos dividimos las alabanzas y las poetisas.

Sumando esa rutinaria actividad de poeta y crítico, de colaborador del *JC*, la actual y relevante posición de sociólogo en «investigación de vivencia y repercusión internacionales» (la frase es de Silvinho, quien, en su cordial columna, me ofrece irisadas «joyas gráficas y arcangélicas»), me dirigí a la redacción del combativo matutino en cuanto me enteré de la memorable campaña. «Díganme, por favor, y con imparcialidad: ¿Quién mejor para colaborar en esto, o incluso dirigirlo, que yo, asistente directo, especie de procurador del genio de la Columbia University, que me eligió, a mí y a nadie más, para investigar sobre el inmortal bahiano? No sólo encargado y contratado sino también pagado. PAGADO —permítanme usar las mayúsculas en esta sagrada, santa palabra, y refregarla por la cara hambrienta de esa jauría de sapos llena de envidia y presunción—: ¿A cuál de ellos se les ha abonado con generosidad y puntualmente por un trabajo serio, pagado

por un genio transcontinental, y en dólares? Viven de las migajas del gobierno y de la universidad, se envalentonan mucho, pero a la hora de la verdad resultan mansos corderos. ¿Quién más indicado —díganme—, por todos sus títulos, para asesorar, por una escasa remuneración y una razonable publicidad, esa meritoria campaña del meritorio *Jornal da Cidade*? Al final, Pedro Archanjo es el terreno que cultivo, es mi territorio.»

Pero, aunque no lo crean, fui recibido con palos y piedras y sembraron obstáculos de todo tipo entre el doctor Zèzinho y yo. Pensé que nunca llegaría a verlo, tantas fueron las negativas vanas y cínicas. Los dueños de la promoción —poderoso trío de seres despreciables— me escucharon a duras penas; o más exactamente, me oyó uno de ellos y me despachó con vagas promesas: «Por ahora no necesitamos nada, estimadísimo, pero, en el transcurso de la campaña tal vez surja alguna oportunidad para usted, en alguna entrevista o artículo». Y eso que yo, previsor, ni mencioné la asesoría, simplemente me ofrecí a trabajar con ellos.

Regresé. No me vencen tan fácilmente. Llevé algún material para mostrarles y logré que la pandilla se reuniese en pleno. Me ofrecieron una suma irrisoria por los documentos, y no me daban la menor posibilidad de vincular mi nombre a la estruendosa promoción.

Resolví hacerles frente y competir dirigiéndome a los demás diarios, y Ana Mercedes trató de maniobrar a mi favor en su *Diario da Manhã*. Inútiles trabajos: los que controlan la prensa están unidos en el monopolio de la opinión pública, no combaten entre ellos.

Sin otra alternativa, regresé al *Jornal da Cidade*, dispuesto a aceptar la indigna propuesta, sin embargo la única, y vender por diez *reis* de garbanzos lo mejor de mi material. Con el arrojo de los desesperados, golpeé las

puertas del doctor Zèzinho, y el gran patrón me escuchó amablemente. Sin embargo, cuando le mostré mis apuntes, por poco no estalla en una crisis histérica. «Esto es exactamente lo que no quiero: esta falta de respeto con un gran hombre, con un espíritu superior. Ese escarnio, ese achicamiento de la figura de Archanjo, ¡no lo admito! Si compramos esas cuartillas de habladurías y maledicencias es exactamente para sacarlas de circulación, para que no se las use y se manche así la imagen de Pedro Archanjo. Mi querido Fausto, piense en los niños de las escuelas.»

Pensé en la gente menuda y vendí por menudencias mi silencio. Todavía nervioso, el doctor Zèzinho concluyó: «¡Polígamo, qué infamia! Si ni siquiera estaba casado. Mi querido poeta, aprenda esta lección: un gran hombre debe mostrar integridad moral y si, por casualidad, transigió y delinquiró, está en nosotros devolverle su perfección. Los grandes hombres son patrimonio de la patria, ejemplos para las nuevas generaciones: debemos mantenerlos en el altar del genio y de la virtud».

Con el cheque y la lección, me retiré y fui en busca de Ana Mercedes y de whisky, dos consuelos caros. Así es que no pude asociarme a la gloria periodística de Pedro Archanjo. Sólo unas pocas menciones promocionales de generosos columnistas: Silvinho y Renot, July y Matilde. Se me acercaron también unos simpáticos chicos de una clase de teatro, integrantes del muy entusiasta grupo llamado Abajo el Texto y las Luces (el nombre ya lo dice todo). Me proponen un proyecto de pieza sobre Pedro Archanjo, o mejor dicho, de espectáculo, pues no les gusta la palabra «pieza». Voy a estudiarlo, y si me dieran al menos la codirección, tal vez me embarque en la aventura.

DE CÓMO LA SOCIEDAD DE CONSUMO PROMOVÍÓ LAS CONMEMORACIONES DEL CENTENARIO DE PEDRO ARCHANJO, CAPITALIZANDO SU GLORIA, DÁNDOLE SENTIDO Y PROYECCIÓN

1

La Secretaría General de la Comisión Directiva, promotora de las conmemoraciones del centenario de Pedro Archanjo, fue adjudicada al profesor Calasanz, una elección acertada.

Historiador, el nombre de Calasanz traspuso hace tiempo las fronteras del estado de Bahía y se proyectó a una amplia área federal; sus trabajos sobre Canudos y Antônio Conselheiro, realmente serios y originales, le valieron los aplausos de los veteranos del Instituto Histórico Nacional y, si no me engaño, premio de la Academia Brasileña (si la información es falsa y no fue laureado, déjenla de lado; todavía queda tiempo para que los señores inmortales subsanen una injusticia tan flagrante). Profesor en dos facultades y en varios cursos, erudito y bonachón, corre de clase en clase en el transcurso del día, con buen humor y un amplio surtido de anécdotas históricas, tratando así de ganarse el pan. Con tantos quehaceres, todavía encuentra tiempo y

gusto para participar en reuniones y acaparar otros cargos; algunos pomposos, exigentes todos y todos gratuitos, sin siquiera una sombra de remuneración; secretario de la Academia Bahiana, tesorero del Instituto Histórico y Geográfico de Bahía, presidente del Centro de Estudios Folclóricos y de la casa de Sergipe, sin tener en cuenta la administración del edificio en el que vive, del cual es síndico *ab aeterno*.

Tantas actividades exitosas, tanta tarea ejecutada puntualmente, y además el estudio, la investigación, la elaboración de artículos y ensayos —y el profesor siempre alegre, relajado, tan campante—. Ese ajeteo, ese alboroto, sólo le parecerán extraordinarios y absurdos a quien ignore que el profesor Calasanz es oriundo del mítico estado de Sergipe. Para el sergipano, nacido en pleno latifundio feudal, en medio de la pobreza ilimitada, en la ausencia de cualquier recurso, en la falta de mercado de trabajo y de salarios, para el sergipano que sobrevive a la mortalidad infantil, a las endemias, de la malaria a la viruela, a todas las limitaciones y dificultades, para ese héroe no hay nada difícil, y el tiempo se multiplica. Con el profesor Calasanz centralizando los trabajos, el éxito de las conmemoraciones estaba asegurado.

Por otra parte, la Gran Comisión de Honor (la sigla GCH era conocida como Buque Insignia) constituía ya un anticipo de la magnitud de los festejos. Instaurada bajo la presidencia del excelentísimo señor gobernador del estado, estaba integrada por el cardenal primado, los comandantes militares, el magnífico rector, el prefecto de la capital, presidentes de las instituciones culturales y de los directorios de los bancos bahianos, el gerente del Banco do Brasil, el director general del Centro Industrial de Aratu, el presidente de la Sociedad de Comercio, los

directores de los diarios, el secretario de Educación y Cultura y el mayor Damião de Souza.

Excluyendo aquellos nombres cuya presencia se imponía, pues sin su anuencia o apoyo cualquier manifestación estaría destinada al fracaso o a la prohibición, todos los demás miembros de la GCH participaban de ella con un fin determinado y específico. Así lo explicó el doctor Zèzinho Pinto cuando, asesorado por el secretario y el gerente del *Jornal da Cidade*, reunió en su gabinete a la pequeña comisión ejecutiva, «pequeña justamente para que sea ágil y eficiente».

No era en verdad tan pequeña. La integraban, además del doctor Zèzinho, su presidente obligado, y del secretario general Calasanz, los presidentes del Instituto Histórico y Geográfico y de la Academia de Letras, los decanos de la Facultad de Medicina y de la Facultad de Filosofía, la secretaria del Centro de Estudios Folclóricos, el superintendente de Turismo y el gerente general para Bahía de la Doping Promoción y Publicidad, S. A.

Asistieron todos a la primera reunión; el ambiente era festivo, y un camarero —el sereno de la noche— trajo vasos de whisky, ya servidos, hielo, soda, guaraná y agua a discreción.

—Nacional... —susurró al probar el whisky el macabro Ferreirinha, secretario de redacción.

Al saludar a las «eminentes figuras que honran con sus presencias la redacción del *JC*», el doctor Zèzinho expuso de modo rápido (y sin embargo brillante) las líneas principales de la promoción y se refirió con calurosos elogios a los demás componentes de la Gran Comisión de Honor, del gobernador al mayor. Al mismo tiempo fue insinuando qué se esperaba de cada uno de ellos. Así, el dinámico prefecto de la capital debería dar

el nombre de Pedro Archanjo a una de las nuevas calles de la ciudad, mientras que el secretario de Educación y Cultura bautizaría de esa manera una escuela donde brillará la memoria de Pedro Archanjo, «reverenciado por los niños que serán los hombres del mañana, el esplendoroso futuro del Brasil». Del magnífico rector llegaría la indispensable ayuda intelectual y material de la universidad y la organización de toda la campaña y, en particular, del programado seminario; el superintendente de Turismo, pasajes y hospedaje para los invitados llegados del sur y norte del país. De los directores de diarios, «colegas y no competidores», se esperaba una difusión permanente, un apoyo incondicional no sólo a través de los órganos escritos sino también de los medios radiofónicos y televisivos controlados por ellos. En cuanto a los demás: banqueros, industriales, comerciantes, quedarían a cargo de los eficientes y dinámicos funcionarios de la Doping, S. A. ¿Se había olvidado de alguien? Ah, sí, del mayor Damião de Souza, paladín de las causas populares, figura alegórica de nuestra urbe; habiendo sido amigo personal de Pedro Archanjo, era un auténtico representante del pueblo en la Gran Comisión de Honor: «No podemos olvidar que Archanjo vino del pueblo, de las clases humildes y trabajadoras, elevándose de allí a las cumbres de la ciencia y las letras». (Aplausos.)

Entre el whisky y el café («whisky ordinario, de los más baratos; Archanjo se merecía algo mejor, por lo menos una cachaza decente», reflexionó Magalhães Neto, anciano ilustre, presidente del Instituto, mientras cambiaba la copa del brebaje por una taza de café), la ejecutiva delineó el programa de las conmemoraciones, concentrándose en dos o tres puntos fundamentales, sin

prejuicio de cualquier otra iniciativa que se tuviera en cuenta:

- a) una serie de cuatro fascículos especiales del *JC*, publicados en los cuatro domingos anteriores al 18 de diciembre, exclusivamente dedicados a Archanjo y su obra; colaboración de los nombres más representativos no sólo de Bahía sino de todo Brasil. Los propios anuncios, recordó el director de la *Doping*, ayudarían a la glorificación del nombre de Archanjo. Se estableció una lista inicial de colaboradores, todas firmas de primera. Resultaron responsables por los fascículos los presidentes del Instituto, de la Academia, la secretaria del Centro de Estudios Folclóricos y el profesor Calasanz (sin él no habría ni medio fascículo);
- b) un seminario de estudios colocado bajo la égida de Pedro Archanjo, que se realizaría en la Facultad de Filosofía, con el tema: «La democracia racial brasileña y el *apartheid*, afirmación y negación del humanismo». La propuesta del seminario provino del profesor Ramos, de Río de Janeiro, en carta al doctor Zèzinho: «Pedro Archanjo es maestro y ejemplo de la grandeza de la solución brasileña del problema de las razas: la fusión, la mezcla, el crisol, el mestizaje, y para honrar su memoria, condenada por tantos años al olvido, nada más adecuado que un cónclave de sabios en el cual se afirme una vez más la tesis brasileña y se denuncien los crímenes del *apartheid*, del racismo, del odio entre los hombres». La organización del seminario quedó a cargo de los decanos de la Facultad de Medicina y de la Facultad de Filosofía, de la Superintendencia de Turismo y, naturalmente, del severo sergipano;

c) sesión solemne de clausura de las conmemoraciones, que tendría lugar la noche del 18 de diciembre, en el salón de honor del Instituto Histórico y Geográfico, el local más adecuado de todos, sede de egregio contubernio, recinto austero, majestuoso y pequeño: «Porque —agregó con precisión y prudencia el doctor Zèzinho— mejor una sala con pocos lugares y superpoblada de asistentes que un enorme salón repleto sólo de sillas vacías». El superintendente de Turismo, un optimista, había propuesto el espacioso salón de actos de la Facultad de Medicina, ¿por qué no el del Rectorado, todavía mejor y más amplio?

Pero ¿habrá en la ciudad tantos abnegados dispuestos a abalanzarse para escuchar, además de al profesor Ramos, de Río, a los representantes de la Facultad de Medicina, de la Academia de Letras, del Centro de Estudios Folclóricos, de la Facultad de Filosofía y del propio Instituto Histórico, cinco discursos por cierto ricos en castiza belleza y en conspicua ciencia, altisonantes obras mayores, extensas y fatigosas?

El doctor Zèzinho, con experiencia de la vida y de los hombres, no practicaba el optimismo, y en su opinión el superintendente de Turismo era un imprudente. La organización de acto tan solemne quedó a cargo exclusivo de Calasanz. Si no lograba llenar él el salón de actos del Instituto con sus doscientos cómodos asientos, nadie lo lograría.

No se redactó un acta de las tareas por considerarla innecesaria. En compensación, el doctor Zèzinho pidió copia mecanografiada de ambos extremos, con todos los detalles; nombres, temas, oradores, tesis y todo lo demás, punto por punto, pues quería seguir estudiándolo «antes de darles publicidad». Con su sonrisa cautivante

—era como si estuviese a punto de felicitar a su interlocutor, de darle dinero—, agregó: «Iremos publicando todo esto poco a poco, cada día algo nuevo. Así crearemos suspense y generaremos interés».

—Ve a pedir el *nihil obstat* —murmuró el macabro Ferreirinha al jocosó Goldman, gerente del diario, el rey del no: «No hay dinero en la caja».

—¿Al SNI⁹ o al jefe de policía?

—A los dos, probablemente.

Los fotografías documentaron el cordial y provechoso encuentro para la primera página de la edición del día siguiente y para la posteridad. Las cámaras de televisión lo registraron para el noticiario de la noche, espontáneo aporte del doctor Brito, «competidor jamás, cordial colega»; tenía razón una vez más el doctor Zèzinho Pinto.

Establecida la fecha de la próxima reunión, se llevaron todos un apretón de manos del invicto empresario como despedida. «¿En casa, a sus invitados, les ofrece el mismo whisky infame? —reflexionaba, todavía impresionado, el maestro Magalhães—. Seguramente no. Debe de tener su buena reserva de escocés. En fin, con estos millonarios todo es posible, nunca se sabe.»

2

9 Servicio Nacional de Inteligencia. [N. del T.]

De rostro amplio, aparentando energía y eficiencia, estallando afable en risas y palabrotas, frondosos bigotes y evidente comienzo de calvicie, señales de obesidad prematura y con la camisa empapada de sudor, Gastão Simas, gerente para Bahía de la Doping Promoción y Publicidad, S. A., se dirige a sus auxiliares, grupo compacto integrado por cinco luminarias, cinco ases, cinco invencibles, y les comunica los resultados de la reunión de la comisión ejecutiva responsable de las conmemoraciones del centenario de Pedro Archanjo.

Ahora les toca a ellos, a aquellos cinco genios regimiento pagados, poner de pie el otro lado de la promoción, el único que importa realmente, el empresarial, el de los avisos, lo que posibilita ganancias, la facturación. Gastão Simas juega en la boca y bajo el bigote con la palabra clave: facturación. Se tiene la impresión de que está degustando ambrosía o caviar, un trago de vino muy añejo:

—El espacio de cinco páginas de cada suplemento está reservado a los avisos. El cuarto y último suplemento tendrá doce páginas y nos quedarán a nosotros de siete a siete y media, pero nos podemos estirar hasta ocho si hace falta. Además, queridos míos, no tenemos que limitarnos a los suplementos. El campo está libre y hace falta liberar la imaginación, crear, pensar como artistas. Al trabajo, hijos míos, sin perder ni un minuto. Quiero resultados concretos en un plazo mínimo. Eficiencia y calidad será nuestro lema, no se olviden.

Tras decir esto, regresó a su oficina y se acomodó en el sillón. Gastão Simas era un hombre calificado y eficiente; trabajador, inteligente, imaginativo. Pero al entregarse al ejercicio de la autocrítica, se veía obligado a constatar que no era ése el oficio para el que había

nacido, un medio de vida que lograra apasionarlo. Lo ejercía por necesidad y orgullo; le proporcionaba una excelente remuneración y prestigio social. De ser por él, seguiría en el puesto de diarios en el que tenía un salario pero lejos de esa máscara de prohombre tan poco adecuada a su rostro dicharachero, holgazán, para quien el mayor placer de la vida era una partida de dominó en la puerta del Mercado Modelo, un trago y una fiesta, una charla sin preocupaciones. «Soy demasiado bahiano para esta profesión», le había confesado un día a uno de sus muchachos, el joven Arno, con simpatía de carioca y un clásico de la publicidad. ¿Qué hacer? Yaya, qué pregunta, mi buen Gastão: hacer de tripas corazón, la gerencia de la Doping significa dinero importante y un estatus envidiable. Impotente y encerrado en su despacho, Simas contempla el paisaje del golfo, el fuerte sobre el mar, la isla verde y los barcos en pacífica travesía. La oficina es una ostentación de riqueza y poder; muebles de jacarandá, tapiz de Genaro: un pájaro audaz, un cruel insecto de Mário Cravo¹⁰ en madera y hierro, y la secretaria pelirroja. Profesión por profesión, arte por arte, sigue siendo ésta la que más rinde. El arte principal de nuestro tiempo.

Todos sabemos, y ni el más ordinario de los patanes se atrevería a discutirlo, que el arte de la propaganda es el más eminente y augusto; ninguno se le compara; ni la poesía, ni la pintura, ni la novela, ni la música, ni el teatro, ni siquiera el cine. En cuanto a la radio y la televisión, puede decirse que forman parte intrínseca de la propaganda y no tienen una existencia autónoma.

No hay pintor que posea la técnica creativa de los plásticos publicitarios; en las agencias pululan los

10 Conocido escultor bahiano, autor de la fuente de la rampa del Mercado. [N. del T.]

Picassos. No hay escritor que se iguale a quienes redactan avisos; no hay estilo, en prosa o en verso, con los recursos imaginativos, el realismo y el surrealismo, con esa comunicabilidad de los textos de las agencias donde docenas de Hemingways crean la nueva literatura. ¿De qué vale esconder la verdad si ésta se impone a la luz del sol, fulgurante y vital? De la propaganda dependen inclusive los Picassos y los Hemingways, muchos de los cuales son fabricados en las oficinas publicitarias, que los proyectan y popularizan en un abrir y cerrar de ojos. Durante algunos meses, por lo menos, el nombre del pintor y del escultor permanecerá en medio de aplausos y en la admiración de las masas y de los desocupados. Luego desaparece. Finalmente, nadie es Dios para crear de la nada a literatos y plásticos y mantenerlos eternamente en la cresta de la ola y en los diarios. Pero el promovido tiene su momento, su oportunidad, tanto mayor cuanto más pueda invertir. El resto es su problema y consiste en saber administrarse: basta lanzar la mirada sobre la feria de las vanidades para poder percibir la enorme influencia de aquellos estafadores, de aquellos sabihondos nacidos en las incubadoras de las agencias y que, bien manejados en su falta de talento, en su falta de valía, brillan y facturan sin esfuerzo, sin tener que matarse en dos facultades y en varios cursos, maratones para necios y tontos, como Calasanz, sin la menor disposición para el indispensable arribismo, para el exhibicionismo, expresión fundamental de nuestra época, de nuestra admirable, benemérita, nunca lo suficientemente elogiada sociedad de consumo.

Arno, aquel muchacho rápido, importado de Río, pluma mojada en whisky escocés legítimo, fue el primero en deslumbrar a Gastão Simas con el resultado de dos o

tres días de trabajo intenso, de profunda reflexión, de ilimitada imaginación. Puso sobre la mesa del *big shot* la hoja de papel, y allí estaba escrito en grandes caracteres este genial hallazgo:

«Traducido al inglés, al alemán, al ruso

PEDRO ARCHANJO ES FUENTE DE DIVISAS

Para el engrandecimiento de Brasil.

También es fuente de divisas

LA COOPERATIVA DE EXPORTADORES DE CACAO».

—¡Fantástico! —aplaudió Gastão—. ¡Eres lo máximo! Se sucedieron otros resultados igualmente grandiosos, pero debe reconocerse la primacía de Arno, joven príncipe de la publicidad, fabuloso talento, salario de medio cuerpo docente de una facultad.

Vale la pena recordar, en beneficio del crecimiento cultural de los lectores, algunos de sus textos más exitosos:

«Brinde por el centenario de Archanjo con cerveza Polar».

«Si estuviera vivo, Pedro Archanjo escribiría sus libros con máquinas eléctricas Zolímpicus».

«En el año del centenario de Archanjo, el Centro Industrial construye la nueva Bahía».

«En 1868 nacieron en Bahía dos gigantes: Pedro Archanjo y Archote Seguros Ltda.».

No satisfecho con el triunfo inicial, Arno creó otra genialidad. La transcripción lo demuestra mejor que cualquier adjetivo:

«Archanjo ángel estrella

estrella stela stela

CASA STELA CASA STELA

Hace cuatro generaciones calza ángeles y arcángeles

En cinco cómodos plazos».

Fue él mismo, amable y satisfecho con su creación, a llevársela al cliente, el propietario de una zapatería, quien lo recibió de evidente malhumor (estaba haciendo un régimen para adelgazar y no hay nada que afecte más el carácter de los individuos). El tipo, un cincuentón de espesas cejas y anillo de graduado, midió la elegancia del petimetre, su imperturbable suficiencia, sacudió la cabeza con desaliento y dijo:

—Soy un viejo abatido y hambriento, usted es joven, apuesto, elegante, con aliento a whisky y a *acarajé*, sabia combinación, pero permítame que le diga: su anuncio es una mierda.

Lo dijo de tal modo, con tan falsa modestia y brusca violencia, que Arno, en lugar de ofenderse, estalló en una carcajada. El cliente detalló:

—Mi caballero, las Casas Stela son tres, y no sólo una como deja entender el anuncio. Y ni siquiera una vez se menciona la dirección de alguna de ellas. No habla de zapatos; mi negocio es una zapatería; lo digo para su información; creo que usted lo ignoraba. Hay, es cierto, una leve referencia al asunto, el verbo calzar en tercera persona del indicativo: *caiga*, fácilmente confundible con *calça*¹¹ y guantes. No se termina de saber si se trata de una zapatería o de una sastrería. Aquí entre nosotros, puedo hacer un anuncio mejor y más barato.

No terminaron a bofetadas, lo que desilusionó una vez más a los empleados, siempre esperanzados de ver

11 *Calça*, en portugués, significa «pantalón». [*N. del T.*]

un día a su patrón embarcarse en una pelea cuerpo a cuerpo; por el contrario, los dos rehicieron el texto y después partieron hacia la calle, hacia el final de la tarde, cuando llega la brisa del mar y sube por las laderas.

—¿Te gustan las antigüedades? —preguntó el comerciante.

—Prefiero las cosas modernas —confesó Arno, pero fue con el protestón a los anticuarios, en callejones y callecitas. Por primera vez entraba a un bazar. Vio faroles antiguos, lanzaderas de plata, anillos, joyas estrafalarias, bancos y sofás, piñas de cristal, grabados de Londres y Ámsterdam, un oratorio pintado a mano y un muy antiguo santo de madera. Arno accedió de pronto al don de la belleza.

Al día siguiente, al entregar el *layout* corregido para la aprobación final de Gastão Simas, Arno Melo le dijo:

—Mi viejo, tienes razón: en Bahía no hay clima para este trabajo; no estimula. Si tuviese alguna alternativa, dejaba esta mierda y me iba a mover las piernas por las calles. Dime una cosa, Gastão, ¿viste la fachada de la iglesia de la Orden Tercera?

—Claro, muchacho. Yo nací aquí.

—Pues llevo ya un año en Bahía, pasé por allí más de mil veces y nunca me había detenido a contemplarla. Soy una bestia, Gastão, un animal, un infeliz, un hijo de puta de agencia de publicidad.

Gastão Simas suspiró: así no se podía.

La asistencia a la segunda convocatoria de la ejecutiva se redujo, y en mucho: siempre sucede lo mismo; la segunda reunión no da derecho a fotografía ni a portadas; a dos líneas como mucho, en una página interior. Los presidentes de la Academia y del Instituto se hicieron representar por el profesor Calasanz, integrante de los directorios de ambas instituciones. También se excusaron los decanos de la Facultad de Medicina y de Filosofía y el superintendente de Turismo, alegando compromisos anteriores, al mismo tiempo que aseguraban su acuerdo y apoyo a cualquier medida o decisión.

Por la Facultad de Filosofía se presentó el doctor Azevêdo, a título personal, atraído por el proyecto de seminario y entusiasmado con la idea del mismo. El profesor Ramos le había escrito desde Río pidiéndole su ayuda para la organización del simposio: «Puede resultar un acontecimiento magno para la cultura brasileña, el primer debate sistemático y con bases realmente científicas en torno del problema racial, más evidente y candente que nunca, que explota en conflicto en todas partes, especialmente en los Estados Unidos, donde el Poder Negro es un factor nuevo y serio, y que se agrava en Sudáfrica, donde parece haberse asentado la herencia del nazismo». El profesor Azevêdo estaba preparando una documentada tesis sobre las aportaciones de Archanjo a la solución brasileña del problema, que sería presentada en el cónclave que, de acuerdo con lo propuesto por el profesor Ramos, podía usar como epígrafe una frase del maestro Pedro en sus *Apuntes sobre el mestizaje en las familias bahianas*: «Si Brasil aportó algo válido para el enriquecimiento de la cultura universal, fue el mestizaje; con él se marca

nuestra presencia en el acervo del humanismo, es nuestra mayor contribución a la humanidad».

La secretaria del Centro de Estudios Folclóricos cumplió con su asistencia: luchando valientemente por un lugar al sol entre tantos etnólogos, antropólogos, sociólogos, todos con su licenciatura, la mayoría con becas de estudio en universidades e instituciones extranjeras, apoyados por equipos, por batallones de alumnos y asistentes; ella, autodidacta y artesana, exploradora que elaboraba y financiaba sola sus investigaciones, no podía perderse esa oportunidad. Joven fuerte y dispuesta, Edelweiss Vieira figuraba entre las pocas personas que conocía la obra de Archanjo en Bahía. Además de ella y del profesor Azevêdo, sólo estaba el secretario general, Calasanz: «Cuando acepto una responsabilidad, es para tomármela en serio».

Estaba presente también el gerente de la *Doping*, S. A., armado de portafolio de cuero, papeles, esquemas, organigramas, *layouts*. En cuanto llegó, se encerró en compañía del gerente del diario en el escritorio del director. El doctor Zèzinho le hizo pedir a Calasanz y sus colegas que «esperasen por favor unos minutos». Se quedaron charlando en la redacción. El macabro Ferreirinha, tras arrastrar al secretario general hasta una ventana, le confesó sus aciagos celos: las cosas no andaban bien, «el zar está con cara de velorio». Al tanto de la fama de alarmista del secretario de redacción, el sergipano no le prestó mayor atención. Los tiempos eran de rumores desatados, de augurios pesimistas, de una vida melancólica e inquieta. Pero cuando finalmente se abrió la puerta del despacho y salieron Gastão Simas y el gerente del matutino, Calasanz notó rastros de vigilia y sobresalto en el rostro aparentemente despejado y cordial del doctor Zèzinho.

—Por favor —dijo—entren y discúlpenme la demora.

Todavía de pie, Calasanz dio su informe:

—El maestro Neto no podrá venir y el senador está en Brasilia —el presidente de la Academia había sido elegido senador de la República—. Estoy autorizado a representarlo. El decano de la Facultad de Medicina y el superintendente...

—Llamaron para explicar su ausencia —interrumpió el magnate—. No tiene importancia y tal vez sea mejor así. En *petit comité* podemos conversar más tranquilamente, poner en orden las ideas y resolver los problemas de nuestra gran promoción. Sentémonos, amigos míos.

El profesor Azevêdo tomó la palabra en tono casi oratorio: —Permítame que lo felicite, doctor Pinto, por la iniciativa de las conmemoraciones, digna de todos los elogios. Destaco particularmente el seminario sobre mestizaje y *apartheid*, un acontecimiento de la mayor importancia, de extrema actualidad; va a ser el hecho científico más serio de Brasil en los últimos años. Todos debemos felicitarnos, y usted merece el primer lugar.

El doctor Zèzinho recibió los elogios con la actitud modesta de quien se limita a cumplir con su deber hacia la patria y la cultura, sin reparar en sacrificios:

—Muchísimas gracias, querido profesor. Sus palabras me halagan. Pero, ya que sacó usted el tema del seminario, deseo expresar algunas breves opiniones sobre el asunto: estuve reflexionando sobre la idea, profundizando en sus implicaciones, y llegué a ciertas conclusiones que quiero someter al buen sentido y al patriotismo de los presentes. Quiero señalar ante todo mi admiración por el profesor Ramos, por su magistral obra. La mejor prueba al respecto es que fui yo quien lo buscó y le solicité su colaboración para los homenajes a Pedro

Archanjo. Sin embargo, el cónclave que nos propone organizar, siendo sin duda de gran interés científico, no me parece el más adecuado en la actual coyuntura.

El profesor Azevêdo sintió que un frío le recorría la espalda: cada vez que había escuchado pronunciar aquellas fatales palabras, *coyuntura actual*, algo malo había sucedido. Los últimos años no habían sido fáciles para el profesor Azevêdo y sus colegas de universidad. Por eso mismo se adelantó, antes de oír el resto, seguramente la peor parte:

—Por el contrario, doctor Pinto, el momento es el más indicado: cuando las luchas raciales alcanzan casi la condición de una guerra civil en Estados Unidos, cuando los nuevos países africanos comienzan a desempeñar un papel importante en la política mundial, cuando...

—Exactamente, mi querido profesor y amigo; exactamente esos argumentos que para usted justifican la oportunidad del seminario son los mismos que en mi opinión lo transforman en un peligro, en un serio peligro.

—¿Peligro? —se interpuso ahora Calasanz—. No veo dónde.

—Un peligro y grande. Este seminario, con su temática explosiva —mestizaje y *apartheid*—, es un peligrosísimo foco de agitación; de allí puede nacer un incendio de proporciones imprevisibles, amigos míos. Piensen en los muchachos de la universidad, en los chicos de la enseñanza secundaria. No les quito razón para ciertas reclamaciones, y nuestro diario lo ha dicho con mucha valentía. Pero convengamos en que cualquier pretexto sirve a los agitadores infiltrados en el medio estudiantil, a los profesionales del desorden y de la confusión.

—Por amor de Dios, doctor Pinto: los estudiantes, incluso los de izquierda, van a apoyar masivamente el simposio, van a darle una cobertura absoluta; yo mismo he conversado con varios de ellos y todos se mostraron interesados y a favor de la propuesta. Se trata de una reunión puramente científica.

—Vea, profesor, usted mismo termina dándome la razón y me ofrece nuevos argumentos. El peligro pasa exactamente por el apoyo estudiantil. El asunto es pura dinamita, una bomba. Nada es más fácil que transformar este seminario de carácter científico en marchas, manifestaciones callejeras de apoyo a los negros norteamericanos y en contra de Estados Unidos; si lo realizamos, puede terminar con el incendio del consulado norteamericano. Lo dijo usted mismo, profesor, se trata de un simposio de izquierda.

—Yo no dije eso. La ciencia no es de izquierda ni de derecha, es simplemente ciencia. Dije que los estudiantes...

—Es lo mismo, usted dijo que los estudiantes de izquierda, la masa estudiantil, apoya la idea. Ahí reside el peligro, profesor.

—Pero, aun así, ya no se puede... —una vez más salió Calasanz en apoyo de su colega.

Visiblemente contrariado, el doctor Zèzinho resolvió terminar con el asunto.

—Perdóneme, profesor Calasanz, que lo interrumpa; estamos todos perdiendo el tiempo. Aunque me convencieran, y tal vez no sea tan difícil convencerme...

—hizo una pausa, estaba realmente perturbado—. Aun así, el seminario no puede ser realizado. —Siguió, cada vez más a disgusto—. Fui... bien... fui consultado... y tuve oportunidad de discutir el asunto en todos sus aspectos.

—¿Consultado? ¿Por quién? —quiso saber la secretaria del Centro Folclórico, completamente ajena a las sutilezas de la política.

—Por quien corresponde, mi buena amiga. Profesor Azevêdo, creo que ahora usted me entiende y comprende mi posición. Por otra parte, quiero que se la explique al profesor Ramos; no deseo que dé demasiadas opiniones al respecto.

Miró por la ventana; en el bar de enfrente varios redactores del diario tomaban su café con leche con pan y manteca:

—Ciertas cosas se nos escapan, no estamos al tanto de los detalles que hacen indeseable, en determinados momentos, aquello que, en apariencia, es una buena idea. Voy a contarles algo muy confidencial: en este preciso instante la diplomacia brasileña está trabajando en un acuerdo de grandes proporciones con Sudáfrica. Tenemos el mayor de los intereses en ampliar nuestras relaciones con ese poderoso país, que muestra un extraordinario índice de crecimiento. Tampoco está fuera de nuestros planes una alianza política contra el comunismo; al fin y al cabo, ya somos aliados en la ONU, defendemos los mismos puntos de vista. En los próximos días se va a inaugurar una línea directa que una Río de Janeiro con Johannesburgo. ¿Se dan cuenta? ¿Cómo entonces reunir ahora a los sabios brasileños para que fustiguen el *apartheid*, o sea, a Sudáfrica? Ni siquiera voy a referirme a Estados Unidos, a nuestros compromisos con la gran nación norteamericana. Justo cuando aumentan sus dificultades con los negros, ¿también nosotros vamos a echar leña al fuego? Del racismo a Vietnam hay un paso. Un pasito imperceptible. Son argumentos serios, amigos míos, y

por más que yo desease defender nuestra idea, no se pueden discutir.

—¿Quiere decir que han prohibido el seminario? —insistió la secretaria de Folclore, sin medir sus palabras, entregándose al habla popular, directa y simple.

Más recuperado, el doctor Zèzinho alzó los brazos:

—Nadie prohibió nada, señora Edelweiss, por amor de Dios. Estamos en una democracia; nadie prohíbe nada en Brasil, ¡hágame el favor! Es que ahora, aquí, analizando la cuestión, sobre la base de nuevos datos, decidimos nosotros, la comisión ejecutiva y nadie más, suspender el seminario. Pero no por eso dejaremos de conmemorar el centenario de Pedro Archanjo. Los suplementos están en marcha; Gastão me trajo alentadoras noticias, las perspectivas son buenas. La sesión solemne brindará los indispensables toques científicos y oratorios. Aparte de que nada nos impide pensar en alguna otra actividad siempre que no tenga el mismo carácter subversivo que el simposio.

En el silencio tan habitual en la coyuntura presente, el doctor Zèzinho renació una vez más de las cenizas del desagradable asunto:

—Les pido a ustedes que piensen, por ejemplo, en un gran concurso para ser lanzado entre los estudiantes de secundaria, una redacción que verse sobre un tema patriótico, actual. Sería el «Premio Pedro Archanjo», un premio valioso, apetecible: pasajes de avión y una semana de estancia en Portugal para el ganador y un acompañante. ¿Qué les parece? Piensen en esto, amigos, y muchas gracias.

Ni siquiera hubo whisky nacional.

La Sociedad de los Médicos Escritores (con casa matriz en Bahía y sucursales en diversas ciudades de otros estados) lanzó un manifiesto de apoyo a los festejos. A pesar de no haber obtenido un diploma de doctor, Pedro Archanjo se hallaba profundamente ligado a la clase médica a través del cordón umbilical de la Facultad de Medicina de Bahía, «a la cual había servido con notable eficiencia y conmovedora devoción».

El presidente de la activa organización, apreciado radiólogo con envidiable clínica, biógrafo de médicos eminentes, se inscribió como orador —¡el sexto!— para el solemne acto de cierre. Para ello, salió en busca de datos más precisos y personales sobre Pedro Archanjo que le permitieran colar una nota humana en la aridez del discurso científico. De información en información, llegó al mayor Damião de Souza, que tenía un bufete nocturno montado hacía años en el bar Bizarría, en un tenebroso callejón del Pelourinho. El bar Bizarría, uno de los últimos en ofrecer mesas y sillas a los clientes para facilitarles el placer de la conversación, estaba antes ubicado en un sitio mejor de la Praça da Sé, propiedad de un amable gallego llegado de Pontevedra medio siglo atrás. En la codiciada esquina, sus hijos habían abierto el autoservicio Comaempé¹², novedad de fulminante éxito: por un precio módico los clientes reciben el plato único ya servido, una gaseosa a su gusto, colocan el plato y la botellita sobre una especie de mostrador circular en la sala y en diez minutos se ven libres de la obligación del almuerzo, tiempo durante el cual no están

12 Coma de pie. [N. del T.]

ganando dinero y por lo tanto tiempo perdido. El primer gallego, amigo de su clientela y de un buen trago de vino (no desdeñaba la cachaza si era de buena calidad), entregó el valioso local a los hijos progresistas y codiciosos, pero no se apartó de su bar con mesas y sillas, de charlas animadas, sin control de horario, y fue a parar a un callejón de putas y allí se quedó en la convivencia con persistentes borrachos, sus clientes y amigos.

Inmemorial cliente, con su mesa reservada desde el comienzo de la noche, el mayor era infalible a la hora del aperitivo. El elegante radiólogo, un tanto formalista, se sintió molesto y atónito en aquel ambiente obsoleto; era como si hubiese retrocedido en el tiempo y llegase a una ciudad proscrita: las piedras negras del empedrado, la luz baja, las paredes seculares del salón, las sombras, un perfume oriental.

No había sido el único en buscar en aquella noche al mayor a la caza de recuerdos de Archanjo: se había encontrado en el Bizarría con el conocido Gastão Simas y un petimetre de su agencia de publicidad. Empuñaban vasos de un violento brebaje, otrora famoso y conocido como «verga de buey», y el pretencioso (supo después que se llamaba Arno Melo) comía *acarajés*, «no hay bocadillo igual». Una bahiana mantenía su tablero y su hornillo en la puerta del bar hacía más de veinte años; con ellos había llegado de la Praça da Sé. Para el presidente de los Médicos Escritores fue una experiencia distinta y excitante: su mundo se reducía al hospital con los alumnos de la facultad, al consultorio en la calle Chile, a la casa en la Graça, a las reuniones literario-científicas, a las cenas y a las recepciones. Los domingos, se permitía un baño de mar y una *feijoada*.

—¿Radiólogo? —leyó el mayor en la tarjeta del médico—. Excelente. Con las vacaciones del doctor Natal y el viaje del doctor Humberto, estoy sin ninguno. Siéntese, la casa es nuestra. ¿Qué va a tomar? ¿Lo mismo que nosotros? Se lo recomiendo. No hay nada mejor para abrir el apetito —se dirigió al español—: Paco, sirve unas jarras de cerveza más y ven a conocer al doctor Benito, que hoy nos honra con su presencia.

Por pura y simple gentileza, el doctor Benito aceptó la copa y probó con miedo la mezcla imposible. ¡Ah, estupenda! Simas y Arno ya iban por la cuarta o la quinta dosis, recorriendo los caminos de Archanjo. El mayor, impertérrito, seguía aspirando el humo de su fétido cigarro.

—Cuentan que cierta vez una *iaba*, conociendo la fama de mujeriego de Pedro Archanjo, resolvió darle una lección, convirtiéndolo en cazador cazado, para lo cual se transformó en la mujer más atractiva de Bahía.

—¿*iaba*? ¿Qué es eso? —se instruía Arno.

—Una diablesa con la cola escondida.

Cenaron allí mismo, en el bar, pescado frito en aceite amarillo, cerveza helada y abundante para regar el *dendê*; se chuparon los dedos. Dos veces en medio de la comida, el mayor propuso rondas de cachaza para «agraviar a la cerveza».

Más tarde fueron a visitar, muy cerquita de allí, el primer piso donde había funcionado el burdel de Ester, hoy de Rute, llamada Pote de Mel, en el cual se sigue bebiendo un ínclito coñac de los tiempos de Archanjo. En medio de la noche, Gastão Simas cantó *Chão de estrelas* para una platea participativa y romántica y Arno Melo dio un discurso, ideológicamente un tanto confuso, y sin embargo de gran violencia contra la sociedad de consumo y el capitalismo en general.

A las dos de la mañana, el doctor Benito, en un enorme esfuerzo de su voluntad, logró arrancarse de allí. Se metió en un taxi, después de abandonar su auto en el *terreiro*: nunca había bebido así en toda su vida, ni en sus tiempos de estudiante; nunca se había encontrado en medio de tantos disparates e incoherencias.

—Perdona, querida, pero quedé atrapado en un mundo absurdo, y de Archanjo sólo pude enterarme de que durante un tiempo tuvo una historia con el diablo.

—¿Con el diablo? —La esposa revolvía la sal de frutas.

Al día siguiente, cuando llegó al consultorio, se encontró a los tres primeros clientes del mayor, cada uno con su mensajito: «El mayor Damião de Souza presenta al indigente portador de esta nota al bondadoso facultativo, pidiéndole por caridad al nombrado una placa que Dios le pagará con creces».

Dos placas de pulmón y una de riñones. Eran las tres primeras: es infinito el torrente de los necesitados.

5

Entre las contribuciones más entusiastas a los homenajes del centenario de Pedro Archanjo debe destacarse la de la Facultad de Medicina de Bahía. Un portavoz de la tradicional casa de estudios, en entrevista con el *JC* apenas después del lanzamiento de la campaña, todavía en las fases iniciales de las declaraciones de apoyo, afirmó: «Pedro Archanjo es un

hijo de la Facultad de Medicina, su obra es parte de nuestro más sagrado patrimonio, ese patrimonio insuperable que nació en el secular Largo del *Terreiro* de Jesús, en el principal Colegio de los Jesuitas, y se afirmó con los triunfantes maestros de la facultad, erguida sobre los cimientos del primer establecimiento de enseñanza de Brasil. La obra de Pedro Archanjo, hoy reconocida hasta en el extranjero, sólo pudo concretarse porque su autor, miembro de la administración de la facultad, estuvo imbuido del espíritu de esta benemérita institución que, pese a dedicarse primordialmente a las ciencias médicas, no dejó en ningún momento de cultivar las ciencias hermanas, en especial las bellas letras. En nuestra venerable facultad alzaron sus voces los mayores oradores de Brasil; se afirmaron hombres de letras admirables por la elegancia del estilo y la pureza del lenguaje; ciencia y letras, medicina y retórica se dieron la mano en los pasillos y en las aulas. Pedro Archanjo forjó su talento en ese clima de alta espiritualidad y en la doctrina de la honorable Escuela atenuó su tristeza. Es con justificado orgullo como afirmamos con ocasión de esta efeméride gloriosa: la obra de Pedro Archanjo es producto de la Facultad de Medicina de Bahía». En lo cual, a pesar de todo, no dejaba de tener su parte de razón.

DONDE SE HABLA DE LIBROS, TESIS Y TEORÍAS, DE CATEDRÁTICOS Y TROVADORES, DE LA REINA DE SABA, DE LA CONDESA Y DE LA IABA, Y, EN MEDIO DE TANTO DESBARAJUSTE, SE PROPONE UNA ADIVINANZA Y SE EXPRESAN OSADAS OPINIONES

1

Cuentan, amor, que en cierta ocasión, estando una *iaba* de paso por Bahía, se espantó y ofendió con la incontinencia, el colosal desarreglo, la inmensa jactancia del maestro Pedro Archanjo, arrendatario de mujeres, macho de tantas hembras, pastor de dócil y fiel rebaño, que parecía más un jefe con sus amantes de la tribu, pues las competidoras se conocían, se visitaban y eran vistas juntas cuidando a los niños nacidos de unas y de otras, todas de él, y se daban trato de comadre y hermana, todo en medio de risas, a gusto, charlando y bromeando, cuando no reunidas junto al fuego preparando manjares para el tirano.

De todas se ocupaba Pedro Archanjo, cada una a su vez, y a todas satisfacía como si no tuviese otro empleo además de ese que combinaba cama y vagancia, diversión de mete y saca, dulce oficio. Un lord, un pachá, un presuntuoso sin obligaciones, en una vida regalada. Orgulloso de sí, sin ataduras, sin sufrir las agonías, martirios, el miedo a perder o a no tener ninguna mujer, pues las desvergonzadas, las desafortadas vivían persiguiéndolo con requiebros y adulaciones; no pensaban en abandonarlo, ni en hacerle

escenas de celos o ponerle los cuernos; ni en broma lo consideraban. Sin esfuerzo, Pedro Archanjo era de buena labia y de buena cama.

A la *iaba* esa situación le resultó insoportable, por humillante para todas las mujeres, y decidió castigar severamente al maestro Archanjo, dándole una lección dura y amarga que le enseñase la parte mala del amor, la súplica y la espera, el ruego y el rechazo, el desprecio y el abandono, la traición y la vergüenza, el dolor de amar y no ser correspondido. El mujeriego jamás había sufrido penas de amor; seductor viajero de lechos sin límites, lo mismo en colchón fofo de lana de algarrobo o catre de madera, el arenal o los rastros, en el comienzo de la mañana o al caer la noche. Pues ahora le tocaría sufrir, aprender en su propia carne, juró la *iaba* ante la escandalosa impunidad del osado; quedarás expuesto al mundo y a Bahía, la verga se te marchitará, el corazón sufrirá de llagas y la frente te florecerá en cuernos, quedarás expuesto al escarnio y a las burlas, pobre, señalado y acusado.

En consecuencia, la *iaba* se transformó en la negra más hermosa vista hasta hoy en tierras de África, de Cuba y de Brasil, de la que se haya hablado en historia, suceso, relato o rumor alguno: una exageración de negra, un deslumbramiento de azabache. Perfume de rosas en flor para que no se sintiera el aroma del azufre, sandalias cerradas para ocultar los pies de cabra. En cuanto a la cola, ésta se escondió en el trasero, correcto y rebelde, independiente del resto del cuerpo, y que se bamboleaba por cuenta propia. Para darse una pálida idea de la belleza de la negra, baste saber que en el recorrido entre las profundidades y la Tienda de los Milagros, al verla pasar enloquecieron seis mulatos, dos negros, doce blancos y una procesión se disolvió cuando

ella la atravesó. Se vio a un cura arrancarse la sotana y renegar de la fe; San Onofre en sus andas giró hacia ella y le sonrió.

Con sus faldas almidonadas, la *iaba* reía contenta: el pedante pagaría por su orgullo de padrillo, de semental invicto en campo de mujeres. Para empezar con algo, le haría crecer la alabada verga para luego dejarla marchita y muerta, sin utilidad para nada, pedazo blando de museo. Aquí yace el gran carajo de Pedro Archanjo, era famoso y una *iaba* acabó con su fama y su valor.

La diablesa estaba segura y confiada en su victoria en esta cuestión: es público y notorio que las *iabas* pueden transformarse en mujeres de sublime belleza, de irresistibles encantos, amantes ardentísimas, de sabias caricias; y también está todo el mundo enterado de que no logran llegar jamás al climax; no lo alcanzan nunca; están siempre insatisfechas y, en creciente furor, piden siempre más. Antes de que alcancen y atraviesen las puertas del néctar y del paraíso, el carajo vencido de su pareja se deshace en un trozo flácido. Jamás se supo de verga capaz de romper esos muros de ansiedad vana y de rabia y de hacer que la insatisfecha y maldita *iaba* prorrumpiera a tiempo y en término en hosannas y aleluyas.

Pero el castigo no se restringiría a la impotencia, al fiasco en el dulce y violento oficio; tal vez peor resultaría el corazón roto y herido. Porque la *iaba* pensaba jugar con él, transformarlo en un mísero suplicante, en un esclavo infeliz, traicionado y despreciado. Entre las dos vergüenzas, ¿cuál es la más horrenda, la más mezquina?

La engañadora venía satisfecha por la calle, con su plan trazado: tras hacerle probar mil veces el gusto de la vulva y el placer, y cuando lo viese en el yugo del sexo

atrapado y vencido, se iría al otro mundo, indiferente, sin decirle adiós. Para verlo —para que todos lo viesen— arrastrándose suplicante a sus pies, lamiendo el polvo del camino, besando sus pisadas, convertido en un trapo sucio, por fuera un guiñapo, por dentro un manso cornudo que viviera, suplicándole, la gracia de una mirada, de una sonrisa, de un gesto, de un ademán mínimo, aunque fuera el tobillo o, por piedad, el pezón, uva negra y endurecida.

Arrastrándolo al desprecio y al escarnio, la *iaba* lo hundiría aún más en la deshonra, ofreciéndose a otros en chacoteos y promesas, coqueteando en su cara con los vecinos. Para que todos lo viesen royendo el costado de la campana, la tapa del orinal, para que lo viesen fuera de sí, con el puñal levantado, la navaja abierta: «Regresa o te mato, desgraciada; si le dieras a otro tu flor agreste, morirás en mis manos y moriré yo también».

Así, expuesto en la ciudad, en pleno día, a la vista de todos, llorando y rogando, cornudo sin decoro, alejado del último resquicio de decencia, de orgullo, hundido en el fango, la vergüenza, el dolor de amar. «Ven y trae todos tus trastos y tus machos, ponme los cuernos que quieras, pues cubierto de excremento y de hiel te deseo y te suplico: ¡Ven! Y te recibo agradecido.»

Las *iabas* no gozan, ya lo sabemos, pero tampoco aman y no sufren porque, como está probado, les falta corazón, tienen vacío el pecho, que está hueco sin remedio. Por eso, por inmune y por malvada, ella se viene riendo por el camino, el trasero más atrás en bamboleo, y los hombres desesperándose de sólo verla. Pobre Archanjo.

Sin embargo, amor, ocurre que Pedro Archanjo, recostado en la puerta de la Tienda de los Milagros, la esperó tan pronto la noche se encendió con la estrella

vespertina y la luna salió de su casa en Itaparica y se derramó sobre el mar, un mar oleoso, verde oscuro. Había preparado la luna, las estrellas, ese mar silencioso y una canción:

*Gracias mi señora
Por su cortesía;
Ya he visto que es hermosa
Y plena de gallardía.*

Se apoyaba en la verga como si fuese su bastón de *obá*, tanto había crecido en la impaciente espera, le bastaba con su olor de macho para desflorar vírgenes, a leguas de distancia, y dejarlas embarazadas.

Te preguntarás, amor: ¿Cómo es posible que Archanjo supiera de los malignos, ocultos designios de la *iaba*? Resuelve enseguida esta adivinanza. Es muy simple: ¿Acaso no era Pedro Archanjo el hijo predilecto de Exu, señor de los caminos y las encrucijadas? Era también los ojos de Xangô, cuya vista llega lejos y ve por dentro. Fue Exu quien le avisó de la prepotencia y de los malvados designios de la perversa hija del Diablo, de pecho hueco. Le avisó y le dijo cómo actuar: «Date primero un baño de hojas, pero no de cualquiera; ve a Ossain y pregúntale cuáles; sólo el conoce el misterio de las plantas. Luego prepara un agua de esencia de aguardiente, mézclala con sal, miel y pimienta y baña en ella tu miembro, junto con los dos huevos, los dos gemelos; va a dolerte bastante, pero que no te importe, sé hombre, aguanta; en breve verás los resultados: será la principal verga del mundo por su volumen, en hinchazón y longitud, por el deleite, por su belleza y por su erección. No habrá vulva de mujer ni de *iaba* capaz

de alterar su estructura, cuanto más la dejará vacilante y floja».

Para completar el hechizo, le entregó un *kelê*, collar para atraparla por el cuello, y un *xaôró* para sujetarle el tobillo: «Cuando ella se duerma, ponle el *kelê* y el *xaôró* y quedará atrapada por la cabeza y por los pies, cautiva para siempre. Xangô te dirá el resto».

Xangô le ordenó un *ebó* con doce gallos blancos y doce gallos negros, con doce blasones pintados, y una paloma blanca, de inmaculada blancura, de pecho prominente y arrullo armonioso. Al final del *ebó*, en un sortilegio de mandinga, con el corazón de la paloma en sangre y amor, Xangô realizó un dije, que era blanco y rojo, y se lo entregó a Archanjo, diciéndole con su voz de rayo y trueno: «*Ojuoba*, escucha y aprende este mensaje: cuando la *iaba* esté ya atada de la cabeza y los pies, dormida y entregada, insértale esta cuenta en el ano y aguarda sin miedo el resultado: suceda lo que suceda, no huyas, no abandones el lugar, espera». Archanjo inclinó la frente hasta tocar el suelo y dijo: *axé*.

Después fue a darse el baño de hojas, elegidas una a una por Ossain. Preparó el arma en la miel, el agua de aguardiente, la sal y la pimienta brava y la vio crecer, descomunal bastón de caminante. Escondió el *kelê*, el *xaôró* y el corazón de la paloma y el dije rojo y blanco de Xangô en el bolsillo. La esperó llegar en la puerta de la Tienda. Apenas apareció por la esquina, comenzaron, no hubo seducciones ni floreos; vio a la *iaba* y la verga fue a su encuentro y le levantó las faldas almidonadas, metiéndola allí mismo, en la medida exacta de la vulva: fuego con fuego, miel con miel, sal con sal, pimienta con pimienta, y de la brava.

Contar esa batalla, esa guerra de dos potencias, el asalto de la yegua y el caballo, el maullido de la gata en

desvarío, el aullido del lobo, el rugido del jabalí salvaje, el sollozo de la doncella al hacerse mujer, el arrullo de la paloma, el rumor de las olas, ¿quién podría, amor, contar todo eso? Rodaron enganchados por la ladera, terminaron en el arenal del puerto y atravesaron la noche. La marea creció y los arrastró; siguieron en el fondo del mar en loca cabalgada, en insana penetración.

La *iaba* no había contado con semejante resistencia: en cada desmayo de Archanjo, la maldita pensaba con esperanza y rabia: ¡Ahora la fuerza se te quiebra, asqueroso! Muy por el contrario, en lugar de fenecer, crecía el hierro en ardor y caricias.

Había imaginado muy poco un placer así, látigo de miel, pimienta y sal, delicia de las delicias, fenómeno de circo, maravilla. Ay, gimió la *iaba* con desesperación, si al menos pudiese... No podía.

El gran embate duró tres días y tres noches, y fue la cumbre del bailongo, sin intervalos: diez mil coitos y una sola penetración, y la *iaba* se tensó tanto en su furor sin fin, que, de pronto, le dio un tremendo arrebató y se abrió en gozo como se abre el cielo para que llueva. Irrigado el desierto, rota la aridez, vencida la maldición, ¡hosanna y aleluya!

Entonces se adormeció, hembra satisfecha, pero todavía no una mujer en nada.

En el cuarto de Archanjo, de sombras y olores mezclados, dormía de espaldas la *iaba*: un desatino, un despropósito de negra, una bomba. Cuando su respiración se calmó, Archanjo le colocó el *kelé* en el cuello y el *xaôrô* en el talón y la mantuvo así atada. Luego, con delicadeza de bahiano, le introdujo en el culito celestial el corazón del ave, cuenta encantada de Xangô.

En ese mismo instante, ella soltó un bramido y un pedo, los dos temibles, siniestros, pavorosos; el aire fue puro azufre, humo mortal. Una claridad de rayos sobre el mar, el sordo eco de los truenos, los vientos desatados y la tempestad de un extremo al otro del universo. Subió al cielo un hongo inmenso y apagó el sol.

Pero pronto todo fue calma, júbilo y bonanza; el arco iris extendió sus colores; era Oxumarê que inauguraba la fiesta y la paz. Al hedor del azufre siguió un aroma a rosas en flor y la *iaba* ya no era *iaba*, era la negra Dorotéia.

Gracias a las artes de Xangô, había crecido en su pecho el corazón más tierno, el más sumiso y amante. Sería la negra Dorotéia para siempre, con su concha de fuego, su atrevido culo insumiso, el corazón de tórtola.

Resuelto el asunto, descifrada la incógnita, encontrada la solución a los enigmas, finalizó, amor, la historia, ¿qué otra cosa se podía contar? Dorotéia se volvió santa, bravia hija de Yansan, se rasuró la cabeza en un barco de *iaôs* y terminó como *daga*, encargada de bailar el *padê* de Exu al comienzo de las obligaciones.

Algunos chismosos, enterados de lo ocurrido, juran sentir un aroma lejano a azufre cuando Dorotéia abre la danza en el *terreiro*. Aquel olor del tiempo en que, cuando era *iaba*, quiso quebrar la voluntad del maestro Pedro Archanjo.

Difícil de quebrar la voluntad del mestizo. Otros lo intentaron, en las bandas del Tabuão, donde se halla la Tienda de los Milagros, y en el *Terreiro* de Jesús, donde se yergue la facultad, pero nadie lo logró. A no ser por Rosa. Si alguien le enseñó a Archanjo el dolor de amar y lo venció, ésa fue Rosa de Oxalá, y nadie más. Ni la *iaba* de azabache y furia, tampoco cierto catedrático de frac y mucha sapiencia.

2

El aprendiz intenta disimular el irresistible sueño ante los dos hombres encorvados sobre la máquina. Debe asistir a la impresión de las páginas iniciales; ha vivido entusiasmado por meses y en vilo, al igual que Archanjo, tanto como Lídio, de los dos el más vehemente. Quien desconociera la verdadera situación consideraría que Lídio Corró era el verdadero autor de *La vida popular en Bahía*, el primer libro de Pedro Archanjo.

Los últimos borrachos ya se han retirado, la última guitarra silenció su tardía serenata. El clarín de los gallos resuena en la ladera; dentro de poco la ciudad comenzará a vivir. El aprendiz ha oído la lectura de los capítulos, ha ayudado en la composición y la revisión de ese primer bloque de líneas. Busca disfrazar los bostezos, el ardor de los ojos, los párpados pesados, pero Lídio se da cuenta y le ordena:

—Vete a dormir.

—Todavía no, maestro Lídio, no tengo sueño.

—Te estás cayendo, ni te aguantas de pie. Vete a dormir.

—Padrino, por favor —la voz del adolescente iba más allá de la súplica, mostraba ardor y decisión—. Pídale al maestro Lídio que me deje quedarme hasta el final. El sueño ya se me pasó.

Disponía únicamente de la noche para trabajar en el libro; por la mañana precisaban los tipos, escasos y gastados, y de la imprenta para los trabajos habituales: folletos de trovadores, inventarios de tiendas, mercerías y almacenes. A fin de mes, Corró le debía pagar la cuota a Estevão; esa deuda era sagrada. Una batalla contra el

tiempo y contra la pequeña máquina manual: reumática, oxidada, caprichosa. Lídio Corró la trataba de «tía mía», pidiéndole su bendición y su buena voluntad, un poco de cooperación. Esa noche se había emperrado y se habían pasado la mayor parte del tiempo arreglándola.

El aprendiz se llamaba Tadeu y le gustaba mucho el oficio. Cuando finalmente Estevão das Dores decidió retirarse y vender la tipografía, Lídio tomó de ayudante al negrito Damião. No fue por mucho tiempo, ya que el inquieto niño no se interesó por tintas ni por las máquinas. Lo que lo atraía era el movimiento, la libertad de las calles. Se metió en el Foro como muchacho de los recados, llevando autos, procesos, requerimientos, peticiones, corriendo de jueces a abogados, de oficiales a escribanos; al comienzo de su carrera Damião ya tenía toda la experiencia, era la picardía plena. Se sucedieron los aprendices, todos ellos de corta permanencia en aquel taller con poca capacidad y mucha mano de obra. Ninguno a la altura del trabajo. Tadeu había sido el primero en colmar las expectativas del maestro Lídio.

Con un grito saluda el chico la autorización del mñestro, y se moja el rostro para ahuyentar el sueño. Ha seguido el trabajo de Archanjo día tras día, página a página, y ni siquiera él mismo sabe cuán útil fue a aquel a quien llama su padrino: cuánto ánimo le transmitió en la nueva y difícil tarea, en aquel arte de exactitudes y matices, de afirmaciones y sutilezas, de verdad puesta sobre el papel, en el oficio de las palabras y de su sentido. Pedro Archanjo había escrito por ellos y para ellos: para el amigo de toda la vida, el compadre, el socio, su gemelo, y para el negrito de ojos ardientes, fiquito, espigado, estudioso, para el hijo de Dorotéia. Por fin había terminado el libro y Lídio había obtenido el papel a crédito.

La idea había nacido de Valdeloir, aquel muchacho de Tororó, pero las distintas sugerencias e implicaciones habían ocurrido casi al mismo tiempo, llevando a Pedro Archanjo a emprender el trabajo. Siempre le había gustado leer cuanto libro le cayese en las manos; anotaba hechos, cosas, historias: todo lo que se refiriese a las costumbres del pueblo de Bahía, pero sin manifestar la menor intención de llevarlas al papel. Más de una vez, sin embargo, había pensado que en esas notas se hallaba la respuesta a las tesis de algunos profesores de la facultad, tesis tan de moda, que las oía repetidas en las aulas, en los patios y en los pasillos.

Fue en una noche de larga cachaza: un numeroso grupo escuchaba atento a Archanjo, que contaba historias, cada vez más atractivas y sugerentes, mientras Lídio Corró y Tadeu ataban paquetes de un folleto en el cual João Caldas, «poeta del pueblo y su servidor», en versos de siete sílabas y pobres rimas, contaba la historia de la mujer del sacristán, quien, tras entregarse al cura, se había transformado en una mula sin cabeza y por la noche rompía la calle y los jardines, mientras vomitaba fuego por el pescuezo y atemorizaba a la vecindad. En la tapa, tallada por Lídio, el grabado, al mismo tiempo pobre y rico en sus medios de expresión, representaba a la mula sin cabeza, terror de los caminos, asustando a la gente, mientras que la cabeza, separada del cuerpo pero no muerta, besaba la boca sacrílega del cura. Una farsa, al decir de Manoel de Praxedes.

—Quién podría muy bien escribir historias de las más divertidas y que se las imprima el maestro Lídio es el mañestro Pedro, que sabe tantas cosas, que conoce tantos hechos y es un as a la hora de ponerse a contar —consideró Valdeloir, bailarín de *afoxé*, frecuentador de

salones de baile, *capoeirista* y ávido lector de trovas y relatos.

Conversaban en una especie de cobertizo que había construido Lídio en el patio, cubierto de cinc y con paredes de madera. Con la habitación ocupada por la imprenta, la charla y los espectáculos habían sido transferidos allí. Lídio se desdoblaba en el trabajo: componía e imprimía, pintaba milagros, grababa tapas para los folletos, extraía algún diente de vez en cuando. Tenía una deuda de dos años con Estevão, un pesado compromiso mensual. Fue preciso levantar el cobertizo, pues los espectáculos ayudaban con las cuentas y tampoco Archanjo habría aceptado la idea de no declamar a Castro Alves, a Casimiro de Abreu, a Gonçalves Dias, los sonetos de amor y los poemas contra la esclavitud; de no participar de las rondas de samba, de no apreciar los pasos de Lídio y de Valdeloir, la voz suave de Risoleta, la danza de Rosa de Oxalá. Aunque fuera gratis, sin cobrarle a nadie, Archanjo no abandonaría el espectáculo: HOY HAY FUNCIÓN seguía anunciando los jueves el cartel en la puerta de la Tienda de los Milagros. Hacía una semana que llovía, de manera casi continua; era un mes de temporales y de viento sur. Un viento como agujas penetrantes, mordiente y húmedo, con un zumbido fúnebre: dos *saveiros* naufragaron y de los siete muertos tres no aparecieron nunca, echados a flotar eternamente en busca de las costas de Aioká, en el fin del mundo. Los otros cuerpos fueron a parar días después a la playa, ya sin ojos y cubiertos de cangrejos, un espanto. Empapados, temblando de frío, los amigos llegaban pidiendo un trago. En esas ocasiones de desgracia y tristeza se comprueba el valor de la cachaza. Esa noche,

a partir de la sugerencia de Valdeleir, Manoel de Praxedes tomó la palabra y propuso una variante:

—El maestro Archanjo sabe mucho, tiene un arsenal de argumentos en la cabeza y en sus pedazos de papel. Pero lo que él sabe no es para que se pierda en trovas de diez centavos, son cosas importantes, cuestiones de las que nadie oyó hablar. Lo que valdría la pena es que él se las contara en la facultad a algún profesor, a uno de esos genios de la escritura, y allí hay más de uno, para que el sabihondo lo resuma en una hoja y sirva como enseñanza. Estoy seguro de que va a producir mucha admiración.

El maestro Pedro Archanjo contempló a Manoel de Praxedes, ese buen gigante, lo miró con ojos serenos y pensativos, recordando un montón de cosas ocurridas en los últimos tiempos allí en el Tabuão, en sus alrededores y en el *Terreiro* de Jesús. Poco a poco el rostro volvió a sonreír alegremente, rompiendo la inhabitual seriedad, y lo hizo plenamente cuando sus ojos, yendo de uno a otro de los presentes, se encontraron con los de Terência, su comadre, madre de Damião y tan bonita.

—¿Por qué dárselo a un profesor, mi querido? Lo voy a escribir yo. ¿O te crees, Manuel, que sólo porque somos pobres no podemos hacer algo que valga la pena? ¿Que no podemos hacer otra cosa que trovas de pie quebrado? Pues vas a ver, mi querido amigo, mi camarada. Lo voy a escribir yo mismo.

—No es que dude de ti, amigo Pedro, adelante. Es que con un profesor está garantizado que todo lo que se escriba esté comprobado; esa gente lo sabe todo, de cabo a rabo.

—¿Quién tuerce y distorsiona más que esos letrados? ¿Quién tiene más necesidad de aprender que esos sabihondos de medio pelo? Manoel de Praxedes no

se da cuenta de esto, hay que trabajar en la facultad para darse cuenta de cómo son las cosas. En la opinión de algunos profesores, Manuel, mulato y criminal son sinónimos.

—Simplifique eso, amigo Pedro; no sé lo que es sinónimo, pero sea lo que sea, es una mentira asquerosa.

El aprendiz Tadeu no se contuvo y estalló en risas y aplausos:

—Mi padrino les va a enseñar, y si alguien lo duda es porque es muy tonto.

¿Realmente va a describir todo eso o se olvidará en la vagancia de fiestas y mujeres, en los ensayos de las pastorales, en la Escuela de Budião, en las obligaciones del *terreiro*, de la promesa hecha en noche de cachaza larga y de tempestad? Posiblemente así habría ocurrido si Archanjo no hubiese recibido días después un recado urgente de *mãe* Majé Bassan, deseosa de hablarle.

En el *peji*, sentada en su sillón, trono pobre aunque no por eso menos temible, Majé Bassan le entregó el *adjá* y preparó un cántico para el santo. Luego, jugando con los *búzios* pero sin interrogarlos, como si el juego fuese innecesario, habló:

—Me enteré de que dijiste que ibas a escribir un libro, pero sé que no lo estás cumpliendo, y por ahora es sólo de la boca para fuera, te conformas con pensarlo. Te pasas la vida yendo de un lado a otro, charla aquí y charla más allá, tomas nota de todo, ¿y para qué? ¿Vas a ser toda la vida sirviente de los doctores? ¿Eso y nada más? El empleo es para mantenerte, para no pasar necesidades. Pero no es para que te quedes con eso ni para que te calles. No es para eso para lo que eres *Ojuobá*.

Entonces Pedro Archanjo agarró la pluma y escribió.

Lídio fue de fundamental ayuda; en la elección del material, en sugerencias casi siempre acertadas, oyente discreto y agudo. De no ser que él apurara su ritmo de trabajo, ahorrando dinero para la tinta de la impresión, consiguiendo papel fiado, empujándolo en el arduo comienzo, tal vez Archanjo habría dejado todo por la mitad o habría demorado mucho más en terminarlo, todavía atado a las intenciones y las circunstancias y muy preocupado por no cometer errores gramaticales. A veces, le costaba faltar a un baile de suburbio, a una parranda dominguera, a un cuerpo inédito de mujer. La disciplina llegó de Lídio, el entusiasmo del aprendiz y el saber del maestro Pedro Archanjo, que pudo así cumplir en tiempo previsto la orden de Majé Bassan.

Cuando empezó el libro, la imagen pedante de algunos profesores y el eco de las teorías racistas estaban presentes en su espíritu e influían sobre frases y palabras, condicionándolas y quitándoles fuerza y libertad.

Sin embargo, a medida que fueron naciendo páginas y capítulos, Pedro Archanjo se olvidó de profesores y teorías; ya no seguía interesado en desmentirlos, en desatar una polémica para la que no estaba preparado. Se dedicó, en cambio, a contar la vida bahiana, las miserias y maravillas de esa cotidianidad de pobreza y fe; en mostrar la decisión del perseguido y castigado pueblo de Bahía, que todo lo supera y sobrevive, conservando y ampliando los tesoros de la danza, del canto, del metal, del hierro, de la madera, bienes de la cultura y la libertad recibidos como herencia de *senzalas* y *quilombos*.

Entonces escribía con indescriptible placer, un placer casi sensual, buscando tiempo, entregándose al trabajo en cada rato libre. Ya no se acordaba del seco y brutal

profesor Nilo Argolo, de mirada hostil, ni del extravertido doctor Fontes, educado y hasta divertido, pero quizá todavía más agresivo al exponer sus teorías discriminatorias; ya no lo perturbaban profesores y discípulos, eruditos y charlatanes. El amor a su gente dirigía la mano de Archanjo; la rabia sólo sirvió para darle a lo escrito un toque de pasión y de poesía. Por eso, lo que salió de su pluma fue un documento irrefutable.

En la noche insomne del estudio, en el sudor de los brazos, lánguida gime la imprenta sobre el papel y los tipos. Sale el aprendiz Tadeu del sueño y del cansancio al ver el papel cubierto de letras de molde, las primeras páginas, la tinta fresca con su particular olor. Los dos compadres levantan la hoja y Pedro Archanjo lee —¿lee o la sabe de memoria?— la frase inicial, su clarín de guerra, su lema, resumen de su saber, su verdad: «Es mestizo el rostro del pueblo brasileño y mestiza su cultura».

Lídio Corró, un sentimental, siente que se le expande el pecho, tal vez se muera algún día de éstos de pura emoción. Pedro Archanjo permanece serio por un momento, distante, grave, casi solemne. De repente el gesto se transforma en risas, su risa fuerte, clara y pura, su carcajada infinita y libre: piensa en la cara del profesor Argolo, en la del doctor Fontes, dos personalidades, dos sabihondos que nada saben de la vida. «Son mestizos mi rostro y el suyo: es mestiza nuestra cultura, pero la de ustedes es importada, mierda en polvo.» Se iban a morir atragantados. Su risa encendió la aurora e iluminó la tierra de Bahía.

3

Meses atrás, en cierta noche, cuando la fiesta del *terreiro* estaba por la mitad y los *orixás* bailaban con sus hijos al son de los *atabaques* y las palmas de la asistencia, Dorotéia apareció trayendo un muchachito de la mano, su negrito de catorce años. Yansan la quiso ya montar desde la puerta del barracón, pero ella se disculpó y vino a arrodillarse ante Majé Bassan, pidiéndole su bendición, para ella y para el niño. Después hizo que se acercara a *Ojuobáy* le ordenó:

—Ponte para que te bendiga.

Archanjo lo vio delgado y fuerte, la piel trigueña, los rasgos finos, el rostro abierto y franco, los cabellos lisos y negros, luminosos, los ojos vivos, las manos de dedos largos, la boca sensual, bello y seductor. A su lado, José Aussá, *ogan* de Oxóssi, comparó a los dos en la fugaz curiosidad de una sonrisa.

—¿Y qué es él de mí? —quiso saber el joven.

Dorotéia sonrió también, al igual que Aussá, en un rictus levemente enigmático.

—Es tu padrino.

—Deme la bendición, padrino.

—Siéntate aquí, cerca de mí, mi pequeño camarada.

Antes de entregarse a Yansan, que la reclamaba impacientemente, Dorotéia dijo con su voz suave pero autoritaria:

—Dice que quiere estudiar, no habla de otra cosa. Hasta ahora no funcionó en ningún trabajo, ni como carpintero ni para partir piedras, vive haciendo cuentas, sabe más de tablas que muchos libros y muchos profesores. ¿Para qué me sirve así? Sólo genera gastos,

y no sé cómo actuar. ¿Torcer el destino que trae en la sangre y que no es el mío? ¿Trazarle un camino que no es el suyo? No voy a hacer eso, porque soy su madre, no su madrastra. Soy madre y padre, es mucho para mí, que vivo de vender en la calle, del hornillo de carbón y la lata de comida. Vine a traértelo y a entregártelo, *Ojubá*. Márcale un destino.

Tomó la mano de su hijo y la besó. También besó la de Archanjo y contempló a los dos juntos por un largo instante. Después se abrió paso hacia Yansan, quien soltó allí mismo ese grito que amedrenta hasta a los muertos. Al recibir el *eruexim* y el alfanje, dio comienzo a la danza. Los dos la saludaron al mismo tiempo: *Eparrei!*

En el taller y en los libros, en los conocimientos de Archanjo, Tadeu encontró lo que buscaba. El maestro Pedro se reconocía en su ahijado: la misma ansiedad incontenible, la misma curiosidad y el mismo ímpetu. Sólo que en el adolescente se veía una intención definida, un camino trazado: no estudiaba al azar, a lo que lo llevaran las circunstancias, por la voluntad misma de aprender. Lo hacía con un fin determinado, porque quería ser alguien en la vida. ¿De dónde le venía esa ambición? ¿De quién la había heredado, de qué remoto antepasado? La obstinación era la de su madre, la fuerza incontrolable de esa mujer endemoniada.

—Padrino, voy a dar las materias de la enseñanza secundaria —le informó a Archanjo un domingo, rechazando la invitación a dar un paseo—. Tengo mucho que estudiar. Pero si me quiere usted ayudar en portugués y geografía, me las puedo arreglar. No necesito ayuda en matemáticas y tengo alguien que me enseña historia de Brasil, un conocido.

—¿Pretendes dar cuatro materias de una vez? ¿Y sólo este año?

—Si usted me ayuda, me animo.

—Vamos a empezar ahora mismo, querido.

El paseo era en la Ribeira. Budião se había adelantado llevando la merienda y las chicas. Una de ellas, llamada Durvalina, ¡qué cuerpazo! Pedro le había prometido cantarle acompañándose con la guitarra y el *cavaquinho* y una escapada en lo mejor de la fiesta, con un viaje en barco hasta Plataforma. *Perdón, Durvalina, no te enojas, otra vez será.*

4

Los poetas populares, sobre todo los clientes del estudio de Lídio Corró, no perdieron esa oportunidad y glosaron la disputa entre los catedráticos y el maestro Archanjo, un asunto de primera:

*Se produjo gran alboroto
En el Terreiro de Jesús.*

Se publicaron por lo menos seis o siete folletos a lo largo de dos años, comentando los acontecimientos. Todos a favor de Archanjo. Su primer libro mereció versos y aplausos de Florisvaldo Matos, improvisador de públicos calurosos en fiestas de cumpleaños, bautismos y casamientos:

*A los lectores presento
Un tratado de gran valor*

*Sobre la vida de Bahía
El maestro Archanjo es su autor
Su pluma es el talento
Y su tinta la valentía.*

Cuando la policía irrumpió en el *candomblé* de Procópio, Pedro Archanjo se convirtió en el héroe de tres folletines de trovas y elogios, todos ellos ávidamente disputados por los lectores, la gente pobre de los mercados y los callejones, de los talleres y las tiendas. Cardozinho Bemtevi, el «cantor romántico», abandonó su fuerte, los temas de amor, para escribir *EL ENCUENTRO DEL DELEGADO PEDRITO CON PEDRO ARCHANJO EN EL TERREIRO DE PROCÓPIO*, título extenso y aleccionador. En la cubierta del folleto de Lucindo Formiga, *LA DERROTA DE PEDRITO GORDO ANTE EL MÃESTRO ARCHANJO*, se ve al delegado Pedrito reculando por el miedo: un paso hacia atrás, el rebenque en el suelo, y frente a él, erguido y en armas, Pedro Archanjo. Sin embargo, el éxito mayor le correspondió a Durval Pimenta con el sensacionalista *PEDRO ARCHANJO SE ENFRENTA LA FIERA DE LA POLICÍA*, una epopeya.

En relación con el debate propiamente dicho, los grandes éxitos correspondieron a João Caldas y a Caetano Gil. El primero, aquel trovador emérito de los ocho hijos que, con el paso del tiempo, se volvieron catorce y se multiplicaron en una multitud de nietos, entregó a su público la obra maestra titulada *EL BEDEL QUE LES DIO UNA LECCIÓN A LOS PROFESORES*:

*Al quedarse sin argumentos
Dijeron que Pedro Archanjo
Era la figura del Demonio.*

Al final de la polémica, con la publicación de los *Apuntes*, entró en la lid el joven Caetano Gil, sin prestar

atención a las reglas establecidas, valiente y rebelde trovador, que creaba versos y música desde la guitarra, sambas y melodías que le cantaban al amor, a la vida y a la esperanza:

*El maestro Archanjo se animó a decir
Que un mulato sabe leer
¡Ay! ¡Qué opinión tan osada!
Dijo pronto un profesor
¿Dónde se vio un negro letrado?
¿Dónde se vio a un pardo doctor?
Venga a escuchar, delegado
¡Ay! ¡Cuán osada opinión!
Rápido, delegado,
Venga a escuchar al desgraciado.
¡Ay! ¡Cuán osada opinión!
Dijo pronto un profesor.
Meta al pardo en la cárcel.
El maestro Archanjo se animó a decir
Que un mulato sabe leer.
¡Ay! ¡Cuán osada opinión!*

5

En 1904, el profesor Nilo Argolo, catedrático de medicina legal de la Facultad de Medicina de Bahía, presentó en un congreso reunido en Río de Janeiro y publicó como separata en una revista médica el trabajo «La degeneración psíquica y mental de los pueblos mestizos:

el ejemplo de Bahía». En 1928, Pedro Archanjo escribió sus *Apuntes sobre el mestizaje en las familias bahianas*, pequeño volumen del cual sólo alcanzaron a ser impresos ciento cuarenta y dos ejemplares, y unos cincuenta fueron enviados por Lídio Corró a universidades e instituciones nacionales y extranjeras, a sabios, a profesores y a literatos. Durante esas dos décadas se entabló una polémica en las trastiendas de la facultad en torno del problema racial en Brasil y en el mundo, que implicó tesis, teorías, autores, cátedras y autoridades científicas y policiales. Se escribieron y publicaron libros, ponencias, artículos, folletos, y el tema alcanzó repercusión en la prensa, sobre todo en forma de virulentas campañas a propósito de aspectos de la vida de la ciudad y sus circunstancias religiosas y culturales.

Los libros de Archanjo, especialmente los tres primeros, quedaron estrechamente ligados a ese debate, por lo cual se puede adelantar una categórica afirmación: existió en el burgo de Bahía durante el primer cuarto de siglo una lucha de ideas y principios entre algunos profesores de la facultad, entronizados en las cátedras de medicina legal y de psiquiatría, y los maestros de aquella universidad vital del Pelourinho, muchos de los cuales sólo se dieron cuenta de la situación —y aun así de manera estrecha— cuando fue convocada a intervenir la policía, e intervino.

A comienzos de siglo, la Facultad de Medicina se encontraba en condiciones de recibir y fecundar teorías racistas, pues había dejado paulatinamente de ser el poderoso centro de estudios médicos fundado por don João VI, fuente original del saber científico de Brasil, la primera casa de los doctores de la profesión y de la vida, para transformarse en un nido de subproductos teóricos,

de los más completos y acabados, de los más retóricos, vanos y academicistas, de los más retrógrados. En la gran escuela se desplegaron entonces las banderas del prejuicio y del odio.

Triste época de los médico-literatos, más interesados por las reglas gramaticales que por las leyes de la ciencia, más expertos en el uso de pronombres que en el manejo de bisturís y microbios. En lugar de luchar contra las enfermedades, se enfrentaban a los galicismos, y en vez de investigar las causas de las endemias y combatirlas, creaban neologismos: *anhidropotecas* en lugar de galochas. Prosa tersa, vernácula, clásica; ciencia falsa, grosera, reaccionaria.

Es lícito afirmar que fue Pedro Archanjo quien, con sus libros casi anónimos, con su lucha contra la pseudociencia oficial, puso fin a esa melancólica fase de la gloriosa escuela. El debate en torno de la cuestión racial arrancó a la facultad de la retórica barata y de las dudosas teorías y la devolvió al interés científico, a la especulación honesta y original, a la frecuentación de la medicina.

La polémica se revistió de curiosas características.

Primero, porque faltan al respecto registros y archivos, se carece de informes y noticias del tipo que sea, a pesar de haber dado lugar a actos de violencia y a manifestaciones estudiantiles. Sólo los archivos de la policía siguen conservando el prontuario de Pedro Archanjo, abierto en 1928: «Notorio agitador, se rebeló contra nobles catedráticos». Las personalidades que participaron de ella jamás habrían admitido un debate, menos aún tratándose de un bedel de la institución. En ninguna circunstancia, en ningún artículo, ensayo, estudio, ponencia, tesis, se refirieron los egregios profesores a las obras de Pedro Archanjo, ya fuera para

citarlas o para rebatirlas. Y sólo en los *Apuntes* se refirió frontal y con claridad Archanjo a los libros y folletos de los profesores Nilo Argolo y Oswaldo Fontes (y a algunos artículos del profesor Fraga, joven luminaria llegada de Alemania, el único en todo el claustro en discutir algunas afirmaciones de las magnas eminencias).

En los libros anteriores Archanjo no había citado a los dos teóricos bahianos del racismo, tampoco sus artículos y opúsculos; no les había dirigido respuesta, prefiriendo discutir afirmaciones y teorías proarias, valiéndose para eso de aquella masa irrefutable de hechos, de la defensa ardiente y el elogio apasionado del mestizaje.

En segundo lugar, porque esa polémica, pese a haber repercutido en toda la facultad, en su cuerpo docente, entre los estudiantes e incluso en la policía, no llegó a ser conocida ni a conmover a la opinión pública. Los distintos sectores de la intelectualidad la ignoraron, dejándola circunscrita a la institución; hay sólo una referencia a ella en un epigrama de Lulu Parola, periodista de gran prestigio en su momento. Tenía una columna diaria, escrita en verso, en un vespertino, donde comentaba las noticias con gracia e incisivo humor. Llegó hasta sus manos un ejemplar de los *Apuntes* y se burló, con divertida malicia, del desenmascaramiento de la sangre azul y de la impostura de los «mulatos oscuros» (*oscuros* porque se escondía su condición mestiza), elogiando a los mulatos claros (de claro, proclamado y orgulloso mestizaje). Fue así como la poesía estuvo del lado de Archanjo: la popular, en la redondilla y la poesía de cordel, y la del bardo de moda, en la prensa y en los salones.

En cuanto al pueblo, poco supo del asunto. Sólo se conmovió con el encarcelamiento de *Ojuobá*, a pesar de lo acostumbrado de los despropósitos de la policía. Entre

los escándalos, malentendidos, peleas y barullos en los que se metió Pedro Archanjo, tal vez haya sido éste el de menor repercusión, el que menos haya contribuido a su leyenda.

En paralelo al debate sobre el mestizaje, se vio Archanjo envuelto en la lucha entre el delegado Pedrito Gordo y los *candomblés*. Hasta hoy se siguen contando en las casas-de-santo, en los mercados y ferias, en los muelles del puerto, en las esquinas y callejuelas de la ciudad, distintas versiones, todas heroicas, del encuentro entre Pedrito y Archanjo, cuando la atrabiliaria autoridad invadió el *Terreiro* de Procópio.

Repiten su respuesta al delegado bravucón, frente al cual todos se borraban. Mientras tanto, la persecución a los *candomblés* era un corolario natural a la prédica racista iniciada en la facultad y retomada por algunos periódicos. Pedrito Gordo ponía en práctica la teoría, producto directo de Nilo Argolo y Oswaldo Fontes; era su lógica consecuencia.

Tan relegada al olvido, y sin embargo puede que esa polémica haya sido fundamental y decisiva: enterró al racismo en la vergüenza de la anticiencia, reveló que se trataba de un arma de clases y castas agonizantes contra la realidad indomable. Si no terminó con los racistas —siempre habrá imbéciles y deshonestos en cualquier época y sociedad—, Pedro Archanjo los marcó a hierro y fuego, señalándolos en la calle, «ustedes, mis queridos, los antibrasileños», y proclamó la grandeza del mestizo. Ay, cuán osada opinión.

—No, mi noble colega, no diría que carece por completo de interés —consideró el profesor Nilo Argolo—; esperar una obra más sustanciosa de parte de un bedel, de un mulatón, sería una insensatez. Deje de lado, por lo irracional, la insolente defensa del mestizaje. Por cierto, le cabe al mestizo ensayarla y no a usted ni a mí, blancos con acceso a las fuentes de la ciencia. Abandone los aspectos ridículos, las conclusiones, y ocúpese sólo de la profusa recopilación de informaciones curiosas sobre las costumbres. Me siento obligado a confesar que no había tenido noticias hasta ahora de ciertas prácticas expuestas por el mequetrefe.

—Siendo así, tal vez me decida a leerlo, pero confieso que no me tienta demasiado, ando muy ocupado. Allí viene él y yo me voy a mi clase —dijo el profesor Oswaldo Fontes, y desapareció por la puerta del salón. Colega, amigo y continuador, cría intelectual del profesor Argolo, le tenía un poco de miedo. Nilo Argolo de Araújo era más que un teórico, era un profeta y un líder. Conversaban acerca del libro de Pedro Archanjo cuando el profesor Argolo había asombrado a su correligionario al pedirle:

—Señáleme al mulato si lo ve. Al no prestar atención a la fisonomía de los criados, me detengo apenas en los que me sirven directamente. Sólo conozco a los bedeles de mi cátedra; los demás me parecen idénticos unos a otros, todos huelen mal. En casa, doña Augusta, mi esposa, obliga a la servidumbre a bañarse todos los días.

Al oír el nombre de la excelentísima doña Augusta Calvacanti dos Mendes Argolo de Araújo, «doña Augusta, mi esposa», el profesor Fontes saludó con una inclinación de cabeza la mención de la hidalga y truculenta cónyuge del ilustre catedrático. Dama a la

antigua, hija de condes del imperio, rezumando nobleza, la cabeza erguida, la palmatoria siempre a mano, doña Augusta no se imponía solamente a la servidumbre: arrogantes políticos vacilaban al enfrentarse a ella. Racista convicto, que consideraba a los mulatos una subraza despreciable y a los negros como primates con el don de la palabra (¡y mira tú!), a pesar de esto, el profesor Fontes sintió lástima por los domésticos de la familia Argolo: individualmente cualquiera de los dos esposos era una prueba difícil para cualquier mortal, imagínense a los dos juntos.

Pedro Archanjo venía por el corredor en dirección a la puerta de salida, alegre en ese día bañado por el sol, y se movía al son de la melodía de un samba *de roda*, silbándola bajito por respeto al recinto de la facultad. Una voz imperativa lo retuvo cerca de la puerta, cuando ya se permitía silbar más alto, pues el sitio quedaba libre para la algarabía y el canto:

—Oiga, bedel.

Abandonando a disgusto la melodía, Archanjo se dio la vuelta y reconoció al profesor. Alto, erguido, todo de negro, de cuerpo enjuto, la voz y la actitud implacables, el profesor Nilo Argolo, catedrático de medicina legal, gloria de la facultad, parecía un fanático inquisidor de la Edad Media. Una luminosidad cruda y rojiza en los ojos menudos revelaba al místico y al sectario:

—Acérquese.

Archanjo se adelantó lentamente con su paso bamboleante de *capoeirista*. ¿Para qué lo había detenido el catedrático? ¿Habría leído el libro?

Astuto, Lídio Corró había enviado ejemplares a diversos profesores. El papel y la tinta costaban su dinero y, para cubrir los gastos, cada ejemplar era vendido con un pequeño margen de ganancia en

librerías o bien ofreciéndolo directamente a la gente. Pero el maestro Corró se acaloró cuando Archanjo le recordó los gastos y le criticó la prodigalidad. «Esos papagayos de cuello duro, compadre, esos jactanciosos, tienen que saber de qué es capaz un mulato bahiano.» Escrito por el compadre Pedro Archanjo, genio entre los genios, compuesto e impreso en su taller, *La vida popular de Bahía* le parecía el libro más importante del mundo. Al publicarlo con tanto sacrificio, no buscaba lucro alguno. Eso sí, quería refregárselo por la cara a «esos cagatintas, bandada de maricones», que piensan que mulatos y negros son inferiores, un punto intermedio entre los hombres y los animales. Sin que Archanjo lo supiera, había enviado ejemplares a la Biblioteca Nacional, en Río, a la Biblioteca Pública del Estado, a escritores y periodistas del sur, al extranjero: sólo había que conseguir los domicilios.

—Compadre, ¿sabe adonde mandé nuestro librito? A Estados Unidos, a la Universidad de Columbia en Nueva York. Encontré la dirección en una revista. Antes había enviado volúmenes a la Sorbona y a la Universidad de Coimbra.

El propio Archanjo se había ocupado de dejar ejemplares en la secretaría de la facultad para los profesores Nilo Argolo y Oswaldo Fontes. Ahora, en el corredor, se preguntaba si el «monstruo» habría leído el rústico volumen, de baja calidad gráfica. Le gustaría que fuera así, pues los trabajos del profesor habían contribuido a su decisión de escribir: en ellos se había embebido de rabia.

¡Monstruo!, decían los estudiantes al referirse al profesor Argolo, dando cuenta al mismo tiempo de su tan difundida fama de luminaria: «Es un monstruo, lee y habla siete idiomas», y a su maldad, a su desoladora

aridez de sentimientos: enemigo de la risa, de la alegría, de la libertad, inquisidor sin piedad en los exámenes, que sentía placer en suspender: «El monstruo eyacula cuando pone un cero». En sus clases reinaba el silencio, lo que causaba envidia a la mayoría de los docentes, incapaces de lograr tal dominio sobre los estudiantes. Carismático, no permitía interrupciones; mucho menos desacuerdos con sus afirmaciones de visionario, de iluminado en pleno trance.

Jóvenes profesores, imbuidos de actitudes anarquistas, debatían la materia con los alumnos, escuchando objeciones, admitiendo dudas. «Intolerable permisividad», en la opinión del profesor Argolo de Araújo.

Su aula no se transformaría nunca en una «taberna de herejes y navajeros, en un burdel de fatuidades». Cuando, «alentado por el mal ejemplo de otras cátedras», un tal Ju, estudiante de brillante carrera —distinguido en todas las materias—, consideró que sus ideas eran retrógradas, exigió un juicio y un suspenso del atrevido que había interrumpido la clase con tan espantosa acusación:

—Profesor Nilo Argolo, ¿es usted el mismo Savonarola, salido de la Inquisición para trasladarse a la Facultad de Medicina de Bahía!

Al no poder suspenderlo a fin de año —debido a sus dos compañeros de la mesa examinadora—, rechazó la nota de «distinguido», dada por unanimidad, y la redujo a un «suficiente». Pero la exclamación del joven, indignado con las ideas discriminadoras del catedrático, pasó a formar parte del acervo de historias acerca de los docentes, repetidas por los estudiantes y esparcidas por la ciudad. Sin merecer un anecdotario tan vasto e hilarante como el profesor Montenegro, protagonista de

chistes sin fin que delataban su manía por los pronombres exactos, el uso de verbos, la obsoleta terminología y los cómicos neologismos, el oscuro catedrático de medicina legal había dado abundante motivo a un importante capital de bromas, críticas ácidas o burlonas, a veces de bajo calibre, referidas a la rigidez autoritaria de sus métodos y prejuicios.

Una anécdota, aceptada como verdadera, cuenta que, siendo amigo del doctor Marcos Andrade, juez de la capital, cuya relación cordial se mantuvo más de diez años, se le ocurrió cierta vez al profesor visitarlo por la noche, respetando un hábito mensual. Tras la cena, en la intimidad de la familia, el magistrado se puso cómodo, es decir, conservó el pantalón a rayas, chaleco, collar duro y el pecho de la camisa, pero se había quitado la levita a causa del intenso calor de la noche de verano, sofocante.

Informado por la criada de la presencia de su ilustre amigo, que lo esperaba en la sala de visitas, se precipitó el magistrado a su encuentro y, en la prisa por recibirlo y gozar de su sabia conversación, olvidó encajarse la levita. Al verlo así desarreglado, con indecente vestimenta, en una intimidad casi digna de una alcoba, el profesor Argolo se puso de pie:

—Hasta hoy pensaba que vuestra señoría me tenía especial consideración. Veo que me he engañado. —Y, sin agregar nada más, salió por la puerta. Tras rechazar las explicaciones y disculpas del excelentísimo amigo, le retiró para siempre su aprecio y estima.

Es grosera y sin duda falsa la noticia dada en versos y entre risas en el *Terreiro* de Jesús, maligna venganza del estudiante Mundinho Carvalho, suspendido por el monstruo:

*Voy a cantar en versos blancos
Para evitar rimas en negro
El hecho que así ocurrió:
El doctor Nilo Argolo
Nuestro noble catedrático
Con prejuicios de color
Hizo afeitarse los pendejos
De la condesa doña Augusta
Tan lindos, pero, ay, tan negros.*

Al acercarse, Pedro Archanjo notó que Nilo Argolo colocaba las manos en la espalda para impedir cualquier intento de que se estrecharan las manos. Le subió la sangre al rostro.

Con la misma distancia de quien estuviera examinando a un animal o una cosa, el profesor estudió con atención la fisonomía y el aspecto del funcionario; en el rostro poco cordial se reflejó su indisimulable sorpresa al constatar el garbo y la pulcritud en las ropas del mulato, su perfecto decoro. El catedrático pensaba y hasta llegaba a decir de algunos mestizos en determinados casos: «Éste merecería ser blanco, lo que lo perjudica es la sangre africana».

—Usted fue quien escribió un opúsculo titulado *La vida...*

—... *popular de Bahía* —Archanjo había superado la humillación inicial y se disponía al diálogo—. Le dejé un ejemplar en la secretaría.

—Diga «señor profesor» —corrigió áspero el ilustre docente—. Señor profesor, no simplemente usted, no se olvide. Obtuve el título en un concurso, tengo derecho a él y exijo que se use, ¿entendido?

—Sí, señor profesor —la voz distante y gélida; el único deseo de Pedro Archanjo era retirarse.

—Dígame, ¿las diversas anotaciones sobre costumbres, fiestas tradicionales, ceremonias fetichistas que usted califica de obligaciones son realmente exactas?

—Sí, señor profesor.

—Por ejemplo, los datos sobre los *cucumbis*, ¿son verídicos?

—Sí, señor profesor.

—Leí su opúsculo y, teniendo en cuenta quién lo escribió —nuevamente lo examinó con los ojos enrojecidos y hostiles—, no le resto cierto mérito, por supuesto, aunque limitado a ciertas observaciones. Carece de toda seriedad científica, y las conclusiones sobre el mestizaje son necedades delirantes y peligrosas. Pero ni siquiera eso impide que sea un catálogo de hechos dignos de atención. Vale la pena leerlo.

Con un nuevo esfuerzo, Pedro Archanjo traspuso la muralla que lo separaba del profesor y retomó el diálogo:

—Señor profesor, ¿no cree usted que esos hechos hablan a favor de mis conclusiones?

De sonrisa escasa, poco frecuente en la fina línea de los labios, para el profesor Angolo la risa era una rareza casi siempre provocada por la tontería, por la imbecilidad de los individuos.

—Me hace reír. Su libracó no contiene una sola cita de alguna tesis, ponencia o libro; no se apoya en la opinión de ninguna personalidad nacional o extranjera, ¿cómo se atreve a otorgarle categoría científica? ¿En qué se basa para defender el mestizaje y para presentarlo como la solución ideal para el problema de las razas en Brasil? ¿Para atreverse a calificar nuestra cultura latina como mulata? Una afirmación monstruosa, enferma.

—Me baso en los hechos, señor profesor.

—Burradas. ¿Qué significan los hechos, qué valor tienen si no los examinamos a la luz de la filosofía, a la luz de la ciencia? ¿Tuvo oportunidad de leer algo acerca del asunto en cuestión? —mantenía su sonrisa burlona—. Le recomiendo a Gobineau. Un diplomático y sabio francés: vivió en Brasil y es la autoridad definitiva en el problema de las razas. Sus trabajos se encuentran en la biblioteca de la facultad.

—Leí sólo algunos trabajos del señor profesor y del profesor Fontes.

—¿Y no lo convencieron? Usted confunde batuque y samba, sonidos horribles, con música; abominables maniqués esculpidos sin el menor respeto por las leyes de la estética son presentados como ejemplos de arte; según su opinión, los ritos de los cafres tienen valor cultural. Desdichado sería este país si asimiláramos semejantes barbaridades, si no reaccionamos contra este aluvión de horrores. Oiga, hemos de barrer de la vida y de la cultura de la Patria toda esa escoria proveniente del África, que nos enloda, aunque para eso se necesite emplear la violencia.

—Ya fue empleada, señor profesor.

—Tal vez no lo haya sido en la forma y la medida necesarias —su voz, habitualmente seca, adquirió un timbre más duro; en los hostiles ojos de condena, sin piedad, se encendió la amarillenta luz del fanatismo—. Se trata de un cáncer, hay que extirparlo. La cirugía parece ser la forma más cruel de la medicina, pero en realidad es beneficiosa e indispensable.

—Quién sabe matándonos a todos, uno por uno, señor profesor.

¿Se atrevía a la ironía ese sujeto despreciable? La gloria de la facultad contempló al bedel con ojos de

sospecha y amenaza pero sólo vio su rostro compuesto, la postura correcta, ninguna señal de falta de respeto. Tranquilizado, su mirada se tornó soñadora, y en una risa casi jovial consideró la propuesta de Archanjo:

—¿Eliminarlos a todos, en un mundo sólo de arios?

¡Mundo perfecto! ¡Sueño grandioso, pero irrealizable! ¿Dónde estará el temerario genio capaz de adoptar la audaz idea y llevarla a la práctica? Quién sabe, algún día un invicto dios de la guerra pueda cumplir con esta misión suprema. Visionario, el profesor Argolo escrutó el futuro y presintió al héroe al frente de las cohortes arias. Imagen fulgurante, instante glorioso, que duró apenas un segundo; enseguida descendió a la mísera realidad:

—No creo necesario llegar a tanto. Basta que se promulguen leyes que prohíban el mestizaje, que regulen los casamientos: blanco con blanca, negro con negra y con mulata, y cárcel para quienes no obedezcan la ley.

—Será difícil separar y clasificar, señor profesor.

El profesor volvió a buscar el tono de mofa en la voz mansa del bedel y en las bien pronunciadas palabras. ¡Ah, si lo descubriese!

—¿Difícil? ¿Por qué? No veo la dificultad. —Decidió dar por terminada la conversación y ordenó—: Ocúpese de sus obligaciones, no tengo más tiempo que perder. De todos modos, en medio de tanto despropósito, hay cosas en su libro que pueden ser útiles, muchacho. —Si no llegaba a ser amable, al menos se mostraba condescendiente. Tendió la punta de los dedos al mestizo.

Le tocó entonces a Pedro Archanjo ignorar la mano huesuda, y se limitó a una inclinación de cabeza, idéntica al saludo con que lo había recibido el profesor Nilo Argolo de Araújo al comienzo de la conversación; apenas

un poco, casi nada, más leve. «¡Canalla!», murmuró, lívido, el catedrático.

7

Pensativo, por el camino del Tabuão, Pedro Archanjo atravesó la callejuela de *moleques* y correrías: le sobraban motivos para preocupaciones y cuidados. En la facultad, aquella maldita prédica. Cerquita, en la Misericordia, Dorotéia, que había perdido la cabeza, roída por la pasión. El demonio con el que andaba exigía que ella abandonase las tierras de Bahía, con su libertad y su hijo, para seguirlo. Hacía ya tiempo que ningún compromiso unía a Archanjo y Dorotéia, y si, de vez en cuando, en el azar de un encuentro, pasaba algo, era pura casualidad, un recuerdo de la tempestad y la bonanza pasadas. Sin embargo, estaba Tadeu. Para Archanjo era la sal de la vida. En la Tienda habían aumentado las dificultades de dinero con la publicación del libro y Lídio Corró nunca había pasado por aprietos tan grandes.

Cigarro de chala, bastón usado, reumático, Estevão das Dores era una presencia obligatoria en la oficina cada comienzo de mes, a partir del día convenido para el pago: en una silla ante la puerta, pasaba tardes enteras en imperturbable conversación. A veces apoyaba el bastón en la pared al ver a Lídio y Tadeu atareados, las manos en las caderas para «ayudar a sus piernas enfermas» mientras se dirigía a los estantes de los tipos.

Postrado y quebrado, pero todavía era un maestro en su arte; en las manos sucias de sarro, la tarea se hacía rápida, y hasta la vetusta imprenta parecía menos caprichosa y lenta. A pesar de no pronunciar una palabra sobre deudas y pagos («vivo en casa sin ningún sirviente, no hay nada que canse tanto como no tener nada que hacer... por eso vine a cambiar unas palabras con mis amigos...»), Lídio se sentía incómodo con la visión permanente del acreedor que esperaba por él.

—Tengo un dineral en la calle; me llega en cualquier momento. Lo primero que entre es para usted, don Estevão.

—No me hable de eso, no vine a cobrarle. Pero déjeme que le diga, maestro Corró, usted fía demasiado, tenga cuidado.

Era verdad: los trovadores imprimían los folletos a crédito, pagando poco a poco, de acuerdo con las ventas. Lídio se había transformado de hecho en financiero de la literatura de cordel. Pero, por amor de Dios, ¿podía negarle crédito al amigo João Caldas, padre de ocho hijos, que vive de su inspiración? ¿O a Isidro Pororoca, ciego de los dos ojos, pero muy dotado para pintar la naturaleza?

—El secreto de la imprenta es el servicio rápido, bueno y al contado. Le doy este consejo gratis...

En cuanto recibía el dinero, contado y recontado, Estevão desaparecía con sus consejos, los cigarros de chala, el reumatismo, el bastón que desvelaba al aprendiz: soñaba con poseer uno igual, con la lámina escondida en el junco, un arma terrible.

—Temo la hora en que abra el bastón y me clave el puñal. —Lídio mantenía el buen humor en medio de las dificultades.

Esos apremios incentivaron las representaciones: en ciertas semanas llegaron a dar hasta tres funciones, con la ayuda de Budião y sus alumnos, de Valdeloir, Aussá y de un marinero, Mané Lima, bajado de un navío de la Lloyd por peleas y cuchillazos. Destacado en *maxixe* y *lundum*, había aprendido en los puertos por donde pasaba el tango argentino, el pasodoble, las danzas *gauchas* y se presentaba como «artista internacional». Se juntó con la Gorda Fernanda, gordísima y livianísima, una pluma en los brazos del marino; ambos formaban una famosa pareja. De la Tienda de los Milagros pasaron a los cabarés; fueron un éxito en la Pensión Monte Cario, en la Pensión Elegante, en el Tabaris, muchos años después. Con excepción de breves giras artísticas en Aracaju, Maceió y Recife, Mané Lima, el «Marino, as del vals», no volvió a salir de Bahía.

Quien no mostraba el antiguo entusiasmo por las representaciones, ahora repetidas, era Pedro Archanjo: el tiempo le resultaba poco para la lectura y el estudio. El suyo y el de Tadeu.

—¿Por qué lee sin descanso, maestro Pedro, usted que ya sabe tanto?

—Ah, mi querido, leo para entender lo que veo y lo que me dicen.

Las mujeres se daban cuenta del cambio sutil, aparentemente imperceptible: amante asiduo, dulce y fiel, iba de una a otra, cumplidor y dispuesto; sin embargo, ya no era aquel muchacho despreocupado de antes, sin otro quehacer importante. Su vida se resumía por entonces a las locuras del *terno*, rondas de samba, *afoxés* y *capoeira*, al placer de la charla, al de oír y contar cosas y sobre todo al jubiloso oficio de la cama y las mujeres, de un lado a otro en gratuita diligencia. Ahora ya no era vana y gratuita la curiosidad que lo

conducía a los *candomblés*, *afoxés*, *ternos*, *blocos*, escuelas de *capoeira*, a las casas de los viejos tíos, a las largas charlas con señoras mayores. Un cambio casi imperceptible y sin embargo cualitativo, como si de repente, con cuarenta años cumplidos, Archanjo hubiese adquirido una completa conciencia del mundo y de la vida.

Al pasar frente a la casa de Sabina dos Anjos, el corpulento negrito vino corriendo a pedirle: «La bendición, mi padrino». Archanjo lo alzó en brazos. Había heredado la belleza de la madre, de Sabina, reina del baile, cuerpo de espesa violencia, de madura savia, reina de Saba. Saba, soy el rey Salomón y he venido a visitarte al reino de tu alcoba. Le recitaba salmos de la Biblia; ella olía a nardo, un bálsamo para corazones inquietos.

—¿Me das una moneda, padrino? —Igual a Sabina, interesado. Sacó una moneda del bolsillo, y el rostro del niño se abrió en una carcajada: ¿De quién es esa risa pícara y libre?

Sabina aparece en la puerta y llama a su hijo. Archanjo lo trae de la mano; la mujer ríe ante la inesperada aparición.

—¿Tú por aquí? No creí que fueras a venir hoy.

Su voz es brisa, melancolía, pereza.

—Sólo estoy de paso. Tengo mucho que hacer.

—¿Desde cuándo tienes mucho que hacer, Pedro?

—Ni yo lo sé, Saba. Estoy cargando el peso de una obligación demasiado grande.

—¿Una obligación del santo? ¿*Ebó*? ¿O mucho trabajo en la facultad?

—Ni una cosa ni otra. Una obligación conmigo mismo.

—Hablas de una manera que no se te entiende.

Está apoyada sobre la puerta, el cuerpo vibrante, los senos sueltos, la boca apretada en la tentación de la tarde. Archanjo siente esa llamada en cada fibra de su cuerpo y contempla a la bella mujer, se acerca a su aliento. Saca del bolsillo un sobre de bonitas estampillas, llegado desde el fin del mundo, de allí, del Polo Norte, donde todo es hielo y la noche se prolonga, eterna.

—¿Kirsi vive en el hielo?

—En una ciudad llamada Helsinki, en Finlandia.

—Ya sé, Kirsi es sueca, tan buenita. ¿Mandó una carta?

Saca del sobre el retrato del niño: no hay una carta, apenas unas frases en francés, palabras en portugués. Sabina toma la fotografía, ¡qué hermosa criatura! Tan delicado y tierno, la cabellera crespa, los ojos de Kirsi, todo donaire, espléndida y turbadora belleza. Sabina alza los ojos del retrato y mira a su hijo, que corre en la calle.

—También es lindo... —¿a cuál de los dos se refiere?

—. Es gracioso, son diferentes y parecidos. Pedro, ¿por qué sólo haces hijos varones?

Sonríe Archanjo junto a la boca triste de Sabina, en la puerta.

—Entra. Ven —la voz pesada, calurosa.

—Tengo mucho que hacer.

—¿Desde cuándo ya no tienes tiempo para hacer niños? —Le pasa el brazo alrededor del cuello—. Acabo de bañarme, todavía estoy mojada.

En el perfume de la nuca, en las carnes macizas, allí se perdió el destino de Pedro Archanjo... ¿A qué horas desembarcará en la Tienda de los Milagros, donde lo esperan Lidio y Tadeu? Sabina dos Anjos, la más bella de los ángeles, reina de Saba en el imperio de su lecho. Cada cosa a su tiempo, y, además, algún imprevisto.

Hubo una época en que fue enteramente libre, teniendo como oficio sólo el amor vagabundo. Ahora no.

8

—Dígame, amigo, cuánto me va a costar. Ni siquiera llevo a pobre, estoy arruinada, ¿sabe qué quiere decir eso? Durante mucho tiempo fui derrochona, desperdiqué el dinero, ahora estoy en bancarrota. Hágame un buen precio, camarada, no abuse de una vieja rezongona.

Lídio no es barato, nadie se le compara como pintor de milagros, deja satisfechos al cliente y al santo; nunca tuvo quejas, es el predilecto de Nuestro Señor del Bonfim. Le llueven los encargos y algunos meses da más beneficios la pintura de las promesas que la imprenta. Ya le llegaron clientes de Recife y de Río y un inglés le encargó cuatro trabajos juntos.

—¿Quién fue el santo milagrero y qué es lo que hizo?

—Ponga los santos que quiera, las enfermedades que le dé la gana.

Estaba tan loco el gringo como la señora charlatana que tenía enfrente, que lo había amenazado con la sombrilla, los cabellos blancos como el algodón, la piel resquebrajada, llena de arrugas y flaca; la edad era evidente, más de sesenta cumplidos, sin duda. ¿Sesenta o treinta? Petulante, conversadora, dispuesta a todo: con la férrea energía y la historia del gato libertino con su sucia colección de llagas.

—Soy una vieja arruinada pero no me quejo.

Un día había sido la riquísima Princesa del Recôncavo con su pompa y sus lujos. Dueña de plantaciones de caña, de ingenios azucareros, de esclavos, de caserones en las ciudades de Santo Amaro, Cachoeira y Salvador. Por ella suspiraban los galanes de la corte y durante un duelo un oficial hirió de muerte al novio de la muchacha, licenciado en derecho. Después, a la caza de sus favores, se arruinaron banqueros y hacendados. Tuvo una vida accidentada, con muchos amores; recorrió el mundo; títulos, cargos y fortunas a sus pies. Nunca se entregó por dinero, y aquellos que, para tenerla, gastaron locamente en joyas, palacetes y carruajes sólo la tuvieron cuando consiguieron encender en su pecho la llama del deseo o le inspiraron al menos una leve inclinación; amante insaciable, era de caprichos fugaces y corazón voluble.

Con la llegada de las arrugas, las canas y los dientes postizos, disolvió su fortuna en regios regalos, entregándolos a los gigolós con la misma indiferencia con que los había recibido de joven. El festín de la vida pasó a costarle absurdamente caro y había pagado el precio exigido sin vacilar; valía la pena. Reducida finalmente a piel y huesos, en el físico y en las finanzas, regresó a Bahía con su gatazo y el recuerdo del libertinaje desatinado y perdido. ¿Por qué había sido tan escaso, por qué no había durado más?

Había venido para intentar el dibujo de un milagro: precio, plazo, condiciones. Su felino, de nombre *Argolo de Araújo*, había cogido en los tejados y entre las gatas en celo una abominable carga de sarna. En pocos días se le había caído el pelo, aquel aterciopelado negro azulado donde la vieja hundía los dedos recordando antiguos amores. Había llegado a consultar a algunos médicos («en este lugar no hay veterinarios»); había

gastado dinero en farmacias, en pomadas y pociones; todo fue inútil. La cura se debió a San Francisco de Asís, de quien era devota. Entre besos, en Venecia, un poeta le había enseñado a amar al mendigo de Dios; le repetía en la cama el sermón de las aves y, al huir, se llevó la bolsa, el *poverello*.

Confundido con tanta palabrería y carcajadas, el mñestro Lídio da el precio del trabajo; la vieja parece en realidad una actriz cómica. Hela aquí molestando, discutiendo, sin ceremonias; era una mujer de un encanto indefinible. En ciertos momentos, la vejez parece desaparecer y brilla la juventud y la seducción; la arrogante Princesa del Recôncavo se vuelve una jubilada gentil y mundana, familiar y encantadora. La transacción se prolongó, pues la anciana se sentó para regatear mejor y, al hacerlo, se encontró con el cartel del Moulin Rouge en la pared. Se quedó alelada.

—*Oh, mon Dieu, c'est le Moulin!*

La lengua suelta y libertina se dispara para contar cuánto había vivido, el mundo por el que había andado, las maravillas vistas y poseídas; se pone a recordar melodías, piezas de teatro, exposiciones, paseos, fiestas, quesos, vinos y amantes. Entregada al placer de los recuerdos, alegría doble porque no le quedaba otra, y, siendo pobre y vieja, un día había sido opulenta y lozana. En el entusiasmo de los detalles, mezcla el francés y el portugués en el relato salpicado de exclamaciones en español, inglés e italiano.

Pedro Archanjo llegó del reino de Saba en el momento exacto de la partida de la vetusta navegante en su viaje de circunnavegación y se había embarcado con ella risueño y deslumbrado. Levaron anclas en Montmartre, con escalas en cabarés, teatros, restaurantes y galerías de París y de sus alrededores, o

sea, del resto del mundo. Porque, sépanlo, amigos, existe París y el resto: el resto, *oh, la, la!, c'est la banlieu.*

Estaba feliz contando: los sobrinos nietos no tenían paciencia para escucharla en las escasas y rápidas visitas a su tugurio, casita pegada al convento de la Lapa, donde vegetaba junto al gato y a una empleada atontada. Vieja de mal carácter, su nombre completo era señora doña Isabel Tereza Gonçalves Martins de Araújo e Pinho, por derecho condesa de Agua Brusca. Para los íntimos, Zabela.

Le pregunta Archanjo si conocía Helsinki. No, no había estado en Helsinki. Sí en Petrogrado, y en Estocolmo, Oslo y Copenhague. ¿Por qué habla usted de Finlandia con ese conocimiento? ¿Estuvo por allí, como marinero? Pero no parece usted hombre de mar, su aspecto es de profesor o de licenciado.

Archanjo lanza su carcajada cordial. Ni licenciado ni profesor —quién soy yo para eso, *madame*—; tampoco marinero; un simple empleado de la facultad y un aficionado a las letras, un curioso. El vínculo con Helsinki, ay, tenía que ver con el amor. Le muestra el retrato y la condesa se demora admirando el rostro del niño: bien parecido y seductor. En cuidada caligrafía, Kirsi había escrito palabras en portugués, pocas y categóricas, como para cubrir la distancia del mar y del tiempo: *amor, saudade, Bahía*. Una frase entera en francés; aunque es inútil, Isabel Tereza traduce, pues Archanjo se la sabe de memoria: nuestro hijo crece bello y fuerte, se llama Oju como el padre, Oju Kekkonen, es líder entre sus compañeros y enamora a las chicas, un pequeño brujo.

—¿Se llama usted Oju?

—Mi nombre cristiano es Pedro Archanjo, pero en *nagô soy Ojuobá*.

—Me gustaría asistir a una macumba. Nunca vi una.

—Cuando quiera, tendré el gusto de acompañarla.

—Gusto, nada, no sea mentiroso. ¿Quién desea la compañía de una vieja caduca? —Ríe con malicia, estudia al mulato fuerte y hermoso, el amante de la finlandesa.

—El chico tiene su misma cara.

—Pero se parece también a Kirsi. Va a ser rey de Escandinavia. —Archanjo estalla en carcajadas y la Princesa del Recôncavo, Zabela para los íntimos, lo acompaña en la jarana, encantadísima.

—Pídale a don Lídio que me haga un descuento en el precio, no puedo pagar eso pero reconozco que vale más. —Era tan gentil como Corrô y Archanjo, como un hombre del pueblo de Bahía.

Lídio correspondió de inmediato:

—Póngale usted misma el precio.

—No es eso lo que quiero.

—Entonces, no se preocupe. Le pinto el milagro y, cuando esté listo, me paga usted lo que quiera.

—Lo que quiera no, lo que pueda.

Tadeu atravesó la puerta, con sus libros y cuadernos. Zabela lo comparó con Archanjo y sonrió discreta. El aprendiz se había transformado en un adolescente robusto y elegante y resultaba seductor cuando reía.

—Mi ahijado, Tadeu Canhoto.

—¿Canhoto? ¿Es nombre o apellido?

—Fue el nombre que le puso la madre al nacer.

Tadeu había pasado a lo más hondo de la casa.

—¿Estudiante?

—Trabaja aquí, ayuda al compadre Lídio en el taller, y además estudia. El año pasado hizo cuatro exámenes;

se sacó un ocho, dos nueves y una distinción —el orgullo vibra por detrás de la voz de Archanjo—. Va a hacer cuatro más este año, y al año siguiente ya termina. Quiere entrar en la facultad.

—¿Qué quiere estudiar?

—Quiere hacer ingeniería. Vamos a ver si se puede. Para un pobre no es fácil hacer una carrera, *madame*. Los gastos son grandes.

Tadeu regresa a la sala, abre los libros sobre la mesa y descubre el retrato.

—¿Puedo verlo? ¿Quién es, padrino?

—Un pariente mío... distante, tan distante, del otro lado del mundo.

—Es el niño más lindo que he visto. —Coge dos cuadernos; tiene cosas que estudiar.

La condesa de Agua Brusca, la señora Isabel Tereza Gonçalves Martins de Araújo e Pinho, se convierte en una Zabela cada vez más íntima. Le explica verbos franceses a Tadeu, le enseña el argot. Degusta el licor casero —licor de cacao, fabricado por Rosa de Oxalá, ¡néctar sublime!— como si estuviera probando el mejor champán. Cuando se fue, todos la extrañaron.

—Lo mejor, don Lídio —dijo al despedirse—, es que pase usted por casa a conocer a *Argolo de Araújo*; así podrá pintarlo con fidelidad; es el gato más lindo de Bahía. Y el que tiene peor carácter.

—Con placer, *madame*. Mañana paso.

—¿El nombre del gato es *Argolo de Araújo*? Qué gracioso... es el apellido del profesor —comprueba Archanjo.

—¿Se refiere usted a Nilo d'Ávila Argolo de Araújo? Conozco demasiado a ese microbio. Somos primos por parte de los Araújo; fui novia de su tío Ernesto; sin embargo, pasa a mi lado y finge que no me ve. Se cree

gran cosa, presume de ser de la nobleza, pero no delante de mí. Conozco los secretos sucios de la familia, uno por uno, las hipocresías, los escándalos, *oh!, mon cher, quelle famille!* Un día le cuento, si le interesa.

—Qué más quisiera, *madame*; hoy es un día bendito: miércoles, día de Xangô, y yo soy su *Ojuobá*, sus ojos bien abiertos para verlo y saberlo todo, sobre todo de los pobres pero también de los ricos, cuando es necesario.

—Lléveme a una sesión de macumba y le cuento la historia de la nobleza de Bahía.

Tadeu se acerca para ayudarla a bajar los dos escalones de la salida.

—Ser vieja no sirve para nada, pero aún así no tengo ganas de morirme —con la mano pícara tocó el mentón del muchacho—. Fue por un moreno así que mi abuela Virginia Martins perdió los sesos y mezcló la sangre de la familia. —Abre la deslumbrante sombrilla, afirma el paso en la ladera empinada del Tabuão, con su paso *belle époque*: va por las calles de París, desfila por el Boulevard des Capucines.

9

En medio de tanto barullo, hay algo que es cierto: la presencia de Zabela en la fiesta de Ogun en que se produjo el encantamiento. Difieren los relatos de narrador a narrador.

Todos vieron la confusión con los ojos que un día la tierra habrá de devorar, pero cada cual la vio a su

manera. Los más contundentes son, por supuesto, los que no estaban allí y no presenciaron los hechos: saben todo mejor que nadie, son los testigos principales.

Ausentes y presentes están de acuerdo en un detalle: —Quien no me deja mentir es la ricachona de la Lapa, la hidalga cubierta de joyas, señora bien mayor. Estuvo allí y lo vio.

Hidalga, de alta alcurnia seguramente. Sin duda muy rica en el pasado. Sin embargo, las joyas eran falsas. Imitaciones y copias, muchas y de muchos colores: vueltas, cuentas, dijes; tan cubierta de collares y pulseras sólo una *mãe de santo*. En un gesto muy suyo, al despedirse (para regresar varias veces), la condesa de Agua Brusca se quitó un collar del cuello y se lo ofreció a Majé Bassan:

—No vale nada, pero quédese, por favor.

Elegante en el sillón reservado a los invitados de honor, Zabela acompañó las ceremonias con extremo interés. Se ponía de pie para ver mejor, con gestos nerviosos, la mano en el pecho, exclamaciones francesas —*nom de Dieul Zut, alors!*—: en el momento del descenso de los *orixás* al son del *adarrum*, cuando el choque de las espadas de los *Oguns* en lucha, en el baile de Oxumarê, cobra de vientre apretado contra la tierra, medio hombre, medio mujer, macho y hembra al mismo tiempo.

—¿Qué pasó con aquella joven tan bonita que vino a hablar con usted y después bailó tan animada? Estaba parada en la puerta y desapareció. ¿Por qué no baila más, por dónde anda?

Si Pedro Archanjo sabía cómo descifrar la alegoría, no se lo reveló a la preguntona.

—No me di cuenta, *madame*.

—No me tome por tonta. Vi a un hombre cerca de ella, por detrás del fuego, blanco y altanero, nervioso, impaciente. Vamos, cuénteme.

—Desapareció. —Y no agregó nada más.

Apurando opiniones y dejando de lado los detalles más exactos, Dorotéia fue vista en la rueda de las hechiceras, dando vueltas en el barracón, rivalizando con Rosa de Oxalá en delicadeza de movimientos y en belleza. Estaban también Stela de Oxóssi, Paula de Euá y otras bastante llamativas.

Descendió Oxóssi con el *erukéré* de cola de caballo y montó a Stela. Euá se unió al cuerpo de Paula, viento de la laguna, agua de la fuente. En un estremecimiento, Rosa hizo de Oxolufan, Oxalá viejo. Tres Omolus, dos Oxumarês, dos Yemanjás, un Ossain y un Xangô. Llegaron al mismo tiempo seis Oguns —era trece de junio, día de su fiesta; en Bahía Ogun es San Antonio—, y la gente los saludó de pie y alegremente: *Ogunhê!*

Cuando con un silbido prolongado, como el pito de un tren o de sirena de barco, Yansan le avisó, Dorotéia, humilde, fue a besar la mano de Archanjo.

—¿Por qué no me trajiste a mi muchacho?

—Se quedó estudiando, tenía mucho que aprender.

—Me voy, Pedro. Me voy hoy mismo. Esta misma noche.

—¿Vienes a buscarlo? ¿Te vas para siempre?

—Es para siempre y me voy sin él. No le digas nada a Tadeu, trata de ser dulce y dile que morí; es mejor así: duele sólo una vez y ya está.

Se puso de rodillas y agachó la cabeza sobre el suelo. Archanjo le tocó la cabellera y la negra Dorotéia se irguió en toda su estatura. No se había erguido por completo y Yansan ya la estaba poseyendo con un grito que despertó a los muertos. Hay pruebas de que desde

el fondo del *terreiro* contestaron los *eguns* con sus lamentos escalofriantes. En el barracón eran pocos los que habían reparado en la escena previa a la llegada de Yansan. Sin embargo, Zabela la había seguido de principio a fin; para ella todo aquello era novedoso y excitante. Las *ékédes* habían conducido a los encantados hacia los camarines donde se mudarían de vestimentas, luego de danzar al compás de los cánticos rituales. Quien más bailó fue Yansan en medio de los seis Oguns. Era su despedida, pero nadie lo sabía.

En el intervalo del cambio de ropas, sirvieron en otra sala la comida de Ogun, un regio banquete. Zabela pellizcó de cada plato, adoraba la comida con *dendê*, aunque desgraciadamente le hacía mal al hígado. Cuando comenzaron a subir los cohetes anunciando el regreso de los *orixás*, la anciana casi salió corriendo; no quería perderse el menor detalle de la macumba. Se acercó a la majestuosa procesión de los encantados, a cuyo frente estaba uno de los seis Oguns, el de Epifanía. Rugieron los *atabaques* y la gente se puso de pie aplaudiendo. Un relámpago iluminó los aires; cohetes, bombas y bengalas; junio es en Bahía el mes del maíz y de los fuegos de artificio. En el estruendo y el relámpago de los cohetes, uno por uno fueron entrando en el barracón los *orixás* con sus emblemas, armas y herramientas. *Mãe* Majé Bassan inició el canto; Oxóssi comenzó con la danza.

¿Dónde está Yansan, por qué no volvió al barracón? Se oyó el ruido de un eco en la distancia. ¿Fue el silbato de un tren? No, la sirena de un barco. En el umbral de la puerta todos vieron a Dorotéia por última vez. No lucía los trajes de Yansan, aunque muchos afirmen lo contrario y lo juren por la luz que los alumbraba; tampoco llevaba la falda almidonada y la bata bordada, la ropa de las

bahianas. En comidas de señoras, exhibía indumentaria de noble, vestido de cola larga y del mejor género, *jabot* de fantasías. El pecho erguido, los ojos como brasas.

Todos comentan sobre el hombre apostado detrás de Dorotéia y coinciden en los pequeños cuernos de diablo que tenía. En lo demás, sólo desacuerdo y discusiones. Algunos vieron el rabo como un bastón, con punta curva que le colgaba del brazo; otros hablan de los pies de cabra; la mayoría lo describe como de color carbón.

En las declaraciones de Evandro Café, tipo viejo y respetable, el demonio era de un rojo encarnado y brillante, fulgurante. Los ojos curiosos y atentos de Zabela se detuvieron en lo blanco y rubio, en la frente dos mechones de cabellos, ¡tremendo hombre! Compartían el ex esclavo y la condesa la edad y la experiencia; los dos merecen fe.

Todo ocurrió bajo el resplandor de los fuegos de artificio, a la luz de las bengalas, luz y fuego que cegaban. En aquel incendio, bajo el fulgor de esa aurora, en la llama, en el trueno y el relámpago, en un pase de manos, Dorotéia se desvaneció en el aire. Se hallaba en la puerta, y en el mismo instante ya no estaba: la puerta vacía, sólo el aroma a azufre, el resplandor y el estruendo. ¿De una bomba, de un cohete? Quien pudo oírlo sabe que no.

Nunca más se vio a Dorotéia. Ni al maligno. Se oyó un barullo; para Zabela fue un galope de cascos de caballos, fuga de amantes hacia tierras remotas; para Evandro Café, ruido de pies de cabra en correría; era el Diablo buscando a su *iaba*. Sea como sea, se terminó Dorotéia.

Durante días permaneció vacío el lugar de la Misericordia donde los clientes del *abará*, el *acarajé*, la *cocada* y el *pé-de-moleque* habían encontrado a lo largo

de los años a la negra Dorotéia con el collar de Yansan y una cuenta roja y blanca, de Xangô. Después se instaló allí Miquelina, plácida y pálida, con el tablero ordenado y los ojos verde azulado.

En la Tienda de los Milagros, acostado sobre los libros, un adolescente llora por su madre, a la que cree muerta. Para otros fue encantada y volvió a su origen. Cada cual según su destino. Si Archanjo tenía la clave del enigma, nada dijo

.DONDE FAUSTO PENA CUENTA SU EXPERIENCIA
TEATRAL Y OTRAS TRISTEZAS

Mi experiencia teatral fue funesta. No crean que estoy exagerando. Funesta, trágica, fatal. Por donde quiera que la mire, sólo aparece un saldo negativo: decepción, desencanto, dolor. Dolor de cuernos, real. Sin embargo, no pasé de los bastidores de la dramaturgia, no llegué al escenario, no me tocó la emoción de las luces y las plateas, de los aplausos y las críticas. En días de febril entusiasmo, llegué a soñar con eso y mucho más. Mi nombre en los anuncios, en la cartelera del Teatro Castro Alves, con gas de neón en los teatros de Río y de São Paulo, junto al de Ana Mercedes, victoriosa primera actriz, singular y soberana, dispuesta a desbancar a toda velocidad a las estrellas consagradas. Salas repletas, público enfervorizado, crítica entusiasta, lleno completo y derechos pagados de inmediato: el inicio de la triunfal carrera de un nuevo autor.

La verdad es muy diferente: nada de dinero, de sueños, de nombre impreso o iluminado. Mi nombre en la policía, por lo que me dicen, bajo sospecha. Gastados los últimos centavos. Perdido el único bien que poseía. Sin duda, algo aprendí, y no guardo resentimientos contra mis compañeros de aventura; ni siquiera me he convertido en enemigo de Ildásio Taveira. Aquí, entre nosotros, confieso que no lo soporto y espero mi ocasión de devolvérsela: para todo hay tiempo, y no tengo prisa. En lo inmediato me es imposible romper con el traidor: el Instituto Nacional del Libro le encargó una antología de la joven poesía bahiana, en la que promete incluir poemas de mi autoría, más de uno, no dijo cuántos. Si le niego el saludo, me arriesgo a ser expulsado de la

recopilación, puesto al margen de la literatura. Mantengo ante él la mejor de mis sonrisas, elogio sus versos con insistencia y alborozo. Por un lugar bajo el sol de las letras, hago de tripas corazón.

Éramos cuatro los coautores del espectáculo. Mis tres socios ostentan todos una alta calificación intelectual: geniales y de vanguardia. Aunque era el más conocido de los cuatro, con poemas publicados en Río, en São Paulo y hasta en Lisboa, Ildásio Taveira, patillas espesas y camisas llamativas, se estrenaba en el teatro. Los otros dos eran estudiantes de derecho. El compositor Toninho Lins cursaba tercer año, tenía un samba grabado y varios inéditos, a la espera de la consagración en algún festival. Estácio Maia, repetidor del primer año, exhibía distintas virtudes: la cachaza agresiva y radical, una sapiencia carismática y un tío general. En confidencias entre camaradas, en el secreto de los grupos chicos, renegaba del parentesco y hablaba mal del tío. Literato muy vanguardista, de ilimitada suficiencia, repleto de frustraciones, inestable e imprevisible, vivía representando algún papel: a veces era un implacable terrorista, otras un místico que pedía perdón por sus pecados. Era un actor del montón, un fracasado galán. Al verlo acercarse, Ana Mercedes identificaba de inmediato la máscara de ese día: «Hoy viene de guerrillero». El día anterior había sido un héroe de Dostoyevski, Raskolnikov en versión barata. Extraño sujeto.

Antes de continuar, pedimos turno en el Teatro Castro Alves, trámite del que se ocupó Estácio Maia, quien, en esas circunstancias, se presentó como sobrino de su tío. Luego comenzamos las interminables discusiones sobre la pieza, con gritos, insultos, amenazas físicas y mucha cachaza.

Las divergencias tenían que ver con el contenido del espectáculo y con la figura de Pedro Archanjo. Estácio Maia, al declararse irreductible partidario brasileño del Poder Negro norteamericano, transformaba a Pedro Archanjo en un miembro de la organización *Black Panther*, que declamaba en el escenario discursos y lemas de Carmichael, abogando por la separación de razas, por el odio irremediable. Una especie de negativo del profesor Nilo Argolo. Negros por un lado, blancos por el otro, prohibida toda mezcla y convivencia, trabados en lucha mortal. Jamás logré enterarme de dónde ubicaba a los mulatos el violento líder de la negritud nacional. No recuerdo si ya mencioné que ese Maia era un joven blanco de cabellos rubios y ojos azules, inclusive poco afecto a negras y mulatas. En lo particular, le debo gratitud: excluyendo a los ocho homosexuales comprobados, eran diecinueve los hombres que tenían que ver con el espectáculo, entre el director, los actores, iluminadores, escenógrafos, encargados del vestuario, etcétera, y entre los diecinueve fue el único en no ir detrás de Ana Mercedes.

Ildásio no aceptaba sus tesis; tampoco Toninho Lins. Éste, un tipo serio, de prestigio en el medio estudiantil, deseaba mostrar sobre todo al Pedro Archanjo huelguista, de pie contra los patrones, los *trusts* y la policía; convertía la lucha de clases en el centro del espectáculo. «El problema racial, camaradas, es consecuencia del problema de clases —explicaba citando a autores, tranquilo, sin exaltarse—. En Brasil, camaradas, negros y mulatos son discriminados por su condición de proletarios: el blanco pobre es un sucio negro, el mulato rico es un blanco puro.» «La lucha de clases y el folclore» era su receta para un espectáculo al mismo tiempo militante y popular. Componía sobre

temas folclóricos, y de todo lo que se hizo para la proyectada función lo único que se salva es la bella melodía de Toninho Lins sobre el funeral de Pedro Archanjo. Con ella participó en el Festival Universitario de Río y obtuvo el segundo premio. De acuerdo con la opinión del público, merecía el primero.

En cuanto a Ildásio, debo confesar que me parece que su posición era la más cercana al verdadero Archanjo, si es que existe una única verdad «archanjiana» (para usar un término en boga), o han sido tantos los Archanjos surgidos en estas conmemoraciones del centenario. Podemos verlo hasta en los muros de la ciudad, anunciando Coca-Coco: «Entre las costumbres bahianas de mi tiempo sólo faltaba Coca-Coco».

Ildásio Taveira, de acuerdo con Toninho en la primacía de la cuestión de clases sobre la de las razas, concediéndole a Estácio Maia que en Brasil existen prejuicios de color y racistas en cantidad, proponía un Archanjo sin sectarismos, consciente de su fuerza y de la fuerza del pueblo, que defendiera la solución del problema brasileño, el mestizaje, la mezcla, los mestizos, las mulatas y, ante todo y sobre todo, a Ana Mercedes, a quien el infame le repetía sus propuestas en todos los rincones del teatro.

Discutíamos en bares y salas de fiestas, y en las madrugadas de Xixi dos Anjos. Ildásio había elegido, con mi ayuda, frases de los libros de Pedro Archanjo que sirvieran de base a los diálogos. Estácio Maia no las aceptaba: «Ese tipo es un gorila». Ponía en boca de Archanjo parlamentos terribles, tenebrosas amenazas de destrucción de la raza blanca y del Occidente en general: «Nosotros, los negros, destruiremos a los rusos y norteamericanos, asesinos unos y otros». Toninho Lins y

yo interveníamos por temor a que la discusión terminase en una lucha cuerpo a cuerpo, tal era la exaltación de los contendientes. Adicto a los chistes gruesos, Ildásio apodó al rubio Maia como «ladilla de Carmichael»; fue el acabose.

Se insultaban, hacían las paces en medio de abrazos y juramentos de amistad eterna, retomaban las discusiones, las descalificaciones y los tragos. Esto duró un mes y se bebieron bares enteros.

En cuanto a mí, luché por conciliar puntos de vista, parlamentos, diálogos, dogmas, cismas, facciones, ideologías y poderes. Sólo me interesaba la pieza, el nombre en los carteles, el mío y el de Ana Mercedes, juntos, ¡autor y diva!, oh, qué noche gloriosa la del estreno. Ana Mercedes interpretaría a Rosa de Oxalá; sobre eso no hubo enfrentamientos; estuvieron todos de acuerdo. A esa altura de las discusiones, poco me importaba el postumo destino teatral de Pedro Archanjo: líder obrero en huelga, *Black Panther* racista que rechaza el mestizaje y que predica la guerra santa contra los blancos, mulato bahiano creador de civilización, nada me interesaba. Quería la pieza en el cartel.

Al precio de una infinita paciencia, logré que se terminara un texto, anárquico y contradictorio, que fue enviado a la censura. Por otra parte, según la opinión idónea y progresista de Álvaro Orlando, director invitado para montar el espectáculo, en el teatro el texto es algo secundario, prácticamente inútil. Al ser así, las contradicciones no tenían la menor importancia. Estácio Maia obtuvo promesas de subvenciones y propuso a la universidad que comprara para los estudiantes la función de estreno. En esas ocasiones, Estácio Maia se ponía el uniforme de sobrino.

Decidimos no esperar el resultado de la censura para comenzar los ensayos, y lo hicimos durante una semana de intensa agitación estudiantil. Habiéndose constatado la presencia de provocadores en la Facultad de Derecho, los alumnos se habían declarado en huelga y recibieron el rápido apoyo de las demás instituciones universitarias. La primera manifestación transcurrió en orden, pero la segunda fue disuelta por la policía con gases y disparos. Encarcelamientos masivos, estudiantes heridos, el convento de los benedictinos invadido, los negocios cerrados, violencias brutales, un desastre.

Toninho Lins fue apresado en la calle Chile: llevaba un cartel y lo usó en la lucha contra los polis. Pasó una semana en la cárcel y se comportó bien, ¡un macho! Estácio Maia desapareció de la circulación los días de peligro; no lo atraían las manifestaciones, las peleas, la cárcel; era un teórico. Sin embargo, su nombre apareció en la lista de agitadores publicada por los diarios. Desapareció del todo, se hizo humo. Después nos enteramos de que había obtenido una transferencia para estudiar en Aracaju. Anda por Sergipe. Un tanto marchito, recayó en el misticismo.

La censura prohibió la pieza y, según me dijeron, envió el nombre de sus autores a la policía para los correspondientes fichajes. ¡Dónde fui a parar! Para no perder la reserva en el Teatro, Ildásio escribió en tiempo récord una pieza infantil e invitó a Ana Mercedes para representar el papel de Mariposa Centelleante. Me opuse con firmeza y palabrotas. Para compensarla por la oportunidad perdida, la llevé de paseo a Río y São Paulo, empleando en la tardía luna de miel los últimos dólares del gran Levenson.

Se fueron desvaneciendo, uno por uno, en las *boutiques* de Copacabana y de la Rua Augusta, en

restaurantes y salas de fiesta, en la frecuentación de literatos, preciosas y carísimas amistades. El mercado de las promociones está en su peor momento: la simple mención del nombre de un poeta provinciano en el suplemento literario cuesta un almuerzo en el Museo de Arte Moderno o unas cuantas rondas de escocés en los bares de Ipanema.

Regresé al punto de partida, y de nada valió el sacrificio. Ana Mercedes, vestida con modelos de Lais, se volvió arisca y huidiza. Cierta domingo, abro el suplemento literario del *Diário da Martha* y me encuentro dos poemas con su firma: no los había sometido a mi revisión. Leí los versos: sé algo de poesía, y en la primera estrofa reconocí el estilo de Ildásio Taveira. Me pasé la mano por la frente; ardía de fiebre y de cuernos.

Sufrí y sigo sufriendo, sueño con ella por las noches, muerdo la almohada, la cama guarda intacto el perfume a romero. Sin embargo, no revelé el dolor del engaño que me roía las entrañas cuando de sopetón me tropecé con los dos, abrazadísimos, en la calle. Ildásio me habló de la antología, me pidió los poemas con urgencia; iba a mandar los originales al Instituto. La meretriz me trató con distancia e indiferencia. Ese día ni la cachaza me sirvió de consuelo; al final de la noche, lúcido y torpe, compuse un soneto de adiós para Ana Mercedes. Ante ciertos pesares, sólo el suicidio o un soneto. Al estilo de Camões.

DONDE PEDRO ARCHANJO ES PREMIADO Y MATERIA DE PREMIOS, CON POETAS, PUBLICITARIOS, MAESTRITAS Y EL ASTUTO CROCODILO

1

—¡No! Es demasiado, tengan paciencia. —El profesor Calasanz estaba a punto de abandonar su placidez habitual y explotar—. Fernando Pessoa, no, jeso no!

Se hallaban reunidos en la oficina de Gastão Simas, en la Doping Promoción y Publicidad, para elegir el tema para el Premio Pedro Archanjo. Cuando, una vez finalizadas las conmemoraciones del centenario, la decepción y la rabia se convirtieron en risueño anecdótico, el profesor consideró que era una señal de los tiempos el hecho de que hubieran discutido y resuelto en una agencia publicitaria los problemas del mayor acontecimiento cultural del año. Valía la pena oírlo mientras describía las reuniones, una comedia.

—Fernando Pessoa es un tema apasionante, y a su manera Pedro Archanjo era un poeta —argumentó Almir Hipólito, emigrado desde la poesía a la publicidad, posando sobre el macizo sergipano una mirada romántica, de profundas ojeras—. ¿No leyó usted el

artículo de Ápio Correia, «Pedro Archanjo, poeta de la ciencia»? El *Diário da Manhã* lo reprodujo. ¡Genial!

—¿Y con eso qué? ¿Qué descubrió su genial escriba de común entre Archanjo y Pessoa? —el profesor Calasanz criticaba el empleo abusivo del adjetivo «genial». Lo escuchaba a cada rato, repetido por su hija y sus amigas a propósito de todo, en especial de sus novios—. A Pedro le gustaba su cachacita y no por eso vamos a crear el Premio Siri o el Premio Crocodilo, proponiendo a los concursantes el tema de la excelencia de esas especies acuáticas.

—¡Ésa es una buena idea, profesor! —se rió Gastão Simas—. Si quisiera venir a colaborar con nosotros, se convertirá en un portento de la publicidad. Tiene ideas colosales. El español de la Crocodilo puede llegar a comprar la propuesta.

—¿No les basta con la vergüenza del anuncio de la Coca-Coco? ¿Pedro Archanjo al servicio de gaseosas? ¡Qué desastre!

Según doña Lucía, esposa del secretario general, su marido perdía la calma como máximo dos veces al año. En 1968, a causa de las conmemoraciones del centenario de Pedro Archanjo, pasó a perderla al menos dos veces al día: con gritos, exaltado, discutiendo tonterías. ¿Sólo tonterías? También despropósitos, y de los mayores. Utilizar el nombre de Archanjo en anuncios le parecía un sacrilegio horrible, pero los había peores. Servirse de su obra, distorsionándola, para exaltar algunos aspectos del colonialismo, como lo había hecho cierto ensayista de ponencias y artículos bien remunerados, eso sí era el colmo de la trapacería.

Al sergipano no le faltaban ganas de mandar todo al diablo. Si no lo hizo fue por su obstinada fidelidad a los compromisos y, además, si lo hiciera, ¿quién iría a

defender la figura de Pedro Archanjo, a impedir que su obra quedara reducida al relevamiento folclórico, quitándole justamente su parte más profunda y viva? Era importante la descripción de hábitos y costumbres, la investigación en el folclore, pero más importante todavía era la polémica contra el racismo, la proclamación de la democracia racial.

Calasanz se había encariñado con la figura del hombre pobre, sin recursos, de instrucción limitada, autodidacta, que, superando todos los obstáculos, se hizo sabio y emprendió y concluyó una obra original, profunda y generosa. Su ejemplo les enseñaría a los jóvenes a ser íntegros y valientes en las condiciones más adversas. Por amor a Pedro Archanjo se mantenía el profesor en el cargo, en el puesto de combate.

—Es gracioso —le confesó al profesor Azevêdo, colega y amigo—. Tanto barullo, tanta correría, tanto fuego de artificio alrededor de las conmemoraciones de Archanjo y, sin embargo, deforman su figura y su obra. Le levantan un monumento, es verdad, pero el Archanjo al que honran no es el nuestro y sí otro muy distinto, transformado y reducido.

—Sin duda —corroboró el profesor Azevêdo—. Durante años ignoran al hombre y sus libros. Luego aparece Levenson y se sienten obligados a retirar a Archanjo del cómodo olvido. Lo lustran, lo colocan en el altar de sus intereses, lo visten con nuevas ropas, tratan de elevarlo socialmente para poder valerse mejor de él. Pero, Calasanz, todo eso es secundario: la obra de Archanjo resiste cualquier distorsión. Por otra parte, todo ese barullo tiene sus ventajas, populariza el nombre del maestro del Tabuão.

—A veces me desespero, pierdo la cabeza.

—No hay razón para eso. No todo es granjería. Hay gente honesta metida en esto. Algunos muchachos valiosos están investigando la obra de Archanjo, trabajando sobre ella, estableciendo nuevas coordenadas de nuestra evolución. El libro del profesor Ramos es un monumento, es el verdadero monumento a Archanjo. Nació de nuestro prohibido seminario.

También el libro del profesor Azevêdo, ya muy adelantado, *El bahiano Pedro Archanjo*, provenía del fracasado cónclave. Aunque prohibido, había fructificado en libros e investigaciones.

—Tiene razón. Sólo el premio a los estudiantes paga cualquier dolor de cabeza.

Justamente la elección del tema del Premio Pedro Archanjo había llevado al profesor a perder más de una vez la calma en la oficina de Gastão Simas.

—¡Fernando Pessoa, será posible, es demasiado! Si fuésemos por casualidad a elegir a un poeta como tema, ¿por qué no Castro Alves, que fue abolicionista y brasileño?

Se deshizo Almir Hipólito en gestos de indignación, tan remilgado y gracioso en su inflamada protesta:

—¡Oh! ¡Por favor, no hay comparación posible! Cuando hable de poesía no mencione a Castro Alves, mediocre versificador, y jamás lo compare con mi Fernando, el mayor poeta de la lengua portuguesa de todos los tiempos.

Castro Alves, mujeriego, putañero, le provocaba náuseas. El profesor Calasanz se tragó varios insultos y se contuvo:

—¿El mayor? ¡Pobre Camões! Pero aun cuando fuese así, no serviría para nuestro premio.

—Tendría cierta utilidad —consideró Goldman, gerente del *Jornal da Cidade*—. Podríamos facturar un poco más en la colonia portuguesa.

—Al final, ¿estamos aquí para homenajear a Pedro Archanjo o para sacarle dinero a los portugueses? Ustedes sólo piensan en facturar...

—Pedro Archanjo es la llave —dijo Arno, hasta entonces en silencio—. La llave de la caja fuerte.

Intervino Gastão Simas:

—El profesor Calasanz tiene razón. La idea de Hipólito es brillante, pero debemos guardarla para alguna promoción relacionada con la colonia lusitana. Las conmemoraciones cabralinas o el centenario de Gago Coutinho; «De Camões a Fernando Pessoa, de Cabral a Gago Coutinho», ¿qué tal? —se pavoneó por un instante—. Sin embargo, hablaremos después de eso. Ahora vamos a resolver de una vez por todas este fabuloso premio. Ya deberíamos haberlo lanzado, no podemos perder un minuto más. Caro profesor, haga una propuesta concreta.

Sacando del bolsillo una cantidad de papeles, el profesor Calasanz los desparramó sobre la mesa y logró encontrar el reglamento del Concurso Pedro Archanjo, establecido por él junto a Edelweiss Vieira, del Centro Folclórico. Arno Melo se conmovió al ver los papeles. «El pobre no tiene ni un maletín de cuero, ni un portafolio 007, ¿cómo puede trabajar así? Notas en trozos de papel que le deforman los bolsillos de la chaqueta, forma típica del subdesarrollo. Cómprase un 007, profesor, y con él adquirirá una nueva personalidad, fuerte y audaz, empresarial, apta para crear y desarrollar ideas, para imponer opiniones.»

Con toda su experiencia, el profesor no necesitaba un maletín de cuero, ni un portafolio 007 para imponer sus

opiniones: o aprueban el premio así como está en estos papeles, tema, reglamento, comité de selección, o lo hacen solos ustedes, usen a Archanjo de llave o de ganzúa.

2

Gastão Simas había llegado a la gerencia bahiana de la Doping ante todo por su capacidad para conciliar, solucionar dificultades, recoger sonrisas y acuerdos donde otros sólo obtenían caras mustias y desavenencias. «Es genial para las relaciones públicas», resumía Arno, su admirador. Cuando un cliente, harto de las trapacerías de los empleados, furioso por la repetición de errores en los anuncios, se disponía a cerrar la cuenta, entonces G. S. se agrandaba, demostrando su inestimable utilidad.

Calmó al profesor, «será como usted diga», y finalmente establecieron el plan completo del Premio Pedro Archanjo. La propuesta inicial del ínclito doctor Zèzinho Pinto quedó modificada en dos o tres puntos. Se amplió la franja de los concursantes, se agregaron los universitarios a los estudiantes de secundaria. En lugar de una simple redacción, ahora se exigía un mínimo de diez páginas a máquina sobre cualquier aspecto del folclore bahiano, elegido por el candidato: *capoeira*, *candomblé*, pesca del *xaréu*, samba *de roda*, *afoxés*, la Procesión de los Navegantes pastorales, las ofrendas a Yemanjá, los abecés de Lucas da Feira, el *capoeirista*

Besouro, el pintor Carybé, Nuestro Señor del Bonfim y el lavado de su iglesia, la fiesta de la Concepción de la Playa y la de Santa Bárbara. Se mantuvo el premio de un viaje al extranjero para el que quedara en primer lugar, pero ya no a Portugal sino ahora a Estados Unidos, pues los pasajes habían sido entregados por una compañía norteamericana.

El viaje a Portugal fue reservado por G. S. para la otra promoción, la que reunía a Pedro Alvares Cabral y a Gago Coutinho, que ya estaba estudiándose bajo el patrocinio de la televisión y de una compañía de aviación y una agencia de turismo portuguesas.

Se establecieron nuevos premios: viajes a Río de Janeiro, televisores, grabadoras, radios, los siete volúmenes de la *Enciclopedia Juvenil* y algunos diccionarios. El profesor Calasanz se sintió compensado, en parte al menos, por tanto trabajo y por tener que oír tantas estupideces. En una entrevista al *JC*, afirmó que «el Premio Pedro Archanjo estimulará entre los jóvenes el espíritu de investigación, el gusto por el folclore y el interés por las fuentes de la cultura brasileña».

El profesor había terminado la lectura de la entrevista impresa en la primera página de la publicación y sonreía satisfecho cuando el teléfono lo distrajo: Gastão Simas solicitaba su presencia en las oficinas de la Doping para una breve conversación. Que viniese cuanto antes: tenía buenas noticias.

Abandonando su breve lapso de descanso, allí se dirigió el sergipano. Gastão Simas y su estado mayor irradiaban satisfacción: el júbilo de aquellos que comprueban su competencia.

—¡Carísimo profesor! Déjeme decirle: carísimo colaborador de la Doping. Fue su idea inicial.

—¿Qué idea? —preguntó Calasanz de pie: lo inquietaban esos especialistas, tan atrevidos y carentes de escrúpulos en materia de promociones, publicidad y facturación.

—¿Se acuerda de nuestra reunión del miércoles pasado, cuando decidimos los últimos detalles del Premio Pedro Archanjo?

—Por supuesto.

—¿Se acuerda de la mención que hizo a las marcas de cachaza?

—Gastão, no me va a decir que van a hacer que Pedro Archanjo recomiende cachaza. Ya basta con lo de la Coca- Coco, ¡una barbaridad!

—No vamos a discutir nuevamente ese asunto, mi querido maestro. En cuanto a anunciar cachaza, quédese tranquilo, pues los dueños de la Crocodilo no aceptaron la idea, justamente porque ya fue usada por la Coca-Coco. En compensación, están dispuestos a patrocinar un premio en el que participarán alumnos de escuelas primarias, sólo las públicas, a las cuales hasta ahora, en esta promoción del centenario de Pedro Archanjo, nada hemos ofrecido. ¿Qué le parece?

—¿Y cómo es ese premio?

—Muy simple: cada niño escribirá unas líneas sobre Pedro Archanjo, las maestras seleccionarán las mejores, entre las cuales una comisión de pedagogos y escritores elegirá las cinco ganadoras del Premio Aguardiente Crocodilo.

—El Premio Aguardiente Crocodilo, ¡qué cosa!

—¿Sabe de qué constará, profesor? Becas de estudio en un buen colegio, válidas para todo el periodo de la enseñanza secundaria para los cinco ganadores. La Crocodilo ofrece las becas.

Calasanz se conmovió: cinco niños pobres tendrían la posibilidad de cursar la enseñanza secundaria.

—Al final, la cachaza se porta mejor que la gaseosa. Explota el nombre de Archanjo, pero al menos ofrece algo a cambio. Los de la Coca, ni eso. Sin embargo, no sé qué tengo que ver con esto.

—Participaré con un breve texto que deberemos entregar a las maestras para que puedan contarles a los niños algo sobre Archanjo. Media página, como máximo, una corta reseña biográfica de nuestro héroe, que las docentes estudiarán, para transmitir después a los chicos una idea de quién fue Archanjo. Los niños la interpretarán, cada cual a su manera. ¿No es genial? Y ése es el texto que queremos pedirle, o mejor, encargarle.

—No es fácil.

—Lo sabemos, profesor, y por eso mismo recurrimos a usted. Por otra parte, la idea inicial nació de usted cuando mencionó las marcas de cachaza. Y, hablando de cachaza, ¿me acepta un whisky? Es escocés legítimo, no es como el de nuestro ilustre doctor Zèzinho.

—No es fácil —repitió el sergipano—, estamos en época de exámenes; ¿de dónde voy a sacar tiempo?

—Media página, profesor, algo sucinto, sólo lo esencial. Quiero aclararle que se trata de un encargo y que la agencia le pagará el texto.

El profesor Calasanz levantó la voz, serio, casi ofendido:

—¡Eso jamás! No estoy metido en este asunto para ganar dinero sino para servir a la memoria de Pedro Archanjo. No me hable de plata.

Arno Melo sacudió la cabeza; ese tipo no tenía arreglo, era un caso perdido. ¿Por qué diablos entonces le parecía tan simpático? Gastão Simas se disculpaba:

—Ya se fue de aquí quien hablaba de pagos, profesor. Discúlpeme. ¿Puedo mandar a buscar el texto mañana por la mañana?

—No puedo, Gastão. Hoy voy a corregir pruebas, mañana, desde las ocho hasta el mediodía, estoy en la facultad. ¿De dónde voy a sacar tiempo para redactar un texto?

—Profesor, por lo menos algunas notas, algunos datos. Aquí les daremos forma.

—¿Datos, notas? Bueno, eso puede ser. Mande a un mensajero a mi casa mañana. Se lo dejaré a Lucía.

La secretaria pelirroja trajo vasos con hielo. Tan muda y tranquila, pero, ¿para qué gastar en palabras la boca llena de sonrisas y promesas, cansar con el vil trabajo ese cuerpo que está hecho para regalarse mirándolo?

3

*Datos suministrados a la agencia DOPING, S. A.
por el profesor Calasanz*

Nombre:

Pedro Archanjo.

Fecha y lugar de nacimiento:

18 de diciembre de 1868, en la ciudad de Salvador, estado de Bahía.

Filiación:

Hijo de Antônio Archanjo y de Noemia de Tal, más conocida como Noca de Logunedê. Del padre sólo se sabe que fue reclutado para la guerra del Paraguay, en la cual murió durante la travesía del Chaco, dejando a su compañera embarazada de Pedro, primer y único hijo.

Estudios:

Habiendo aprendido solo a leer, frecuentó el Liceo de Artes y Oficios, donde adquirió nociones de diversas materias y del arte de la tipografía. Se distinguió en portugués y desde muy temprano fue aficionado a la lectura. Ya adulto, profundizó en el estudio de la antropología, la etnología y la sociología. Para poder hacerlo, aprendió inglés, francés y español. Sus conocimientos de la vida y las costumbres del pueblo eran prácticamente ilimitados.

Libros:

Publicó cuatro libros —*La vida popular de Bahía* (1907); *Influencias africanas sobre las costumbres de Bahía* (1918); *Apuntes sobre el mestizaje en las familias bahianas* (1928); *La cocina bahiana: orígenes y recetas* (1930)—, considerados hoy como fundamentales para el estudio de nuestro folclore, el conocimiento de la vida brasileña a finales del siglo pasado y comienzos del actual y, sobre todo, para la comprensión del problema de las razas en Brasil. Ardiente defensor del mestizaje, de la fusión de razas, Pedro Archanjo fue, de acuerdo con la opinión del sabio norteamericano (y Premio Nobel) James D. Levenson: «Uno de los creadores de la etnología moderna». Su obra completa acaba de ser reeditada, en dos tomos, por la editorial Martins, de São Paulo,

en la colección «Maestros de Brasil», anotada y comentada por el profesor Artur Ramos, de la Facultad de Letras de la Universidad del Brasil. Los tres primeros libros fueron reunidos en un volumen con el título general de *Brasil, país mestizo* (título sugerido por el profesor Ramos), mientras que el libro de cocina constituye un tomo aparte. Relegada al olvido durante muchos años, la obra de Pedro Archanjo resultó internacionalmente conocida y admirada. Fue publicada en inglés, en Estados Unidos, e integra la notable *Enciclopedia* sobre la vida de los pueblos subdesarrollados, editada con el auspicio de la Columbia University (Nueva York). En este año de 1968, en las conmemoraciones del centenario de su nacimiento, mucho se ha escrito acerca de Pedro Archanjo. Se destacan los trabajos del profesor Ramos y el prefacio a la traducción norteamericana de sus libros, cuyo autor es Levenson: «Pedro Archanjo es un creador de ciencia».

Otros datos:

Mulato, pobre, autodidacta. Todavía un muchacho, se embarcó como grumete en un buque de carga. Vivió algunos años en Río de Janeiro. Al regresar a Bahía, ejerció el oficio de tipógrafo y enseñó las primeras letras, antes de emplearse en la Facultad de Medicina, empleo que perdería, luego de haberlo ejercido durante cerca de treinta años, debido a la repercusión de uno de sus libros. Músico aficionado, tocaba la guitarra y el *cavaquinho*. Participó intensamente de la vida del pueblo. Habiendo permanecido soltero, se le atribuyen muchos amoríos, incluso con una bella escandinava, sueca o finlandesa, no se sabe con seguridad.

Fecha de la muerte:

Falleció en 1943, a los setenta y cinco años. Una enorme multitud acompañó su funeral, en el cual estuvieron presentes el profesor Azevêdo y el poeta Hélio Simões.

Con el ejemplo de su vida, Pedro Archanjo nos muestra cómo un hombre nacido en la mayor pobreza, huérfano de padre, en un ambiente poco estimulante para la cultura, ejerciendo oficios humildes, puede superar todas las dificultades y elevarse a las cumbres del saber, igualando y hasta superando a las personalidades más ilustres de su época.

4

*Texto redactado por los ases de la DOPING
PROMOCIÓN Y PUBLICIDAD, S. A. y entregado a las
maestras de las escuelas primarias de la ciudad
de Salvador*

El inmortal escritor y etnólogo Pedro Archanjo, gloria de Bahía y de Brasil, internacionalmente célebre, cuyo centenario conmemoramos este año, con el patrocinio del *Jornal da Cidade* y del Aguardiente Crocodilo, nació en Salvador, el 18 de diciembre de 1868, huérfano de un héroe de la guerra del Paraguay. En respuesta a la llamada de la patria, su padre, Antônio Archanjo, se despidió de su esposa embarazada y fue a morir al

Chaco lejano, en lucha desigual contra el malicioso enemigo.

Herederero de las gloriosas tradiciones paternas, desde temprano luchó Pedro Archanjo para elevarse sobre el medio limitado y mediocre en el que había nacido. Comenzó estudios de literatura y de música, destacándose de inmediato entre sus colegas por su inocultable vocación por las letras. Dominó rápidamente varias lenguas, entre ellas el inglés, el francés y el español. Durante su juventud, impulsado por el deseo de aventura, viajó como marinero, recorriendo el mundo. En Estocolmo, conoció a la bella escandinava que resultó el gran amor de su vida.

De regreso a Bahía, ingresó a la Facultad de Medicina y allí, durante alrededor de treinta años, encontró el ambiente propicio para los estudios y trabajos que proyectaron su nombre de científico y escritor.

Autor de varios libros, en los cuales puso de relieve el folclore y las costumbres bahianas y el análisis de los problemas raciales, traducido a diversas lenguas, se convirtió en mundialmente célebre, sobre todo en Estados Unidos, donde sus obras fueron editadas en la Universidad de Columbia, en Nueva York, por consejo del célebre profesor James D. Levenson, ganador del Premio Nobel, quien se confiesa discípulo de Pedro Archanjo.

Falleció en Salvador en 1943, a los setenta y cinco años, rodeado del respeto general y de la admiración de los entendidos. Autoridades, profesores de distintas facultades, escritores y poetas acompañaron su funeral.

Orgullo de Bahía y de Brasil, cuyo nombre elevó en el extranjero, Pedro Archanjo nos enseña, a través de su ejemplo, cómo un hombre nacido en la pobreza, en un

medio hostil a la cultura, puede elevarse a los pináculos del saber y ocupar un lugar destacado en la sociedad.

Cuando festejamos el centenario de ese magnífico paladín de la ciencia y de las letras, todos los bahianos se reúnen para reverenciar su glorioso recuerdo, respondiendo a la convocatoria del *Jornal da Cidade*, que lleva a cabo una campaña de lo más memorable y patriótica.

El Aguardiente Crocodilo no podía estar ausente de esa magna celebración, pues él mismo es ya parte integrante del folclore bahiano, a cuyo estudio dedicó su existencia el genial patricio. De ese elogiado aguardiente, ¿no nació acaso la figura del Travieso Crocodilo, que hace las delicias de los niños en los anuncios por radio y televisión, verdadera creación del folclore moderno, con sus versitos y sus cancioncillas?

El Travieso Crocodilo organizó un gran concurso en las escuelas primarias de Salvador: las queridas maestras van a contar en las aulas la historia de Pedro Archanjo, y cada niño, de primero a quinto grado, escribirá su impresión, concursando por una de las cinco becas de estudio para todo el curso secundario, que pueden ser utilizadas por los ganadores en cualquiera de los colegios particulares de nuestra capital, premios ofrecidos por el Aguardiente Crocodilo.

Junto a los niños de las Escuelas Públicas de Salvador, el Travieso Crocodilo exclama: «¡Viva el inmortal Pedro Archanjo!».

*Lección de la profesora Dida Queiroz
a los alumnos de tercer grado, turno de mañana,
de la «Escuela pública periodista Giovanni
Guimarães»,
situada en Rio Vermelho*

Pedro Archanjo es una gloria de Bahía, de Brasil y del mundo. Nació hace cien años, y por eso el *Jornal da Cidade* y el Aguardiente Crocodilo están festejando su centenario, realizando un concurso entre los estudiantes y distribuyendo valiosos premios, a saber: viajes a Estados Unidos y a Río de Janeiro, televisores, radios, libros y otras cosas. Para los alumnos de las escuelas primarias se han destinado cinco becas para el curso de la enseñanza secundaria completo, en cualquier establecimiento de enseñanza de nuestra capital. Con los espantosos precios que están cobrando los colegios, se trata de un importante premio.

El padre de Pedro Archanjo fue general en la guerra del Paraguay y murió luchando contra el tirano Solano López, quien había atacado nuestra patria. El pequeño Pedro quedó huérfano y pobre, pero no se desanimó. No pudiendo asistir a la escuela, se embarcó en un carguero y logró estudiar idiomas, volviéndose políglota, que así se les dice a las personas capaces de hablar otros idiomas además del portugués. Hizo el ingreso en la Facultad de Medicina, donde, luego de graduarse, fue profesor durante más de treinta años.

Escribió muchos libros basados en el folclore, es decir, libros que cuentan historias de animales y de gente, pero que no son para que los lean los chicos. Son libros serios, muy importantes, estudiados por sabios y profesores.

Viajó mucho, y conoció Europa y Estados Unidos; creo que viajar debe de ser lo mejor del mundo. En Europa conoció a una linda escandinava con la que se casó y con la que vivió toda su vida.

En Estados Unidos dio clases en la Universidad de Columbia, en Nueva York, que es la mayor ciudad del mundo, y lo hacía en inglés. Entre sus alumnos estaba el sabio norteamericano Levenson, quien, habiendo aprendido mucho con él, recibió después el Premio Nobel, un premio genial; el tipo que lo gana entra directamente en la historia.

Murió viejito, en 1943, y su funeral fue toda una consagración, pues estuvo encabezado por el gobernador, el prefecto y los profesores de la facultad.

El ejemplo de Pedro Archanjo nos enseña cómo un niño pobre, si tiene disposición y estudia de verdad, puede entrar en la alta sociedad, enseñar en la universidad, ganar mucho dinero, doctorarse y transformarse en una gloria de Brasil. Basta con tener fuerza de voluntad y no faltarle al respeto a la maestra. Ustedes van a escribir ahora qué les pareció Pedro Archanjo, pero antes vamos a gritar junto a Travieso Crocodilo, que ofrece sus becas: «¡Viva el inmortal Pedro Archanjo!».

6

Redacción de Raí, de nueve años,

alumno de tercer grado de la citada escuela
«Periodista
Giovanni Guimarães»

Pedro Archanjo era un huérfano muy pobre que huyó como marinero junto a una gringa, igual que mi tío Zuca, y se fue a Estados Unidos porque allí sobra el dinero, pero dijo soy brasileño y se vino para Bahía a contar historias de animales y de gente, y sabía tanto, que no les daba clases a los chicos y sólo a los médicos y profesores, y cuando murió se transformó en una gloria de Brasil y ganó un premio del diario, que era una bolsa¹³ llena de botellas de cachaza. Viva Pedro Archanjo y el Travieso Crocodilo.

13 Juego de palabras: beca en portugués se dice *bolsa*. [N. del T.]

DE LA BATALLA CIVIL DE PEDRO ARCHANJO OJUBÁ Y DE CÓMO EL PUEBLO OCUPÓ LA PLAZA

1

Néstor Souza habla en un francés perfecto, impecable, afirmó el profesor Aristides de Castro, refiriéndose al director de la Facultad de Derecho, jurista eminente, miembro de institutos internacionales. Repitió el nombre en un ataque de admiración:

—¡Néstor Souza, una lumbrera!

Intervino el profesor Fonseca, catedrático de anatomía:

—Sin duda, la pronunciación de Néstor es muy buena. Sin embargo, no sé si puede competir con Zinho de Carvalho en el manejo de la lengua. Para Zinho, el francés no tiene secretos. Sabe de memoria páginas y páginas del *Génie du Christianisme* de Chateaubriand, poemas de Victor Hugo, escenas enteras de *Cyrano de Bergerac*, de Rostand —pronunciaba de modo que se notaran sus conocimientos—. ¿Lo escuchó declamar?

—Sí, y comulgo con los elogios que le hace. Pero pregunto: ¿Será Zinho capaz de improvisar un discurso en francés como Néstor Souza? ¿Se acuerdan, colegas, del banquete en homenaje a Maître Daix, el abogado parisino que nos visitó el año pasado? ¡Néstor lo saludó

en francés sin prepararse! ¡Magistral! Al escucharlo, me sentí orgulloso de ser bahiano.

—¿Sin prepararse? De ninguna manera —se burló el flaco docente interino Isaías Luna, criticón notorio, popular entre los estudiantes por su maledicencia en sus opiniones y por su generosidad en los exámenes—. Por lo que sé, prepara las clases el día anterior y ensaya gestos ante el espejo.

—No digas eso, no repitas infamias alimentadas por la envidia.

—Es lo que se dice, la voz del pueblo. Vox pópuli, vox *Deil!*

—Zinho... —El profesor Fonseca volvía a traer a su candidato a la discusión.

La conversación en la secretaría durante los intervalos entre clase y clase reunía a las personalidades de la Facultad de Medicina, cada cual más ilustre y altivo, más celoso de sus privilegios. Saboreando un cafecito caliente traído por los bedeles, descansaban de las clases y de los alumnos en una charla liviana, al calor de los asuntos: del comentario científico a la vida ajena. De tanto en tanto, unas risas débiles, una anécdota en voz baja: «Lo mejor de la facultad son las charlas en la secretaría», afirmaba el profesor Arístides Caires, enviciado con esas reuniones, responsable del tema en discusión aquella mañana: el dominio de la lengua francesa.

Idioma de uso obligatorio para quien pretendiese pasar por intelectual, instrumento indispensable en la enseñanza superior. En esa época no existían traducciones al portugués de los tratados y libros básicos, necesarios para el estudio de las materias obligatorias en las facultades. La bibliografía de la mayoría de los profesores estaba exclusivamente en

francés; algunos conocían también el inglés, y muy pocos el alemán. Hablar francés sin errores y con una buena pronunciación era motivo de presunción, un factor de prestigio.

En la discusión aparecieron en la palestra otras autoridades: el profesor Bernard, de la Escuela Politécnica, hijo de padre francés, educado en Grenoble; el periodista Henrique Damásio, con sucesivos viajes a Europa y curso completo en los cabarés de París («ése no, por favor, su francés es de burdel»); el pintor Florencio Valença, doce años de bohemia en el Quartier Latin; el padre Cabral, del Colegio de los Jesuitas («ése tampoco cuenta, hablamos de brasileños y él es portugués»). ¿Cuál entre todos tiene la mejor pronunciación? ¿Cuál es el más parisino, el más chic, el más diestro para las erres y las eses?

—Ustedes, colegas, nombran a tanta gente y se olvidan de que aquí, en nuestra facultad, poseemos tres o cuatro genios en la materia —afirmó el profesor Aires.

Hubo un alivio generalizado: aquella extraña omisión de las eminencias de la casa comenzaba a causar escozor. En la Bahía de entonces no existía un título de mayor prestigio que el de profesor de la Facultad de Medicina. No sólo significaba una cátedra vitalicia, buen salario, importancia y consideración. Implicaba tener una clínica con ganancias, un consultorio lleno de pacientes ricos. Muchos llegaban desde el interior atraídos por los avisos de los periódicos: «Profesor doctor Fulano de Tal, catedrático de la Facultad de Medicina de Bahía, con práctica en los hospitales de París». Mágica invocación, el emérito título abría las puertas más diversas, las de las letras, las de la política, las de la agricultura y la ganadería. Los catedráticos se hacían miembros de las academias, se ofrecían para ser diputados provinciales o

nacionales, compraban haciendas y cabezas de ganado, latifundios.

Los concursos para las cátedras vacantes eran un acontecimiento de repercusión nacional: se presentaban médicos de Río y São Paulo para competir con los bahianos por el puesto y las ventajas. La sociedad asistía en pleno a las presentaciones, a las tesis, a las clases dictadas por los candidatos, seguía con atención preguntas y respuestas, comentaba las frases ingeniosas y los disparates. Se constituían facciones, se dividían las opiniones, los resultados daban lugar a polémicas y protestas, incluso había habido casos de amenazas de muerte y venganzas. Siendo así, ¿cómo olvidar en la lista de los maestros del buen francés a los grandes de la Facultad de Medicina? Un absurdo, casi un escándalo. Mayor aún por hallarse presente, oyendo en silencio y seguramente con cierta expectativa, el profesor Nilo Argolo, políglota que dominaba gran cantidad de idiomas, «el Monstruo de las siete lenguas». No sólo hablaba y daba discursos: redactaba comunicaciones y tesis en francés. Incluso hacía poco había enviado un importante trabajo a un congreso en Bruselas: *La paranoia chez les nègres et les métis*.

—Completamente redactado en francés, línea por línea, palabra por palabra —destacó el profesor Oswaldo Fontes al reivindicar el primer lugar para su maestro y amigo.

Sorbiendo pequeños tragos de su café, el eminente profesor Silva Virajá, de real presencia en el mundo de la ciencia médica, investigador en esquistosomas, siguió divertido las transformaciones en el rostro de su colega Nilo d'Ávila Argolo de Araújo antes y después de las afirmaciones de Aires y Fontes: serio, cerrado, inquieto y de repente satisfecho, y muy pronto adquirió un aire de

falsa modestia, siempre petulante. El sabio era indulgente con la estupidez humana, pero la presunción lo superaba.

Después del coro consagratorio, la aclamación universal, el profesor Argolo concedió, magnánimo:

—El profesor Néstor Gomes se luce con la lengua de Corneille. En cuanto a los demás nombres aludidos, no los considero mis rivales.

Ante aquella flagrante arrogancia, el maestro Silva Virajá apoyó la taza y dijo:

—Conozco a todos los nombrados y a todos los oí hablar en francés. Aun así, me atrevo a decir que no hay en toda esta ciudad quien mejor se exprese en la lengua francesa, con absoluta corrección y sin el menor acento, que uno de los bedeles de mi cátedra, Pedro Archanjo.

El profesor Nilo Argolo se puso de pie, con el rostro enrojecido, como si su colega le hubiese propinado un par de bofetadas. De haber sido otro el autor de la afirmación, no hay dudas de que el catedrático de medicina legal habría reaccionado con violencia al verse comparado con un bedel, y además mulato. Sin embargo, ni en la Facultad de Medicina ni en toda Bahía había quien se atreviese a levantar la voz delante del profesor Silva Virajá.

—¿Se refiere usted por casualidad, estimado colega, a ese melanodermo que hace unos cuantos años publicó un breve opúsculo sobre costumbres?

—A ése me refiero, profesor. Es mi auxiliar desde hace casi diez años. Lo solicité luego de leer su breve opúsculo, como usted lo califica. Breve en sus páginas pero amplio en observaciones y conceptos. Ahora va a publicar un nuevo libro, menos breve y aún más rico: un trabajo de real interés etnológico. Me pasó algunos capítulos y los he leído con admiración.

—¿Ese... ese... bedel sabe francés?

—¡Y cómo! Da gusto oírlo. Su inglés es igual de admirable. Conoce bien el español y el italiano, y si tuviese tiempo para enseñarle, terminaría hablando alemán mejor que yo. Por otra parte, quien comparte esta opinión es la condesa Isabel Tereza, cuyo francés, dicho sea de paso, es delicioso.

La mención de la incómoda parienta acentuó el rubor del ofendido sujeto:

—Profesor Virajá, su bondad, conocida por todos, lo lleva a sobrestimar a los seres inferiores. Seguramente el pardo acertó algunas frases en francés y ya usted, con su corazón generoso, lo diplomó como maestro en lenguas.

La carcajada del sabio tuvo algo de animado y de infantil:

—Gracias por los elogios, pero no los merezco, no poseo semejante bondad. Es verdad que, al juzgar a los hombres, prefiero sobrestimar, pues quien subestima en general mide a los demás con su propia vara. Sin embargo, en este caso no estoy exagerando.

—Un simple bedel, me niego a creerlo.

La presunción fastidiaba al maestro Silva Virajá, pero únicamente la prepotencia en el trato con los pobres lograba irritarlo. «Desconfíen y aléjense de los individuos que adulan a los poderosos y pisotean a los desprotegidos —les recomendaba a los jóvenes—: tienen mal carácter, son falsos y mezquinos y carecen de grandeza.»

—Este bedel es un hombre de ciencia, puede enseñarle a más de un profesor.

En un santiamén, el catedrático de medicina legal dejó la sala, seguido por el profesor Oswaldo Fontes. El maestro Silva Virajá se rió como un niño contento

después de una travesura; tenía en los ojos un brillo de malicia y una nota de espanto en la voz:

—El talento es independiente de la pigmentación, de los títulos, de la condición social; todas esas ideas son una estupidez. Dios mío, ¿cómo es posible que todavía haya quien ignore esta verdad?

Al levantarse y sacudirse los hombros, se libra de Nilo d'Ávila Argolo de Araújo, bolsa de prejuicios, monstruo de vanidad, tan lleno de sí y tan vacío. Se dirige al primer piso, donde el negro Evaristo lo espera con material traído de la morgue. ¡Ah!, ¡pobre Nilo! ¿Cuándo aprenderás que sólo la ciencia es lo que vale y permanece, sin importar la lengua en que se exprese ni los títulos de quien la crea y pone a prueba? En el laboratorio, los alumnos rodean al maestro Silva Virajá, con las láminas puestas en los microscopios.

2

Durante más de una década, de 1907 a 1918, en los once años transcurridos entre la publicación de *La vida popular en Bahía* y la de *Influencias africanas en las costumbres de Bahía*, su segundo libro, Pedro Archanjo se dedicó a estudiar. Con orden, método, voluntad y obstinación. Necesitaba conocer y conoció: leyó todo lo que había sobre el problema de las razas. Devoró tratados, libros, tesis, comunicaciones científicas, artículos, recorrió colecciones de revistas y diarios, se volvió una rata de bibliotecas y archivos.

No dejó de vivir con intensidad y pasión, de investigar la realidad cotidiana de la ciudad y del pueblo. Aprendió también de los libros y, al investigar sobre un tema central, se encaminó por los múltiples caminos del conocimiento y se volvió un experto. Todo cuanto emprendió en aquellos años tuvo un objetivo, una intención y sus consecuencias. El maestro Lídio Corró lo apremiaba. Se indignaba al leer en los diarios las provocaciones y las amenazas, los títulos en negrita: «¿Hasta cuándo permitiremos que Bahía sea una inmensa y degradante *senzala*?».

—Pareciera, compadre, que se te rompió la pluma, que se te volcó el tintero. ¿Dónde está el próximo libro? Hablas mucho de él pero no te veo escribir.

—Querido amigo, no me apremies, todavía no estoy listo.

Para azuzarlo, Lídio subía la voz al leer los artículos e informaciones de los diarios: *candomblés* invadidos, *pais de santo* presos, fiestas prohibidas, ofrendas a Yemanjá incautadas, *capoeiristas* tratados a punta de cuchillo enorme en la Jefatura de Policía.

—Nos están pegando a mansalva, y con ganas. No hace falta leer tantos libros para darse cuenta — señalaba los opúsculos, las revistas médicas, los tomos acumulados sobre la mesa—. Basta con abrir cualquier diario: sólo se leen críticas al samba, a la *capoeira*, al *candomblé*, todas escritas con tono tremendista. Si no hacemos algo, van a acabar con todo.

—Tienes razón. Quieren terminar con nosotros.

—Y tú, que sabes tanto, ¿qué haces?

—Camarada, todo esto se debe a esos profesores y sus teorías. Hay que combatir la causa, querido amigo. Escribir cartas quejándonos a los diarios es útil, pero no soluciona el tema de fondo.

—Bueno, entonces, ¿por qué no escribes el libro?

—Me estoy preparando para eso. Oye, compadre, yo era más ignorante que un pedazo de madera. Entiende, querido. Creía saber mucho y no sabía nada.

—¿No sabías nada? Pues pienso que vale más ese saber de aquí, del Tabuão, de la Tienda de los Milagros, que el de tu facultad, compadre Pedro.

—La facultad no es mía, y no niego el valor de la sabiduría popular. Pero aprendí que ese saber solo no es suficiente. Voy a explicarte, camarada.

Enfrascado en sus libros, cuadernos y tareas, Tadeu no perdía ni una de las palabras de su padrino: «Mi buen compadre —le decía Archanjo a Lídio—, tengo una enorme deuda con ese profesor Argolo que desea castrar a negros y mulatos, ese mismo que azuza a la policía contra los *candomblés*, el Monstruo Argolo de Araújo. Para humillarme —y lo consiguió—, un día puso al descubierto toda mi ignorancia. Primero me dio rabia, me puse loco. Después pensé que era cierto, que tenía razón, que era un analfabeto. Veía las cosas, querido, pero no las conocía, lo sabía todo pero no sabía saber».

—Compadre, estás hablando peor que un profesor de medicina. «No sabía saber» parece un juego de palabras o una adivinanza.

—Un niño se come una fruta y sabe enseguida el gusto que tiene, pero no conoce la causa de ese gusto. Yo sé las cosas; ahora preciso aprender el porqué y lo estoy aprendiendo. Y lo voy a aprender, camarada, te lo garantizo.

Mientras se preparaba, escribía cartas a las redacciones, protestas contra la malévola campaña y los crecientes atropellos de la policía. Quien se entregue al trabajo de leer esas cartas —las pocas publicadas, algunas con su nombre, otras firmadas como «Un lector

indignado», «Un descendiente de Zumbi», «Un *Malé*», «Un mulato brasileño»— podrá acompañar fácilmente la evolución de Archanjo a lo largo de los años. Apoyados en citas de autores nacionales y extranjeros, los argumentos adquirirían fuerza, se volvían convincentes, irrefutables. En las «Cartas a la redacción», el maestro Archanjo atemperó su tristeza, aprendió a manejarla con un lenguaje claro y preciso, sin perder aquel toque de poesía presente en todo lo que ha escrito.

En soledad, entabló una desigual polémica con la casi totalidad de la prensa bahiana de la época. Antes de enviarlas, les leía las cartas a sus amigos de la Tienda de los Milagros. Entusiasmado, Manoel de Praxedes se ofrecía a «partirles la cara a esos cagatintas». Budião sacudía la cabeza ante cada cuestión en señal de aprobación; Valdeloir aplaudía; Lídio Corró sonreía; Tadeu se encargaba de llevarlas. Decenas y decenas de «Cartas a la redacción»: algunas obtuvieron un espacio en los diarios, completas o en parte; la mayoría fue arrojada al cesto de los papeles, y dos merecieron un tratamiento especial.

La primera, muy extensa, casi un ensayo, había sido enviada a uno de los diarios más persistentes y virulentos en su ataque a los *candomblés*. En una exposición serena y extremadamente documentada, analizaba el problema de las religiones animistas en Brasil y exigía que les fueran asegurados «la libertad, el respeto y los privilegios otorgados a las religiones católica y protestante, pues los cultos afrobrasileños son la fe, la creencia, el alimento espiritual de millares de ciudadanos tan dignos como el que más».

Días después, el diario abrió, en primera página, con un artículo a tres columnas, con un lenguaje tan desabrido como furibundo, el título en letras de

catástrofe: «PRETENSIÓN MONSTRUOSA». Sin transcribir ni refutar los argumentos de Archanjo, sólo se refería a ellos para dar cuenta «a las autoridades, al clero y a la sociedad de la monstruosa pretensión de los fetichistas que exigen, ¡EXIGEN!, en carta a esta redacción, que sus indignas prácticas de hechicería merezcan el mismo respeto, gocen de los mismos privilegios, sean ubicadas en el mismo plano espiritual que la sublime religión católica, que la sagrada Iglesia de Cristo y que las sectas protestantes, con cuyas herejías disentimos, sin negar por eso el origen cristiano de calvinistas y luteranos». Al final de la diatriba, la redacción reafirmaba ante la sociedad bahiana su propósito de mantener e intensificar «el combate sin tregua a la abominable idolatría, al bárbaro estruendo de las macumbas, que hieren los sentimientos y los oídos de los bahianos».

La segunda fue utilizada por una publicación nueva, de tendencia liberal, en busca de lectores y de popularidad. Archanjo la había escrito en respuesta a la ácida catilinaria del profesor Oswaldo Fontes, en las páginas del órgano conservador, bajo el título de «Un grito de alerta». El docente de psiquiatría exigía la atención de las élites y de los poderes públicos ante un hecho que, en su opinión, constituía una gravísima amenaza al futuro del país: las facultades de enseñanza superior del estado comenzaban a sufrir, entre su alumnado, una funesta invasión de mestizos. «Resulta cada vez mayor el número de individuos de color que ocupan las vacantes que deberían ser reservadas a los jóvenes de las familias tradicionales y de sangre no contaminada.» Se imponían drásticas medidas: «la prohibición pura y simple de la matrícula a esos elementos deletéreos». Mencionaba el ejemplo de la Marina de Guerra, en la que negros y mestizos no

podían aspirar a ser oficiales, y rendía elogios al Itamaraty¹⁴, que, de manera velada y sin embargo firme, «impide que se expanda esta mancha degradante en sus refinados cuadros diplomáticos».

Pedro Archanjo replicó en una carta firmada como «Mulato brasileño, a mucha honra». Argumentos sólidos, citas de notables antropólogos, quienes afirmaban sin excepciones las capacidades intelectuales de negros y mulatos, una lista de mulatos ilustres, «incluso embajadores de Brasil en cortes extranjeras», y un duro retrato del profesor Fontes.

«El profesor Fontes exige doctores de pura sangre. Ahora, pura sangre son los caballos de carrera. Viendo al citado profesor atravesar el *Terreiro* de Jesús en dirección a la facultad, los estudiantes comentan que, cuando obtuvo, gracias al prestigio y las maniobras del docente de medicina legal, el título de profesor de psiquiatría, el doctor Fontes hizo posible que se repitiera un célebre acontecimiento histórico: Calígula le consiguió a su caballo *Incitatus* un asiento en el Senado romano; el profesor Argolo de Araújo le consiguió a Oswaldo Fontes una cátedra en la Facultad de Medicina. Tal vez sea ésta la explicación del hecho de que el profesor exija sangre pura en la facultad. Pura sangre, son los caballos de carrera, pura y noble. ¿Será pura y noble la del profesor?»

Cuál no fue la sorpresa de Archanjo al ver toda la primera parte de su carta convertida en artículo de fondo del nuevo diario: argumentos, citas, frases, construcciones, párrafos transcritos íntegramente. Sobre la parte referida al profesor Oswaldo Fontes, poco aprovechó el redactor, reduciéndola a algunos bocadillos sobre la pureza de sangre y a la historia de los caballos

14 Palacio de la Cancillería. [N. del T.]

en un breve comentario: «El ilustre catedrático, cuya cultura no ponemos en duda, es blanco de bromas entre los estudiantes a causa de los puntos de vista anacrónicos que defiende». Ninguna referencia al «Mulato brasileño y a mucha honra». Toda la honra le correspondió al diario, ya que el artículo tuvo notable repercusión.

Aquel día, Archanjo disfrutó al ver las páginas de la publicación pegadas por los estudiantes en las paredes de la facultad. El profesor Oswaldo Fontes ordenó a un bedel que las arrancara y destruyera. Se puso hecho una fiera, perdió toda su flema, toda su urbanidad, ese aire divertido con que siempre se había enfrentado a los muchachos y a sus bromas.

3

Siguiendo el ejemplo del profesor Silva Virajá, Pedro Archanjo aprendió a analizar minuciosamente opiniones, fórmulas y figuras, como si las escrutase en el microscopio, para conocerlas en sus más mínimos detalles, punto por punto, del derecho y del revés. Aprendió de memoria la vida y la obra de Gobineau, su monstruosa tesis, cada minuto pasado como embajador en Brasil: sólo un conocimiento completo, un saber sin dudas, puede convertir el odio ciego en desprecio y rechazo.

Así, recorriendo día a día el rastro del embajador de Francia en la corte imperial, se topó con monsieur

Joseph Artur, conde, o mejor dicho, *comte* de Gobineau, en los jardines del palacio de São Cristovão, hablando de letras y ciencias con su majestad Pedro II, en el preciso instante en que Noca de Logunedê sintió los dolores de parto y envió a un *moleque* en busca de Rita Apará-Jegue, partera famosa y de vasta clientela.

En 1868, cuando nació Pedro Archanjo, Gobineau cumplió cincuenta y dos años, y hacía quince que había publicado el *Essai sur l'inégalité des races humaines*. Discurría con el monarca entre los árboles del parque mientras Noca, entre contracciones y gemidos, cruzaba con el pensamiento bosques, ríos y montañas rumbo a los desolados paisajes de Paraguay, adonde se habían llevado a su hombre, transfiriéndolo de sus tareas de picapedrero a las de matar y morir en una guerra interminable, sin esperanza alguna de regresar. ¡Tanto como había deseado a ese niño y no estaba allí para verlo nacer!

Noca todavía no se había enterado de la muerte del cabo Antônio Archanjo en la travesía del Chaco. Maestro albañil de profesión, estaba levantando las paredes de una escuela cuando la patrulla lo reclutó. Voluntario a la fuerza, en medio de los golpes, no le dieron siquiera permiso para ir a casa a despedirse. Noca le hizo gestos de adiós en la mañana del embarque. Aunque desfilase, triste, en el batallón de los Zuavos Bahianos, humillado albañil sin pala y sin pico, a ella le pareció garboso y bello en su uniforme de soldado, cargando los instrumentos del nuevo oficio, las armas y la muerte.

Quince o veinte días antes le había comunicado el embarazo, y el hombre casi enloquece de la alegría. Luego habló de casarse y no sabía qué hacer para agradarla: «Mientras estés embarazada, no trabajas, no te lo permito». Lavando y almidonando ropa, Noca

trabajó hasta el momento del parto. «El niño está por nacer, Antônio, me está desgarrando por dentro; ¿dónde está Rita que no llega? ¿Dónde está mi Antônio, por qué no viene? Ay, Antônio, mi amor, suelta todo, armas y charreteras, ven rápido, ahora somos dos los que esperamos en la miseria y en la soledad.»

Llevado a la guerra por la fuerza, viendo que no había manera de regresar, con inteligencia y valentía el soldado Antônio cumplió con las órdenes de matar y obtuvo galones de cabo. «Siempre lo elegían para patrullas de reconocimiento en las avanzadas del cuerpo del ejército en el que servía», leyó Pedro Archanjo sobre su padre en los anales de la guerra, cuando realizaba investigaciones sobre la proporción de sangres — leucoderma, melanoderma, faioderma— derramadas por la patria: ¿Quién había dado más en vidas y en muertes?

Sólo un cadáver descompuesto, pasto de los *urubús*, el cabo Antônio Archanjo jamás vería al hijo que, para empezar bien la vida, había nacido solo, sin ayuda de una partera que le facilitara el trabajo. En aquel mismo momento, bajo la frescura de los árboles, *monsieur le comte* de Gobineau y su majestad imperial, el teórico del racismo y el implacable sonetista, charlaban espirituales y refinados, mejor dicho: *raffinés*.

Cuando Rita Apara-Jegue se hizo presente en la casa de Noca de Logunedê, el recién nacido exhibía la potencia de sus pulmones. Con las manos en la cintura, la diminuta y robusta cincuentona estalló en carcajadas: esto es un Exu, que Dios me libre y guarde, sólo los que son del pueblo del Diablo nacen sin esperar a la partera. Va a dar mucho que hablar y que hacer.

4

Del albañil transformado en cabo heredó Pedro Archanjo la inteligencia y la valentía registradas en los partes de guerra. De Noca, la dulzura de los rasgos y la obstinación. Dispuesta a todo, crió a un hijo, le dio un hogar, comida y escuela, sin ayuda de nadie, sin auxilio de hombre alguno porque no quiso a ninguno más y a ninguno concedió amor o aventura, aunque fueran muchos los que la rondasen en la puerta con ruegos y ofrecimientos. En compañía de madre de vida tan parca y dura, el niño aprendió a no ceder, a no desanimarse, a seguir siempre adelante.

Archanjo la recordó muchas veces durante esa década fecunda y laboriosa: se fue siendo aún joven, cuando, ayudadas por la miseria, las cepas de viruela negra plantadas en las calles y las laderas de la ciudad hicieron florecer la muerte. Óptima zafra hizo ésta; la maldita tuvo una abundante cosecha y fue hasta las casas de los ricos en busca de difuntos. Noca de Logunedê partió en la primera tanda; no hubo Omolu que lo impidiera. La fuerza de Noca se deshizo con las llagas; su gracia se corrompió en los rincones en que el pus trazaba pozos. Cuando se sentía desalentado, Archanjo pensaba en su madre: de la noche a la mañana en el trabajo agotador, atrapada en un círculo de nostalgias, inflexible en su decisión de mantener el luto y de ganarse el sustento del hijo con la fuerza de sus brazos tan frágiles.

El resto lo aprendió solo, aunque jamás fue solitario; no le faltó jamás el apoyo de la amistad. El recuerdo de Noca, la presencia de Tadeu, la urgencia de Lídio, la

vigilancia de Majé Bassan, la ayuda del profesor Silva Virajá, el estímulo de fray Timoteo, el monje del convento de San Francisco, la ayuda de la amabilísima Zabela, amiga incomparable.

Durante aquellos años, Tadeu fue alumno, compañero de estudios y profesor. Se mantiene hasta hoy en la Politécnica el recuerdo del estudiante Tadeu Canhoto: la famosa prueba en versos decasílabos; la vocación por las matemáticas que lo transformaron en el predilecto del profesor Bernard; la innata capacidad de liderazgo, que lo puso al frente de sus compañeros durante los cinco años de facultad, en las manifestaciones proaliados durante la Primera Guerra Mundial, las noches de aplausos y abucheos en los teatros São João y Politeama. Archanjo le debió a Zabela el aprendizaje de idiomas. En el contacto con la hidalga transformó el francés, el inglés, el español, aprendidos en soledad, en lenguas vivas, próximas, íntimas. Poseedor de un gran oído musical, habló un francés de conde, un inglés de lord.

—Maestro Pedro, nació usted para aprender a hablar idiomas. Nunca vi facilidad semejante —elogiaba, satisfecha, la ex Princesa del Recôncavo.

Jamás tuvo que corregir por segunda vez un error gramatical o de pronunciación cometido por Archanjo: cuando se lo señalaba, no reincidía. Sentada en su mecedora austríaca, la anciana entrecerraba los ojos mientras Pedro leía en voz alta versos de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, los poetas de Zabela: los volúmenes ricamente encuadernados recordaban tiempos de esplendor, las rimas hacían regresar pasiones y amantes. Zabela suspiraba, envuelta en la voz suave de Archanjo, entregada a su pronunciación.

—Deje que le cuente, maestro Pedro, es una linda historia...

La aristócrata empobrecida, la parienta sospechosa, había encontrado una familia en los dos compadres y el muchacho, y no se quedó completamente huérfana cuando el gato *Argolo de Araújo* se murió de viejo y fue enterrado en el jardín.

El profesor Silva Virajá le aconsejó a Pedro Archanjo que estudiara alemán, y fray Timoteo, prior de San Francisco, el amigo de Majé Bassan, se había comprometido a darle clases. Muchas veces, a petición suya, el fraile le había traducido del alemán al portugués fragmentos de libros, artículos enteros, terminando por interesarse también en el problema de las razas en Brasil, aunque se especializara en el estudio del sincretismo religioso. Tiempo extenso y plazo breve, había cuestiones más urgentes, y el aprendizaje del alemán no tuvo mayores progresos.

Mucho se lo debió al profesor Silva Virajá, quien, habiendo leído *La vida popular en Bahía*, solicitó al bedel para su cátedra, sacándolo de la secretaría, donde el trabajo no le dejaba tiempo libre. Bien atendido por el negro Evaristo, auxiliar con experiencia y dedicación, el sabio le permitió a Archanjo tener tiempo para asistir a bibliotecas, la de la facultad, la del estado, ir a archivos municipales y consultar allí libros y documentos. Pero no sólo le dio tiempo: lo orientó en sus lecturas, recomendándole autores, poniéndolo al tanto de las novedades en materia de antropología y etnología. También fray Timoteo le prestó muchos libros, algunos incluso desconocidos en Bahía para los profesores especializados en tales estudios. Por intermedio del cura accedió a Franz Boas, y tal vez haya sido el primer brasileño en estudiarlo.

¿Qué decir de Lídio Corró? Compadre, más que un hermano, su gemelo, ¿cuántas veces no se había apretado el cinturón para prestarle —¿para qué este inútil eufemismo?—, para darle el dinero necesario para pagarse los libros que se hacía traer desde Río y hasta desde Europa? Las nuevas cajas de tipos, la imprenta sujeta a una revisión completa y cara, ¿todo eso para qué? Todo a la espera de los nuevos libros de Pedro Archanjo.

—Mi compadre, usted quiere saberlo todo, ¿no le es suficiente con lo que ya sabe?, ¿no le basta para el libro?

Pedro se reía de la urgencia de su compadre:

—Todavía es muy poco lo que sé, y hasta me parece que cuanto más leo, más me falta leer y estudiar.

Durante aquella extensa década, Pedro Archanjo leyó acerca de antropología, etnología y sociología todo lo que pudo encontrar en Bahía, más lo que consiguió de fuera, juntando dinero, suyo y de los demás. En cierta oportunidad, Majé Bassan abrió el cofre de Xangô y completó la cantidad necesaria para la compra de *Reise in Brasilien*, de Spix y Martius, un ejemplar descubierto por un librero recientemente establecido en la Praça da Sé, el italiano Bonfanti.

Larga y árida sería la lista, pese a resultar incompleta, de los libros y autores estudiados por el maestro Archanjo, pero vale la pena registrar algunos detalles de su recorrido, acompañarlo tanto en la indignación como en la risa.

Al principio debió apretar los dientes para proseguir con la lectura de racistas confesos y, peor aún, de los vergonzantes. Cerraba los puños: tesis y afirmaciones sonaban como insultos, eran bofetadas, latigazos. Más de una vez sintió que los ojos le ardían, un gusto de

lágrimas humilladas mientras atravesaba las páginas de Gobineau, de Madison Grant, de Otto Amon, de Houston Chamberlain. Sin embargo, al leer a los jefes de la Escuela Italiana de Criminología, Lombroso, Ferri, Garófalo, lo hacía a carcajadas, pues había pasado el tiempo y la acumulación de conocimientos le había dado serenidad y seguridad; podía comprobar la estupidez donde antes había sufrido insultos y agresiones.

Leyó a amigos y enemigos, franceses e ingleses, alemanes, italianos, al norteamericano Boas; descubrió la risa del mundo en Voltaire y la disfrutó. Leyó a brasileños y bahianos: de Alberto Torres a Evaristo de Moraes, de Bernardo Calmon du Pin e Almeida y João Batista de Sá Oliveira a Aurelino Leal. No sólo a los aquí nombrados, sino a muchos otros sin cuenta y sin medida. No cambió el placer de la vida por el placer de los libros, ni el estudio de los hombres por el estudio de los autores. Encontró tiempo suficiente para la lectura, la investigación, la alegría, la fiesta y el amor, para todas las fuentes de su saber. Fue Pedro Archanjo y *Ojubá* al mismo tiempo. No se dividió en dos, con un horario para una cosa y otro para la otra, para ser sabio y para ser hombre. Rechazó subir la pequeña escalera del éxito y subir un escalón por arriba del suelo en que nació, suelo de las laderas, las tiendas, las oficinas, los *terreiros*, el pueblo.

No quiso subir, no quiso adelantarse y cumplió con ese propósito. Fue el maestro Archanjo *Ojubá*, único y pleno.

Hasta el último día de su vida aprendió del pueblo y tomó notas en sus libretas. Poco antes de morir había concertado con el estudiante Oliva, socio de una empresa gráfica, la publicación de un libro, y, al dar vueltas por el Pelourinho, repetía una frase poco antes

oída de la boca de un herrero: «Ni Dios puede acabar con el pueblo». Sin embargo, había perdido todos sus libros, la preciosa colección reunida poco a poco a costa de un enorme esfuerzo y de la ayuda de tantos hombres toscos y pobres, trabajadores y borrachines. La mayoría de los volúmenes fueron destruidos cuando el asalto al taller; otros desaparecieron aquí y allí, en mudanzas y escapadas, vendidos a Bonfanti en momentos de desesperación absoluta. Guardó unos pocos, los fundamentales en su aprendizaje. Aun cuando ya no los leía, le gustaba tenerlos a mano, demorar los ojos gastados en alguna página, repetir de memoria una frase, un concepto, una palabra. Entre los libros que conservó en un cajón de queroseno del cuartito en el fondo del burdel de Ester, se encontraban una vieja edición del ensayo de Gobineau y el primer opúsculo del profesor Nilo Argolo de Araújo. Pedro Archanjo había aprendido a partir del odio.

En 1918 adquirió un par de anteojos por consejo médico y publicó su segundo libro. Salvo por la vista cansada, nunca se había sentido tan bien de salud, tan lleno de ánimo y confianza, y, de no ser por la ausencia de Tadeu, con una alegría tan perfecta. Los primeros volúmenes de *La influencia africana en las costumbres de Bahía* quedaron listos para las vísperas de su cumpleaños número cincuenta, semana intensa y ruidosa, con la cachaza corriendo a lo loco, con el samba sonando en los *ganzás*, las pastoras en los ensayos, los *afoxés* recuperados, la Escola de Capoeira del maestro Budião con banderas de fiesta, los *orixás* presentes en los *terreiros* con *atabaque* y baile, Rosa abierta en risas, desparramada en el catre de la mansarda.

5

Un milagro es eso, mi amor: las abuelas bailando en la Tienda de los Milagros la noche del diploma de Tadeu. Las dos abuelas postizas, abuelas de puro amor, *mãe* Majé Bassan y la condesa Isabel Teresa Gonçalves Martins de Araújo y Pinho, Zabela para los íntimos.

Sentado en el sillón reservado a las personas importantes, bajo el cuadro del milagro deshecho, Tadeu es el centro de las atenciones y los homenajes. Luce pantalón listado y chaqueta de mezclilla, cuello de puntas dobladas, zapatos lustrados, anillo de zafiro azul, el anillo de los ingenieros. La emoción en el rostro feliz, la voluntad de abrazarse con todos al mismo tiempo, las lágrimas y las risas mezcladas en el rostro de cobre, en la mirada avergonzada, los cabellos sueltos, negros como el azabache, romántica estampa de rebelde, ingeniero Tadeu Canhoto.

Es aquella noche de gran fiesta: comenzó en el salón de actos de la Escuela Politécnica, donde recibió el anillo de graduado y el diploma de doctor, proseguirá con el baile de graduación en los salones de la Cruz Roja, el club de los ricachones. Entre la solemnidad y el baile, en la Tienda de los Milagros, al calor de la amistad, las abuelas bailaban.

El joven tenía deudas de gratitud con cada uno de los allí presentes. A lo largo de los años, de una u otra manera, todos habían contribuido para la concreción de aquella noche. Sin contar la ropa, el anillo, los zapatos de charol, el cuadro para el diploma, el retrato conmemorativo, pagados con el dinero recolectado entre ellos. Doctor del sacrificio, del ahorro, de la ayuda. Sobre

eso ni una palabra; no era tema del que debiera hablarse, pero al contemplar los rostros marcados, al apretar las callosas manos, Tadeu sabe cuánto costó el recorrido de esos diez años, el alto precio de aquel momento de alegría. Valió la pena y van a celebrarlo con *atabaques* y guitarras. Primero, los *atabaques*. Pedro Archanjo en el *rum*, Lídio Corró en el *rumpi*, Valdeloír en el *lé*. Golpean las manos los tambores, y la voz antigua de Majé Bassan rejuvenece en el cántico de agradecimiento a los *orixás*.

Se forma la rueda de las mujeres, las viejas tías, las señoras de espesa belleza cultivada por la experiencia, y las *iaôs* novatas para el santo y la vagancia. La más bella, la que no tiene equivalente ni comparación, es Rosa de Oxalá; el tiempo sólo ha aumentado su garbo y hermosura. Los hombres suman sus voces al canto ritual.

Se levanta Majé Bassan y todos se ponen de pie. Para reverenciarla, colocan las manos a la altura del pecho. Hija dilecta de Yemanjá, señora de las aguas, en su honor repiten todos el saludo destinado a la Madre de los encantados. *Odoia Iyá olo oyon oruba!* ¡Salve madre de los senos húmedos! Arreglándose las faldas, sonriendo, atraviesa despacio la sala entre aclamaciones: *odoia odoia Iyá!* Se agacha ante Tadeu para ofrecerle la fiesta. Resuenan los *atabaques*; Majé Bassan inicia la danza y el canto de homenaje. La voz en pleno elogio, los pies incansables.

Y la Madre, Iyá, la antigua, la elemental, la primigenia, recién llegada de Aioká, sobrevolando tempestades, vientos desatados, calmas, naufragios, novios que murieron como marineros, para festejar al hijo bien amado, al más joven, al nieto, el bisnieto, el tataranieto, el descendiente luego de la batalla triunfal.

¡Salve Tadeu Canhoto, victorioso sobre las amenazas, obstáculos, limitaciones, enfermedades, posando con diploma de doctor! *Odoia!*

Vieja sin edad, dulce y temible *Mãe* Majé Bassan, tan precisa en el dominio del paso difícil y elegante, tan rápida y leve, tan joven en la danza, reciente *iaô*. Una danza del comienzo del mundo: el miedo, lo desconocido, el peligro, el combate, el triunfo, la intimidad de los dioses. Una danza de encantamiento y coraje, el hombre contra las fuerzas desconocidas, en lucha y victoria. Así bailó *mãe* Majé Bassan para Tadeu en la Tienda de los Milagros. Abuela postiza que baila para el nieto, doctor graduado en ingeniería. Tan solemne y modesta, tan majestuosa e íntima, por entre las palmas de las manos levantadas, se detuvo frente a Tadeu y le abrió los brazos. En sus inmensos senos acogió los pensamientos del muchacho, la emoción, el ímpetu, la duda, la ambición, el orgullo, la amargura, el amor, lo bueno y lo malo, las fibras del joven corazón, el destino de Tadeu: todo cabe en el mar de los senos maternos, tan enormes como para contener la alegría y el dolor del mundo. Se abrazaron la anciana y el joven, la que permaneció en el misterio primitivo y aquel que partía en el barco del conocimiento, con su libertad conquistada.

Después se acercaron todos y, uno por uno, bailaron mujeres y hombres turnándose. Lídio Corró sintió que su corazón latía al unísono con el pecho de Tadeu: podría morir en un momento así, de tanta alegría. La tía Terência le había dado gratis café y pan, le había fiado almuerzos y cenas. Damião se había licenciado antes que él en la escuela de la vida, abogado de puerta de prisión y de comisarías. «Rosenda Batista dos Reis, bendígame, tía hechicera; a tus cuidados, a tus hierbas y

remedios caseros debo estar hoy aquí, con anillo de graduado y libre de la peste.» Con el maestro Budião aprendió en la *capoeira* a ser modesto y a mantener la calma, a despreciar al insolente y al presuntuoso. El abrazo tembloroso de la pequeña Dé, de ojos almendrados y seno palpitante: «¿Por qué no me tomas hoy como un trago de alcohol, por qué no me desfloras como a la flor de tu fiesta?». Manoel de Praxedes, gigante de los remolques, le enseñó el mar y los navios. Rosa de Oxalá, la misteriosa tía, era la dueña de casa en la Tienda de los Milagros y resultaba, aun siendo una huésped, una pasajera de breve estancia, la principal de las tías.

Se acercaron éstos y otros, el ritmo de Valdeloir y su inventiva, el canto de Aussá, la carcajada de Mané Lima; cada uno bailó un paso y recibió en el pecho la alegría del doctor, hasta ayer un negrito atrevido y peleón.

El último fue Pedro Archanjo, y nuevamente todos se pusieron de pie para saludar a *Ojuobá*, con las palmas de las manos vueltas hacia él. El rostro enigmático abierto en una risa plácida, ocultos los pensamientos, el corazón lleno de imágenes y recuerdos, Dorotéia en su última noche, el niño inclinado sobre los libros. *Ojuobá*, los ojos de Xangô, acompaña la ansiedad y la excitación del rostro de Tadeu. Vuelve a ver aquellos mechones rubios, la muchacha tan nerviosa, apasionada.

¿Quién posee la clave del enigma? En su baile recorre una vida entera, y en determinado momento vibra en la sala el grito de Yansan. Cada pregunta tiene una respuesta verdadera y muchas otras que son falsas. Pedro Archanjo mantiene a Tadeu pegado a su corazón; será por poco tiempo.

Ya no falta nadie. Le corresponde a Tadeu agradecer, tragarse las lágrimas, bailar para los *orixás* que lo

mantuvieron bajo su protección y para los amigos que lo condujeron hasta ese momento: sus padres y hermanos, tías y primas, esa numerosa familia. En ese exacto momento sale de las sombras, tal vez haya bajado del cartel del Moulin Rouge, la condesa de Agua Brusca, la abuela Zabela, y se acerca desde centro de la rueda a bailar para Tadeu. No danzas rituales, que no eran lo suyo. Levantando el borde de la falda, mostrando zapatos, enaguas, calzones de encaje, baila en la Tienda de los Milagros el cancán parisino, y la vieja sin edad era tan joven como Dé, niña apenas púber. El cuadro de Lautrec se hace realidad; mulatas francesas invaden el Tabuão: las mujeres de la rueda imitan enseguida el paso divertido, la danza extranjera, estrenan el inusitado ritmo. De pie, los hombres levantan las palmas de las manos y saludan a la condesa Isabel Tereza con gestos, reverencias y palabras yorubas reservadas a las *mães de santo*, gritan *Ora Yeyêo!* Pues muy pronto se percibe en los movimientos y en la alegría de Zabela que es, seductora, hija de Oxun.

Así bailó Zabela el cancán de París en la Tienda de los Milagros, en homenaje al nieto. Después lo besó en las dos mejillas.

Un milagro es eso, amor, las abuelas bailando, dos abuelas postizas y su nieto doctor, bailando cada uno su danza.

—Allá vienen... —anunció Valdeloir.

Aussá, Mané Lima y Budião trajeron los fuegos de artificio; el cigarro encendido del maestro *capoeirista* sirvió como fósforo. La saeta cortó el cielo y se abrió en luz sobre el pequeño cortejo. Formando un grupo compacto, media docena de hombres enfundados en ropas domingueras bajaba lentamente por la ladera, al ritmo del paso *belle époque* de la condesa Isabel Tereza. La vieja le daba el brazo a Tadeu, los dos delante, la abuela blanca, el nieto oscuro.

Con cohetes y cañas voladoras, espirales de estrellas, pistolas de color, lluvias de plata, los amigos aglomerados ante la puerta de la Tienda de los Milagros alumbraban el camino del ingeniero Tadeu Canhoto, poco antes graduado en el salón de actos de la Escuela Politécnica. Parecía un día luminoso, era noche de milagros.

Apoyada en su bastón, *mãe* Majé Bassan se separa del grupo y marcha hacia el cortejo. Quieren ayudarla pero no lo permite.

Unos dos años antes, luego de examinarla, los médicos le habían prohibido cualquier esfuerzo. *Mãe* Majé Bassan, váyase a descansar, le decían. Ya no tiene edad ni salud para trabajos de *mãe de santa*, entréguele a alguien más joven el *adjá* y la navaja. No salga de casa ni para ir a la esquina, no se esfuerce cantando, un paso de danza, sólo uno, puede significarle la muerte, su corazón dilatado corre el riesgo de estallar en cualquier momento, está demasiado deteriorado. Quédese descansando, sentada en la silla, en buena charla, si es que quiere seguir viva. No se canse ni se preocupe. Dijo que sí, cómo no, doctor, está claro, ¡sí, doctor!, usted manda, yo obedezco, ¿cómo si no? En cuanto los doctores le dieron la espalda, Majé Bassan retomó sus

obligaciones, la navaja, los *búzios*, el *adjá*, el barco de los *iaôs*, la rueda de las hechiceras, el *bori* y los *ebós*. Sin embargo, aprovechaba la prohibición de salir de casa para rechazar muchas invitaciones y hacía mucho tiempo que no ponía los pies más allá del *terreiro*. Cuando anunció su decisión de entonar cánticos y abrir el baile en la fiesta de Tadeu, las hijas-de-santo intentaron impedirselo: ¿Y la opinión de los médicos, el corazón agrandado? Voy de cualquier forma, canto y bailo, no va a pasarme nada. Allí estaba la otra abuela, y caminaba sola hacia su nieto, apoyada en el bastón.

Tadeu le ofreció el brazo libre y así, entre las dos viejas, llegó hasta la puerta del taller. Explotaron los cohetes y las bengalas.

Como consiguieron una invitación, unos pocos privilegiados habían asistido a las solemnidades de la graduación. Habían estado presentes en la entrega de títulos, habían escuchado los discursos, reaccionando cada cual a su manera. Pedro Archanjo, con ropa nueva, bien arreglado, elegante, con serena alegría. Lídio Corró lanzaba gritos de «¡bravo!» cuando los oradores, el profesor y algún ingeniero condenaban los prejuicios y el atraso. No le quitaba los ojos de encima a Tadeu, absolutamente conmovido al ver entre los jóvenes graduados al niño que había crecido en la Tienda de los Milagros y cuyos estudios había prácticamente costado. Damião de Souza, de traje blanco, abogado recién estrenado: si lo dejaran dar un discurso, levantaría el auditorio. Manoel de Praxedes, metido en un traje de ceremonia, pequeño para su corpachón de gigante, menor aún para la exaltación que lo domina. De las mujeres, únicamente estuvo presente Zabela, de una elegancia rococó, *demodé*, géneros de París, guantes, joyas y perfumes, mirada maliciosa. Los docentes, los

ricachones, las autoridades se acercaban a besarle la mano.

—¿Se licencia alguien de su familia, condesa?

—Ése de allí, mírelo. El más lindo de todos, aquel muchachote.

—¿Cuál? ¿Ese moreno? —se sorprendían—. ¿Es pariente suyo?

—Pariente cercano. Es mi nieto. —Y se reía tan impúdica y divertida que a su alrededor la fiesta comenzó antes de tiempo. Para espanto de muchos y escándalo de algunos, en el momento de recibir su diploma de ingeniero, Tadeu atravesó el salón con Zabela («esa desgraciada, sin vergüenza y sin decoro», rezongó doña Augusta dos Mendes Argolo de Araújo) y, en ausencia de una madre o una novia, fue la vieja condesa quien le colocó en el dedo el anillo de graduación, el zafiro de ingeniero.

Pedro Archanjo, todavía sereno a pesar de la creciente emoción, había acompañado los pasos de Tadeu y vio cuando en un gesto furtivo recogió el clavel y se lo puso en la solapa. Se dio cuenta de cómo levantaba la cabeza y sonreía triunfante. ¿Había caído por casualidad la flor de las manos de la joven o la había lanzado a propósito cuando pasaba el graduado? Mechones rubios, los mayores ojos de Bahía, la piel de opalina, casi azul de tan blanca. Pedro Archanjo la examina, curioso. Levantándose de la silla, ella aplaude con las manos de dedos largos y finos, nerviosa, el rostro tenso, la boca firme. Finalmente, ya es ingeniero. Tadeu sonríe de pie al lado de Zabela cuando el rector de la facultad le entrega el diploma, el codiciado certificado, y el gobernador del estado le estrecha la mano. Sus ojos buscan a la muchacha con ardiente

mirada; luego se dirigen al grupo de la Tienda de los Milagros.

«¡Mi Dios!, ¡mi muchacho, todavía tan niño!» Pedro Archanjo aplaude pensativo, su alegría ha dejado de ser serena; ahora empiezan a ganar lugar los presentimientos. «De cualquier manera, Tadeu, tienes mi completa aprobación. Pase lo que pase, sea como sea, cueste lo que cueste, no retrocedas. Somos de buena cepa, nuestra sangre mezclada es buena para la lucha, no reulamos nunca y no renunciamos a nuestros derechos, vivimos para ejercerlos.»

Poco después, desde la tribuna, en el paraninfo, el profesor Tarquinio les desea éxito en su carrera y en la vida a los recién licenciados. «Existe un Brasil al que hay que educar y construir, liberándolo del atraso y de los prejuicios, de la rutina y de la politiquería. Existe un mundo que está herido por la guerra y al que hay que rehacer. Tarea grandiosa y noble, responsabilidad de los jóvenes y ante todo de los ingenieros: vivimos en el siglo de las máquinas, de la industria, de la técnica, de la ciencia, de la ingeniería.»

El graduado Astério Gomes, hablando en nombre de sus colegas, respondió a la generosa convocatoria. «Sí, construiremos sobre la ruina de la guerra un nuevo mundo y arrancaremos a Brasil del marasmo en el cual vegeta. Un mundo de progreso y de libertad, libre de males, de prejuicios, opresiones e injusticias. Un Brasil atravesado por caminos, por fábricas y máquinas, despierto, en marcha. Un mundo con oportunidades para todos, bajo el signo de la técnica. Los trabajadores de la misteriosa Rusia derrumban los bastiones de la tiranía.»

Entre aplausos, se oyó en el salón de la Politécnica la palabra «socialismo» y el extraño nombre de Vladimir Illich Lenin, pronunciado por el adinerado graduado, hijo

de grandes hacendados. La Revolución de Octubre acababa de dividir el mundo y el tiempo, el pasado y el futuro, pero eran pocos los que se daban cuenta del cambio y aún no sentían temor: Lenin era un líder vago y distante, y el socialismo, una palabra sin consecuencias. Ni el mismo orador tenía idea de la importancia de lo que mencionaba.

Por un instante, Pedro Archanjo los vio juntos, a Tadeu y a la muchacha, cuando ella corrió hacia su hermano después del discurso y lo besó. También los compañeros fueron a abrazar al orador del grupo. Uno junto al otro, la clara y diáfana belleza de la doncella y la oscura y viril gallardía del muchacho.

En la Tienda de los Milagros, tras la danza ritual de salutación, silenciados los *atabaques*, se abrieron las botellas. Sobre la mesa donde se reunían los tipos para la composición de las páginas, había una gran cantidad de comida, variada y sabrosa: las *moquecas*, las fritangas, los *xinxins*, los *abarás*, los *acarajés*, el *vatapá* y el *carurú*, el *efó* de verduras. Muchas manos amigas y hábiles mezclaron el coco y el *den-de*, midieron la sal, la pimienta, el jengibre. Por la madrugada, en varios *terreiros* de diversas naciones, se habían sacrificado los bueyes, los carneros, los gallos, las tortugas, los mariscos. Maje Bassán había arrojado sus *búzios* y tres veces habían respondido: trabajo, viajes y penas de amor.

Los fuegos de artificio estallaban en el cielo, difundían la noticia: en la Ladeira do Tabuão vive un ingeniero de birrete y sombrero, el primero del barrio que se licenció en la facultad. En la pared del taller, entre el dibujo del milagro y el cartel de Toulouse-Lautrec, Lídio Corró colgó el retrato de graduación: Tadeu, de toga,

entre los compañeros. Jamás se había reunido tanta gente a la vez en la Tienda de los Milagros.

Con el vaso de cachaza en la mano, se pone de pie Damião de Souza, carraspea, pide silencio para hacer un brindis. ¡Espere!, ordena la condesa. Para Zabela, un brindis que se precie de tal, en una fiesta decente, exige champán, del mejor, del francés, único digno de beberse a la salud de un amigo verdadero. El profesor Silva Virajá le había enviado tres botellas del mejor con deseos de una buena Navidad. Zabela separó una para la fiesta de Tadeu.

Bien educada, Majé Bassan moja los labios en la bebida de la hidalga; Lídio y Archanjo hacen lo mismo: Zabela no había logrado ganarlos para los vinos finos; los dos compadres se mantuvieron fieles a la cachaza y a la cerveza. Luego de los tropos de inflamada oratoria, torrente impetuoso, Damião de Souza apura su cáliz de un trago, ¡qué bebida tremenda! Quien realmente se bebió la botella casi entera fue la donante. Se abrazaron Tadeu y Damião; habían crecido juntos en el arenal y en la ladera; ahora partían, cada uno a su destino.

Ojos de *Ojuobá*, Pedro Archanjo los reconoce y acompaña: son caminos diferentes. Damião, un libro abierto, sin secretos, no logró su diploma de doctor en la facultad; quien le dio sus títulos y su habilitación fue el pueblo. Donde sea que lo lleve su destino, permanecerá igual, siempre el mismo, allí plantado, inamovible. Tadeu empezó a escalar la pendiente todavía en la facultad, ante sus compañeros. Había decidido subir todos los escalones, dispuesto a obtener un lugar en la cima. «He de ser alguien, padrino», le había dicho durante la mañana de aquel día, encendido de ambición. ¿Por cuánto tiempo lo seguirían teniendo en la Tienda de los Milagros?

Lídio Corró toma la flauta, le tiende la guitarra a Pedro Archanjo y se arma la ronda del samba. ¿Dónde andarán Kirsi y Dorotéia, Risoleta y Dedé? Sabina dos Anjos se ha mudado a Río de Janeiro, su hijo es marinero. Ivone se casó con el dueño de un *saveiro*, vive en Curitiba. Inútilmente devoran las novatas con los ojos al joven Tadeu vestido de ingeniero.

La diversión abarcó toda la noche, pero muy temprano el dueño de la fiesta, el motivo de la reunión, el destinatario de los homenajes, el doctor Tadeu Canhoto, ingeniero civil, mecánico, geógrafo, arquitecto, astrónomo, ingeniero de puentes y canales, de ferrocarriles y autopistas, politécnico, pidió permiso y se retiró. En los salones de la Cruz Roja, el club de la élite, el paraninfo, el ilustre y adinerado profesor Tarquinio ofrece el baile de graduación a los flamantes ingenieros.

—Tengo que irme, padrino. El baile comenzó hace rato.

—¿No es un poco temprano? ¿Por qué no te quedas un poco más? Todos aquí te quieren y vinieron para verte. —Archanjo no lo quería decir, pero lo hizo, ¿por qué?

—Lo sé muy bien y me gustaría quedarme. Pero...

Zabela golpea con el abanico el brazo de Archanjo:

—Deje que el muchacho se vaya, no sea protestón.

Demonio de vieja molesta, ¿hasta dónde conoce el secreto de Tadeu? ¿Acaso no será también pariente de esos Gomes que sólo exhiben riqueza y posición social?

—Usted, maestro Pedro, es un disoluto, un libertino. No sabe nada del amor, sólo sabe de mujeres. —La ex Princesa del Recôncavo, la ex Reina del Cancán, suspira —. Igual que yo, sé de hombres, pero ¿sabré de amor?

Se quedó un rato en silencio, viendo cómo Tadeu cruzaba la puerta:

—Se llamaba Ernesto Argolo de Araújo, mi primo; yo era una jovencita tonta y por demás frívola, tanto que lo llevé a la muerte a manos de un espadachín, sólo para darle celos y medir hasta dónde llegaba su amor.

Tadeu desapareció en la oscuridad; resuenan sus pasos en la ladera, sus zapatos de charol. Nadie podrá detener su camino. No lo intentaré, Zabela, ¿para qué? Va a subir los escalones, uno por uno, y está apurado. Adiós, Tadeu Can- hoto, esta fiesta fue de despedida.

7

El juez Santos Cruz, cuya sabiduría y sentido del humor eran tan elogiados como su inteligencia y su integridad, se sentía realmente irritado: el escribiente acababa de comunicarle, en el escritorio en el que esperaba el inicio del proceso, la nueva ausencia del abogado de oficio. El desganado había garabateado una nota para excusarse, escrita de prisa.

—Enfermo... gripe... Debe de estar borracho en algún bar. No hace otra cosa que beber. No es posible que siga esta farsa. ¿Cuántas veces vino y volvió a la cárcel ese pobre desgraciado? No le permiten ni el descanso de estar preso...

El escribiente, de pie ante la mesa, esperaba sus órdenes.

El ilustrísimo preguntó:

—¿Qué abogados hay allí en los corredores?

—Cuando pasé no vi a nadie. Al único fue al doctor Artur Sampaio, pero ya se iba.

—¿Estudiantes?

—Sólo Costinha, uno de cuarto año...

—No, no, ése no sirve para nada, para el reo es mejor no tener defensor. Costinha es capaz de hacer condenar a la Virgen Santísima, si un día la defendiese. ¿Es posible que no haya nadie que se encargue de este infeliz? ¿Tendré que volver a postergar la audiencia? ¡Es intolerable!

Hete aquí que en ese justo momento entra en el despacho del juez el joven Damião de Souza con sus vestimentas blancas, el cuello de palomita; era ya el personaje más conocido del Foro, una especie de ayudante general, a las órdenes de jueces, abogados, escribanos, oficiantes. Había trabajado en dos o tres oportunidades en oficinas de abogados, pero siempre por poco tiempo; prefería los trabajos ocasionales seguros y variados del Palacio de Justicia. Aprendió en corredores y oficinas, en las sesiones del juzgado, en las puertas de las comisarías, en las delegaciones, todo cuanto se relacionara con crímenes y criminales, procesos y autos, peticiones y requerimientos. Muchachote, a los diecinueve años era la salvación de jóvenes abogados, todavía con vicios de la facultad, ebrios de teoría, ignorantes de toda práctica. Damião estaba por encima de las diligencias que le encargaban. Al verlo, sonriente, con una hoja de papel en la mano: «¿Podría, doctor Santos Cruz, despachar esta petición del doctor Marino?», el juez recordó una conversación con el muchacho cuando, en cierta ocasión, lo había recibido en su casa, la noche de San Juan.

—Deja la petición allí, luego la veo. Dime una cosa, Damião, ¿qué edad tienes?

—Acabo de cumplir diecinueve, doctor.

—¿Sigues dispuesto a pedir licencia de rábula?

—Si me ayuda el Señor del Bonfim. Tan cierto como que uno más uno son dos.

—¿Te sientes capaz de subirte a la tribuna y defender a un reo?

—¿Si me siento capaz? Doctor, sin faltarle al respeto, voy a decirle: puedo hacerlo mejor que todos esos estudiantes de derecho que practican mandando a los pobres a la cárcel. Y le digo más, puedo hacerlo mejor que muchos abogados.

—¿Conoces los autos del crimen cuyo juicio está señalado para la sesión de hoy? ¿Sabes algo del caso?

—Para ser sincero, de los autos no sé nada, aunque oí hablar del crimen. Pero si es para defender al hombre, baje a la portería a designarme, doctor, deme media hora para echarle un vistazo a los autos y conversar con el reo y le juro que lo pongo en la calle. Si quiere ponerme a prueba, inténtelo.

El juez se volvió, impetuoso, hacia el escribano:

—Teixeira, establezca la designación de Damião para defender al reo, *ex officio*, a falta de algún otro defensor. Entréguele los autos para que pueda ponerse al tanto del asunto y reúna al jurado de aquí a una hora, exactamente. Mientras tanto, voy a despachar otros asuntos, aquí mismo. Consígame café caliente. Si te manejas bien, Damião, cuenta con tu carta de rábula.

Zé da Inácia había cometido un tremendo crimen, y en el primer proceso había sido condenado a treinta años de prisión por asesinato a sangre fría. El Tribunal de Sentencia no le había reconocido atenuantes ni había tenido en cuenta sus buenos antecedentes. Cargando la maleta de un vendedor sirio, bajando y subiendo la ladera, a cambio de unas pocas monedas que apenas

daban para comer a Caçula, compañera por muchos años, Zé da Inácia se tomaba inevitablemente todos los domingos su botella semanal y llegaba a casa cayéndose. El lunes, de regreso a la maleta, seguía al señor Ibrahim de cliente en cliente, callado, tímido, incapaz de discutir, de protestar, bajo la lluvia o bajo el sol más furioso.

Un domingo cualquiera, en un bar de una esquina, trabó conocimiento con un cierto Afonso Boca Sucia y juntos se vaciaron una botella de aguardiente. Se fueron a beber la segunda a la casa de Zé da Inácia, en compañía de Caçula. Al comienzo muy cordial, Boca Sucia se mostró después insinuante e insolente, y cuando Zé da Inácia se dio cuenta, estaba metido en una discusión con insultos, agresiones y alusiones a las respectivas madres. En la comisaría, cuando le preguntaron el motivo de la pelea, Zé da Inácia no supo qué responder. El tema de la discusión se había perdido en la cachaza; se vio con el cuchillo en la mano, una lámina gastada y afilada que se usaba en la cocina. Frente de él, empuñando un hacha de leña, Boca Sucia lo amenazaba: «¡Te voy a partir por la mitad, hijo de puta!». De un lado cayó Boca Sucia, atravesado por el cuchillo, del otro cayó Zé da Inácia, inconsciente por la cachaza y los golpes. Cuando volvió en sí, era un asesino atrapado en flagrante delito, y en la comisaría, para comenzar el interrogatorio, le aplicaron una paliza de las buenas.

Durante el primer proceso, tras más de un año de espera en prisión, el fiscal había hablado de perversidad congénita y había exhibido su Lombroso. «Observen, señores del jurado, la cabeza del señalado reo: cráneo típico del asesino. Sin hablar del color oscuro: las teorías más modernas, defendidas por el ilustre profesor de

medicina legal de nuestra venerable facultad, doctor Nilo Argolo, autoridad irrefutable, establecen un alto porcentaje de criminalidad entre los mestizos. Allí, en el estrado de los reos, se halla una prueba más del acierto de esas tesis.»

Había descrito a la víctima, Afonso da Conceição, un pobre trabajador, estimado por sus vecinos, incapaz de hacerle mal a nadie. Habían pasado por la casa del reo para una breve charla y había sido blanco de la saña asesina del monstruo allí sentado. «Observen su rostro: ni un rastro de remordimiento.» Pidió la pena máxima.

Zé da Inácia no tenía con qué pagarse un abogado; en la prisión hacía peines de cuerno, espátulas a cambio de unas pocas monedas que apenas le daban para cigarrillos. Caçula había conseguido empleo en la casa de una de las sobrinas del fallecido mayor Pestana, en cuya hacienda había nacido. Para ella, el mayor era el símbolo de la bondad y la grandeza: «Mientras estuvo vivo el mayor, nada me faltó, ¡qué hombre más bueno!». Algo bueno debía de tener Zé da Inácia, pues Caçula no lo abandonó; iba a verlo los domingos a la cárcel, le transmitía ánimo y esperanzas: «Cuando se reúna el jurado, sales libre, si Dios quiere». ¿Y el dinero para el abogado? «El juez me dijo que él mismo pone a uno, puedes quedarte tranquilo.»

Abogado *ex officio*, el doctor Alberto Alves se mordía las uñas en la sala de tribunales: no había siquiera leído los autos y había dejado a su esposa, la traidora Odete, en cuchicheos y risitas con Félix Bordalo, un canalla. En ese momento ya andarían dándose besos y él sin poder hacer nada para impedir los cuernos, atado allí, con la obligación de defender al criminal sentado en el banquillo de los acusados. Bastaba con verle la cara, las medidas del cráneo, para darle toda la razón al fiscal: aquella fiera

suelta era un peligro para la sociedad. ¿Tal vez Odete? Pero, sin duda, no era la primera vez; antes había ocurrido aquel asunto con un tal Dilton. Los juramentos de fidelidad de Odete valen menos que los de inocencia del acusado confeso, del criminal con la cabeza baja: reincidentes por naturaleza, la una y el otro. ¡Qué vida de mierda!

Una defensa digna de toda crítica, vacía de argumentos. El doctor Alves no negó ni refutó nada, simplemente le pidió al jurado clemencia en la aplicación de la condena. Se parece más a un ayudante del fiscal, pensó el juez, el doctor Lobato, a la hora de dictar sentencia condenatoria, treinta años de prisión: los jurados exigían la pena máxima.

—¿El abogado defensor va a apelar la sentencia? — preguntó, indignado ante la indiferencia del penalista—. Creo que debe hacerlo.

—¿Apelar? Por cierto. —De no ser por la reprimenda del juez, Alberto Alves se habría olvidado de la apelación—. Apelo la sentencia ante la Corte Suprema.

Llegaba ahora Zé da Inácia para el segundo juicio, tres veces postergado debido a la ausencia del abogado de oficio. En el sillón de la defensa se sienta Damião de Souza. Era otro el fiscal, y del mismo modo que el doctor Alves del primer proceso, el licenciado Augusto Leivas en el sitio de la acusación pensaba en una mujer, pero no en condición de cornudo sino de feliz amante. Marília finalmente se había rendido y el procurador veía todo color de rosa. No percibió en el color de Zé la predestinación fatal al crimen ni midió siguiendo a Lombroso el cráneo del asesino. Cumplió su tarea con la mente distante, puesta en los encantos de Marília: adorablemente impúdica, sentada en su cama.

Preocupado con la designación del defensor de oficio, resultado de un impulso, el juez respiró ante el débil alegato y dio por cierta una reducción de la pena a dieciocho o doce años, tal vez seis, por mala que fuese la defensa del joven Damião.

Sin embargo, el estreno de Damião de Souza en el tribunal penal se convirtió en la mayor sensación de la temporada; se comentó en los medios jurídicos por mucho tiempo y fue al día siguiente noticia de los diarios. Damião sería desde entonces y por toda su vida noticia de los periódicos.

Cuando Manoel de Praxedes pasaba frente al edificio de los tribunales, vio el movimiento, preguntó por qué se había juntado tanta gente y se enteró de que allí adentro estaba debutando un nuevo abogado, todavía muy joven, pero un coloso en su tribuna. Manoel de Praxedes entró en el momento en que Damião alcanzaba su momento culminante. Al final, el buen gigante no pudo contenerse: aplaudió, pidió un bis a gritos y fue expulsado del recinto.

Por otra parte, y en más de una ocasión, el juez se vio obligado a tocar la chicharra, exigir silencio y amenazar a la asistencia con evacuar la sala; pero lo hizo sonriendo. Hacía mucho tiempo que no se veía un juicio con una asistencia tan ruidosa y conmovida. La defensa de Damião fue una epopeya, incorporó la novela romántica, la tragedia griega, el folletín barato, la Biblia, y hubo una cita en el momento adecuado de una comentada sentencia del «excelentísimo juez, noble maestro del derecho, el doctor Santos Cruz». Resumiendo, «se vio al bueno de Zé de Inácia llevado al crimen para salvar la honra de su hogar y su propia vida, una y otra amenazadas por el vil traidor Afonso Boca Sucia. Una víctima del destino era el reo allí sentado,

esposo amantísimo, hombre trabajador ante todo, bajo el sol ardiente con la maleta del vendedor, para ganar con el sudor de su rostro —y no sólo del rostro, señores del Tribunal de Sentencia, sino del cuerpo entero, pues la maleta del turco pesa toneladas— el sustento de su esposa adorada.

»Un día, ese ciudadano generoso y probo le abrió las puertas de su amistad y su confianza a una víbora: Afonso Boca Sucia; el nombre lo dice todo, señores del jurado, ¡boca sucia, sucio corazón! Hiena feroz, ebrio contumaz, violento y libertino, pretendió robarle a Zé de Inácia el amor de su esposa, manchar la honra de su hogar. ¡Imaginen, señores, esa tragedia griega! Al llegar de la calle, cansado de tanto trajinar —a pesar de ser domingo había salido a trabajar—, se topa Zé da Inácia con la dantesca escena: la pobre Caçula luchando contra el infame que, armado de un cuchillo de cocina, trataba de poseerla por la fuerza ya que la santa criatura había rechazado, indignada, sus deshonrosas propuestas. Corre Zé da Inácia en auxilio de su esposa. Se entrega a la lucha en defensa de su hogar y de su propia vida. Zé da Inácia, pacífico trabajador, aplastó a la inmunda serpiente».

Damião abre los brazos y pregunta: «Señores del Consejo de Sentencia, ustedes son esposos y padres, hombres honestos, respóndanme: ¿Quién de ustedes permanecería impasible si, al llegar a casa, viera a su esposa en lucha con un canalla? ¿Cuál de ustedes? No tengo dudas de que ninguno».

Señaló a Caçula entre los asistentes: «Ahí está, señores del jurado, la víctima mayor». La aludida tenía el llanto fácil y antes de salir de casa se había tomado dos tragos de cachaza para poder oír en silencio los insultos a su hombre. La primera vez había sido un espanto.

«Hela aquí, señores del jurado, la pobre y santa esposa, bañada en lágrimas; es ella quien exige justicia para su marido. Yo reclamo únicamente, a la vista de lo que figura en autos, la absolución de mi defendido.»

Tuvo lugar el bis propuesto por Manoel de Praxedes. Ofendido en su vanidad, viendo en peligro el renombre duramente conquistado, el fiscal solicitó los autos al escribano y replicó. Provisto de leyes, autores, citas, pruebas de autos, se tomó la acusación en serio; no podía quedar derrotado por un niño que ni siquiera era estudiante de derecho, un recadero de los oficiantes, un mendigo de los escribanos, un don nadie. Trató de ponerle los puntos sobre las íes, de desmentir la absurda fabulación, pero ya era tarde, no había remedio. En su respuesta, Damião hizo del cuerpo de jurados lo que quiso y se propuso; el farmacéutico Filomeno Jacob sollozaba en voz alta. Y desató en la asistencia «un mar de lágrimas», como comprobó el reportero de *A Tarde*.

Por unanimidad, el jurado absolvió al reo. Le cupo al juez Santos Cruz dictar la sentencia y ordenar la libertad de

Zé da Inácia. «Faltó poco para que yo también llorase, no vi nada igual en mi vida —dijo su excelencia al fiscal amedrentado—. Le voy a conseguir una credencial de rábula, ya nunca les faltará un abogado a los pobres.»

Así se produjo la graduación de Damião. Una graduación sin anillos, ni diplomas, sin toga ni retratos grupales, sin baile ni paraninfo, sin colegas; él fue el único. Cuando terminó la función, la pobre Caçula, quien, a pesar de todo, quería a su hombre y había perdido las esperanzas de verlo en libertad, se acercó hasta el muchacho imberbe y le agradeció:

—Dios se lo pague, mayor.

¿Por qué lo de mayor? Sólo ella lo sabía, cosas del pasado; mayor Damião de Souza para todos y para siempre.

8

Al reconocer la voz del muchacho en la puerta de la mansarda, «con permiso, padrino», Pedro Archanjo escondió las pruebas tipográficas debajo de unos libros:

—¿Eres tú, Tadeu? Entra.

Fuera caía una lluvia leve y persistente, tristoná.

—¿Tú por aquí? ¿Qué pasa?

Apenas se graduó, Tadeu consiguió un empleo en la construcción del trazado del ferrocarril Jaguaquara-Jequié, en calidad de ingeniero auxiliar. Un sueldo pequeño y precarias condiciones de trabajo, pero el joven prefería esa experiencia concreta en el interior del estado a marchitarse en un estudio de ingeniería, golpeando puertas en la capital, candidato a alguna sinecura, a algún cargo público. «No me gradué para eso.»

—Debo hablarle, padrino.

Desde la cama llegaba la respiración de Rosália. Archanjo dejó su silla para ir a cubrir la opulenta desnudez de la prostituta. Ella se había quedado dormida al calor de sus dulces y tiernas palabras, tan buenas de escuchar y tan anheladas. Hacía más de diez años, apenas cumplidos los diecisiete, el indolente Roberto, hijo del coronel Loureiro, la tomó del mentón y

le dijo: «Niña, estás a punto para la cama». Después del hijo, le tocó el turno al padre. El coronel le regaló un vestido y un dinerillo. Después Rosália se empleó en el burdel de Adri Vaselina. Llegó hasta Bahía de la mano de un viajante y Pedro Archanjo la descubrió en el *Terreiro* de Jesús comprando naranjas. Sólo entonces Rosália supo con seguridad que era un ser humano y no un objeto, un trapo, apenas una puta.

—Tengo que hablarle, padrino —repetía Tadeu—. Necesito su consejo.

—Salgamos —Pedro Archanjo sintió un peso en el corazón. Le volvió a la memoria el vaticinio realizado en la mañana de su graduación: trabajos, viajes, penas de amor, habían dicho los caracoles.

Subieron por la ladera con paso lento y vieron de refilón a Lídio Corró en la Tienda de los Milagros trabajando con los tipos y el aprendiz. Tadeu hablaba. Archanjo lo escuchaba con la cabeza baja. ¿Consejo? ¿Para qué un consejo si ya lo había resuelto todo y hasta había reservado su pasaje en barco?

—No te voy a dar consejos ni viniste hasta aquí en busca de opiniones. Pero creo que haces lo correcto. Voy a extrañarte mucho —y reafirmó—: Realmente mucho. Pero no puedo retenerte aquí.

Tadeu había decidido dejar su empleo en la construcción del ferrocarril y partir rumbo a Río de Janeiro, donde se incorporaría al equipo de ingenieros que, con la dirección de Paulo de Frontin, estaba transformando la capital del país en una ciudad moderna. La invitación la debía al profesor Bernard, amigo de Frontin. Al viajar a Río, había comentado el talento de su joven protegido, trabajador, ambicioso y capaz, valiosa adquisición para el equipo del gran ingeniero. «Mándeme al muchacho, necesito gente joven y bien dispuesta.»

—Es mi oportunidad, padrino. En Río hay mucho campo de trabajo. Aquí no tengo otra posibilidad que terminar como funcionario de la Secretaría de Transportes. No me gradué para ser un burócrata, atrapado en un ministerio, con un sueldito, a la espera de un ascenso. En el sur puedo hacer carrera, sobre todo teniendo en cuenta con quién voy a trabajar. Son pocos los que tienen esa suerte. El profesor Bernard demostró ser un amigo de verdad.

¿Es sólo eso, Tadeu? ¿No tienes algo más que contar, otro asunto que discutir? El maestro Archanjo se daba cuenta de que no se había hablado aún de lo más importante. Tadeu buscaba las palabras y la manera de decirlo.

—Habla, hijo mío.

Casi siempre Archanjo llamaba a Tadeu por su nombre, a veces por el nombre completo: Tadeu Canhoto. Casi nunca le decía «mi viejo» o «camarada», sus formas habituales de trato. En muy pocas, en escasísimas ocasiones, le había dicho «hijo mío».

—Padrino, me gusta la hermana de un colega. Usted lo conoce, es Astério; alguna vez se lo presenté, fue el orador del grupo, ¿se acuerda? Ahora está en Estados Unidos, se va a quedar allí un par de años especializándose en una universidad. Su familia es muy rica.

—Rizos rubios, piel transparente como de opalina, ojos bien grandes.

—¿La conoce, padrino?

—¿Y qué dice esa familia de blancos ricos acerca del romance?

—Nadie sabe nada, padrino, sólo ella y yo, y ahora usted. Quiero decir...

—Zabela...

—¿Ella le dijo algo?

—Quédate tranquilo, no me dijo nada. ¿Es parienta de Zabela?

—Parienta, no. Se conocen. Quiero decir: la abuela de Lu (se llama Luisa, pero le dicen Lu) fue amiga de Zabela cuando eran jóvenes; a veces va a visitarla para recordar cosas del pasado. De allí Lu conoce a Zabela y la visita. Pero en la familia nadie sabe nada y no quiero que lo sepan. Por lo menos por ahora.

—¿Y por qué no quieres? ¿Tienes miedo de que los padres no te acepten?

—¿Porque soy mulato? En la familia de Lu hay de todo; no sé qué va a pasar cuando se enteren. Hasta ahora siempre me han tratado muy bien. No tengo idea de qué pasará después de que lo sepan. La madre se da aires de nobleza, y ni que decir la abuela, la amiga de Zabela. A veces llega a ser divertido cuando doña Emilia, la madre, al reprender a una sirvienta, la trata de «negra puerca». Me mira, arrepentida, como pidiendo disculpas. Pero, padrino, no es por eso por lo que lo mantengo en secreto, usted me enseñó a estar orgulloso de mi color. Lo que no quiero es aparecerme en la casa de esa gente rica para pedir a su hija en casamiento con las manos vacías. Si me dijeran que no porque soy mulato, puedo defenderme. Pero si permiten que me digan que no porque no soy capaz de sustentar una familia, ¿qué derecho tendré a protestar? Ninguno, ¿no le parece?

—Tienes razón.

—Me voy a Río a trabajar, padrino. No soy ningún tonto y puedo llegar a ser un buen profesional. Voy a formar parte del mejor equipo de ingenieros del país. Creo que como mucho en dos o tres años alcanzaré una posición sólida. Entonces podré volver y golpear la puerta de la casa de Lu teniendo algo que ofrecer. En

ese momento también habrá regresado Astério de Estados Unidos y puede ser un aliado importante para mí, un apoyo decisivo. ¿Se acuerda de que fui muchas veces a estudiar a su casa? Él mismo dice que sin mi ayuda no se habría graduado. Es mi amigo.

—¿Qué edad tiene la chica?

—Va a cumplir dieciocho. Cuando conocí a Astério el primer año de facultad y él me llevó a su casa, Lu tenía doce años, imagínese. Nos gustábamos hacía ya mucho tiempo, pero sólo el año pasado nos sinceramos y nos comprometimos.

—¿Se comprometieron?

—¡Sí, padrino! Un día, Lu y yo vamos a casarnos. ¡Sin la menor duda! —dijo entre dientes, casi feroz.

—¿Por qué crees que ella te va a esperar?

—Porque le gusto y es de una familia muy obstinada. Cuando quieren algo, lo quieren en serio. Lu sale a su padre, nunca da un paso atrás. ¿Sabe a quién se parece el coronel Gomes? A usted. En muchas cosas son diferentes, pero en muchas otras son idénticos. Un día van a conocerse.

—¿Te sientes dispuesto y preparado para lo que sea? Puede ser difícil e incluso terrible, Tadeu Canhoto.

—¿No me educó usted, usted y mi tío Lídio?

—¿Cuándo piensas viajar?

—Pues hoy mismo. Sale un barco hoy por la tarde y tengo ya mi pasaje.

Al caer la tarde, Pedro Archanjo y Lídio Corró acompañaron a Tadeu al muelle de embarque. El joven había almorzado en casa de los Gomes, adonde había ido a despedirse. Luego había andado de un lado para otro para abrazarse con sus amigos. Majé Bassan le regaló un collar de cuentas lustradas y una cesta de paja —*patuá*—, talismán retirado del altar de Xangô. Zabela,

reumática, casi paralizada, pensó aun así llevarlo hasta el muelle. Tadeu no lo aceptó: «Quédese en cama leyendo a sus poetas». Zabela hizo una mueca, triste final de vida para alguien que fue alguna vez dueña de París. Manoel de Praxedes y Mané Lima aparecieron en el último momento, acababan de enterarse. Para apurar a los pasajeros, la sirena del barco sonó una segunda vez.

La despedida fue triste; las distancias eran enormes, difíciles de atravesar, Río de Janeiro quedaba muy lejos. Archanjo no se contuvo y abrió el cofre del secreto:

—No te lo iba a decir, quería darte una sorpresa. El libro está casi todo impreso, falta muy poco.

En el rostro inquieto del muchacho se expande aquella alegría del aprendiz de diez años atrás, las sombras desaparecen.

—¡Ay, padrino, qué buena noticia! Mándemelo apenas salga, mándeme varios ejemplares, los voy a repartir en Río.

Suena el tercer bocinazo y el camarero agita la campana: visitas a tierra, pasajeros a bordo, el barco va a zarpar. Había llegado el momento de los abrazos y de las lágrimas, de los pañuelos anunciando el adiós. Los cuatro amigos bajan al muelle, forman un grupo pequeño entre las grúas. De repente, ven a Tadeu que baja por las escalinatas. Angustiada, la joven de rizos rubios trata de reconocer a alguien en el barullo, pero ¿cómo alcanzar a ver si los ojos están empañados y hay tanta gente a su alrededor? ¡Tadeu!, gime con desesperación, y la voz se pierde entre el rumor de las despedidas. Mas, helo aquí a su lado, anhelante. Durante un segundo, infinito y breve, contenidos en medio de los curiosos, se contemplan en silencio, él le besa la mano y retrocede hacia el barco. ¡Tadeu!, clama, patética y desesperada, y

le tiende los brazos y los labios. Tadeu se desprende del beso y alcanza la escalinata. Adiós.

En la boca del acantilado, el barco se despide en bocanadas de humo y un último silbato. El pañuelo en el último ondear, adiós amor, no me olvides. Lentamente el muelle se va despoblando; en las sombras del crepúsculo sólo quedan Archanjo y Lu.

—¿Pedro Archanjo? —La joven le tendió la mano fina, venas azuladas y dedos finos—. Me llamo Lu, soy la novia de Tadeu.

—¿La novia? —sonrió Archanjo.

—Entre él y yo. Usted lo sabe, él me lo contó.

—Y tan niña.

—Mamá me presenta un novio todos los días, dice que ya estoy en edad de casarme —era un manojo de nervios, una llama incontenible, y su risa se parecía al agua que rueda por los lechos de piedras, clara y límpida—. Cuando le presente a mi novio, a mamá le va a dar un ataque, el peor de su vida. —Abriendo aún más los grandes ojos contempló a Archanjo fijamente, bien de frente—. No crea que no sé que va a ser muy difícil. Yo soy quien lo sabe mejor, conozco a mi familia, pero no me importa. No tenga miedo.

—Eso fue algo que nunca tuve.

—Quiero decir: no tenga miedo por mí.

Fue el turno de que Archanjo la mirara a los ojos:

—Ni por ti ni por él, por ninguno de los dos —sonrió con todo el rostro—. No tendré miedo, querida.

—Mañana me voy a la hacienda, ¿podré verlo a mi regreso?

—Siempre que quieras. Basta con que avises a Zabela.

—¿Ya se enteró también de eso? Ya me habían dicho que usted era hechicero, *babalaô*, ¿no es cierto? Tadeu

me habla mucho de usted, me cuenta maravillas. Adiós y no lo tome a mal.

Se acercó y lo besó en la mejilla; el crepúsculo refulgía en el horizonte color oro y cobre. «Mi niña, será el fin del mundo, prepárate.» Estaba hecha un manojo de nervios, hoguera en llamas.

9

Pasando por la Sé, frente a las vidrieras de la Librería Española, de don León Esteban, y de la Librería Dante Alighieri, nombre pomposo del local de libros usados de Giuseppe Bonfanti, Pedro Archanjo espía con el rabillo del ojo los ejemplares de *Influencias africanas en las costumbres de Bahía* en medio de las últimas ediciones nacionales y de los libros extranjeros importados por don León. Volumen de casi doscientas páginas, las letras del título en una elegante tinta azul en el centro de la tapa y en lo alto el nombre del autor en tipos que imitaban la letra manuscrita, «una linda itálica», según palabras del maestro Lídio Corró. Se disolvió su vanidad en medio de los pensamientos, y ahora un meditabundo maestro Archanjo atraviesa la plaza: el libro le había costado diez años de esfuerzo y disciplina; para escribirlo debió transformarse, ya no era el mismo.

Magnánimo con el dinero, don León había comprado cinco ejemplares al contado, había puesto dos en el escaparate, «para él lo más importante es ver el libro en el escaparate», y había enviado uno a España como

regalo a un amigo inclinado a los estudios antropológicos. Como curiosidad, no por el valor científico, era el libro de un bedel atacado por el microbio de la ciencia. Una locura bastante más habitual de lo que se piensa; de poetas y filósofos está llena la ciudad de Bahía, y don León posee una vasta experiencia en esa clase de autores. Se le aparecen diariamente en la librería, pálidos, peleadores, la cara sin afeitar, con sus originales bajo el brazo, sonetos y poemas, cuentos y relatos, tratados filosóficos sobre la existencia de Dios y el destino del hombre.

De cuando en cuando, uno de esos genios consigue el dinero y los medios, imprime la «obra inmortal» y se va derecho a don León a venderle ejemplares. Entre los portadores del bacilo y los infectados por el virus de la ciencia, don León prefería a los poetas, en general pacatos y soñadores, mientras que los filósofos se exaltaban fácilmente, dispuestos como estaban a salvar al mundo y a la humanidad con teorías tan originales como irrefutables. Archanjo, con la mente afectada por la convivencia con los doctores, se había convertido en antropólogo y etnólogo, pero tenía actitud de poeta, uno de los más simpáticos de esa extraña fauna, un pobre diablo merecedor de mejor suerte.

Informado, leído, de trato discreto y agradable, don León recomendaba autores a literatos y estudiantes. Había puesto de moda a Blasco Ibáñez, a Vargas Vila, al argentino Ingenieros, al uruguayo José Enrique Rodó. Ingenieros y Rodó para los profesores; Vargas Vila se hizo popularísimo entre los estudiantes. Para Blasco Ibáñez quedaron las familias ilustrísimas: variada era la clientela de don León, y ecléctico el gusto del librero.

Jueces, oficiales de justicia, profesores de las distintas facultades, periodistas de renombre, las figuras

más importantes de la vida intelectual frecuentaban su librería y sus conocimientos: don León recibía catálogos de Argentina, de Estados Unidos, de toda Europa. Como intermediario en la importación de obras inexistentes en Brasil, aceptaba encargos. También Pedro Archanjo había utilizado sus buenos servicios para traerse libros de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Argentina. Había sucedido más de una vez que la encomienda llegara en las ocasiones tan habituales de escasez de dinero y el español le fiaba: «Quédese con los libros, pague cuando esté menos apretado». «Quédese tranquilo, don León, antes del sábado le pago.» Don León apreciaba en el mulato la corrección en los pagos y en las vestimentas, la limpieza de quien acaba de bañarse, la educación que lo diferenciaba de la mayoría de los filósofos, en general toscos pensadores, agitados, mal vestidos, sucios y pedigüños.

De conversación apaciguada y simpática presencia, pero no por eso menos chiflado con la manía de lo científico, gastaba dinero, ¡un dinerall!, en obras extranjeras, varias de las cuales ni siquiera conocían los profesores de medicina, pensó don León cuando Pedro Archanjo se le apareció con el libro. «Muy bien, mis felicitaciones.» En un exceso de generosidad, compró cinco ejemplares, puso dos en la vidriera pero ni consideró la posibilidad de hojear la prolija edición, no tenía tiempo libre ni sentido del humor para semejantes compendios de locuras.

En contraste con la Librería Española, con sus volúmenes en los estantes, clasificados por tema, lengua y autor, con el grupo de sillones de mimbre del fondo para reunión de los clientes ilustres y el empleado de cuello y corbata, la venta de libros usados de Bonfanti era una quermés, pilas de libros en el suelo, el mostrador

abarroado, espacio reducido para la vasta clientela de estudiantes ruidosos, de pintorescos subliteratos, de viejos en busca de literatura extravagante. Dos negritos insolentes y hambrientos despachaban entre burlas y sarcasmos. En la caja, Bonfanti, mostrando, desde hacía siete años desde que se había establecido allí, el mismo traje grasoso y gastado de cachemir azul, la voz quebrada de comprar y vender:

—Diez tostones, si quiere.

—Pero, don Bonfanti, compré esta *Geometría* aquí mismo el lunes y me costó cinco mil *reis* —le recordaba el estudiante.

—Compraste un libro nuevo, ahora estás vendiendo un libro usado.

—¿Usado? Ni lo abrí, está con las hojas nuevas, tal como salió de aquí. Deme al menos dos mil *reis*.

—Libro que salió de la librería es un libro usado. Diez tostones, ni un centavo más.

No adquirió al contado ningún ejemplar de *Influencias*: no llevaba su amistad por el autor a tales extremos. Había recibido veinte en depósito y había desparramado unos cinco en el escaparate pequeño, el de los libros nuevos. Reservaba la grande para los usados, base de sus ganancias. Camarada de Archanjo, los dos intercambiaban recetas culinarias en almuerzos domingueros en la Tienda o en casa de Bonfanti, en Itapagipe, bajo la presidencia de doña Assunta, gorda y conversadora reina de la macarronada. Tratándose de comida, se transformaba Bonfanti en un ciudadano amable y generoso; comer era su vicio.

Aquella vanidad de autor de libro nuevo que corteja vidrieras no duró mucho. Pedro Archanjo quedó completamente absorbido por las celebraciones de sus cincuenta años: sucesión ininterrumpida de *carurús*,

«doña Fernanda y su Mané Lima lo invitan al *carurú* que dan el domingo para el señor Archanjo», de *batucadas*, rondas de samba, encuentros, reuniones, comilonas y borracheras, todos querían homenajearlo. El maestro Archanjo se sumergió por completo en ese mar de cachaza, bailes y mujeres, con el mayor de los entusiasmos. Parecía querer recuperar de golpe el tiempo perdido durante tantos años en el estudio, en la preparación del libro. Con hambre y sed de vida, en un increíble despliegue de energías, se lo veía en todas partes; apareció en lugares que no frecuentaba desde su juventud, volvió a ver paisajes y a recorrer caminos olvidados. De nuevo libre y ocioso, conversador de risa franca, siempre dispuesto a un trago, rodeado de mujeres, siempre mirando algo, tomando notas con el lápiz en la pequeña libreta negra. Con gula y ansiedad, ávido.

El libro no le había costado sólo más de diez años de responsabilidad y restricciones; pagó un precio alto en creencias, puntos de vista, opiniones, preceptos, maneras de ver y de actuar; antes era uno, ahora era otro diferente. Cuando se dio cuenta, estaba completamente cambiado, medía las cosas de una forma muy diferente.

—Compadre Pedro, te estás pareciendo a un señor —le dijo Lídio Corró al verlo salir con el libro en la mano rumbo a la facultad.

—¿Señor de qué, querido? ¿Te parezco dueño de algo, camarada?

La opinión del compadre, su gemelo, lo puso sobre alerta. Lídio Corró temía estar viéndolo partir. No en viajes a otras tierras de mudanza o de paseo. Simplemente partir. Abandonándolos a todos, a todos ellos. Tal vez fuese el único que percibía el cambio

interior, el nuevo hombre que crecía dentro del antiguo Pedro Archanjo, valiente y un tanto irresponsable, libertario y sin embargo inconsecuente, audaz sin dudas, pero con limitadas perspectivas. Para la gente del Tabuão y del Pelourinho, para los de las pastoriles y las festicholas, para los cánticos y el baile, para la *capoeira* y el *candomblé*, seguía siendo el mismo maestro Pedro rodeado de estima y de respeto: con él nadie se compara, hasta escribe libros, sabe más que un doctor graduado y es uno de los nuestros. «La bendición, tío mío», decían los *ogans*. «La bendición, padre mío *Ojuobá*», en la voz de las fiestas, la bendición. ¿Se habría dado cuenta Majé Bassan del cambio? Si fue así, nadie se enteró, ni siquiera Archanjo.

A los cincuenta años, Pedro Archanjo se sumergió en la vida con la avidez de un adolescente. Además de todas las razones mencionadas, ¿no lo hacía para cubrir la ausencia de Tadeu?

Del libro se ocupó el maestro Lídio Corró, cuya dedicación y confianza eran inalterables: para él los libros del compadre eran una especie de nueva Biblia. El ilustrador de milagros les adivinaba su importancia porque conocía en carne y hueso la verdad expresada en sus páginas: en la persecución y en la pelea, en la mentira y la verdad, en lo malo y en lo bueno. No eran suficientes las manos para ayudar a la divulgación y la venta de ejemplares. Había despachado volúmenes a los críticos, profesores, periódicos y revistas. Facultades del sur y del norte, universidades extranjeras; había enviado dos paquetes a Tadeu para que los distribuyera en Río.

Tratando a Pedro Archanjo de «distinguido autor» en una nota de pocas líneas, el *Diário da Bahia* anunció la aparición del libro y *A Tarde* consideró el volumen como «un relicario de nuestras tradiciones». Emocionado con

la frase, Lídio le había mostrado el diario a medio mundo. Dos o tres críticos se habían pronunciado con reservas sobre el valor de la obra, en breves reseñas. Con el pensamiento puesto en Grecia y en Francia, últimos helénicos, espirituales lectores de Anatole France, no se sentían atraídos por las «curiosas y primitivas costumbres de Bahía», y menos aún por las «osadas y discutibles afirmaciones sobre razas», el elogio del mestizaje, ese explosivo asunto.

Sin embargo, se sucedieron algunos hechos significativos. Ante todo, se registró cierta venta en librerías —parca, es verdad— no sólo en Bahía sino también en Río. Un joven librero carioca, que empezaba su carrera, además de encargar, por intermedio de Tadeu, cinco ejemplares al contado, se mostró dispuesto a recibir otros cincuenta en depósito para distribuirlos en las librerías de la ciudad si «el editor le concediese un cincuenta por ciento de descuento». Ascendido a editor, en el auge del entusiasmo, Lídio Corró envió enseguida el doble, cien ejemplares, y concedió al librero metropolitano la exclusividad de las ventas para todo el sur del país. Lídio no logró determinar cuántos fueron los libros vendidos, por falta de rendición de cuentas. En compensación, el joven mercader de libros se hizo amigo íntimo de Tadeu y fue nombre frecuente en sus raras cartas a Archanjo: «Veo siempre a Carlos Ribeiro, mi librero amigo, que es un gran difusor de su libro».

En la Facultad de Medicina la aparición del libro tampoco pasó inadvertida. Sin hablar de los estudiantes amigos de Pedro Archanjo a quien Lídio acercaba ejemplares a diferentes precios, de acuerdo con las disponibilidades del cliente —había que vender para pagar los gastos de papel—, el libro fue debatido en la sala de profesores. Arlindo, el otro bedel de la cátedra de

parasitología, le contó a Archanjo la dura discusión entre el profesor Argolo y el maledicente Isaías Luna. Sólo faltó que terminaran a golpes.

Con fingida expresión de tristeza en el rostro, el profesor Luna le había preguntado al catedrático de medicina legal si era verdad lo que comentaban los estudiantes en el *terreiro*. ¿Comentarios de estudiantes? ¿Acerca de qué? Seguramente canalladas, necedades. Argolo no tenía tiempo para semejantes sandeces. ¿Qué decían?

Decían que el bedel Archanjo había probado en un libro puesto a la venta en aquellos días la supervivencia, en *terreiros* de *candomblé* de la nación *gêge*, del culto de la serpiente, del *orixá* Danh-gbi o simplemente Dan. En un trabajo anterior, el profesor Argolo había negado taxativamente cualquier supervivencia de ese culto en tierras de Bahía: ni un indicio, ni la menor noticia. Ahora, en una falta absoluta de respeto, el pardo Archanjo osaba exhibir al inexistente *orixá*, Cobra, Serpiente, Danh-gbi, Dan, con *peji*, obligaciones, trajes y emblemas, días de fiesta y legión de seguidoras bailando en el *Terreiro* del Bongó. ¿Y la historia de los *cucumbis*? Ésa, según los estudiantes, era antigua; ya en su primer libro el mestizo había refutado afirmaciones de Argolo y ahora cerraba la cuestión con tal cantidad de pruebas que...

En cuanto a las teorías sobre las razas, él, Isaías Luna, blanco, bahiano, prefería no profundizar en el tema; no iría a revolver en ese avispero, no estaba tan loco. Pero, por lo que dicen, señor Argolo, el bedel discute sobre la base de autoridades de primera línea, exhibe una cultura...

Anonadado, el profesor Nilo Argolo perdió la cabeza y en un recio portugués apostrofó al ponzoñoso: «¡Truhán,

animalejo, montón de basura, reo confeso de baja lujuria!». Se refería a la notoria predilección del profesor Isaías Luna por las negras, «¡ardientes y cariñosas, incomparables, don Argolo!».

En cuanto al escéptico don León, se llevó dos sorpresas en un tiempo relativamente corto. La primera sucedió poco después de haber expuesto en el escaparate el libro del bedel con manías de grandeza. De regreso a la facultad, el más ilustre entre sus clientes, el profesor Silva Virajá, entró en la librería, como era su costumbre, para saber si «el amigo León había recibido alguna novedad». Al revisar en la estantería los volúmenes de las *Influencias*, se apoderó de uno de ellos:

—Don León, he aquí un libro destinado convertirse en un clásico de la antropología. En el futuro los especialistas lo citarán y su fama recorrerá el mundo.

—¿De qué libro habla usted, maestro?

—Hablo de este libro de Pedro Archanjo, bedel de mi cátedra, un sabio.

—¿Un sabio? Usted bromea...

—Escuche, don León. —Abrió el libro y leyó—: «Se habrá de formar una cultura mestiza tan poderosa e inherente a cada brasileño que será su propia conciencia nacional e incluso los hijos de padres y madres inmigrantes, brasileños de primera generación, crecerán como culturalmente mestizos».

Algunas semanas después, don León recibió de un cliente dado a la antropología la consagrada carta. Agradecía el envío del libro de Archanjo: «Obra magnífica, abre nuevos campos a los estudiosos, siembra en tierra virgen apasionantes temas. Qué ciudad más inspiradora debe de ser esa Bahía: pude sentir en cada página su color y su perfume». Solicitaba el envío

del libro publicado anteriormente por el mismo autor, de acuerdo con lo que decía en la solapa de *Influencias*. Don León ni siquiera se había enterado de la existencia de aquel primer libro.

Hombre honrado, el librero se alegró y salió en busca de Archanjo. Caía la tarde, pero no pudo hallarlo en la facultad. Bajó al Pelourinho para encontrarlo con la carta en el puño y se perdió en callejuelas y atajos. Pregunta aquí, pregunta allí, en todas partes comprobó la presencia del mulato, especie de pastor y de patriarca. Muy distinto de un pobre diablo, de un chiflado con pretensiones de filósofo, ¿cómo había podido engañarse tanto? Se encendieron las luces y don León, por primera vez en muchos años, perdió el tranvía de las seis y diez a Barris, donde vivía.

Cuando, finalmente, descubrió la casa de Aussá en aquel sucio laberinto en el que jamás se habría aventurado antes, la noche de luna llena se había derramado sobre el *carurú* regado con cachaza, cerveza y *aluá*. Indeciso ante la puerta, con el olor del aceite pegado en las narices, don León contempló la sala pobre y descubrió al colega Bonfanti, con la boca llena, los bigotes amarillos de *dendê*. Sentado entre Rosália y Rosa de Oxalá, el rostro tranquilo y bondadoso, el maestro Pedro Archanjo comía con las manos, que es la mejor manera de comer.

—Sea bienvenido, don León, ocupe un lugar en la mesa.

Se acercó Aussá con un vaso de cerveza, y una hermosa morena trajo un plato con *carurú*, *acaçá* y *moqueca de siri*.

Vestido con el traje hecho hacía dos años para la graduación de Tadeu, protegido en la puerta del templo, Pedro Archanjo la esperó unos minutos, conteniendo la emoción: pensamientos e imágenes de una vida entera. Finalmente ella apareció por la Sé, rodeada de miradas, de palabras, de un halo de deseo. Casi veinte años, exactamente diecisiete, comprueba Archanjo, y cada año había aumentado en algo la belleza de Rosa de Oxalá. Había sido oscuro misterio, violenta tentación, invencible llamada. Ahora era mujer sin adjetivos, Rosa de Oxalá.

Sin embargo, no cruzó la plaza en traje de bahiana, falda, bata y enaguas blancas, el color sagrado del encantamiento. Cuando, en la puerta de la catedral, le ofreció el brazo a Archanjo, lucía un vestido de señora de sociedad, cortado y cosido por la más cara de las modistas, joyas sin precio, pulseras de dijes de oro y de plata y la elegancia innata de quien nació reina. Se acomodó como si fuese a ocupar el lugar que le corresponde por derecho propio, junto al padre de la novia, a la izquierda del sacerdote.

—¿Me retrasé? Miminha acaba hora mismo de arreglarse; vengo de la casa de las tías, ella va a salir de allí. ¡Ay, Pedro, está tan linda mi hija!

Atravesaron la semipenumbra de la iglesia apenas iluminada por dos velas de vacilante llama. Las sombras del crepúsculo flotaban por el aire, bajaban cerca de las flores, lirios, palmas, crisantemos y dalias que llenaban la nave de punta a punta. Se había extendido desde el altar hasta la puerta una alfombra roja, y sobre ella, del

brazo de su padre, la novia caminaría con su vestido de cola, el velo, el ramo, el miedo, la alegría.

Atravesando el silencio y la oscuridad, Rosa murmura en un quejido:

—Si fuera por mi gusto, sería la iglesia del Bonfim, pero no abrí la boca en este casamiento para dar mi opinión. Me callé, pensando en el bien de mi hija.

Mientras que ella, de rodillas, reza el padrenuestro, Pedro Archanjo va en busca de Anísio, sacristán de la catedral y a quien había conocido hacía muchos años en el *Terreiro* de Jesús. No llegaba a ser un camarada de cachaza y guitarra como Jonas, el de la iglesia del Rosário dos Prêtos, pero, cuando una semana antes Archanjo le consultó, él no puso ningún obstáculo, no hizo objeciones, sólo un comentario melancólico:

—¿Dónde se vio algo semejante? Me sorprende mucho que ella se someta.

Guiados por el sacristán, caminan por detrás del altar, suben las escaleras más allá del coro y en un rincón apartado se sientan en un pequeño banco; desde allí dominan todo el interior de la catedral. Antes de dejarlos para ir a encender las luces, Anísio, mulato claro y gangoso, no se contiene y vuelve a la cruel comprobación:

—Lo que me sorprende no es tanto que la madre lo acepte, sino que la hija lo consienta.

En los labios de Rosa se asoma una sonrisa victoriosa:

—En eso usted se confunde. Significó mucho trabajo que ella aceptara que yo no viniese. Me quería junto a ella todo el tiempo. Llegó a amenazar con suspender el casamiento.

—Entonces, ¿por qué?

—Le voy a decir una sola cosa y cierro el tema. Y lo hago porque es por su bondad por lo que desde aquí arriba, desde esta ratonera, voy a poder ver cómo se casa mi hija. Pero, en compensación, ella va a entrar en la iglesia del brazo del padre, reconocida en el registro civil, una hija como las legítimas, las de la esposa. Dígame usted si le parece un precio alto el que pago, porque para mí, que soy la madre, me parece muy bajo.

—Cada uno sabe sus cosas, señora. Perdóneme.

—Sólo tengo gratitud hacia usted, fue muy bueno al permitirme...

El sacristán bajó. Por un momento, con el pequeño pañuelo bordado en la mano, Rosa prorrumpió en sollozos. Con los labios apretados, Pedro Archanjo miraba hacia delante; las sombras crecían entre las imágenes y los altares.

—¿Tampoco tú lo entiendes? —preguntó Rosa cuando pudo hablar. Sabes bien que tuve que decidirme. Un día, él me dijo: «Miminha es mi hija y quiero que sea tan mi hija y mi heredera como las otras dos. Ya se lo conté a todos en casa, ya se lo comuniqué a Maria Amelia...». Así se llama su esposa. «Ya me ocupé de todo en el registro civil, sólo hay una condición...» Ni pregunté por esa condición, sólo quería saber: ¿Y qué dijo tu mujer? Respondió enseguida: «Dijo que no tiene nada contra Miminha, que Miminha es inocente, no tiene la culpa, a la que le tiene odio es a ti». Mientras yo me reía de la rabia de la despechada, ella terminaba conmigo. «La condición para legitimar a Miminha es que sea criada por sus tías, apartada de tu presencia.» ¿Nunca más veré a mi hija? «Podrás verla cuando quieras, pero quienes la educarán serán mis hermanas, vivirá en su casa, y vendrá aquí sólo muy de vez en cuando. ¿Estás de acuerdo o no quieres el bien de tu

hija?» Fue en ese momento cuando hice el trato con él; fue de palabra, pero se cumplió al pie de la letra, ¿por qué no se habría de cumplir? No por ser negra soy falsa y no tengo palabra. ¿Lo podrás entender? ¡Era por el bien de Miminha! No lo entiendes, sé que no lo entiendes. Te habría gustado que me opusiera. ¿Crees que no lo sé?

Abajo el sacristán comenzó a encender las lámparas y, en un esplendor de flores y de luces, la catedral recibió a los primeros invitados. Lo único que dijo Pedro Archanjo fue:

—¿Cómo puedes saber lo que pienso?

—Pedro, lo sé todo de ti, más que lo que sé de mí, conozco tus pensamientos. ¿Para quién bailé toda mi vida? ¡Dímelo! Sólo para dos: Oxalá, mi padre, y tú, que no me quisiste.

—Te olvidas del padre de Miminha y del compadre Lidio...

—¿Por qué me hablas así? ¿En qué te ofendí? Jerónimo me sacó de la mala vida: cuando me llevó con él, yo era una meretriz que pasaba de mano en mano; no tuve elección. Me dio casa y comida, ropa de la mejor y hasta cariño. Fue bueno conmigo, Pedro. Todo el mundo le tiene miedo, todas las mujeres, hasta la verdadera. Pues conmigo siempre actuó correctamente: me sacó de la vida, me dio comodidades, nunca levantó la mano para pegarme. Registró a Miminha en el registro civil, avisó a todo el mundo: «Es hija mía, igual a las otras dos».

—Sólo que no tiene madre... —la voz de Archanjo llega desde las últimas sombras; la claridad de las lámparas oculta las amargas palabras.

—¿De qué habría de servirle la madre, ordinaria, antigua mujer de la calle, negra de ronda de samba,

batuquera? Cuando se llevó a Miminha, dije: «Santo mío, no la abandono, no cuente conmigo en tiempos de obligaciones». ¿No fue así toda la vida? Dime, ¿no fue siempre así?

—Así fue. En las obligaciones y en la Tienda, con Lidio.

—Es verdad. Había tomado a mi hija, la había puesto en la casa de sus hermanas solteras, sólo dejaba que la viera una vez por semana. Era para el bien de Miminha, yo había aceptado pero comiéndome por dentro: para él yo sólo servía en la cama, no servía para criar a mi hija. Cuando se llevaron a la niña, me quedé como loca, Pedro; enceguecieron mi visión, oscurecieron mi entendimiento. Fui a descargarme al *terreiro*, a buscar consuelo. Allí me topé con Lídio...

De tan pequeña y quebrada, su voz no sale hacia la iglesia; nace y muere allí, en ese rincón oscuro, apenas llega a los oídos de Archanjo.

—¡Lídio! El mejor hombre que conozco, comparado con él eres una porquería, Pedro. Pero, con todo, hubo algo que salió mal. Aquella noche, en lugar de encontrarme con Lídio, a quien debía haber encontrado era a ti. ¿Para quién bailé todo este tiempo? Te lo juro, mi Pedro, sólo bailé para Oxalá y para ti. Sabes bien que es verdad, y que si no pasó de danza fue porque tú lo quisiste así.

—Si hubiera sido cualquier otro, pero Lídio... Tú misma has dicho las razones.

Los invitados comenzaban a llegar y a llenar el templo. Las mujeres, con elegantes modelos para el casamiento, el más comentado del año, se movían entre los bancos en un rumor de sedas y de risas. Los hombres se reunían a conversar en el fondo de la nave. Algunas personas —padrinos, familiares de los novios,

autoridades— ocupaban una de las dos líneas de sillas próximas al altar mayor, habitualmente destinadas a los personajes de la iglesia. Cada tanto, Rosa reconocía a alguno y lo señalaba:

—Mira a los padres de Altamiro. Ahora son parientes míos, Pedro, estoy llena de parientes ricos y blancos — se rió, pero era una risa triste.

La madre del novio era una mujer gorda, de paso lento y rostro bonachón. Al padre, un coronel del cacao, flaco, nervioso y rubio, le faltaban la montura y el rebenque. Iba con la cabeza erguida, la sonrisa altiva, el bigote color de miel, un extranjero.

—¿Es gringo? —preguntó Archanjo.

—Él no, pero creo que el padre era francés; el apellido es Lavigne. Un hombre con todas las letras, Pedro. Aun siendo gringo y estar podrido en plata, pues vino a visitarme y dijo: «Doña Rosa, su hija va a ser la esposa de mi hijo, mi nuera. Mi casa es suya, somos parientes». Por gusto de él estaría ahora allí, en el altar. Por su gusto y el del muchacho.

—¿Del novio?

—Sí, de Altamiro. Buena gente, Pedro. Pero si yo me impusiese, la familia del padre de Miminha no vendría; sus tías fueron como un padre y una madre para ella. ¿No hice bien en no pelearme? Desde aquí también veo, Pedro.

Desde la iglesia sube un rumoreo alegre, animación de fiesta. Pedro Archanjo reconoció al profesor Nilo Argolo del brazo de doña Augusta. Fue el único momento en que sonrió durante toda la ceremonia. Rosa le apretó el brazo, cada vez más tensa.

—¡Las tías! Están entrando: eso quiere decir que Miminha ya llegó.

Dos ancianas altas, orgullosas, de cabellos grises, fueron a ocupar sus lugares junto al altar, frente a los padres del novio. El coro se había llenado de gente; alguien probó el sonido del órgano.

—Allí va Altamiro con la madrina, la mujer del senador.

A Pedro Archanjo le cayó simpático el muchacho: había salido al padre en el color y en la rubia cabellera; de la madre había heredado la expresión un tanto ingenua.

Toda la sociedad de Salvador se había reunido en la catedral; había llegado gente de Ilhéus y de Itabuna, donde los Lavigne cosechaban miles de arrobas de cacao y el muchacho, como si no fuera suficiente tanto dinero, trabajaba de abogado. El padre de la novia, plantador y exportador de tabaco, explosivo, noble, violento, disoluto, había ganado, perdido y rehecho fortunas. La madre —murmuraban las mujeres— era una negra cubierta de oro y pedrería, su manceba, *macumbeira* que lo tenía atrapado desde hacía más de veinte años atrás; ¿quién puede contra el hechizo? Dicen que, pese a ser el peor de los mujeriegos, sólo quiso verdaderamente a una mujer en toda su vida, a esa negra, madre de la muchacha. La niña es una hermosura, una joyita.

Comienza la música y el son del órgano; crece el rumor en la nave; el coro entona la *Marcha nupcial*. Rosa de Oxalá le aprieta el brazo a Archanjo, el pecho anhelante, los ojos húmedos. Miminha, entre los bordados blancos del vestido, hija de la negra más bella de Bahía y del último señor insensato del Recôncavo, pisa la alfombra roja del brazo del padre. Dos veces había hecho ya ese padre ese idéntico camino sobre el mismo tapete, entre luces y flores, al son de la música,

llevando al altar a sus otras hijas. Sin embargo, nunca atravesó la nave con tanto orgullo. Las primeras hijas eran queridas porque habían nacido de su sangre. Esta de ahora, amada más que todas, le había nacido de la sangre y del amor.

A muchas mujeres había poseído el doctor Jerónimo de Alcántara Pacheco; tuvo novias, pasiones violentas, mancebas y casadas, jóvenes doncellas raptadas y desfloradas, y esposa con blasón de nobleza. Amor, sólo una vez, por la negra Rosa. Aun cuando lo único que les quedaba en común era su hija y, herida de muerte, Rosa impuso su libertad, durante algunas noches él llegaba alucinado en busca del inolvidable cuerpo, hecho un loco, capaz de matar si hubiera hecho falta para poseerlo. Rosa nunca se negó, y mientras él vivió lo consideró dueño de una parte de su ser.

Muerde el pañuelo bordado, lo rasga con los dientes, ahoga los sollozos, apoya la cabeza en el pecho de Archanjo: ¡Ay, hija mía! El cura reza, se exalta con el sermón, habla del talento del novio, de la belleza de la novia, del prestigio de las familias que en aquel momento se estaban uniendo por los lazos indisolubles del sacramento del matrimonio. Para Rosa de Oxalá llegó el momento de otro compromiso.

Poco a poco se iba despoblando la iglesia; Miminha partió del brazo de su marido, se retiraron las tías, los invitados, el orgulloso Alcántara. Se detuvo la música; de nuevo el silencio. El sacristán apaga las luces, primero los faroles, luego las lámparas. Las sombras aumentan, sólo dos velas iluminan la noche y la soledad de los santos.

—¿Te dijo Lídio?

¿Qué?

—Nunca más volveré a la Tienda, ni para dormir, ni de paso. Nunca más, Pedro, se acabó.

Él adivina el motivo, pero repite la pregunta:

—¿Y por qué?

—Ahora, Pedro, soy la madre de una mujer casada, de la esposa del doctor Altamiro, soy parienta de los Lavigne. Quiero tener derecho a mi hija, Pedro, a frecuentar su casa, a codearme con su gente. Quiero poder criar a mis nietos, Pedro.

En el silencio, la voz resuena firme, decidida:

—Una vez, cuando Miminha era niña, dejé que la alejasen de mí. Quedé libre en el mundo para hacer todo lo que hice. Ahora se acabó, ya no existe Rosa de Oxalá.

Tomó la mano de Pedro Archanjo y la mantuvo entre las suyas.

—¿Y el santo?

—Lo jubilé, me lo llevé a casa con el consentimiento de *mãe* Majé. Ella se levantó de la cama para hacer lo que hacía falta. —Contempló al hombre con la cabeza, los ojos perdidos en la oscuridad—. Nunca me quisiste, Pedro, pese a las veces que te me ofrecí. Ahora ya es tarde.

En las escalinatas, los pasos del sacristán; viene a buscarlos; es tiempo de partir. En brazos uno de la otra, un único y último beso. Es tarde, maestro Pedro, ahora es tarde, ya no tiene arreglo. En las sombras de la iglesia desaparece Rosa de Oxalá. Así como llegó se fue. Una vida entera, sólo un segundo.

Cuando, finalmente, llegó Pedro Archanjo, *ogans* e hijas de santo corrieron a su encuentro en llanto y aflicción.

—Rápido, rápido, que ella está llamando sin parar; lo único que dice es: *Ojuobá*, ¿dónde está *Ojuobá*?

Al resonar de los pasos, se abren los ojos de Majé Bassan:

—¿Eres tú, hijo mío?

La mano, hoja seca y frágil, apunta con un ademán hacia la silla. Se sienta Pedro Archanjo, toma la mano y la besa. La anciana concentra toda la energía que le queda en el cuerpo agonizante y en un soplo de voz comienza con la historia. Mezcla las lenguas, usa palabras y frases *iorubás*, es la última lección, la enseñanza postuma.

«*Umbé oxirê fun ipakô tô Ijenan*, hubo fiesta en el *Terreiro* de Ijenan. Era una fiesta grande, de Ogun, y se acercó una multitud para ver bailar a Ogun. Ogun Aiaká bailó muy bien para alegrar los ojos del pueblo, cansado de sufrir tantas penurias. Cuando estaba en lo mejor de su danza, llegó *sarapebé*, el hombre de los recados, y contó que los soldados se estaban acercando con las armas preparadas para terminar con la fiesta de Ogun y arrasar el *Terreiro* de Ijenan. Venían galopando en sus caballos, en su apuro por llegar y castigar. Ogun escuchó las palabras del hombre de los recados, el aviso que le mandaba Oxóssi; fue hasta el bosque cercano, silbó para llamar a dos cobras, cada cual más larga y peligrosa. Puso a las dos en el medio de la sala, dos ovillos de veneno, enrolladas, la cabeza erguida, las lenguas ponzoñosas extendidas, los ojos apuntando hacia la puerta de la calle. Frente a la puerta, seguro de sí, Ogun bailaba a la espera de los soldados. No tardaron en llegar, saltaron de los caballos y, sin decir

"agua va", iban sacando las armas con que golpeaban y daban de comer a los gusanos. Desde la puerta, así habló Ogun a los soldados:

»"Quien venga en son de paz, que entre al *terreiro* y baile en mi fiesta. Para los amigos, mi corazón es néctar de las flores, pero ay de los enemigos: para ellos mi corazón es un pozo de veneno". Apuntó hacia las dos cobras enrolladas en su veneno, los soldados sintieron el miedo pero órdenes son órdenes y las órdenes del cuartel y de la policía no tienen lástima, ni apelación ni son revocables. Los soldados avanzaron contra Ogun, con las armas alzadas. Ogun *kapê dan meji, dan pelú oniban*. Ogun llamó a las cobras y las cobras se alzaron ante los soldados. Ogun avisó: quien quiera pelear tendrá pelea, quien quiera tener guerra tendrá guerra, las cobras lo morderán y matarán, no va a quedar un soldado con vida. Las cobras avanzaron con sus lenguas venenosas y con gritos de ayuda los soldados saltaron sobre los caballos y huyeron; rápidamente se retiraron, porque en su baile imparable Ogun llamó a las dos cobras. "Ogun *kapê dan meji, dan pelú oniban.*"»

Pedro Archanjo repitió: Ogun *kapê dan meji, dan pelú oniban*, la plaga inmemorial, la terrible amenaza de los males del mundo, de las desgracias sin fin, sortilegio e imprecación, la última dádiva de la Iyá. En la ciudad, el delegado Pedrito Gordo había soltado a la pandilla del terror dándole carta blanca: invadir *terreiros*, destruir *pejis*, golpear a *babalaôs* y *pais de santo*, atrapar a hechiceras e *iaôs*, *iyakekeres* e *iyalorixás*. «¡Voy a limpiar Bahía de esta inmundicia!» Dio órdenes estrictas a los agentes de policía, organizó su escolta de bandidos, partió hacia la guerra santa.

Majé Bassan, la dulce y temible, la prudente y sabia, cerró los ojos. Se oyó a lo lejos el grito de Yansan al

frente de los *eguns*; Xangô salió a bailar al *terreiro*; Pedro Archanjo sintió un dolor en el pecho y dijo: «Murió nuestra Madre».

12

Desde la puerta, Pedrito veía el miedo en el rostro de los informantes; cuatro miembros de la «escolta de facinerosos» transformada por los diarios de la oposición en: «pandilla de asesinos promovidos a agentes de policía por el actual gobierno del estado, que trata de destruir nuestra redacción».

Traje de cachemir inglés, sombrero panamá, uñas tratadas por manicura, barba bien afeitada, alfiler de perla en la corbata, boquilla larga, el licenciado en derecho Pedro Gordo, el temido y odiado delegado auxiliar, parecía un dandi; un tanto regordete y maduro pero aún frívolo e inconsecuente. Cortó la punta del cigarro, limpió la boquilla: los miserables tenían miedo.

En la habitación, empuñando un revólver, Eneas Pombo, rey del juego y dueño de la ciudad, ahora convertido en enemigo y caído en desgracia, repitió:

—Quien dé un paso al frente muere.

Los policías se miraron: Candinho Faroleiro, Samuel Cobra Coral, Zacarías da Goméia y Mirandolino, la fiera de Lençóis. La extensa y sangrienta crónica de hechos y exageraciones que proclamaban el coraje de Eneas Pombo, poblador de cementerios, de puntería infalible, contenía a los policías.

—¡Banda de cobardes! —dijo Pedrito.

Dijo, y atravesó entre los cuatro; en la mano sólo un bastón de junco, fino y flexible. Con el arma erguida, Pombo midió al delegado.

—No se acerque, doctor Pedrito, o se lleva un tiro.

El bastón surcó el aire, silbó como si fuese un rebenque y cayó como una lámina cortante en el rostro del quinielero. Una vez. Dos veces. La sangre y las marcas. Ciego de dolor, Pombo dispara con desesperación, al azar; el delegado ha resultado más rápido. Bajo y rechoncho, nadie habría imaginado en él semejante agilidad. Al ver la sangre, los alcahuetes, recuperados, sintiéndose otra vez intrépidos campeones, se abalanzan sobre Pombo.

—¡Llévenlo a la cárcel! —ordenó Pedrito.

Samuel Cobra Coral se adelantó hacia el cajón donde se hallaban las apuestas y el dinero. Los otros tres sacaban al quinielero a empujones. El delegado se limitó a definirlos con voz de desprecio:

—¡Cobardes, mujeres sin valor, no son más que unos pocos cagones!

Salió a la calle y la multitud de curiosos le abrió paso. Pedrito Gordo le guiñó el ojo a la muchacha del café de enfrente, entró en el automóvil y salió disparado. Se decía que era el mejor conductor de Bahía.

En las antecámaras del cuartel de policía, reunidos con compañeros de la misma noble estirpe —Beato Ferreira, Leite da Mãe, Inocencio Sete Mortes, Ricardo Cotó, Zé Alma Grande—, los cuatro héroes de la batida vespertina comentaban la prisión de Pombo y el final de su reinado. El Palacio, en subasta y con el trono vacío. ¿Quién da más?

Intranquilos, los cuatro bravucones: el doctor Pedrito se había expresado con claridad, no había tenido pelos

en la lengua. Armado apenas con su bastón, había derrumbado la resistencia de Eneas Pombo; no había respetado revólver ni punterías infalibles, ni la fama de asesino, mientras que ellos asistían sin reacción, como gallinas y cagones.

—¡Flor de gallinas! —escupió Zé Alma Grande, antes de retirarse a atender el recado que le traía un guardia: que se presentara en el Palacio con urgencia para escoltar al doctor Pedrito y al gobernador—. ¡Unos cagones!

Escucharon en silencio, cabizbajos: antes Eneas Pombo con revólver que Zé Alma Grande desarmado. Zé Alma Grande no discutía las órdenes del jefe, se limitaba a ejecutarlas. No habría de ser un caboclo con revólver y amenazas quien lo hiciese dejar de cumplir lo encargado por Pedrito. Golpear y matar eran para él cosas simples y normales. Y también morir, cuando le tocara el día. Zé Alma Grande, negro del tamaño de una mansión, hombre de la mayor confianza de Pedrito, ignoraba qué color tenía el miedo.

Todavía avergonzados por la frase del delegado y el desprecio del compañero, los cuatro se preguntaban qué hacer para recobrar la buena voluntad del patrón. Pedrito Gordo no era dado a perdonar, y cuando perdía la confianza en un secuaz, le reservaba un destino rápido y definitivo: el retiro como empleado raso, pues un bandido no merece consideración.

¿Cuántos había mandado al cielo? Izaltino, Justo de Seabra, Crispim da Bóia, Fulgencio Bom de Faca, para citar a los más notorios. Antes hacían y deshacían en la ciudad, bebían gratis, les sacaban dinero a los españoles, golpeaban y detenían con motivo o sin él, y de pronto aparecían extendidos en el suelo de la morgue, «víctimas del deber», según informaban el

boletín de la policía y las publicaciones del gobierno. Por una razón u otra, habían quedado desacreditados ante el todopoderoso delegado auxiliar.

Se necesitaba con urgencia mostrar algo de eficiencia, hacer lo que fuera por restaurar el prestigio aplastado por Eneas Pombo y su revólver. Preferentemente algo espectacular. Pero ¿qué?

—¿Y si salimos por ahí y terminamos con algunos *candomblés*?—propuso Candinho Faroleiro.

—Diste en el blanco. Al doctor Pedrito eso le va a gustar —apoyó Mirandolino.

—Hoy es día de Xangô, hay muchos *terreiros* abiertos —la información era fiable, provenía de Zacarías da Goméia, entendido en la cuestión. El mencionado sujeto atribuía a un hechizo de macumba la marca de viruela que le deformaba el rostro; un *ebó* encargado por una prostituta de la zona. Además de las razones del delegado, ideológicas y eruditas, Zacarías da Goméia tenía, como puede verse, motivos particulares para comprometerse en un combate sin tregua contra los *candomblés*.

En la oficina de Pedrito Gordo, en un pequeño estante, se alineaban libros y opúsculos; algunos de la época de la facultad, otros leídos luego de recibidos, subrayados con lápiz rojo, varios de reciente publicación. *Las tres escuelas penales: clásica, antropológica y crítica*, de Antônio Moniz Sodré de Aragão, adepto de la escuela antropológica italiana; *Degenerados y criminales*, de Manuel Bernardo Calmon du Pin e Almeida; *Craneometría comparada de las especies humanas en Bahía bajo el punto de vista evolucionista y médico legal*, de João Batista de Sá Oliveira; *Gérmenes del crimen*, de Aurelino Leal. En aquellos libros y en los trabajos de Nina Rodrigues y de Oscar Freire, el

estudiante Pedrito Gordo, en el tiempo libre que no dedicaba a visitar pensiones de mujeres, había aprendido que negros y mestizos poseen una tendencia natural al crimen agravada por las prácticas bárbaras del *candomblé*, de las rondas de samba, de la *capoeira*, escuelas de criminalidad que perfeccionaban a quien ya había nacido asesino, ladrón y canalla. Blanco bahiano, que oscilaba entre el rubio y el mulato, el delegado Pedrito consideraba que la exhibición de semejantes costumbres era una monstruosa provocación para las familias, un bochorno para la cultura, para la latinidad de la que tanto se enorgullecían intelectuales, políticos, comerciantes, hacendados, la élite.

A los volúmenes de los tiempos de la facultad se sumaban nuevas publicaciones, trabajos de los profesores Nilo Argolo y Oswaldo Fontes: *La criminalidad negra; Mestizaje, degeneración y crimen; La degeneración psíquica y mental entre los pueblos mestizos de los países tropicales; Las razas humanas y la responsabilidad penal en el Brasil; Antropología patológica: los mestizos.*

Cuando algunos demagogos, en busca de popularidad entre la chusma, la plebe, el populacho, se ponían a discutir la represión a las costumbres populares y aludían a los métodos violentos usados por la policía para silenciar *atabaques, ganzás, berimbaus, agogôs y caxixis*, para impedir el baile de las hechiceras y las *capoeiras*, el delegado auxiliar Pedrito Gordo exhibía la cultura antropológica y jurídica de sus estantes: «Son los maestros los que enseñan la peligrosidad de la negrada y es la ciencia la que proclama la guerra contra sus prácticas antisociales, no soy yo». En un gesto de humildad, agregaba: «Sólo trato de extirpar el mal de raíz, evitando que se propague. El día en que hayamos

terminado con toda esta suciedad, el índice de criminalidad en Salvador va a disminuir enormemente y por fin podremos decir que la nuestra es una tierra civilizada».

Si los diarios de la oposición lo acusaban de prejuicios de color, de fomentar el odio entre razas, Pedrito exhibía artículos publicados en esos mismos periódicos en ocasiones anteriores, cuando se reclamaba una acción policial enérgica contra *candomblés* y *afoxés*, *capoeiras* y fiestas de Yemanjá. Ahora en la oposición, como forma de atacar al gobierno y a la policía, «los panfletarios sin memoria coinciden con la caterva de criminales confesos o potenciales».

Escuchado por la prensa oficialista a propósito de la campaña de la policía, el profesor Nilo Argolo la definió con exactitud y elogios: «Guerra santa, cruzada bendita, para rescatar los foros de civilización de nuestra tierra usurpada». Entusiasmado, comparó a Pedrito Gordo con Ricardo Corazón de León.

Una guerra santa: los cruzados partieron en aquella noche de Xangô para terminar con los infieles. Además de los cuatro intrépidos en la batida del reducto del quinielero, integraban las huestes latinas de la civilización los nobles caballeros Leite de Mãe, llamado así por su costumbre de pegarle a su propia madre, y Beato Ferreira, especialista en palizas con facón a los presos, también lúcidos representantes de la cultura defendida a hierro y fuego por el delegado auxiliar.

Salieron temprano, cada cual con su cachiporra, un palo que hacía ver las estrellas, moderna lanza de aquellos beneméritos cruzados, y cumplieron bien con su misión. En las primeras tres casas-de-santo que invadieron, la tarea les resultó fácil: *axés* pequeños, modestos *terreiros*, fiestas apenas iniciadas. Bajaron los

golpes, los gritos de dolor de ancianos y mujeres, maravillosa música que animaba a los guerreros a proseguir con su misión civilizadora. Cuando ya no les quedaba nadie por golpear, se divertían destruyendo los *atabaques*, los *pejis*, las *camarinhas*. La noticia de las tareas comenzó a adelantarse a los policías, enmudeciendo orquestas, disolviendo rondas de hechiceras e *iaôs*, apagando las luces, poniendo fin a obligaciones y fiestas. Cabizbajos, hombres y mujeres se recogían en sus casas, mientras los *orixás* regresaban a la montaña, a la selva, al mar de donde habían llegado para el baile y el canto de los *terreiros*.

Los cruzados se vieron de pronto sin nadie a quien golpear, obligados a interrumpir diversión tan agradable. Satisfechos con las victorias alcanzadas, confiados en recuperar la estima del temible jefe, exigían en los bares, además de bebidas gratis, informaciones precisas: ¿Dónde hay algún *candomblé*? ¡Vamos, rápido, las informaciones! Quien se calle la boca se gana una paliza, quien delate cuenta con nosotros. Se enteraron de la gran fiesta en el *Terreiro* de Sabaji, en las afueras de la ciudad.

En el barracón, un poco más de diez encantados exhibían ricos trajes y participaban del baile. En el centro, Xangô, montado en un caballo de mucha alzada, el mulato Felipe Mulexé. Daba gusto contemplar aquel baile; el renombre de Xangô de Mulexé recorría el mundo.

Ogan de sala, responsable del orden de la fiesta y del bienestar de los invitados, Manoel de Praxedes, atento a cada detalle, los vio llegar con palabrotas y carcajadas e inmediatamente reconoció al grupo de facinerosos. El rostro siniestro, comido por la viruela negra, sin nariz, sin cejas, Zacarías da Goméia gritó desde la puerta:

—¡Ahora el que va a bailar será Zacarías da Goméia, comienza el baile del palo cantado!

Algo torpe por la cachaza, Samuel Cobra Coral quiso entrar en el barracón. Manoel de Praxedes, consciente de sus deberes, exigió respeto por los santos. «Yete a la mierda», respondió Cobra Coral, e intentó seguir su camino. Con un bofetón, Manoel de Praxedes lo arrojó encima de su colega con viruela y la cachiporra cambió de dueño. En las manos del estibador resultaba un arma terrible, un molinete. Empezó la confusión. Reunidos en el *terreiro* de fiesta, hombres pacíficos y *orixás* alegres se vieron interrumpidos y amenazados. Algunos valientes se unieron a Manoel de Praxedes en la resistencia. Hasta hoy circulan historias de esa pelea: Xangó daba invisibles rebencazos a los alcahuetes y el gigante Praxedes había crecido tanto que se parecía en realidad a Oxóssi; la cachiporra era la lanza de San Jorge derribando bandidos. En el suelo, lastimado, Zacarías de Goméia sacó el revólver y disparó el primer tiro.

Herido en el hombro, con la sangre manando, Felipe Mulexé, caballo de Xangô, prosiguió impávido con su danza. Siguiendo el ejemplo de Zacarías, los demás cruzados extrajeron sus revólveres. Sólo a bala limpia lograron entrar.

En la habitación, finalmente desierta, permanecían apenas Xangô ensangrentado y bailando y Manoel de Praxedes haciendo girar la cachiporra en el espacio liberado. Se reunieron los agentes y acordaron: «Vamos a llevarnos a este hijo de puta a la comisaría y va a saber lo que es bueno». Al frente de los seis héroes, Samuel Cobra Coral, tipo vengativo: «En la comisaría te voy a arrancar la piel, la valentía, el gusto por la pelea y la macumba, te voy a pegar tanto que tú, flor de hijo de

puta, vas a quedar de este tamaño, de gigante vas a pasar a enano».

En un salto imposible de calcular —prodigio de Xangô, según dijo el pueblo—, Manoel de Praxedes salió por la ventana. Antes, con una trompada en la boca, había aligerado a Samuel Cobra Coral de tres dientes, uno de ellos de oro, valioso, orgullo del alcahuete.

Xangô desapareció entre las matas, con el hombro sangrando, el baile de los latigazos. Los bandidos se separaron detrás de los fugitivos. ¡Ah! ¡Si logran atrapar a Felipe Muxelé con su Xangô! ¡Ah! ¡Si le pusieran las manos encima a Manoel de Praxedes, qué maravilla! Ningún rastro, entre los matorrales oscuros, sólo el canto de las lechuzas.

La destrucción de los objetos rituales no sirvió para aplacar su furia, el odio de los cruzados. Era poco. Incendiaron el barracón, las llamas consumieron el *terreiro* de Sabaji. Que sirviera de ejemplo. La guerra santa, la cruzada civilizadora, se prolongó muchos años. Durante el imperio de Pedrito Gordo, dandi y delegado, licenciado con lecturas y teorías, la violencia fue cotidiana, sin paz ni cuartel. El doctor Pedrito había prometido terminar con la hechicería, el samba, la negrada. «Voy a limpiar la ciudad de Bahía.»

Días después, al salir de su casa en Beco das Baronezas, luego de almorzar, Manoel de Praxedes recibió en la espalda la carga completa del revólver de Samuel Cobra Coral. Un disparo detrás de otro, seis en total. Cayó de bruces, no dijo ni ay. Se acercó gente de todas partes y el asesino informó:

—No volverá a hacerse el valiente. Abran paso que me retiro.

La gente no le abrió paso. Al grito de venganza, rodeó al criminal y la indignación fue tanta que la soberbia del matador se hizo pedazos. Tuvo miedo de morir ajusticiado allí, en plena calle. Largó el arma, pidió clemencia, se puso de rodillas. Llegaron los policías, apartaron a la multitud y se lo llevaron preso. Algunos particulares acompañaron a la patrulla hasta la Jefatura de Policía.

Entregado el criminal y el arma del crimen a las autoridades competentes, los particulares fueron despachados. El administrador de un cine en la Baixa dos Sapateiros tuvo tiempo para recordarle al comisario:

—Fue apresado en flagrante acto de matar.

—Déjelo con nosotros, puede irse tranquilo.

Esa misma tarde, alrededor de las dieciocho horas, en compañía de Zé Alma Grande, Inocencio Sete Mortes, Mirandolino, Zacarías da Goméia, Ricardo Cotó, con risotadas y amenazas, el informante de la delegación auxiliar Samuel Cobra Coral, asesino detenido en delito flagrante y entregado a la policía para que fuera puesto a disposición de la justicia, pasó frente al Beco das Baronezas donde estaba siendo velado por compañeros y amigos el cuerpo de Manoel de Praxedes.

El delegado Pedrito Gordo había preguntado:

—¿Qué fue lo que pasó?

—Un macumbero me atacó en la calle, insultó a su madre, mi señor, y quiso pegarme en la cara. Le disparé, no iba a salirse con la suya ese brujo.

«La guerra es la guerra», dijo el delegado auxiliar. La escolta de informantes subió y bajó por la calle, se detuvo en un bar, bebió y no pagó. La guerra es la guerra y el soldado en guerra tiene derecho a regalías.

14

Doblada por el reumatismo, Zabela explotaba por el dolor y la indignación:

—Tadeu es una persona civilizada, esos Gomes son unos groseros, unos campesinos del *sertão*. ¿Por qué esa negativa? ¿Porque son ricos?

—Porque son blancos.

—¿Blancos? Maestro Pedro, no me hable de blancuras en Bahía. No me haga reír que no puedo; el dolor me parte en dos. Cuántas veces ya le dije que el blanco puro en Bahía es como el azúcar del ingenio: todo fabricado. Eso en el Re côncavo, imagínese en el *sertão*. Esos Gomes no se merecen un muchacho como Tadeu. Si no fuese por Lu, un amor de chica que viene hasta aquí a visitarme, se pasa horas dándome charla... Si no fuese por ella, le aconsejaría a Tadeu que se busque una familia mejor. Esos Gomes, francamente. Los conozco muy bien, la abuela, *mon cher*, esa vieja Eufrásia que ahora no sale de la iglesia, fue una loca...

Pedro Archanjo no ocultaba su resentimiento:

—Esa casta es toda igual. Unos dicen lo que piensan: negros y mulatos sólo en el barracón de los esclavos. Otros se dicen liberales, igualitarios, hay que ver si la falta de prejuicios les dura hasta el momento en que se habla de casamiento. Más cordial y sin tonteras como lo fue esa familia con Tadeu nadie podría haber sido. Cuando era estudiante, Tadeu no salía de allí. Almorzaba, cenaba, durmió muchas veces en el cuarto de su compañero, era como un hijo. Pero habló de casamiento y todo cambia de color. Zabela, dime con franqueza; si tuvieses una hija, ¿se la darías como esposa a un negro, a un mulato? Responde la verdad.

Sobreponiéndose a los dolores —«estoy siendo devorada por una manada de perros, me muerden todo el cuerpo»—, la anciana se levantó de la silla:

—¡Pedro Archanjo, no se lo permito! Si hubiese pasado mi vida en Santo Amaro, en Cachoeira o aquí en medio de los Argolo, de los Ávila, de los Gonçalves, tal vez me podría hacer usted esa pregunta. ¿Se olvida que pasé la mayor parte de mi vida en París? Si tuviese una hija, maestro Pedro, ella se casaba con quien quisiese, blanco, negro, chino, turco prestamista, judío de sinagoga, con quien le diera la gana. Y si no le daba la gana, que no se casara —gemía del dolor, se derrumbaba en la silla—: escuche un secreto, maestro Pedro: en la cama no hay nada como un buen negro, ya lo decía mi abuela Virginia —guiñó el ojo lleno de malicia—: Mi abuela Virginia Argolo, casada con el coronel Fortunato de Araújo, el Negro Araújo. Mujer sin pelos en la lengua, refregaba al abuelo Fortunato en la cara de aquellas baronesas refinadas en el ingenio azucarero: «¡No cambio un huevo de mi negro por dos docenas de los blancos de ustedes!» —nuevamente indignada, la

anciana volvía al tema de la conversación—. ¡Rechazar a Tadeu, una persona educada, qué absurdo!

—No rechacé a Tadeu, me voy a casar con él, si Dios quiere —la voz de Lu respondió desde el corredor.

Exclamaciones patéticas de Zabela, «*ma chérie, ma pauvre fille, mon petite*», una sonrisa en la expresión torva de Archanjo:

—¿Por aquí, Lu?

—Buen día, Zabela. La bendición, padre mío.

Padre mío: así lo trataba Lu hacía bastante tiempo. En fiesta de jóvenes, coronación de muchachas, a los cuidados de Archanjo, Lídio y fray Timoteo, había asistido al *candomblé*. Había visto a las hechiceras, a los *iaôs* e incluso a hombres con la cabellera blanca que besaban la mano de Archanjo: la bendición, padre mío. Por el respeto que deben y profesan por *Ojuobá*; la familia de Pedro Archanjo es esa gente y mucha más. De ahí en adelante, ella lo trataba de padre mío y le pedía la bendición, un poco en broma, un poco en serio.

En el muelle, durante la primera despedida de Tadeu, Lu había comparado los dos rostros, el de su amado y el de Archanjo. Semejante parecido, y son sólo padrino y ahijado; más parecen padre e hijo, ¡válgame Dios! Siempre reticente a referirse a su familia, es una conversación que le agrada poco. Tadeu nunca aludía al padre, no había conocido a aquel misterioso Canhoto de quien provenía. En cuanto a su madre, recordaba sólo su belleza. «Mi padre murió y me dejó muy chiquito, ni me acuerdo de él; mi madre era bien bonita, cuando se dio cuenta de mi deseo de estudiar me entregó al padrino Archanjo. Poco después falleció, yo todavía estaba en la primaria.» Asunto cerrado, punto final.

Curiosa, Lu dio vueltas alrededor del confuso enigma de los Canhoto. Sin embargo, fue por poco tiempo, pues

muy pronto se dio cuenta de la molestia de Tadeu, herido en su susceptibilidad.

—Querida, ¿con quién vas a casarte, conmigo o con mis padres?

Lu no volvió a tocar el asunto, pero, quién sabe, tal vez al principio haya dicho el «padre mío» con malicia o con una intención oculta. Archanjo no se dio por enterado de esto y con una sonrisa consintió que lo tratara de ese modo. Le daba la bendición y para corresponder en el mismo tono al afecto y el respeto contenidos en la expresión de la muchacha, la trataba de «hija mía, pequeña *axé*», como si ella fuese una hija-de-santo del *terreiro*.

En la habitación, arrodillada a los pies de Zabela, Lu explica:

—En casa el ambiente sigue estando bastante pesado. Aproveché que el viejo salió y me vine corriendo hasta aquí para respirar un poco. Ahora que Tadeu regresó a Río, mamá aflojó un poco la vigilancia, ya no tiene tanto miedo de que me escape para casarme con él.

—Si huyeses, estarías en tu derecho. Y el de él.

—Lo mejor será esperar, son sólo ocho meses, pasan rápido para quien ya esperó tres años. El día en que cumpla veintiuno y sea mayor de edad, nadie podrá oponerse.

¿De quién habría sido la idea de la conveniencia de esperar, de Lu o de Tadeu? A Pedro Archanjo le gustaría saberlo. ¿Realmente le gustaría?

—Puede ser que en ese tiempo las cosas cambien en casa. Tadeu cree que puede ser. Al final, es mejor que me case con el consentimiento de mi familia, que vivamos en armonía.

¿De quién partían ideas tan sensatas? ¿De la joven, del ingeniero? ¡Ah! Tadeu Canhoto, subes la escalera con prisa y con prudencia! Ganas bien, tu carrera ha comenzado con éxito, rodeado de consideraciones, apreciado por el jefe y por los compañeros de trabajo. Tadeu había logrado sus primeras vacaciones en tres años y había partido hacia Bahía, portador de una carta de Paulo de Frontin dirigida al coronel Gomes: «Estimado señor, he tomado conocimiento de la intención del doctor Tadeu Canhoto de solicitar en casamiento la mano de su digna hija y deseo anticiparle mis felicitaciones. El pretendiente trabaja conmigo desde hace tres años, es uno de los ingenieros más dotados y capaces de entre quienes están transformando la vieja ciudad de Río de Janeiro en una capital grande y moderna». Continuaban las loas al muchacho, «moral elevada, carácter firme, talento fulgurante»; para él estaban abiertos todos los caminos del éxito. Volvía a felicitar a la familia Gomes por los felices esponsales, convencido de que el coronel y su excelentísima esposa no podrían desear mejor yerno.

De nada sirvieron la carta ni los elogios del ilustre personaje. Recibido entre demostraciones de alegría, «miren quién ha aparecido, Tadeu, ese ingrato», el ambiente se transformó por completo cuando, tras haber pedido hablar a solas con el coronel, Tadeu le entregó la carta de su jefe y pidió la mano de Lu.

Fue tal la sorpresa inicial del hacendado que no sólo leyó la carta hasta el final sino que también escuchó sin interrumpir las breves palabras complementarias del ingeniero: —... pedir la mano de su hija Lu. Sólo entonces desapareció la sonrisa de los labios del coronel:

—¿Me estás diciendo que quieres casarte con Lu? — la voz del hacendado no lograba disimular la sorpresa, se mantenía neutra, perpleja.

—Exactamente, coronel. Nos amamos y queremos casarnos.

—Tú... —de pronto el cambio fue total; la voz alcanzó un duro tono de cólera—. ¿Quieres decir que Lu está al tanto de tu ridícula pretensión?

—Señor, no me presentaría ante usted sin estar autorizado por ella, y no nos parece ridícula nuestra —y acentuó el posesivo— pretensión.

Como el bramido de un animal herido y peligroso, el grito del coronel Gomes atravesó la casa.

—¡Emilia, ven aquí enseguida! ¡Trae a Lu! ¡Rápido!

Con ojos de enemigo, miró a Tadeu como si nunca lo hubiese visto antes. Doña Emilia entró enjugándose las manos en el delantal; estaba dirigiendo a la cocinera en la preparación de postres del agrado de Tadeu, quien ciertamente cenaría con la familia de su colega y fraternal amigo. Casi al mismo tiempo, apareció Lu sonriendo, nerviosa y tensa. A ella se dirigió el hacendado:

—Hija mía, este señor aquí presente me ha sorprendido con una absurda petición y dice que lo hace con tu consentimiento. ¿Está mintiendo, no es cierto?

—Si lo que quieres decir es que Tadeu vino a pedir mi mano, es verdad todo lo que te ha dicho. Amo a Tadeu y quiero casarme con él.

Era evidente el esfuerzo del coronel por controlarse y no abalanzarse a bofetadas sobre la joven. Una buena paliza era lo que se merecía.

—Retírate. Luego hablaremos.

Lu sonrió animosa a Tadeu y abandonó la sala. Doña Emilia, al oír la espantosa novedad, gimió con una especie de gruñido sordo: «¡Ay, Señor!».

—¿Sabías algo de esto, Emilia? ¿Lo sabías y me lo ocultaste?

—Sabía tanto como tú, lo ignoraba todo. Para mí es la mayor de las sorpresas. Ella nunca lo dejó translucir.

El coronel no le pidió su opinión, ya fuera porque suponía cuál era o porque creía que una esposa se debe a los cuidados de la casa y no está para dar su parecer en asuntos importantes. Se dirigió a Tadeu:

—Abusaste de la confianza que depositamos en ti. Por ser compañero de mi hijo, te recibimos en casa sin tener en cuenta tu color y tu procedencia. Dicen que eres inteligente, ¿cómo no te diste cuenta de que no criamos a una hija para que termine con un negro? Ahora sal y no vuelvas nunca más a esta casa, o te pondré en la calle a puntapiés.

—Menos mal que el defecto del que me acusa es sólo el color.

—¡Sal! ¡A la calle!

Con paso comedido, Tadeu se retiró mientras doña Emilia empezaba a desmayarse. Los gritos del furioso coronel terminaron muriendo en la vereda. «Lu se va a enfrentar a las fieras», pensó Tadeu. Era fuerte y estaba preparada para eso. El día anterior, en casa de Zabela, habían estudiado el problema en todos sus detalles, considerando sus diversas posibilidades y buscando la solución para cada caso. Tadeu Canhoto amaba los cálculos matemáticos, el trazado de líneas justas, las decisiones nacidas en el estudio y el análisis.

A pesar de esperar el rechazo, Pedro Archanjo se puso fuera de sí, vociferó, perdió la cabeza, algo que

sucedía con muy poca frecuencia. «Sólo pierdo la cabeza por una mujer», solía decir.

—¡Hipócritas! ¡Panda de ignorantes! ¡Blancos de mierda!

Fue Tadeu quien lo contuvo:

—¿Qué pasa, padrino? Cálmese, no insulte a mis parientes. Son una familia de ricos hacendados como cualquier otra, tienen los mismos prejuicios. Para el coronel, que la hija se case con un mulato es una desgracia, prefiere que viva histérica y que se muera solterona. No por eso son malas personas, y en el fondo pienso que incluso ese prejuicio es sólo una primera reacción y no resistirá el paso del tiempo.

—¡Todavía los disculpas, los defiendes! Tadeu Canhoto, ahora el sorprendido soy yo.

—No los defiendo ni los disculpo, padrino. En mi opinión no hay nada peor que el prejuicio del color de la piel, nada mejor que la mezcla de razas, lo aprendí con usted, en sus libros y en sus actitudes. Pero no quiero por eso convertir a los Gomes en unos monstruos; son buena gente. Estoy seguro de que Astério, a quien nada le anticipé, pues quería darle una sorpresa, nos va a apoyar. No hace otra cosa en las cartas que me manda que criticar el racismo norteamericano, «inaceptable para un brasileño», como me escribe.

—¡«Inaceptable para un brasileño»! Pero cuando llega el momento de entregar la mano de la hija o de la hermana a un mulato o a un negro, actúan igual que un racista norteamericano.

—Padrino, finalmente quien se sorprende soy yo. ¿No fue usted quien dijo siempre que el problema de las razas y su solución se situaban de manera no sólo diferente sino también opuesta en Brasil y en Estados

Unidos, que la tendencia aquí, pese a los obstáculos, era la comunión de razas, la mezcla? ¿Y entonces? ¿Sólo porque aparece uno de esos obstáculos usted cambia de opinión?

—La verdad es que me da rabia, Tadeu, más rabia de la que me esperaba. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Casarme con Lu, por supuesto.

Eso bastó para que la cólera de Pedro Archanjo se transformara en acción:

—Trazo enseguida un plan de rapto y fuga.

—¿Rapto y fuga? No es fácil.

—Ya me enfrenté a problemas más difíciles.

Se veía al frente de la novelesca operación: *capoeristas* vigilando la calle, Lu huyendo de su casa en la madrugada, envuelta en miedo y en un albornoz negro, un *saveiro* de velas desplegadas que llevara a los novios a escondrijos elegidos en el Recóncavo, el casamiento en secreto, la rabia de los Gomes. No por casualidad el maestro Pedro Archanjo mezclaba sus lecturas científicas con los folletines de Alejandro Dumas: «Además de mulato, hijo de francés y de negra, una feliz combinación».

—No, padrino, ni rapto ni fuga. Lu y yo ya lo decidimos todo. De aquí a ocho meses Lu cumplirá veintiún años,

será mayor de edad y dueña de su destino. Si hasta entonces no se doblegó la resistencia de los padres, y para eso cuento con Astério, el mismo día de su cumpleaños saldrá de su casa para ser mi esposa. Será mejor así.

—¿Te parece?

—Nos parece mejor a Lu y a mí. Aun cuando no se consiga hasta ese momento la aprobación del coronel, el hecho de haber esperado la mayoría de edad de Lu

facilitará las cosas más adelante. Para mí también tiene ciertas ventajas. Regreso mañana a Río, volveré de aquí a ocho meses.

Pedro Archanjo no dijo ni sí ni no, además de que nadie le pidió su opinión. En la Tienda de los Milagros, Lídio Corró deslumbraba a sus amigos contándoles los éxitos de Tadeu en la capital: Paulo de Frontin no decidía nada, ni el menor detalle de los grandes planes urbanísticos, sin oír su opinión; lo había nombrado responsable de las tareas más complicadas. En la práctica, era Tadeu quien construía la nueva Río de Janeiro. En la casa de Zabela, Pedro Archanjo escucha a la joven que repite las palabras de Tadeu:

—Puede ser que en estos meses los pueda convencer.

—¿Te parece posible?

—¿Y si le digo que mamá ya está medio ablandada? Ayer mismo me dijo que Tadeu era un buen muchacho, si no fuera que...

—Es negro...

—Piense que ella al hablar de Tadeu ya no dice negro: «Si no fuera moreno tan subido...».

Pedro Archanjo se permite finalmente reír; ya no debe salvar al mundo; que Lu y Tadeu resolvieran como mejor les pareciera; fuera como fuera, tendrían su apoyo. Legalista y demorada, aquélla no era su solución ni la de Alejandro Dumas padre, el mulato nacido del general Napoleón y de la bella negra de Martinica (¿de Martinica o de Guadalupe?, no se acordaba bien); si los oyeran, habrían optado por el rapto sin ataduras, con el pecho abierto.

Aprovechando la presencia de público, Zabela partía rumbo a las historias familiares de los Argolo de Araújo: «Oigan. Fortunato de Araújo, coronel de las guerras de la

Independencia, héroe de Cabrito y de Pirajá, conocido como el Negro Araújo, entró en la familia noble de los Argolo a través de la puerta trasera de la alcoba de la abuela Virginia Gonçalves Argolo y tomó la dirección de mando. Era un lindo mulato y yo era su nieta preferida; él me encajaba sobre el borde de la montura y recorríamos al galope campos y montes; fue él quien me puso el apodo de Princesa del Recóncavo. Maestro Pedro, usted que presume de resolver enigmas, dígame por qué el ilustre profesor Nilo d'Ávila Argolo de Araújo, ese microbio, *le grand con*, quien acumula tantos antepasados nobles, es tan parco en el uso del honrado nombre de los Araújo. ¿Por qué no alude a la participación del coronel Fortunato en las luchas del 23; por qué no cuenta que el Negro Araújo fue herido tres veces mientras luchaba por la independencia de Brasil? En nuestra preclara familia no hubo un hombre más capaz; le debemos a él los bienes que todavía poseemos, incluso estas migajas que me quedan. Con orgullo y con razón, la abuela Virgina le decía a las baronesas, condesas, *yayás* y a *toutes les autres garces*: "Un solo huevo de mi Negro Fortunato vale más que *toute cette bande de cocus* que son sus maridos y amantes, *les imbéciles*"».

15

Las historias contadas por Zabela iniciaron a Pedro Archanjo en el conocimiento de la genealogía de los

poderosos, y con el correr del tiempo, supo respecto de los Ávila y los Argolo, Calvacanti y Guimarães, de la ralea de nobles con apellidos hidalgos, tanto cuanto sabía de los lazos familiares del pueblo desembarcado de los barcos negreros. El abuelo de cada uno y el momento exacto en que se habían unido las sangres. Los años siguientes a las celebraciones del cincuentenario, el maestro Archanjo prosiguió con sus estudios: en los volúmenes leídos en la mansarda de la Tienda (allí guardaba la mayoría de los libros, en el cuarto del fondo, la habitación de Tadeu), en la vida vivida ardientemente. Se mantenía joven, nadie le echaría cincuenta y cinco años. Practicaba *capoeira*, dejaba transcurrir las noches en el trago o enloquecido por alguna mujer. Después de Rosália, ¿o al mismo tiempo?, le había puesto casa a Quelé, una muchacha de diecisiete años, que le dio un hijo. Hombre, como siempre. Archanjo nunca tuvo hijas, a no ser las hijas de los *terreiros-de-santo*.

Las mujeres iban a buscarlo a la Tienda de los Milagros, donde, luego de la desaparición de Rosa de Oxalá, se habían terminado los espectáculos y las fiestas. Al no poder aceptar la separación, Lídio había desarrollado un incurable dolor en el codo. Se recuperó lentamente, pero nunca por completo. Enamorado durante más de quince años, el ilustrador de milagros no encontró una sustituta capaz de apagar los recuerdos que evocaban la imagen de Rosa. En el dormitorio, la estatuilla de madera, tallada por el santero Miguel, amigo de Damião, se parece poco a Rosa. Desnuda, los senos altos, las ancas como para una travesía. Si ni siquiera Lídio, el único que la vio sin ropa, en la cama, en sus brazos, puede fijar con barniz en la tela del cuadro la visión de aquel esplendor; había sido una gran osadía

por parte del santero imaginarla y reproducirla en madera de jacarandá. ¿Dónde está la boca hambrienta de besos, el vientre de fuego? En las noches insomnes, Rosa se libera de la tela y de la madera y baila en el cuarto.

En la Tienda y en las calles, en burdeles y pensiones, bailes y pastorales, salones bailables y novenas, riendo y cantando con prostitutas y muchachas, iban dos compadres, la flauta, el *cavaquinho*, la guitarra y la ausencia de Rosa. Por más que fuera bien atendido, Lídio seguía insatisfecho: quien la ha tenido no la puede olvidar ni reemplazar. ¿Y Pedro Archanjo? Para él, el dolor de amar había comenzado mucho antes. No sabes, compadre Lídio, querido amigo, el precio de tu amistad.

Muchas cosas habían cambiado en la Tienda de los Milagros. La imprenta ocupó la habitación grande y la antigua sala agregada. El movimiento había crecido demasiado, ya no le sobraba tiempo al maestro Lídio ni siquiera para dibujar milagros. Cuando aceptaba un encargo, debía realizarlo los domingos, pues la semana resultaba corta para el trabajo del taller.

Sin embargo, la Tienda seguía siendo el centro de la vida popular, ruidosa asamblea de conversaciones, ideas, realizaciones. Allí se escondían los *pais* y *mães* de santo perseguidos; allí fueron resguardadas las riquezas de los *axés*; allí el *pai* Procópio se curó de los latigazos con que la policía le rompió las costillas. Sin embargo, ya no se ve en la puerta el cartel que anunciaba los espectáculos de declamación y de danza, de samba y de *maxixe*. Mané Lima y la Gorda Fernanda se presentan en otras salas. En cuanto al proyector, hace muchos años que está fuera de circulación. Una sola vez regresaron Pinguelinho y Zé Piroca a intercambiar bofetadas en su disputa por Lili Chupeta, cuando Zabela

exigió asistir al «auto moralista acerca de los engaños de la amistad».

— *Quelle horreur!* Son ustedes unos puercos, *des sales cochons* —dijo la anciana muerta de risa, ante el desparpajo y las groserías de la función.

—Vivimos mucho tiempo de estos muñecos y de su falta de vergüenza —explicó Archanjo—. Fueron nuestra forma de sobrevivir.

—Usted vino realmente de muy abajo —comentó la condesa.

—¿Arriba es acaso mejor, más limpio?

Zabela se encogió de hombros.

—Tienes razón, la mugre es igual en todas partes, la amistad se vende por centavos. —Ni por centavos ni por la inestimable moneda del amor de Rosa de Oxalá habría vendido a su amigo—. De aquí salí y aquí me quedo. Si bien en algo cambié y ciertamente así ocurrió, si dentro de mí se han roto valores que han sido sustituidos, aunque se murió una parte de mi antiguo ser, no reniego ni renuncio a nada de lo que fui. Ni siquiera me avergüenza esa pantomima sucia e indecente. En mi pecho todo se suma y todo se mezcla. ¡Oigan! Lídio, Tadeu, Zabela, Budião, Valdeloir, Damião de Souza, del más grande al más chico; ¡oigan! Sólo deseo una cosa: vivir, comprender la vida, amar a los hombres, a todo el pueblo.

Pasaron los años, ya tiene algún que otro cabello blanco, pero ni una sola arruga en el rostro. Pedro Archanjo, con su paso ladeado, elegante con su cuidada vestimenta, atraviesa el Pelourinho rumbo al *Terreiro* de Jesús. En el laboratorio de parasitología de la Facultad de Medicina, el profesor Silva Virajá analizó y describió el esquistosoma, por lo que se hizo célebre. En aquella habitación, el sabio estudia y contribuye al conocimiento

de la disentería, de la leishmaniosis tugal, del mal de Chagas, de las micosis, de las enfermedades tropicales. Pedro Archanjo le va a pedir un favor más: que acepte ser, junto al profesor Bernard, de la Escuela Politécnica, padrino de bodas de Tadeu.

Se acerca la fecha del cumpleaños de Lu, su mayoría de edad. La muchacha había estado exiliada durante meses en la hacienda, en compañía de su madre. La hicieron regresar con la esperanza de que se interesase en algún pretendiente digno. Con Archanjo, Lídio y Zabela en largas conferencias, Lu examinó la situación a grandes rasgos y en todos sus detalles.

—Ya que no quieren ceder, no queda otro camino. Además, quien realmente se opone es papá. Si fuese por mamá, yo la convencería, pero ella piensa con la cabeza del viejo y él, el coronel Gomes, nunca da el brazo a torcer. —Se notaba en la voz el amor y la admiración por su padre—. Casi le retira los giros a Astério porque se puso de nuestro lado.

Astério le había escrito al hacendado aprobando el casamiento y hablando bien de Tadeu, «por quien siento una fraternal estimación». «¿Quién pidió tu consejo? —preguntó el coronel, en violenta misiva—. Mi hija se casará con un yerno que yo elija y que me parezca adecuado.»

Por otra parte, ya había elegido, a juzgar por la frecuencia de las invitaciones a almorzar y cenar dirigidas al doctor Rui Passarinho. Abogado de poderosa clientela, de grandes firmas, hombre representativo y de prestigio, a los treinta y seis años el doctor Passarinho no había tenido tiempo para romances, enfrascado desde muy joven en su bufete y en las lides jurídicas: ya había quien lo consideraba un soltero irremediable. Durante una misa en San Francisco, había contemplado

a la joven Lu con sus grandes ojos y sus rizos rubios; la imagen lo perseguía en sus sueños. Volvió a verla dos o tres veces. En su casa, le habló de la hermosa joven a su madre viuda. ¿La niña de los Gomes? Linda, sí, pero ya no tan niña, ya pasó de los veinte, está a punto de convertirse en solterona. Buena familia, mucho dinero, tierras infinitas, mucho ganado en los pastizales, calles enteras de casas en alquiler en Canela, en Barbalho, en Alpina; pensándolo bien, la chica de los Gomes era ideal para el hijo solterón. La propia madre del doctor Rui Passarinho le habló a doña Emilia del interés de su hijo e hicieron planes para una cena. Una cena, un almuerzo, otra cena, otro almuerzo, casi sin que se diera cuenta, el doctor fue siendo llevado por las dos señoras hasta las puertas del casamiento. En cuanto a Lu, muy educada, muy gentil y nada más. Para divertir a Zabela, imitaba el desconcierto del abogado, siempre a la espera de un resquicio para poder declarársele y sin saber qué hacer y qué pensar. ¡Pobre, se va a llevar una sorpresa!

En la última semana, mientras esperaban a Tadeu, ajustaron los detalles y se apretaron los últimos tornillos. Pedro Archanjo había visitado al profesor Bernard y le había llevado la invitación. Luego se reunió con fray Timoteo en el claustro del convento; las barbas del cura habían emblanquecido pero la risa se mantenía joven. Por intermedio de Damião, el mayor Damião de Souza, Pedro Archanjo recibió una invitación del juez Santos Cruz para que lo visitara en su casa. Hablaron largo rato. Sólo quedaba hablar con Silva Virajá.

En los registros civiles y en las sacristías, en busca de certificados de nacimiento y de bautismo, de un amigo a otro en invitaciones y charlas, en el estudio de las leyes, Pedro Archanjo prepara el casamiento. Casamiento en contra de la familia y sin embargo legal;

ay, no habría de tener el encanto romántico de la seducción novelesca del rapto y la fuga con albornoz y de madrugada, *saveiro* y caballos galopando, persecución y lucha. Servía para la burla, para divertirse y darles una buena lección a los insolentes. Pedro Archanjo se reúne con el maestro Budião y con Valdeloir, y juntos eligen a los hombres de confianza, *capoeiristas* cuyo solo nombre hace temblar hasta a los confidentes de la policía. Por las dudas, nunca se sabe qué puede pasar.

16

Encontró al profesor Silva Virajá en compañía de un hombre de unos treinta años, delgado, con bigotes y barba rubios, rostro abierto, manos nerviosas, ojos que taladraban.

—Buen día, Pedro Archanjo, déjeme presentarle al doctor Fraga Neto, quien va a estar al frente de la cátedra durante mi ausencia. Viene de Alemania y yo voy hacia allí, así es la vida —se dirigió a su colega—. Éste es Pedro Archanjo, de quien ya hemos hablado, persona de mi especial estimación. Oficialmente es bedel de la facultad a disposición de la cátedra de parasitología; en verdad, una eminencia en antropología, y conoce como nadie las costumbres populares de Bahía. Por otra parte, ya leyó usted sus libros...

Pedro Archanjo murmuraba con modestia: «Amabilidad del profesor, soy apenas un curioso...».

—Los leí y me gustaron mucho. Sobre todo el último. Coincidimos en muchas cosas. No tengo dudas de que seremos amigos.

—Me dará mucho placer y será un honor, doctor Fraga. ¿Y usted, profesor, cuándo viaja?

—De aquí a dos meses, más o menos. Primero voy a São Paulo, luego sigo viaje hacia Alemania. Me ofrecen condiciones excepcionales, con las que podré seguir con mis estudios. Aquí es imposible, los presupuestos no alcanzan siquiera para comprar los materiales más indispensables. El doctor Fraga tuvo la gentileza de aceptar mi invitación, abandonando, por puro patriotismo, una inmejorable posición en Alemania, para venir a concursar como docente a Bahía y asegurar así la continuidad de nuestro trabajo. Para eso contará con los colaboradores de la cátedra, como usted y Arlindo, y con los estudiantes.

—Eso siempre que apruebe el concurso.

El sabio se rió: «Será aprobado aunque sea con fórceps, mi querido amigo».

Cuando no implicaba una disputa entre candidatos, un concurso libre de docente era en general bastante menos apasionante e imponente que cuando se trataba de un titular de cátedra. Sin embargo, el concurso del doctor Fraga Neto llenó el salón de actos de la facultad y terminó en el mayor de los escándalos: indignación, aplausos, burlas, injurias, tumultos, desórdenes y peleas.

El joven médico e investigador llegaba de Europa precedido de una amplia fama. Había sido el propio profesor Silva Virajá quien, con el peso de su responsabilidad, lo había invitado a presentarse al concurso y a reemplazarlo en la cátedra. Hijo único de padres adinerados, Fraga Neto había partido hacia Europa después de licenciarse. Había vivido unos meses

en París y en Londres y se había instalado en Alemania. Investigaba las mismas cuestiones y en la misma línea que Silva Virajá, «soy un simple discípulo del gran maestro».

El concurso fue un escándalo; hacía tiempo que no aparecía un candidato a docente tan agresivo y heterodoxo. El tribunal examinador quedó sorprendido por afirmaciones y tesis realmente inesperadas. El único que no se escandalizaba era el propio catedrático de parasitología, Silva Virajá. Se frotaba las manos con la mayor de las satisfacciones mientras el belicoso candidato echaba por tierra arraigadas convicciones, ideas establecidas, estructuras sociales. Con su barba y perilla rubia y arrogante, Fraga Neto, con el dedo en ristre, parecía un demonio seguro de sí mismo. Las causas de semejante alboroto no residían en el debate de las cuestiones médicas —la tesis versaba sobre enfermedades tropicales— y sí en afirmaciones de orden sociológico y político, muchas y tremendas, arrojadas al rostro del tribunal y de la asistencia por el pretendiente al cargo.

Fraga había comenzado por declararse materialista, peor aún: materialista dialéctico, discípulo de Karl Marx y de Friedrich Engels, «los dos grandes filósofos modernos, dos genios que abrieron los caminos de una nueva era para la humanidad». Basándose en esos maestros, exigió urgentes y profundos cambios en la estructura económica, social y política de Brasil para la erradicación completa de las enfermedades tropicales. «Mientras seamos un país semifeudal, de economía agraria, basada en el latifundio y en el monocultivo, no podremos hablar en serio de combate a las enfermedades tropicales. El principal obstáculo es nuestro atraso; de allí provienen todos los demás problemas.»

Fue un *dios nos libre* entre los profesores, muchos de los cuales coincidían en la cátedra y en importante propiedad de la tierra, hacendados y ganaderos. El debate alcanzó una virulencia inusitada; casi llega al insulto. Uno de los miembros de la mesa examinadora, el Montenegro de los neologismos, estuvo al borde de una crisis de nervios. «¡Absurdo!», gritaba espantado.

Los estudiantes —era digno de verse— coincidían absolutamente en apoyar al candidato, y en turbulenta claque aplaudían sus discursos: «Nuestra obsoleta economía es la principal responsable de la esquistosomosis, la lepra, el mal de Chagas, la malaria, la viruela, de las endemias y epidemias de nuestra pobre patria. Sin un cambio radical de estructuras, no podemos pensar honestamente en erradicar enfermedades, en medidas preventivas, en un combate serio y sistemático de los males que afligen a nuestro pueblo; no podemos hablar de salud pública. Prometer esas medidas es una tontería que sirve como burla y como engaño. Mientras no transformemos Brasil, nuestros estudios, por más serios y originales que sean, no pasarán de ser esfuerzos aislados, productos de la vocación y del talento de unos pocos sabios capaces de ingentes sacrificios. El resto es debate estéril y académico. Ésta es la verdad, le duela a quien le duela».

El momento más interesante fue durante la defensa de la tesis. No satisfecho con las reacciones causadas por ideas tan agresivas, Fraga Neto citó como autoridad científica a un bedel de la facultad. Nombrándolo como «competente antropólogo de amplia visión sociológica», leyó una página extraída de la edición que el tal Archanjo, pardo metido a persona, había hecho imprimir: «Son tan terribles las condiciones de vida del pueblo bahiano, tanta la miseria, tan absoluta la ausencia de

toda asistencia médica o sanitaria, tan escaso el más mínimo interés por parte del estado o de las autoridades, que vivir en esas condiciones constituye en sí misma una extraordinaria demostración de fuerza y de vitalidad. Siendo así, la preservación de las costumbres y tradiciones, la organización de sociedades, escuelas, desfiles, ranchos, *ternos*, *afoxés*, la creación de ritmos para el baile y el canto, todo cuanto significa enriquecimiento cultural adquiere la dimensión de un verdadero milagro que sólo la mezcla de razas explica y posibilita. Del mestizaje surge una raza de tanto talento y resistencia, tan poderosa, que supera la miseria y la desesperación con la creación cotidiana de belleza y de vida». De las sillas destinadas al profesorado, partió un rugido: «¡Protesto!». Era el profesor Nilo Argolo, de pie, desencajado mientras gritaba:

—¡Esta cita es un escarnio para la venerable facultad!

No se limitó el profesor Argolo a esas breves palabras, sino que dijo otras, en un discurso ciertamente avasallador y castizo. Desdichadamente, nadie lo oyó: los estudiantes daban vivas a Fraga Neto, varios profesores se pronunciaban al mismo tiempo, se cruzaban los diálogos, los insultos, las burlas y las rechiflas, un verdadero pandemonio. Al final del concurso, aprobado en pleno —dos o tres catedráticos le bajaron la nota—, Fraga Neto fue llevado en andas, en triunfo, por los estudiantes.

En cuanto a la invitación para ser testigo de Tadeu en su casamiento civil, el profesor Silva Virajá no tuvo dudas en aceptarlo. Había conocido al ingeniero cuando era apenas un muchacho, en el laboratorio de parasitología mientras esperaba al padrino Archanjo, y estaba al tanto de las dificultades que había debido vencer para terminar

su carrera. En varias ocasiones le había facilitado lo necesario para el tranvía, para un helado, para el cine. También conocía a los Gomes: toscos hacendados del *sertão*, atrabiliarios y atrasados, muy por debajo intelectualmente de Tadeu. Pero si el muchacho y la joven se gustaban, lo demás no tenía la menor importancia. Se trataba de casarse y de tener hijos.

17

Fue un escándalo inmenso; durante semanas no se habló de otra cosa en Bahía: sólo las conmemoraciones del centenario de la Independencia, las grandes fiestas del 2 de julio, pudieron relegarlo al olvido. Motivo de ácidas discusiones, de intercambio de agravios, parecía como si fuera la primera vez que se casaban un mulato y una blanca. Una blanca bahiana, o sea, salpicada con sangre negra, según la idónea opinión de la condesa Isabel Tereza, conocida desde joven por los íntimos como Zabela. El novio, mulato oscuro, «de un moreno bien subido», para usar la expresión conciliadora de doña Emilia.

Esos casamientos se estaban convirtiendo en acontecimientos habituales. Al entrar en la iglesia del brazo de sus padres, los novios negrobancos o blanconegros ya no despertaban emociones; sólo el sentimentalismo natural de los esponsales. Sin embargo, esta vez la novia no iba del brazo del padre, no se encendían las luces en naves y altares; las ceremonias

civiles y religiosas eran celebradas en casa de amigos, ante un reducido número de invitados, en medio de un clima de amenazas. Respecto a la marcha nupcial de Tadeu y de Lu, la discusión se había expandido por Bahía.

Los poderosos Gomes, dueños de grandes propiedades en el *sertão*, figuras prominentes de la élite, habían considerado la petición de casamiento como un insulto y despacharon al candidato negro y pobre con un «no» cerrado y categórico. Le cerraron las puertas de la acogedora casa y le prohibieron el corazón de la joven, sin tener en cuenta la dote del muchacho: el talento y la fuerza de voluntad, sus pruebas en verso en la facultad, solución de difícilísimos cálculos matemáticos, altas notas en las materias y su brillante carrera en Río, donde era el brazo derecho de Paulo de Frontin.

Palmas para los Gomes; ya era hora de que un jefe de familia pusiese fin al criminal tráfico de sangres, al bastardeo creciente de la raza blanca en Brasil y le dijese basta a la negrada. Así se felicitaban Nilo Argolo, Oswaldo Fontes y su belicosa banda, en apoyo y celebración del coronel.

Gesto inútil y triste; el odio de razas no puede imponerse en un clima brasileño; ningún muro de prejuicios resiste al ímpetu del pueblo; respondían los Silva Virajá, los Fraga Neto, los Bernard.

Todo eso, agregado a la belleza de la novia, a la comentada inteligencia del novio, al amor prohibido y obstinado, rodeó al casamiento de un aura romántica y excitante. Fue el centro de la vida de la ciudad.

Tadeu había desembarcado unos días antes, se había mantenido casi de incógnito; pocos se enteraron de su presencia en Bahía. En casa de Zabela se encontró con Lu, y juntos arreglaron los últimos detalles,

«un plan perfecto», según le comentó el maestro Archanjo a la anciana cada vez más encorvada y parlanchina.

Lu informó a Tadeu del insistente cortejo del doctor Rui Passarinho, visita constante, compañía habitual del coronel. Atento y discreto, el abogado actuaba con delicadeza y tacto. No se imponía, no se declaraba, se limitaba a insinuaciones y largas miradas. Dejó su causa en manos de doña Emilia, quien se desvivía en elogios al postulante. «Está apasionadísimo, hija mía, a la espera de una palabra tuya, un gesto, una señal de asentimiento para hacer la petición. Al fin, ya vas a cumplir veintiuno. Todas tus compañeras del Colegio de las Mercedes ya están casadas, son madres. Maricota hasta largó ya al marido, ¡santa cruz, qué horror!, no vas a encontrar un marido mejor que el doctor Passarinho; le gusta a tu padre y a mí también, mira que puedes quedarte soltera para siempre, ten juicio, no seas cabeza dura.» Día y noche la misma cantinela en sus oídos, y la pregunta en los ojos del letrado.

En las vísperas de la mayoría de edad de Lu, el doctor Passarinho apareció luego de la cena y, en lugar de quedarse en la sala con el coronel hablando de política y finanzas, le preguntó a la joven si le permitía hablarle dos minutos. Se sentaron bajo el gran árbol de mango del jardín del palacete. Arriba, un cielo de estrellas y luna llena; abajo, las aguas del golfo, el Fuerte del Mar, las sombras de los navíos, noche de enamorados. Sin experiencia en declaraciones de amor, bastante molesto, el licenciado, luego de un incómodo silencio, venció la parálisis:

—No sé si doña Emilia, a quien le pedí permiso para mantener esta conversación con usted, le adelantó ya algo... Ya no soy un jovencito...

—Doctor Rui, mamá ya me comentó. Me he sentido muy honrada porque se merece usted mi simpatía; su actitud ha sido irreprochable. Por eso mismo no le permito seguir. Porque ya tengo un compromiso, estoy de novia, voy a casarme pronto, muy pronto.

—¿Compromiso? ¿Novia? Doña Emilia no me comentó nada —realmente sorprendido, el abogado pudo finalmente fijar la vista en los grandes ojos de agua de la muchacha.

—¿Nadie le dijo nada? No digo papá o mamá, ellos nunca hablan del asunto. Pero cuando se produjo la petición de mano, hubo muchos comentarios.

—No sé nada, vivo muy al margen de los comentarios.

—Entonces le contaré todo, que es la mejor manera de probarle mi estima. Parte de lo que voy a contarle es confidencial.

—Soy un hombre de bien, señorita, y además abogado. Guardo conmigo muchos secretos.

—Hace casi un año, ocho meses exactamente, fui pedida en matrimonio por el doctor Tadeu Canhoto, quien se graduó en la misma promoción que mi hermano Astério. Nos gustamos desde muy chicos.

—Tadeu Canhoto, lo oí nombrar.

—La petición fue rechazada porque Tadeu es mulato. Mulato y pobre; vino de abajo, estudió con sacrificio. El rechazo provino de mis padres; yo amo a Tadeu y me considero su novia —no dejó que él la interrumpiese—. Escuche lo que falta: mañana cumpla veintiún años y mañana mismo me iré de esta casa por aquella puerta y me voy a casar. Pienso que contándole la verdad estoy correspondiendo al honor que me hizo usted al pensar en mí como su esposa. No necesito recomendarle discreción.

El abogado contempló el mar cubierto por el resplandor de la luna; de alguna parte llegaba un rumor de *samba de roda*, canto de *capoeira*:

Tira la naranja al suelo, tico-tico.

Mi amor se ha ido, y no me conformo.

Mi camisa es bordada a mano.

Tira la naranja al suelo, tico-tico.

—¿Tadeu Canhoto? ¿No es uno que en la facultad hizo una prueba de matemáticas toda en versos decasílabos?

—Él mismo.

—He oído hablar mucho de él, dicen que es un hombre de mucho talento; el otro día un amigo recién llegado de Río me contó que el ingeniero Canhoto goza de la plena confianza del doctor Paulo de Frontin —se detuvo, oyó el canto distante, *mi amor se ha ido y no me conformo*—. No voy a decirle que estoy alegre, pensé que tendría el honor de pedir su mano, que un día fuera usted mi esposa y compañera. Vuelvo a mis papeles, a los libros y a los dictámenes; tengo gustos de solterón, no sé si sería un buen marido. Permítame que le anticipe mis felicitaciones por el casamiento. Por el casamiento y por el coraje. No sé si puedo serle útil en algo; a usted o si no al doctor Tadeu. Estoy a sus órdenes, si llegara a necesitar mis servicios.

—Muchas gracias, no esperaba otra cosa de usted.

—¿Todo bien, doctor? —preguntó doña Eufrásia cuando el abogado, amable y correcto, un *gentleman*, le besó la mano como despedida.

—Muy bien, doña Eufrásia, todo muy bien —aunque decepcionado, el abogado sentía cierto alivio; había nacido solterón.

—Hasta mañana, doctor. Venga a cenar con Lu.

—Gracias y buenas noches.

Aunque acribillada a preguntas, Lu conversó, risueña y nerviosa. Doña Emilia le informó al coronel sobre la marcha de los acontecimientos: «Todo va bien, mañana tendremos novedades». Las tuvieron, grandes e inesperadas. Por la mañana, mayor de edad, dueña de sus actos, Lu salió temprano de casa y no regresó. Había dejado una nota dirigida a sus padres, dramática y lacónica: «No me quieran mal, voy a casarme con el hombre al que amo, adiós». El coronel Gomes corrió hasta las oficinas del doctor Passarinho, dispuesto a impedir de cualquier manera el casamiento, a recuperar a su hija, a mandar a Tadeu a la cárcel.

Era imposible cualquier recurso legal, explicó el abogado. La muchacha era mayor de edad, era dueña legítima de su voluntad, estaba en condiciones de casarse con quien quisiera. ¿El pretendiente no era del gusto de los padres? Una pena, sin duda, pero no había otra solución que hacer las paces con el novio, olvidando diferencias seguramente insignificantes.

Eso, jamás. El coronel atravesaba la oficina con largos pasos. ¡Negro traidor! Compañero de facultad de Astério, había sido acogido en la casa por el coronel y por doña Emilia, quienes muchas veces le mataron el hambre. Se había aprovechado para volver loca a la muchacha, una niña. Mulato sin padre ni madre, educado prácticamente a base de limosnas, un don nadie, un tal Tadeu Canhoto.

—Discúlpeme, coronel, pero el doctor Tadeu Canhoto no es ningún don nadie. Se trata de un gran ingeniero, goza de un real prestigio, es un hombre con un gran futuro. En cuanto a Lu, ya no es una niña, tiene veintiún

años, y si abandona el hogar paterno para casarse con el doctor Tadeu es porque lo ama de verdad.

—¡Un mestizo!

—Perdóneme, coronel, pero todavía ayer era candidato a la mano de Lu y les consulté a usted y a su señora sobre mi pretensión, recibiendo de ambos una aprobación de la que mucho me enorgullezco. Sin embargo, coronel, también soy mestizo y no por eso...

—¿Usted es mestizo?

—Lo que lo impresiona, estimado coronel, es el color y no la raza. Mi abuela paterna era mulata, bien oscura, coronel. Salí blanco pero tengo un hermano médico en São Paulo, que es un lindo morenazo; salió a la abuela Dona. Por otra parte, se casó con la hija de un italiano muy rico. En Bahía, coronel, es difícil saber quién no es mestizo.

—Mi familia...

—Coronel, si a su hija le gusta el doctor Tadeu, olvídense de los prejuicios, vaya a darle su bendición.

—¡Nunca! Para mí, el día en que se case con ese negro estará muerta y enterrada.

—Cuando lleguen los nietos...

—Doctor, no me hable de eso, de esa desgracia. Voy a impedir ese casamiento, de la manera que sea. Vine hasta aquí para nombrarlo mi abogado, para que ponga en prisión a ese canalla y para que me ayude a encerrar a Lu en un convento.

—Ya le dije que no se puede hacer nada, coronel, la ley...

—¡Qué me importa la ley! Usted es abogado y sabe que la ley no es igual para todos. Quien tiene riquezas está por encima de la ley. Lo autorizo a gastar lo que sea necesario.

—Imposible, coronel. No sólo la ley es muy clara sino que hay un detalle que usted desconoce: desde ayer soy el abogado de su hija Lu, contratado para garantizar sus derechos como ciudadana mayor de edad y en condiciones de enfrentarse a cualquier maniobra que pretenda impedir su casamiento con el doctor Tadeu Canhoto. Siendo así...

El coronel apeló a amigos importantes, se deshizo en amenazas, trató de poner de su lado a las autoridades. Varios detectives recibieron la orden de encontrar a Tadeu y de llevarlo ante la policía. Dieron con él en la Tienda de los Milagros en compañía del abogado Passarinho, quien lo había buscado por media Bahía para ponerlo al tanto de las intenciones del hacendado.

—¿Es usted mi rival? —sonrió Tadeu al estrecharle la mano.

—Creo que ahora soy su abogado. Me costó encontrarlo, doctor.

Estaban conversando cuando llegaron los agentes. Tadeu se negó a acompañarlos:

—No cometí ningún crimen, no tengo por qué ir a la policía.

—Si no va por las buenas, lo llevamos por la fuerza.

El abogado logró manejar la situación prometiendo presentarse ante el jefe de policía: «Lo conozco bien, estudiamos juntos en la facultad, mantenemos excelentes relaciones».

En el despacho del jefe de policía, el doctor Rui quiso saber si el aparato policial existía para garantizar el cumplimiento de la ley o para violarla y colaborar en la comisión de abusos y de ilegalidades.

—Mi estimado amigo, no se exalte. Recibí más de diez peticiones. El coronel Gomes exige prisión y castigo físico. Yo sólo ordené invitar al señalado individuo para

que compareciera ante la policía a prestar declaración. Al final, se trata del rapto de una menor, hija de una familia de la mayor consideración.

—¡Rapto! ¡Menor! Lu cumplió hoy veintiún años, legalmente es tan mayor como usted o como yo. Salió de la casa por su propio pie y dejó una carta. Aclarados estos detalles, pregunto si sabe usted quién es el «señalado individuo». Si no lo sabe, yo se lo digo. Es el ingeniero Tadeu Canhoto, miembro del equipo del doctor Paulo de Frontin, su hombre de confianza. El profesor Bernard, de la Escuela Politécnica, lleva en el bolsillo una autorización de Paulo de Frontin para que lo represente como padrino en el casamiento del doctor Tadeu con la hija del coronel Gomes.

—No me diga. Pensé que sería un seductor barato.

Siguió el abogado con su interrogatorio: «¿Sabe dónde está alojada la joven? En la casa del profesor Silva Virajá. ¿Ya a sacarla de allí?». ¿No le bastaban al jefe de policía las dificultades y críticas generadas por los desmanes del delegado Pedrito Gordo? ¿Buscaba nuevos dolores de cabeza? Él, Passarinho, abogado del ingeniero, lo impediría telegrafando a Paulo de Frontin para contarle las amenazas de la policía.

—No existe ninguna amenaza. Lo invité a que compareciera...

—Mandó a dos delincuentes a que lo trajeran. Si no hubiera estado yo presente, habrían arrastrado al doctor Tadeu hasta aquí. ¿Tuvo en cuenta las consecuencias? Está exponiendo su cargo para servir a los caprichos de un coronel del *sertão*. Si Frontin levanta un dedo, no hay gobernador que lo sostenga. Deje esto de lado, amigo.

El jefe de policía le hizo comunicar al coronel que lamentaba no poder hacer nada; el caso escapaba por completo a sus atribuciones; e hizo retirar a los agentes.

Sentía amor por el puesto; con la comisión del juego ya se había comprado casa propia en Graça.

Totalmente desesperado, el coronel prometió terminar a tiros con el casamiento, «romperle la cara al negro a rebencazos». No hizo nada de eso; partió hacia la hacienda cuando se fijaron las proclamas en el registro civil y fueron leídos los bandos en la iglesia de San Francisco. Los comentarios, los cuchicheos, las risitas y preguntas de las comadres no resonaban en las plantaciones y pastizales. El asunto se había expandido, no se hablaba en Bahía de otra cosa. La abuela de Lu, la anciana Eufrásia, madre de doña Emilia, en los límites de la vejez, se negó a acompañar a la hija y al yerno al exilio rural. No toleraba la hacienda y nada más de su agrado que los dimes y diretes, placer de la vejez, el último que le quedaba. Se quedó sola con las mucamas y el chófer, «a la hacienda no voy ni con una soga».

Días después tuvo lugar el casamiento en la más estricta intimidad. Pero no en la casa de Zabela, como se había decidido anteriormente. Habiendo hospedado a Lu a petición de Archanjo, el matrimonio Silva Virajá ofreció también el palacete y el champán para las celebraciones. Lu vaciló, con temor de disgustar a la anciana, pero Tadeu aceptó: «Es mucho más conveniente, querida». En compensación, Zabela se vistió con gran estilo, parecía salida de las páginas de una revista de moda de fines del siglo XIX. Fray Timoteo ofició el sacramento; el doctor Santos Cruz, en esta ocasión en el foro de familia, legalizó el matrimonio. Los dos pronunciaron un discurso.

El fraile, en un portugués duro y ripioso, elogió la comunión de los corazones amantes, bendita unión de razas, sangres y culturas diferentes. El juez no se quedó atrás. Orador brillante, sonetista con espacio en los

diarios, exaltó en líricas tiradas el amor que se eleva por encima de las diferencias de raza y de clase para crear mundos de belleza. Según Zabela, bañada en lágrimas, el discurso del juez fue «un himno al amor, un poema, *une merveille*».

En las inmediaciones de la casa del sabio, en portales y esquinas, atentos y dispuestos, los más famosos *capoeiristas* de Bahía. Los dos maestros, Budião y Valdeloir, cuidaban la puerta de la calle. A pesar del viaje del coronel al interior, Pedro Archanjo había mantenido las medidas de seguridad. No quería correr riesgos.

Coladas en el casamiento, sólo una: la abuela de Lu. Loca a causa de la locura de la nieta, niña cabeza dura que abandonaba a su familia por un *desarrapado* oscuro, se dirigió a la casa de Zabela, amiga de juventud, ¡qué amiga!

—¡Ay, doña Eufrásia!, la señora se fue al casamiento. ¡Quién pudiera estar allí! —La mucama no podía más de excitación.

—¿El casamiento? ¿De mi nieta? ¿De Lu? ¿Es hoy? ¿Dónde? ¿En la casa de los Silva Virajá? Apúrese, chófer. Tal vez llegue a tiempo de ver algo.

Llegó cuando fray Timoteo bendecía a los novios, en el momento del beso. Zabela notó un bulto en la otra habitación: «*Nom de Dieu*, parece Eufrásia».

—Gente, *chers amis*, llegó la representante de la familia; la *grande-mère* ha venido a bendecir a la nieta. *Entrez*, Eufrásia, *entrez!*

Dudó por una fracción de segundo. Luego sonrió a la señora Silva Virajá, dio un paso al frente y contempló a su nieta: linda en su vestido de novia, vio la guirnalda sobre los rizos rubios, sonriendo con los labios y con los ojos, al lado de su marido, tan distinguido en su frac bien

entallado, el rostro serio, un morenazo de ésos. Caminó hacia Lu y Ta- deu; ¡que se jorobase el tonto del yerno! Al final, no era aquél el primer mulato que se revolcaba en los lechos de la familia. «La que lo sabe bien soy yo, ¿no es así, Zabela?»

Por detrás de los demás invitados, Pedro Archanjo y Lídio Corró vieron a Tadeu caer en los brazos de la abuela Eufrásia Maria Leal da Paiva Mendes.

18

La guerra santa del delegado auxiliar Pedrito Gordo prosiguió durante años, y muy pronto la tenaz resistencia de *mães* y *pais de santo* comenzó a ceder. En la crónica de la vida urbana, en la samba *de roda*, en los cánticos de la *capoeira*, el pueblo registraba los episodios de la persecución:

*No me gusta el candomblé
Que es fiesta de brujos.
Cuando la cabeza me duela
seré uno de los primeros.*

Muchos *babalorixás* e *iyalorixás* se llevaron el *axé* y los santos bien lejos, expulsados del centro y de los barrios vecinos rumbo a las afueras distantes, lugares de difícil acceso. Otros agarraron los *orixás*, los instrumentos, los trajes, los *itás*, los cánticos y los bailes, el *baticum*, los ritmos y se trasladaron a Río de Janeiro;

así llegó el samba a la entonces capital del país, en las caravanas de los bahianos fugitivos. Algunos *terreiros* menores no pudieron sobrevivir a tanta persecución y desaparecieron pronto. Varios fueron los que redujeron el calendario de fiestas a las obligaciones imprescindibles, celebradas en la clandestinidad.

Sólo unos pocos continuaron con la lucha a muerte: las grandes casas de tradición antigua, con decenas y decenas de sacerdotisas. En los días de fiesta, cuando los *atabaques* golpeaban llamando a los santos, la gente de esos *terreiros* se enfrentaba a las incursiones de la policía, a la prisión, a las palizas:

Termine con este santo.

Ahí llega Pedrito.

Allí llega cantando dónde está la casa.

Allí llega cantando dónde está la casa.

Los agentes, a veces bajo el mando del propio Pedrito, invadían la noche de Bahía en busca de *candomblés* y *batuques*, propinando golpes a mansalva:

Toca el pandero

Sacude el caxixi

Date prisa

Que Pedrito

Viene allí.

De 1920 a 1926, mientras duró el reinado del todopoderoso delegado auxiliar, las costumbres de origen negro, sin excepción, desde las vendedoras de comida hasta los *orixás*, fueron blanco de una violencia continua y creciente. El delegado seguía dispuesto a terminar con las tradiciones populares, a cachiporra y

machete, a tiros si era necesario. La samba *de roda* fue exiliada al fin del mundo, a calles y caseríos perdidos. Casi todas las escuelas de *capoeira* cerraron sus puertas. Budião pasó un tiempo escondido, Valdeair vivió de la caridad. Con los *capoeiristas*, el trato era distinto, los agentes no se enfrentaban a ellos cara a cara, les tenían miedo. Era más seguro hacerlo de lejos y por la espalda. A veces aparecía el cuerpo de un *capoeirista* acribillado por las balas durante la madrugada, tiros de emboscada, obra de la pandilla de facinerosos. Así murieron Neco Dendê, Porco Espinho, João Grauçá, Casiano do Boné.

Entre las víctimas de atropellos y brutalidades, en ese período de furia desatada, se encontraba el *pai de santo* Procópio Xavier de Souza, *babalorixá* del Ilê Ogunjá, uno de los grandes *candomblés* de Bahía. Se enfrentó a Pedrito y fue perseguido por él y castigado sin respiro. Constantemente apresado, llevaba en las espaldas las marcas de los látigos de cuero crudo, los cortes sanguinolentos. Nada lo abatió, no se dejó vencer. El pueblo cantaba en las calles:

*Procópio estaba en la sala
Esperando al santo llegar
Cuando llegó don Pedrito
Procópio ven para acá.
La gallina tiene fuerza en las alas
El gallo en el espolón
Procópio en el candomblé
Pedrito en su facón.*

Procópio no silenció los *atabaques*, no huyó de su casa rumbo a la selva ni hacia Río de Janeiro. La rueda de sacerdotisas se achicó; pasó de enorme a reducida,

los *ogans* se recogieron a la espera de mejores tiempos. Procópio continuó:

—Nadie va a impedirme que festeje a mi santo.

Bañado en sangre, la ropa hecha jirones, frente a Pedrito Gordo, en el despacho de la Delegación Auxiliar, renueva su desafío: soy *babalorixá*, festejo a mi santo, a mi padre Oxóssi.

—¿Por qué no dejas de ser tan terco, idiota? ¿No te das cuenta de que tus santos no valen nada? ¿Quieres morir en medio de los golpes?

—Tengo que venerar a mis *orixás*; en los días de fiesta debo tocar para ellos, es mi obligación. Aunque usted me mate.

—Oye, animal sin inteligencia, voy a soltarte, pero si llegas a tocar *candomblé* otra vez, escúchame bien, será la última. ¡La última!

—No voy a morirme antes del día señalado por Dios. Oxóssi me defiende.

—¿No es increíble? Esos santos tuyos no valen nada; si valieran algo ya me habrían matado. Terminó con todos ellos a latigazos y aquí estoy, bien vivo. ¿Dónde está el hechizo que iba a matarme?

—Sólo trabajo para el bien, nunca hice hechizos que hagan daño.

—Oye, cabra asquerosa: los santos de la iglesia hacen milagros, por eso son santos. Estos santos tuyos sólo hacen barullo, son unos santos de mierda. El día en que vea un milagro de alguno de esos hijos de puta, ese día renuncio al cargo —se rió, tocó con la punta del bastón el pecho lastimado del negro—. De aquí a pocos días va a hacer seis años que aporreo al *candomblé*; ya terminé con casi todos, voy a ponerle fin al resto de una vez. En todo este tiempo nunca vi un milagro de *orixá*. Mucha palabrería y nada más.

Los agentes se rieron con él; el doctor tenía su gracia, el doctor no sentía miedo. Procópio oyó la amenaza final:

—Escucha mi consejo: cierra el *terreiro*, tira los *atabaques*, manda a la mierda a los santos y te doy un puesto en la policía. Una buena vida, pregúntale a ellos si no vale la pena. Porque si te agarro una vez más, va a ser la última. No soy de engañar a nadie.

—Nadie me va a impedir que festeje a mi santo.

—Pues hazlo y verás. Ya te avisé.

Mal ejemplo que mantenía viva la resistencia, llama que iluminaba la noche dañina y peligrosa. Irreductible, Procópio no era un candelabro que se torciese. Pedrito paseó la mirada por sus hombres, uno por uno, la «pandilla de facinerosos, los asesinos al servicio del delegado auxiliar». Seis años al mando le habían enseñado el valor y la lealtad de cada componente de la famosa escolta, los caballeros de la guerra santa. Hombre de verdad, de absoluta confianza, corazón sin miedo, brazo ejecutor, perro fiel y sumiso, sólo uno, Zé Alma Grande.

19

Las grandes fiestas de antaño en el *Terreiro* de Ilê Ogunjá se habían reducido a un pequeño grupo de sacerdotisas, viejas mujeres resignadas, y a unos pocos *ogans*. En la fiesta de Oxóssi hasta habían faltado *alabes*. De no ser por la presencia de *Ojuobá* y del *pai*

de santo Procópio, no habría habido quien asumiese la dirección de la ceremonia. Se había corrido la voz de que si Procópio se atreviese a abrir el barracón, el delegado Pedrito se presentaría en persona, y ay de quien se hallase allí. Él mismo se lo había avisado al *pai de santo*: si lo atrapaba, era la última vez.

En las callejuelas y caminos ya se daba a Procópio por muerto. Los agentes no se limitarían a los encarcelamientos y las palizas, a la devastación de los *pejis*. La orden era terminar con el *babalorixá*. Despreciando consejos y avisos, Procópio decidió abrir el *terreiro* con ocasión de Corpus Christi, día de Oxóssi, y saludar al *orixá*.

—¿Cómo no he de celebrar la fiesta de mi santo? — le dijo a Pedro Archanjo en la Tienda de los Milagros—. Aunque me maten, debo cumplir con la obligación, para eso recibí el *deká*.

Pedro Archanjo propuso la organización de una brigada de *capoeiristas* para vigilar el *terreiro* y enfrentarse a los esbirros del delegado. En aquella guerra sin cuartel, la policía había matado a muchos valientes, comenzando por Manoel de Praxedes, uno de los primeros. Hubo quien se amedrentó y huyó; algunos cambiaron de vida y escondieron los *berimbaus*. Sin embargo, aún quedaban camaradas sin miedo. Pedro Archanjo sabía dónde buscarlos. Procópio se opuso. Era mejor que el delegado, si decidía venir, lo encontrase únicamente a él, a las sacerdotisas y a los *alabes*. Cuanta menos gente, mejor.

Fiesta pobre en cuanto a asistencia, pero rica en su animación. Los santos bajaron temprano y todos al mismo tiempo, en un gran revuelo. Xangô y Yansan, Oxalá y Nanan Burokô, Euá y Roko, Yemanjá de las aguas, Oxumarê, enorme cobra en el suelo. En el centro

de la habitación, Oxóssi, rey de Ketu, cazador de fieras, en la mano derecha el arco y las flechas, en la izquierda el *erukerê*. *Okê, aró!*, saludó Pedro Archanjo *Ojuobá*. En la danza de Procópio, Oxóssi se dirigió a la puerta del *terreiro* y lanzó su grito de desafío. *Ojuobá* y la *iakekerê* rivalizaban con los cánticos, ordenaban el baile, todo en paz y en alegría. *Okê aró, Oxóssi!*

El rumor de los automóviles marcó la hora de la muerte. Para ciertos trabajos el delegado auxiliar Pedrito Gordo únicamente depositaba su confianza en Zé Alma Grande, boca sin preguntas, corazón sin dudas; en cuerpo tan grande no cabían ni el miedo ni el remordimiento. No había nadie igual para callar de una vez y para siempre a un sedicioso.

Como regla, Pedrito no utilizaba a Zé Alma Grande contra personas desarmadas, en tareas simples: batidas en *candomblés*, rondas de samba, *ranchos* y *batuques*. Perro de presa, hombre de confianza, matador para las misiones más arriesgadas. Presente siempre que se trataba de enfrentarse a peligros verdaderos, enemigos empedernidos, asesinos contumaces, adversarios políticos buenos con el gatillo. Así ocurrió cuando fue apresado Zigomar: con un sopapo Zé Alma Grande había puesto al criminal fuera de combate. Cuando, en el Club Comercial, Américo Monteiro le disparó al delegado prácticamente a quemarropa, quien desvió la mira del revólver fue Zé Alma Grande, que no llegó a estrangular al periodista porque Pedrito quería pegarle con el bastón al adversario: «Largue al hombre, Zé, quiero ver si desarmado sigue siendo valiente».

Le correspondía también a Zé Alma Grande cuidar la puerta del burdel de Vicenza, en Amaralina, en los días de descanso del delegado metido a seductor de mujeres

casadas: el dolor de cuerno a veces genera valentía; Pedrito llevaba la prueba en un tajo del estómago.

Fuera de eso, Zé cumplía las órdenes secretas, los trabajos que exigían responsabilidad, los que estaban bien pagados. Aparecían muertos en las alcantarillas, la cabeza abierta a golpes, con marcas de dedos en el cuello. Cuando Alma Grande levantaba sus enormes manos, los más valientes se acobardaban. Guga Maroto era un león, un macho que hacía callar a cualquiera. Al sentir las garras de Zé Alma Grande en la garganta, cayó de rodillas, implorando perdón. Por primera vez el delegado se había traído a Alma Grande a una redada en un *candomblé*. Para el caso improbable de que hubiera resistencia, completó el cortejo con Samuel Cobra Coral y Zacarías da Goméia, uno y otro enemigos personales de *terreiros* y *orixás*. Desde la puerta, impecable en su traje de lino inglés, con el bastón en la mano, el sombrero panamá, la larga boquilla, un dandi, Pedrito se dirigió al *pai de santo*:

—¡Procópio, te avisé!

Pedro Archanjo escuchó la sentencia de muerte en la voz del delegado. Los agentes se aproximaron al jefe, el maestro Archanjo reconoció a Zé de Ogun. No lo veía desde hacía ya muchos años, desde que Majé Bassan le había prohibido la entrada al renegado al *Terreiro* de Xangô y le quitara el derecho al canto y al baile por haber matado a una *iaô*. Cuando estaba el santo, su fuerza se duplicaba. Cierta noche, en la playa de Conceição, enfurecido a causa de una bandida, recibió al santo y terminó con la fiesta haciendo correr a una patrulla de agentes. Sólo pudieron atraparlo al día siguiente cuando dormía como un niño a pierna suelta en la Rampa del Mercado. Fue en esa ocasión cuando lo reclutó el delegado Pedrito, llevándolo de la cárcel a

integrar su escolta. Los policías lo llamaron Zé Alma Grande por su franqueza al hablar y la tranquilidad al matar. Pedro Archanjo *Ojuobá* reconoció a Zé de Ogun: todo podía suceder.

—¡Basta, Procópio! ¡Termina con eso! —ordenó el delegado—. Entrégate y dejo que los demás se vayan.

—¡Soy Oxóssi, nadie termina conmigo!

—¡Voy a terminar contigo ahora mismo, santo de mierda!

Pedrito Gordo le señaló a Procópio a Zé Alma Grande:

—Aquél. Ve a buscarlo, vivo o muerto.

Se adelantó el negro, mayor que todo un cuarto. *Ojuobá* percibió con los ojos de Xangô un destello de vacilación en el caminar del facineroso al entrar en el recinto sagrado del *terreiro*. Samuel Cobra Coral y Zacarías da Goméia habían tomado posición, dispuestos a impedir cualquier resistencia. Procópio prosiguió con su danza; era Oxóssi, el cazador, señor de la selva, rey de Ketu.

Cuentan que, exactamente en ese momento, Exu, de regreso del horizonte, entró en la sala. *Ojuobá* dijo: *Laroie Exu!* Todo sucedió muy rápido. Cuando Zé Alma Grande dio un paso más en dirección a Oxóssi, se encontró frente a Pedro Archanjo. Pedro Archanjo, *Ojuobá* o el propio Exu según la opinión de muchos. La voz surgió imperativa en el anatema terrible, en la reprensión fatal.

—*Ogun kapê dan meji, dan pelú oniban!*

Del tamaño de una habitación, ojos de asesino, el brazo como una grúa, las manos de muerte, perplejo, el negro Zé Alma Grande se detuvo al oír el sortilegio. Zé de Ogun dio un salto y un alarido, tiró lejos los zapatos, giró por la sala, se transformó en *orixá* y, como santo, su

fuerza se duplicaba. *Ogunhê*, gritó y todos le respondieron: *Ogunhê, mi padre Ogun!*

—*Ogun kapê dan meji, dan pelú oniban!* —repitió Archanjo.

Ogun llamó a dos cobras y ellas se levantaron ante los soldados.

Se levantaron los brazos del *orixá*, las manos como tenazas eran dos cobras: Zé Alma Grande, Ogun furioso, se dirigió hacia Pedrito.

—¿Estás loco, Zé?

Samuel Cobra Coral y Zacarías da Goméia no tuvieron opción; se pusieron en el camino entre el Demonio y el delegado. Con su mano derecha, Zé Alma Grande agarró a Samuel Cobra Coral, el matador de Manoel de Praxedes, el buen gigante de los remolcadores y los navios. Lo suspendió en el aire como si fuese un juguete. Luego lo arrojó al suelo con toda su fuerza, cabeza abajo. La cabeza se enterró en el cuello, rotos los huesos de la columna, fracturada la base del cráneo, muerto a los pies del delegado. Zacarías da Goméia iba a disparar pero no tuvo tiempo; recibió un puntapié en la nariz y se desmayó en medio de los gritos; nunca más pudo pelear.

Pedrito Gordo sólo había sentido dos veces miedo en su vida, y nunca nadie se había enterado. La primera fue cuando era adolescente, estudiante de derecho, gigoló de putas viejas. Habiendo tratado mal a una infeliz, delgada y tísica, se había despertado en medio de la noche mientras la desgraciada le pasaba la navaja por la carótida. Habiendo iniciado su trabajo, ya había cortado la piel y brotaba la sangre; Pedrito tiene aún la marca. Sin embargo, estaba tan ebria que el joven, luego de un momento de pavor, pudo dominarla; y con la misma navaja le atravesó la cara. No hubo testigos del miedo

del muchacho al despertarse y sentir la navaja en la garganta.

La segunda vez, licenciado y ya hombre hecho, en la hacienda paterna, se metió en amores con la mujer de un mestizo. Una tarde, en el horario de trabajo del hombre, se hallaba Pedrito en lo mejor del placer cuando sintió la punta del facón en la espalda y la voz de cólera: «Te voy a matar, hijo de puta». El miedo lo derrumbó encima de la mujer. Lo salvó el grito de alguien, allí fuera, que llamaba al mestizo. En un instante de distracción del cornudo, el delegado se recuperó, tomó el facón del infeliz y le dio una paliza.

Tampoco nadie se enteró de ese miedo, aunque tal vez la mujer haya percibido algo en la alteración del corazón de su amante. La gente que se apresuró para ver la pelea fue testigo de la valentía de Pedrito para dominar al mestizo.

Sin embargo, en esta tercera vez, todos asistieron y dieron fe de un miedo público, un terror desatado. Cuando Zé Alma Grande, perro de presa, obediente asesino, hombre de toda confianza, se transformó en Ogun y se dirigió al delegado, Pedrito precisó de todo su orgullo para levantar el bastón en un último intento de salvarse. No sirvió de nada. Los pedazos de junco estallaron en los dedos del hechizado, cabezas de serpiente dirigidas contra el comandante de la cruzada bendita, de la guerra santa. No tuvo Pedrito otro recurso que correr vergonzantemente, presa del pánico, pidiendo auxilio, en dirección al automóvil veloz que lo sacaría de aquel infierno de *orixás* desatados en milagros. Pero, ay, los macumberos habían pinchado las cuatro ruedas.

Apretados en las calles, todos vieron al delegado auxiliar Pedrito Gordo, la fiera de la policía, el siniestro jefe de la pandilla de facinerosos, el matasiete, el

malvado sin alma, el terror del pueblo, en triste fuga perseguido por un *orixá* de *candomblé*, por el guerrero Ogun encendido por completo en cobras como llamas. Fue la risa, la burla de la ciudad, la nota cómica de los diarios de la oposición, el verso de Lulu Parola, la trova de los cantores.

*El maestro Archanjo puso fin
A la fanfarronería de Pedrito.*

20

El jefe de policía aceptó con inocultable placer la dimisión de Pedrito Gordo. Incómoda herencia de la gestión anterior, autoridad incontrolable, que actuaba por libre, sin pedir órdenes ni dar cuentas, al comando de un grupo de bandidos, de feroces asesinos, el delegado auxiliar se había convertido en un problema y sólo el miedo le había impedido al jefe de policía exonerarlo para bien de la institución pública.

Durante meses nadie pudo ver a Pedrito en las calles de Bahía; había partido hacia Europa en «viaje de estudios». En cuanto a Zé Alma Grande, la policía rastreó la ciudad en su busca; la banda de facinerosos cumplía su última misión. Lo encontraron vagando por las afueras, más allá de las rozas de Caçula, y lo fusilaron sin piedad. Herido de muerte, Zé Alma Grande aún tuvo tiempo para agarrar a Inocencio

Sete Mortes del pescuezo y llevárselo consigo al cielo de los asesinos.

Fue eliminado el cargo de delegado auxiliar —una especie de cargo paralelo al de jefe de policía, su eventual sustituto; en la práctica el verdadero comandante, pues le cabía la ejecución de las acciones—, que dio lugar a los delegados de carrera. Le tocó al primero de ellos, el licenciado Fernando Góis, atenuar la guerra santa, permitir las risas y la fiesta. Gentil y delicado, no se ajustó a sus funciones y terminó como banquero. Los *candomblés* pudieron reabrir las puertas de los *terrenos*, los *afoxés* regresaron a las calles, el samba se propagó durante el carnaval, se reorganizaron *ranchos* y *ternos*, *bumbameu-boi* y pastorales. Las *capoeiras* recuperaron *berimbaus* y cánticos:

¡Esta cobra te muerde
Señó San Benito
Oye el salto de la cobra
Señó San Benito
Es el compadre!

—¡Eh, compadre Archanjo! ¡Qué pelea larga la nuestra! —recordó el maestro Lídio Corró en la Tienda de los Milagros, leyendo la noticia sobre la renuncia del delegado auxiliar.

Habían iniciado hacía más de veinte años, a finales del siglo anterior, aquella lucha contra la policía, contra el gobierno, contra el odio; fue cuando planearon, organizaron y llevaron a la calle el primer *afoxé* de carnaval, la Embajada Africana. El enredo era la corte de Oxalá, el maestro Lídio el Embajador, Valdeloir el Bailarín.

En aquellos tiempos habían derrotado y hecho renunciar al director de la policía, el doctor Francisco Antônio de Castro Soromenho, quien había prohibido el desfile de *ranchos* y *afoxés*, el *batuque* y el samba. «¡Qué buenos tiempos, eh compadre!, cuando jóvenes y osados salimos en el *Afoxé* de los Filhos da Bahía, burlándonos de la policía, ¡viva el pueblo y su fiesta! ¿Se acuerda, compadre? Esta lucha es larga y es de nunca acabar. El mayor Damião de Souza, un niño entonces, le arrancó la gorra a un soldado, el finado Manoel de Praxedes representaba el papel de Zumbi. Nunca más dejamos de pelear, compadre; en la calle y en el *terreiro*; en un libro o en el diario; con la tinta y con la piedra, en la fiesta y en el barullo. Lucha más que larga, una pelea que no parece tener un final. ¿Se acabará algún día, compadre?

»Un día se va a terminar, pero no será en nuestro tiempo, camarada. Vamos a morirnos peleando y divirtiéndonos con la pelea. Pedrito delante, corriendo. Ogun tras él, con las manos convertidas en cobras, déjeme reír; compadre, nunca vi nada tan gracioso. Vamos a morirnos peleando. Jóvenes y osados. ¡Pitos para la policía, viva el pueblo de Bahía!»

21

Cierta noche, bastante tiempo después de los acontecimientos del *candomblé* de Procópio, varios hombres regresaban en automóvil de una fiesta en la

Casa Branca, el *Terreiro* de Engenho Velho, restaurado en su grandeza. El auto pertenecía al profesor Fraga Neto, docente interino de parasitología a cargo de la cátedra, y con él iban fray Timoteo —así, vestido de civil, con chaqueta y barba larga, la piel rosada de holandés, parecía un prestamista ruso—, el santero Miguel y Pedro Archanjo. Fueron a dejar al fraile en el convento y de allí el santero siguió su camino; vivía en un cuartito en la misma Rua do Liceu donde había instalado su tienda de imágenes.

El profesor Fraga Neto se había traído de Alemania el gusto por la noche y por la cerveza.

—¿Qué le parece enjuagarse la garganta, maestro Pedro? Tengo la boca seca; esa comida con aceite de *dendê* es muy rica pero me deja con mucha sed.

—Una cerveza vendría bien.

Sentados en el bar Pérez, en la esquina del *terreiro*, con la catedral al lado y frente a la Facultad de Medicina, consumidos los primeros sorbos, el profesor Fraga Neto tiró del hilo de la conversación.

—Aquí no somos el profesor y el bedel de la cátedra de parasitología; somos dos hombres de ciencia y dos amigos. Podemos conversar francamente y, si usted quiere, puede llamarme «compadre» como hace con todo el mundo. Porque hoy quiero que me explique ciertas cosas.

«¿Amigos?», pensó Archanjo. Una mutua y fuerte simpatía vinculaba al profesor y al bedel. Fraga Neto, lleno de ímpetu y generosidad, de entusiasmos y afirmaciones fáciles, ardiente en el debate, explosivo, encontraba en Archanjo la experiencia madura, la seguridad, el ímpetu insobornable revestido de mansedumbre y alegría de vivir. ¿Puede un bedel ser amigo de un profesor? Archanjo se consideraba amigo

de Silva Virajá. Por muchos años, más de quince, había sentido el calor del afecto casi paternal del sabio, aunque no fuese mucha la diferencia de edad que los separaba. Durante todo ese tiempo la mano del maestro le había señalado caminos, le había dado protección y apoyo, en permanente y silenciosa ayuda.

Amigo de Fraga Neto, quien, para empezar, en la discusión de su tesis de concurso había citado un tramo de *Influencias africanas en las costumbres de Bahía* y buscaba permanentemente el trato y la compañía de Archanjo. Había ido varias veces a la Tienda de los Milagros; no llegó a conocerla como un ruidoso y bohemio lugar de cantos y bailes; ahora era un modesto y ajetreado taller gráfico donde por las noches los principales y los venerables se reunían para discutir acerca de todo. Por cierto, amigos, sin embargo con una amistad diferente de la que lo ligaba a Lídio, Budião, Valdeoir, a Aussá, a Mané Lima y a Miguel: éstos eran sus amigos y sus iguales; Silva Virajá y Fraga Neto estaban en un escalón más alto. El maestro Archanjo no lo quería escalar ni cuando para hacerlo le extendieran una mano amiga. Sólo el mayor Damião, con un pie arriba y otro abajo, era capaz de semejante equilibrio. ¿Y Tadeu? No tenía noticias suyas desde hacía bastante tiempo.

El maestro Pedro Archanjo toma un trago de cerveza. El profesor Fraga Neto escruta la cara del bedel: «¿Qué se esconde en la sombra de esos ojos, en la mansedumbre de bronce? ¿En qué piensa, cuál es su idea de la vida?».

Fraga Neto iba a la Tienda en busca de contacto con el pueblo, con las «masas trabajadoras», de acuerdo con su expresión. A veces, al oírlo hablar de la vida en Europa, de los estudios, de la agitación obrera, Pedro

Archanjo se sentía viejo, un hombre de otra época, escuchando el nuevo lenguaje del profeta generoso de un mundo en el que no podrían subsistir siquiera las sutiles diferencias que separaban a Archanjo de Fraga Neto.

—Pues, compadre —dijo el profesor remedando a Archanjo e interrumpiendo sus pensamientos—, hay algo que se me escapa y que me deja perplejo. Hace mucho que quería hablarle de eso.

—¿De qué se trata? Si puedo se lo responderé.

—Me pregunto cómo es posible que usted, un hombre de ciencia, sí, un hombre de ciencia, ¿por qué no?, ¿por qué no se graduó? Dejémosnos de tonterías y digamos las cosas como son. Me pregunto cómo es posible que crea usted en el *candomblé*.

Vació el vaso de cerveza y volvió a llenarlo.

—Porque usted cree, ¿no es así? Si no creyera, no se prestaría a todo aquello: cantar, bailar, hacer todos aquellos movimientos, dar la mano y besarla, todo muy lindo, sí, señor, el fraile llega a babear de placer, pero convengamos, maestro Pedro, que es todo muy primitivo, una superstición, algo bárbaro, fetichismo, etapa primera de la civilización. ¿Cómo es posible?

Pedro Archanjo se mantuvo un rato en silencio, empujó el vaso vacío, le pidió al español una medida de cachaza: «La que usted sabe y no de la otra».

—Le podría decir que me gusta cantar, bailar, que a fray Timoteo le gusta asistir, y a mí me gusta hacerlo. Con eso bastaría.

—No, usted sabe que no. Quiero saber cómo puede usted conciliar sus conocimientos científicos con las obligaciones del *candomblé*. Es eso lo que quiero comprender. Soy materialista, usted lo sabe, y a veces me sorprenden ciertas contradicciones del ser humano.

La suya, por ejemplo. Parecen convivir en usted dos hombres: el que escribe los libros y el que danza en el *terreiro*.

Habían traído la cachaza, y Pedro Archanjo se bebió todo el vaso; aquel entrometido quería la clave del enigma más difícil, el de la azarosa respuesta:

—Pedro Archanjo *Ojuobá*, el lector de libros y el de buena charla, el que conversa y discute con el profesor Fraga Neto y el que besa la mano de Pulquería, el *iyalorixá*, dos seres diferentes, ¿tal vez el blanco y el negro? No se engañe, profesor, es uno solo. Mezcla de los dos, sólo un mulato.

La voz severa y lenta, de desacostumbrada gravedad, cada palabra provenía de lo más profundo del pecho.

—¿Cómo es posible, maestro Pedro, conciliar tantas diferencias, ser al mismo tiempo el no y el sí?

—Soy un mestizo, tengo partes de negro y de blanco, soy blanco y negro al mismo tiempo. Nací en el *candomblé*, crecí con los *orixás* y aún joven alcancé un alto cargo en el *terreiro*. ¿Sabe lo que significa *Ojuobá*? Soy los ojos de Xangô, mi ilustre profesor. Tengo un compromiso, una responsabilidad.

Golpeó la mesa para llamar al camarero: «Más cerveza para el profesor, cachaza para mí».

—¿Si creo o no? Voy a decirle algo que hasta ahora sólo me dije a mí mismo y si usted se lo contara a alguien me verá obligado a desmentirlo.

—Quédese tranquilo.

—Durante años y años creí en mis *orixás*, así como fray Timoteo cree en sus santos, en Cristo y en la Virgen. En esa época todo lo que sabía lo había aprendido en la calle. Luego busqué aprender en otras partes, me apropié de nuevos conocimientos, perdí mis creencias.

Usted es materialista, profesor, no leí a los autores que cita, pero soy tan materialista como usted. Tal vez más, ¿quién sabe?

—Tal vez más, ¿por qué?

—Porque sé, como lo sabe usted, que nada existe más allá de la materia, pero también sé que, aun así, a veces el miedo ocupa mis días y me perturba. Mi saber no me limita, profesor.

—Explíqueme eso.

—Todo aquello que fue para mí un lastre, la tierra donde apoyaba los pies, se transformó en un fácil juego de adivinanzas. Lo que era milagroso descenso de santos se reducía a un estado de trance que cualquier estudiante de la facultad puede analizar y explicar. Para mí, profesor, sólo existe la materia. Pero no por eso dejo de asistir al *terreiro* y de ejercer las funciones de mi cargo de *Ojuobá*, de cumplir con mi compromiso. No me limito como usted, que teme lo que puedan pensar los demás, que tiene miedo de que se cuestione el verdadero alcance de su materialismo.

—¡Soy coherente y usted no lo es! —explotó Fraga Neto—. Si ya no cree, ¿no le parece deshonesto practicar una farsa como si creyera en ella?

—No. Primero, como ya le dije, me gusta bailar y cantar, me gustan las fiestas y sobre todo las fiestas de *candomblé*. Además, hay otra cosa: estamos metidos en una lucha cruel y dura. Vea con qué violencia quieren destruir todo lo que poseemos, negros y mulatos, nuestros bienes, nuestra idiosincrasia. Hasta hace poco tiempo, con el delegado Pedrito, ir a un *candomblé* era algo peligroso; el ciudadano arriesgaba su libertad e incluso su vida. Usted lo sabe, ya hablamos de eso. Pero ¿sabe cuántos murieron? ¿Cree por casualidad que esa violencia disminuyó? Sí disminuyó, pero no se terminó.

¿Sabe por qué echaron al delegado? ¿Sabe cómo ocurrió?

—Ya oí hablar más de una vez sobre el asunto. Una historia de absurdos con su nombre mezclado en ella.

—¿Cree usted que habría obtenido algún resultado si me hubiera puesto a discutir con el delegado Pedrito así como estoy discutiendo con usted ahora? Si hubiese proclamado mi materialismo, si hubiese abandonado el *candomblé*, si hubiera dicho que no es más que un juego de niños, resultado del miedo primitivo, de la ignorancia y de la miseria, ¿a quién ayudaría? Profesor, ayudaría al delegado Pedrito y a su banda de facinerosos, ayudaría a poner fin a la fiesta del pueblo. Prefiero seguir yendo al *candomblé*; además me gusta ir, me encanta promover cantos y bailar delante de los *atabaques*.

—Así, maestro Pedro, no ayuda a modificar la sociedad, no cambia el mundo.

—¿Seguro que no? Creo que los *orixás* son un bien del pueblo. La lucha de *capoeira*, la samba *de roda*, los *afoxés*, los *atabaques*, los *berimbaus*, son bienes del pueblo. Todas esas cosas y muchas otras a las que usted, con su estrecho pensamiento, quiere ponerles fin, igual que el delegado Pedrito, discúlpeme que se lo diga. Mi materialismo no me limita. En cuanto a la transformación, creo que debe hacerse, ¿o será que no hice nada para contribuir a ella?

La mirada se le perdió en la plaza del *Terreiro* de Jesús:

—*Terreiro* de Jesús, todo está mezclado en Bahía, profesor. El Atrio de Jesús, el *Terreiro* de Oxalá, *Terreiro* de Jesús. Soy la mezcla de las razas y de los hombres, soy un mulato, un brasileño. Mañana será de acuerdo con lo que usted dice y desea, ciertamente lo será, el hombre progresa. Ese día todo se habrá mezclado por

completo y lo que hoy es misterio y lucha de la gente pobre, rueda de negros y mestizos, música prohibida, danza ilegal, *candomblé*, samba, *capoeira*, todo eso formará parte de la fiesta del pueblo brasileño, música, ballet, nuestro color, nuestra risa, ¿me entiende?

—Tal vez usted tenga razón, no lo sé. Tengo que pensarlo.

—Le digo más, profesor. Sé a ciencia cierta que nada de lo sobrenatural existe, proviene del sentimiento y no de la razón, surge casi siempre del miedo. Sin embargo, cuando mi ahijado Tadeu me dijo que quería casarse con una muchacha rica y blanca, aun sin quererlo pensé en la profecía que le hizo la *mãe de santo* el día en que se licenció. Llevo todo eso en la sangre, profesor. Aún vive en mí ese hombre antiguo, más allá de mi voluntad, pues lo fui por mucho tiempo. Ahora le pregunto, profesor: ¿Es fácil o difícil conciliar teoría y vida, lo que se aprende en los libros y la vida que se vive a cada instante?

—Cuando se quieren aplicar las teorías a hierro y fuego, terminan por quemarnos las manos. ¿Es eso lo que quiere decir, no?

—Si proclamase mi verdad a los cuatro vientos y dijese: todo esto no pasa de un juego, me colocaría del lado de la policía y ascendería en la vida, como se suele decir. Oiga, mi viejo, algún día los *orixás* bailarán en los escenarios de los teatros. No pretendo ascender, voy para adelante, camarada.

—Esta vez, el animal de Nilo Argolo se pasó. Tenga en cuenta que este trabajo está destinado al Parlamento para que se promulgue a partir de él una ley. No una ley, un cuerpo de leyes; él no se anda con chiquitas. —El profesor Fraga Neto agitaba el folleto en el punto más alto de su indignación—. Ni en Norteamérica se propuso una legislación tan brutal. El Monstruo Argolo superó hasta las peores leyes, las más odiosas de cualquier estado sureño, los más racistas de Norteamérica. Es algo increíble, basta con leerlo.

Fraga Neto se exaltaba con facilidad; el entusiasmo y el rechazo lo conducían a pequeñas y constantes reuniones en los pasillos de la facultad y bajo los árboles del *terreiro*, a propósito de las cuestiones más diversas. En poco más de un lustro, se había vuelto extremadamente popular entre los estudiantes, que lo buscaban con cualquier pretexto y de quienes se convirtió en una especie de procurador general.

—Este Argolo es un delirante peligroso, ya es tiempo de que alguien le dé una lección.

Pedro Archanjo se llevó el impreso, un pequeño libro en el cual el profesor de medicina legal resumía y ordenaba sus conocidas ideas y tesis acerca del problema de las razas en Brasil. La superioridad de la raza aria. La inferioridad de todas las demás, sobre todo de la negra, raza en estado primitivo, infrahumana. El mestizaje era el mayor de los peligros, el anatema lanzado sobre Brasil, un atentado monstruoso: la creación de una subraza al calor de los trópicos, subraza degenerada, incapaz, indolente, destinada al crimen. Todo nuestro atraso se debía al mestizaje. El negro sólo podía aprovecharse para el trabajo manual, tenía la fuerza bruta de los animales de carga. Perezoso y traicionero, el mestizo ni siquiera servía para eso.

Degradaba el paisaje brasileño, corrompía el carácter del pueblo, era un obstáculo a cualquier esfuerzo serio a favor del progreso, «del crecimiento». En un manojo intrincado de citas en portugués, purista con pretensiones literarias, que habla de «altilocuencia», de «bellas letras», de «cuamaño», de «magnílocuos primores», diagnosticaba el mal, exponía su extensión y gravedad y ponía en manos de los legisladores nacionales la receta y el bisturí, la medicación y la cirugía. Sólo un cuerpo de leyes, surgido del patriotismo de los señores parlamentarios, que imponga la más completa segregación racial, podría salvar todavía a la patria del abismo hacia el que avanzaba impulsada por el mestizaje «degradado y degradante». Ese cuerpo de leyes que previera y ordenara cuanto se relacionase con negros y mestizos se centraba en dos proyectos fundamentales.

El primero se refería a la localización y aislamiento de negros y mestizos en determinadas áreas geográficas, ya establecidas por el profesor Nilo Argolo: regiones de la Amazonia, del Mato Grosso, de Goiás. Los mapas fijados por el profesor, reproducidos en el opúsculo, no dejaban dudas acerca de lo inhóspito de las áreas elegidas. Ese confinamiento no tenía carácter definitivo; se destinaba a mantener

a la «raza inferior» y a la «vil subraza» alejadas del resto de la población mientras no se les fijara un destino definitivo. El profesor preveía que el gobierno adquiriera parcelas en territorio africano capaces de acoger a toda la población negra y mestiza de Brasil. Una especie de Liberia sin los errores de la experiencia norteamericana, por supuesto. En el caso brasileño, negros y mestizos, todos, de ser posible, serían deportados, expulsados de una vez por todas y para siempre.

El segundo proyecto, de evidentísima urgencia, ley o decreto de salvación nacional, prohibiría el casamiento entre blancos y negros, entendiendo por negros a todos los portadores de «sangre afro». Prohibición absoluta que pueda poner freno al mestizaje.

Así, en breve resumen como éste, despojado del lenguaje castizo «inmerecidamente caído en desuso», proyectos y tesis parecen de una absurda locura. Sin embargo, fueron tomados en serio por articulistas y parlamentarios y, en ocasión de la Asamblea Constituyente de 1934, hubo quien desenterró de los archivos de la Cámara las propuestas contenidas en el trabajo del profesor Nilo Argolo: *Introducción al estudio de un código de leyes de salvación nacional*.

Hacía mucho tiempo que Pedro Archanjo no se permitía entregarse a la rabia. Desde el rechazo opuesto por el coronel Gomes a la petición de casamiento realizado por Tadeu, nada merecía del maestro Archanjo reacción de semejante virulencia. En la lucha contra los desmanes del delegado Pedrito, el corazón herido por los castigos, las diligencias, las prisiones, los asesinatos, Pedro Archanjo no había perdido la aparente tranquilidad, la contención de gestos que marcaban su madurez y los primeros años de su vejez. Preciso, ágil, dispuesto y duro en la acción, cuando la acción se hacía necesaria, era austero y manso en el día a día, alegre camarada, comprensivo y bonachón.

La publicación del profesor Nilo Argolo tuvo la virtud de sacarlo de las casillas y se descargó con una catarata de insultos: «Viejo maricón, cretino, estúpido, sinvergüenza».

Todavía bajo el impulso de la rabia, fue a visitar a Zabela, ahora totalmente impedida de moverse con sus propias piernas, presa en una silla de ruedas y viejísima.

Pedro Archanjo jamás logró saber la verdadera edad de la condesa. Al conocerla veinte años atrás, «vieja y arruinada», ya le parecía una anciana, en el final de una intensa vida, ardiente derrochona. Durante más de diez años Zabela siguió igual a aquel atardecer en la Tienda de los Milagros, yendo de aquí para allá incansablemente, curiosa e infatigable: en ciertas ocasiones parecía una adolescente, tal era la vitalidad y el entusiasmo de la ex Princesa del Recóncavo y ex Reina de París.

Finalmente, el reumatismo le puso un freno y la limitó. Asediada por los dolores, acibillada por las inyecciones, discutía con los médicos, por momentos violentamente. No se entregó enseguida; resistió cuanto pudo, calle abajo, calle arriba, hasta que las piernas se negaron definitivamente a esas correrías. Qué otro remedio sino usar la silla de ruedas enviada desde São Paulo por Silva Virajá, al tanto de las dolencias de su amiga por una carta de Archanjo. Sin embargo, no cayó en el malhumor. El malhumor era protesta y no queja, coqueterías de vieja. Mantuvo la lucidez y la presencia de espíritu hasta el último día. Le gustaba vivir pero le tenía pavor a la decrepitud, a «quedar toda arrugada, demente, motivo de burlas y risas». «Si me pongo decrepita —le recomendaba a Archanjo—, consigue un veneno en la facultad, de esos que matan en un abrir y cerrar de ojos, y dámelo sin que me entere.» ¿Qué edad tendría? Casi noventa, si es que no tenía más.

La llegada de cualquier amigo era una fiesta; la de Archanjo, fiesta y media: conversaban durante largas horas; la vieja le pedía noticias de Tadeu y de Lu, alérgicos a escribir. ¿Es verdad que los Gomes habían hecho las paces? Mientras Eufrásia estuvo viva, Zabela se había mantenido informada. Sin embargo, la abuela

había estirado la pata y ella se había enterado de la sensacional noticia de manera totalmente casual: un primo lejano que vivía en Río, de paso por Bahía, se había acordado de hacerle una visita, ¡elogiable gesto! Pues bien, ese primo, Juvêncio Araújo, corredor de seguros, había estado en la capital con toda la familia Gomes: Emilia y el coronel, Tadeu y Lu. Paseaban por Copacabana en la mayor de las armonías. Había sido el intransigente coronel quien presentó a Tadeu al corredor de seguros: «Mi yerno, el doctor Tadeu Canhoto, uno de los ingenieros responsables de la urbanización de Río de Janeiro». Muy orgulloso de su yerno, iba del brazo con él. Archanjo confirmó las paces. No lo sabía ni por Tadeu ni por Lu, quienes hacía mucho que no escribían. Sin embargo, se había encontrado con Astério, el hermano de la muchacha, recién llegado de Estados Unidos. Muy amable, el joven le había dado noticias de la pareja y del fin de la resistencia del coronel Gomes. Al enterarse del embarazo de su hija, se había embarcado urgentemente hacia Río, pero desgraciadamente Lu había perdido al bebé en un aborto espontáneo. Respecto a lo demás, cielo despejado, todos felices. «Tadeu —de lo que sin duda usted está al tanto— está haciendo una carrera extraordinaria, lo consideran un urbanista excepcional y tiene dominado por completo al coronel Gomes.» Guiñó el ojo y se rió. Era un muchacho simpático, un *bon vivant*, no quería ni oír hablar de trabajar.

—¿Tadeu no le parece un poco ingrato? — preguntaba Zabela.

¿Ingrato? ¿Por no escribir? Mucho trabajo, muchas responsabilidades, poco tiempo.

También él, Archanjo, era un desastre para las cartas. Zabela lo miraba a la cara: mulato encubridor, lleno de misterios.

Pedro Archanjo le leía. Zabela recordaba poemas, quería enterarse de las últimas novedades; bebían copitas de licor. La anciana no prestaba atención a la estricta prohibición de los médicos. ¿Qué mal puede hacerme un traguito?

Aquella vez fue a verla para pedirle permiso para usar, en un libro que se proponía escribir, las informaciones entregadas por Zabela durante aquellos veinte años sobre la aristocracia bahiana, las familias de alta sociedad, orgullosas de sus abuelos, de su origen de pura sangre blanca. Le mostró el folleto del profesor Nilo Argolo: negros y mestizos segregados en la Amazonia, en medio de la selva, a merced de los mosquitos y del paludismo, de las fiebres en las encrucijadas de los ríos, en los pantanos del Mato Grosso.

—No quedaría ninguno para contar la historia... —rió Zabela entre muecas: reír le provocaba dolores. Se rió también Pedro Archanjo; la vieja le devolvió el buen humor—. Nilo Argolo es un microbio, un gusano, un *sale individu*, una porquería de hombre. Vaya, hijo mío, cuente todo punto por punto y escríbalo rápido para que pueda reírme de esos *enmerdeurs* antes de morirme.

Regresó Pedro Archanjo al trabajo disciplinado y lo hizo con rapidez, de acuerdo con la petición de Zabela: «Quiero ver el libro publicado, quiero mandarle un ejemplar a Nilo d'Ávila Argolo d'Araújo *avec un dédicace*». No hubo tiempo, se murió antes. Lúcida y feroz, la noche anterior a su muerte se rió sin parar —un *fou rire, mon cher*—, cuando Archanjo le contó su descubrimiento más reciente: un cierto negro Bomboxé, antepasado suyo y, ¿sabe de quién más?: del profesor Nilo Argolo de Araújo. *Oh, la la!*

Por la mañana la mucama la encontró muerta en su cama rocó. Había fallecido durante el sueño; fue lo

único que hizo en silencio y con discreción en toda su larga vida, rica, festiva y apasionada. En un día feo, gris y húmedo, se reunieron unas pocas personas alrededor de su delgado cuerpo: algunos llegaron de los palacetes de Vitoria, otros de las laderas del Pelourinho y de Tabuão. En el momento de llevar el ataúd al mausoleo de los Araújo y Pinho, se vieron Archanjo y Lídio en compañía de Avilas, Argolos, Gonçalves, Martins, Araujos, en las manijas del ataúd.

Regresó del cementerio al trabajo, continuó con el mismo ritmo de urgencia como si Zabela aún estuviese viva. Más o menos un año después de la publicación del anteproyecto de ley del profesor Nilo Argolo, Lídio Corró logró imprimir y encuadernar ciento cuarenta y dos ejemplares de *Apuntes sobre el mestizaje en las familias bahianas*, volumen mal encuadernado y en pésimo papel. Había faltado dinero; el arreglo de la linotipia había costado una fortuna, se tuvieron que conformar con algunas resmas de papel de diario obtenidas de favor y pagadas con sacrificio. En su tercer libro, Pedro Archanjo analizó las fuentes del mestizaje y comprobó su amplitud, mayor de lo que él mismo había imaginado: no había familia sin mezcla de sangres; sólo unos pocos gringos recién llegados, y éstos no contaban. No existían blancos puros en Bahía; toda sangre blanca se había enriquecido con sangre de indígena y de negro, en general de los dos. La mezcla comenzó con el naufragio de *Caramuru* y nunca más se detuvo; prosigue constante y acelerada y es la base de la nacionalidad.

El capítulo dedicado a probar la capacidad intelectual del mestizo incluye una importante lista de nombres de políticos, escritores, artistas, ingenieros, periodistas y hasta barones del imperio, diplomáticos y obispos, todos mulatos, lo mejor de la inteligencia del país.

Cerraba el volumen una larga lista, motivo de griterío, de escándalo, de persecución para el autor. Pedro Archanjo había relacionado a las familias de la alta sociedad de Bahía y había completado los árboles genealógicos en general poco atentos a ciertos antepasados, a determinados casamientos, a hijos bastardos e ilegítimos. Basándose en pruebas irrefutables, allí estaban, del tronco a las ramas, blancos, negros e indígenas, colonos, esclavos y libertos, guerreros y letrados, curas y brujos, toda esa mezcla nacional. Abrían la extensa lista los Ávila, los Argolo, los Araújo, los ancestros del profesor de medicina legal, el ario puro, dispuesto a discriminar y deportar a negros y mestizos, criminales natos.

Por otra parte, era a él a quien estaba dedicado el libro: «Al ilustrísimo señor profesor y hombre de letras, doctor Nilo d'Ávila Oubitikô Argolo de Araújo, como contribución a sus estudios sobre el problema de las razas en Brasil, ofrece las modestas páginas que siguen su primo Pedro Archanjo Oubitikô *Ojuobá*». Archanjo no había evaluado ni previsto las consecuencias. De pariente y primo trató Pedro al profesor de medicina legal en las ciento ochenta páginas del libro. Mi primo de aquí, mi pariente de allá, mi ilustre consanguíneo. Parientes por el lado de un tatarabuelo en común: Bomboxé Oubitikô, cuya sangre corría por las venas del profesor y del bedel. Las pruebas abundaban: fechas, nombres, certificados, cartas de amor, un desastre. Ese Oubitikô estaba vinculado a los primeros grandes *candomblés* de Bahía y, negro bonito, se había encamado con una *Yayá* Ávila, de la que habían nacido mulatas de ojos verdes, querido primo.

¿Y los Araújo? Repetía la pregunta de Zabela: ¿Por qué hablaba tanto el profesor de los Argolo y silenciaba a

los Araújo? ¿Para esconder —quién sabe— al Negro Araújo, aquel magnífico coronel Fortunato de Araújo, héroe de la guerra de la Independencia, mulato del Recóncavo, sin duda el más noble entre todos los nobles del azúcar por su inteligencia, su coraje, su ilustración?

En los *Apuntes* el maestro Archanjo expone la verdad completa, y finalmente las familias pudieron conocer de dónde provenían, contemplar no sólo una parte sino el rostro entero, el trigo y el carbón, y saber quién estuvo en qué cama.

El mundo se vino abajo.

23

Los estudiantes se manifestaron a favor de Pedro Archanjo, hubo discursos ardientes en el *Terreiro* de Jesús contra la discriminación y el racismo. Se juntaron los de medicina con los de derecho e ingeniería, simularon el funeral del profesor Nilo d'Ávila Argolo de Araújo, Nilo Oubitikô. Un cajón de muerto, fajas y carteles, discursos en cada esquina; por las calles de la ciudad, y entre comentarios y risas, los estudiantes protestaron contra la persecución a Pedro Archanjo. La policía disolvió el entierro en el Campo Grande y el ataúd quedó abandonado, sin llegar a ser quemado en el *Terreiro* de Jesús en simbólica hoguera «levantada por el odio bovino del propio profesor Argolo, un energúmeno», según la frase del estudiante Paulo Tavares, desde niño

en una silla de ruedas, parálítico y no por eso menos activo y turbulento líder y orador.

Rodearon y aplaudieron al bedel cuando dejó la facultad, sonriente y tranquilo, en la tarde en que el consejo directivo, reunido en pleno, decidió separarlo del humilde cargo, ejercido a satisfacción durante casi treinta años, y prohibirle la entrada al recinto de la casa de estudios.

Immensa rechifla recibió el profesor Nilo Argolo a la salida de la reunión. Atravesó la plaza a los gritos de «Monstruo», «Nilo Oubitikô», «Verdugo». Reclamó la presencia de agentes, que la policía le diera garantías. Oswaldo Fontes, Montenegro y algunos otros comprometidos con la triste causa recibieron idénticas muestras de rechazo. Por el contrario, Fraga Neto fue aclamado y ocupó una improvisada tribuna para «labrar una vez más nuestra protesta contra la injusta y mezquina venganza ejercida contra un funcionario ejemplar, un estudioso de elevados méritos; protesto en la plaza pública, así como lo hice ante el consejo, con indignación y furia».

Llegaron al público algunos detalles de la reunión. Dirigiéndose a Argolo, el profesor Isaías Luna le preguntó: «¿Profesor, va a permitir que toda la Biblia dé la razón a aquel estudiante que en cierta oportunidad lo calificó en clase de ser un Savonarola? Nuevamente viene usted a establecer el Tribunal de la Inquisición en la Facultad de Medicina de Bahía». Histérico, el profesor Argolo intentó agredir al docente interino. Al final de la asamblea, antes de la votación, se leyó una carta de Silva Virajá, enviada desde São Paulo, donde había tenido conocimiento de las medidas propuestas por la secretaría de la facultad, y dirigida al consejo reunido con el fin de «desagraviar al profesor Nilo Argolo agredido en su honor por el bedel Pedro Archanjo». Silva

Virajá había escrito: «Expulsen al bedel, si así les parece, cometan esa injusticia, ejerzan la violencia. Sin embargo, jamás conseguirán borrar de los anales de la Facultad de Medicina el nombre de quien creó, con humildad y trabajo, una obra redentora del prestigio de nuestra institución, tan deteriorado hoy por los predicadores del odio de razas, falsos científicos, pequeños hombres».

Despedido y aclamado, Pedro Archanjo bajó la ladera del Pelourinho. En la Tienda de los Milagros lo esperaban Lídio Corró y dos agentes de policía.

—¡Está preso! —dijo uno de los agentes.

—¿Preso? ¿Por qué, amigo?

—Está escrito aquí. Perturbador, delincuente, mal elemento. Vamos, salga.

—Compadre, no me dejaron salir de aquí para avisarle —informó Lídio.

Pedro Archanjo *Ojubá* salió rodeado por los dos agentes. En la Comisaría Central fue encarcelado en el calabozo. Al llegar a la esquina del Pelourinho se había cruzado con una patrulla de policías que se dirigía hacia el Tabuão.

Apenas partieron los agentes con Archanjo, Lídio Corró salió en busca del doctor Passarinho. No lo halló en su oficina, ni en tribunales, ni en su casa, en ningún lado. Logró avisar al profesor Fraga Neto, regresó a la casa para sacarlo de ella y lo interrumpió mientras comía. El doctor Passarinho prometió ir a la policía en cuanto terminara de cenar: esa prisión era un absurdo; quédese tranquilo, él pondría a Archanjo en libertad en poco tiempo. Lo prometió y cumplió, al menos en parte. Fue hasta la policía y allí se encontró con el profesor Fraga Neto. Sin embargo, las órdenes eran severas:

hacía mucho que el pardo se merecía una lección. Vea: un prontuario enorme.

La noticia se expandió; y, sin ningún acuerdo previo, desde todas partes, comenzó el pueblo a dirigirse hacia la plaza que está frente a la Central de Policía. Hombres y mujeres, mulatos, blancos y negros, viejos y jóvenes, Terência y Budião, el santero Miguel y Valdeloir, Mané Lima y la Gorda Fernanda, Aussá. Gente pobre, de todos lados, una romería cada vez mayor. Caminaban solos o en grupos de tres o cuatro; a veces una familia entera, madres con los hijos sobre los hombros, todos rumbo a la plaza.

Delante de la Central se habían reunido primero algunas decenas de personas, luego centenares y centenares, cada vez más y más. A donde llegaba la noticia, la gente se ponía a caminar. Salían de las callejuelas, de caserones miserables, de los talleres, de las tiendas, de los bares, de los burdeles, desde todos los sitios se dirigían hacia la plaza. Frente a todos se veía al mayor Damião de Souza, de traje blanco por ser hijo de Oxalá, con el cuello hacia arriba, cigarro en la boca, la palabra enardecida.

Sobre un cajón de madera, la mano en alto, las palabras fogosas, el discurso interminable. Bajaba de la tribuna, atravesaba la puerta de la Central, desaparecía en el pasillo, regresaba exaltado. Nuevamente subido al cajón recomenzaba el discurso. Empezó a hablar en el crepúsculo, siguió avanzada la noche: ¿Qué crimen cometió *Ojuobá*, de qué acusan a Pedro Archanjo, a quién mató, a quién le robó, qué crimen cometió?

—¿Qué crimen cometió? —preguntaba el pueblo.

Dentro discutían los delegados, el abogado Passarinho, el jefe de policía, el profesor Fraga Neto. «Sin una palabra del gobernador nada puedo hacer —

repetía el jefe de policía—. Fue él en persona quien dio la orden de prisión; sólo él puede ordenar que lo soltemos.» Nadie sabía dónde estaba el gobernador; había salido después de cenar sin dar noticias.

Más temprano, Lídio Corró había recibido malas noticias, había partido a toda prisa hacia la Tienda de los Milagros; cuando llegó y vio el desastre, los policías ya se habían retirado.

En lo alto del cajón de bebidas, la voz ronca levantada contra la violencia, el mayor Damião de Souza peroraba, en el final y el recomienzo de su discurso: libertad para ese hombre bueno que jamás mintió, que jamás usó su saber para hacer el mal, para un hombre que conoce y enseña la libertad.

Era noche avanzada y seguía viniendo gente por las calles. La plaza estaba llena. Llegaban de lejos, de intransitables caminos, traían linternas y faroles. Luces débiles penetraban en la plaza de la policía ocupada por el pueblo. Una voz cantó: *Ojuobá*. Otra respondió, y luego otra y otra y otra; el canto pasó de boca en boca, se elevó a los cielos, resonó en el calabozo. Voz numerosa y única, tierno cantar de amigo. Archanjo estaba contento; había sido un día divertido. Pero también estaba cansado, había sido un día agotador. De fuera le llegaban las voces numerosas, dulce cántico de amor. Pedro Archanjo se adormeció llevado por ese arrullo.

FILOSOFANDO SOBRE EL TALENTO Y EL ÉXITO, SE DESPIDE FAUSTO PENA: YA ERA HORAEs obvio que el talento y el saber no bastan para asegurar el éxito, la victoria en las letras, en las artes, en la ciencia. Es difícil la lucha de un joven por la notoriedad y áspero su camino. ¿Un lugar común? Seguramente. Tengo el corazón apesadumbrado y sólo busco expresar mi pensamiento sin preocuparme por cuestiones de estilo y de elegancia.

Para ganarse un pequeño aplauso, un nombre en los suplementos, ser citados en diarios y revistas, arduos refugios del éxito, se paga un alto precio en compromisos, hipocresías, silencios, omisiones; digamos de una vez la palabra exacta: «bajezas». ¿Quién se niega a pagar ese precio? Entre mis colegas de sociología y de musas, de antropología y de ficción, de etnología y de crítica, no sé de nadie que haya siquiera regateado ese precio. En compensación, los más miserables son los más exigentes en materia de integridad y decencia (de los demás, por supuesto). Posan de incorruptibles, proclaman que son personajes sin mancha, las palabras «dignidad» y «conciencia» no se les caen de la boca, son jueces feroces e implacables de la conducta de los demás. Admirable desfachatez. Da resultado, hay quienes les creen.

En estos tiempos industriales y electrónicos, de carrera espacial y guerrilla urbana, quien no sea vivo o caradura, quien no se mueva con audacia y descaro, está perdido. No sirve para nada. Oí de un viejo y terco literato, sin embargo, hace pocos días, una opinión poco usual, con amargo desahogo: según él, los jóvenes de hoy se encuentran ante innumerables y brillantes oportunidades, opciones multiplicadas, el mundo es nuestro y la prueba está allí, en el Poder Joven.

Allí está el Poder Joven, no hay duda; lejos de mí está negarlo, pues me considero parte de un gran movimiento. En el fondo de mi ser duerme un disconforme, un marginal de la sociedad, un radical, un guerrillero, y de eso hago gala en las ocasiones adecuadas (actualmente escasas y peligrosas; no preciso explicar los motivos, están a la vista). Los jóvenes imponen su revolución, dirigen el mundo, todo eso es cierto, pero la juventud pasa y se vuelve necesario ganarse la vida. No se puede decir que sobran las oportunidades y que la victoria esté al alcance de cualquiera. He hecho de todo por un lugar al sol, un lugarcito diminuto; he luchado con obstinación y empeño, he bajado la cabeza. ¿Dónde llegué a los tropezones, pagando el precio que se me exigía? ¿Qué obtuve? El balance es triste. Lo importante, la investigación en torno de Pedro Archanjo, encargo del genial James D. Levenson, mi tarjeta de presentación. El resto: naderías, migajas. La sección de la Joven Poesía, adjetivos de elogio a mi talento poético, elogio mutuo —hoy por ti, mañana por mí—, la promesa de un programa vespertino en la televisión, fuera del horario central, la *Bossa Jovem*. ¿Qué más? Tres poemas incluidos en la *Antología de la joven poesía bahiana*, recopilada por Ildásio Taveira y editada por un organismo gubernamental de Río. Tres poemas míos, cinco de Ana Mercedes, ¡créanlo!

He aquí, en resumen, lo que conquisté hasta ahora en dura competencia y con arduo esfuerzo. Al total no sumé la fornicación de algunas poetisas, no todas tan limpias y sinceras como fuera necesario. En verdad, vegetal pobre e inédito. De grande y bello, moneda de oro verdadero, la vida sólo me dio a Ana Mercedes, y la desperdicié por celoso. Vale consignar aún, en el saldo

activo, el contrato finalmente firmado con el señor Dmeval Chaves, dueño de una librería y editorial, importante en la industria y el comercio. Se compromete a publicar dos mil ejemplares del trabajo sobre Pedro Archanjo, pagándome derechos de autor: diez por ciento sobre el precio de venta de los ejemplares vendidos, y rendición de cuentas semestral. Me parece bien, siempre que realmente rinda cuentas.

En el día histórico de la firma del contrato, en las oficinas de la Rua da Ajuda, en el primer piso del edificio de la librería, rodeado de teléfonos y secretarías, el mecenas estuvo cordial y lo creí alguien generoso. Ante mi vista adquirió un grabado original de Emanuel Araújo y lo pagó al contado, sin discutir el precio de ese artista esnob y laureado, uno de esos protegidos de la suerte. Me explicó el editor que estaba reuniendo cuadros, grabados, esculturas y dibujos para las nuevas paredes de su casa del Morro do Ipiranga, la Colina de los Millonarios, que acababa de reformar agregándole un tercer piso; padre de ocho hijos, pretende llegar a los quince, si Dios le diera las fuerzas y el carácter. Tanto desperdicio me dio ánimos para hacerle dos peticiones.

Primero, le solicité un modesto adelanto sobre los derechos de autor. Nunca vi una transformación fisonómica tan veloz. El gordo y apacible rostro del editor, abierto hasta ese momento en risas y euforia, se cerró en decepción y tristeza al oír la palabra «adelanto». Me dijo que para él se trataba de una cuestión de principios. «Firmamos un contrato con cláusulas claras, deberes y derechos. Apenas hemos terminado de firmarlo, ¿y ya lo queremos destruir, actuando con nulo respeto a la letra escrita de cada párrafo? Si rompemos cualquier cláusula, la que sea, el contrato perderá todo valor y toda seriedad. Una cuestión de principios.»

Cuáles, nunca me enteré. Sin embargo, deberían haber sido solidísimos, pues no hubo argumento capaz de arrancar al editor de su terminante rechazo. Todo lo que quisiera, menos abandonar los principios.

Cerrado el incidente, retornaron colores y sonrisas al rostro afectuoso, pues recibió con una fiesta al grabador Calasanz Neto y a su mujer, Auta Rosa, y me pidió mi opinión acerca de los diferentes trabajos traídos por el famoso artista. Vacilaba en la elección, tenía dudas entre dos o tres. Por lo visto, aquél era el día del grabado. Tras la demorada elección y el respectivo pago —esos tipos cotizan en el acto; además, son las esposas las que fijan el precio y cobran bien, eruditas y careras—, la pareja partió *y yo* intenté una segunda embestida: por lo que ya saben, soy obstinado.

Abrí el pecho y me confesé: no tengo otra ambición que no sea ver en los escaparates y las mesas de las librerías una recopilación, un pequeño libro que contenga una selección de mis poemas, que lleve en la portada el nombre de este sufrido vate. Ciertamente, los poemas merecían ser editados, después se celebraría una fiesta de lanzamiento, una tarde de autógrafos y de lectores. No soy yo quien lo dice, son los más importantes críticos jóvenes de Río y de São Paulo. He juntado una respetable cantidad de opiniones, algunas impresas en suplementos literarios, otras inéditas, borroneadas en restaurantes y bares con motivo del viaje que hice a Río en compañía de Ana Mercedes, ¡ay, dichosos días de fiesta y exaltación! Con el apoyo de semejantes elogios, podría buscar un editor en el sur, pero habiendo él, Dmeval Chaves, contratado el volumen sobre Archanjo, como prueba de amistad he decidido entregarle para su edición los originales de «esos poemas de ubicua connotación suprasocial», de acuerdo con la frase de

Henriquinho Pereira, opinión suprema, indiscutible y carioca. Libro para el éxito, de crítica y de ventas. Un escéptico, ese señor Dmeval Chaves. Desconfió de la venta. Ni segura ni incierta. Me agradeció, aun así, la preferencia por su persona, y afirmó que estaba conmovido por semejante prueba de aprecio. Era curioso: sentía que era el predilecto de los poetas; bastaba con que tuvieran poemas para un volumen y corrían a él, le destinaban las primicias.

Renuncié a los derechos de autor y le ofrecí gratis mi poesía, pero no la quiso. Sin embargo, no me cerró todas las puertas. Se disponía a estudiar el asunto si yo, con tantas relaciones en Río, le trajese un compromiso mejor: una promesa de palabra, del Instituto Nacional del Libro, para la compra de quinientos, como mínimo trescientos ejemplares de la antología. La tirada dependía de la compra: de seiscientos a ochocientos volúmenes.

La idea no es mala, voy a intentarlo; tengo relaciones en Río, he invertido unos cuantos dólares en almuerzos, cenas, whiskys y salas de fiesta, veremos ahora si pagan intereses. Quién sabe si no volveré pronto ante la presencia de los lectores, ya no en calidad de árido sociólogo y sí de libertario cantor del nuevo tiempo, maestro de la Joven Poesía. Al verme triunfal autor de libros publicados, poeta federal, tal vez Ana Mercedes se conmueva y la llama del amor vuelva a quemar su pecho ardiente. Aunque sea para compartirla con la música popular y los compositores, con otros jóvenes poetas, aunque sea para cargar con los cuernos del universo, no me importa; aun así la quiero, mi poesía fenece lejos de su cuerpo. En cuanto al maestro Pedro Archanjo, aquí lo dejo, en la cárcel, no lo sigo acompañando, no vale la pena. ¿Qué saldo positivo ofrecen sus últimos años, con

excepción del libro de cocina? Huelga, obreros, decadencia, miseria. El doctor Zèzinho Pinto me enseñó a respetar la integridad moral de los grandes hombres, presentándolos libres de defectos, vicios, tics, pequeñeces, aunque sufrieran en vida de esas imperfecciones. No veo por qué recordar momentos malos y tristes cuando finalmente la gloria ilumina la figura del maestro bahiano. ¿Qué figura? Para hablar con franqueza, ni siquiera *yo* lo sé. En estas fiestas grandiosas del centenario, el barullo es tan estridente, los fuegos de artificio oficiales inundan con tanta luz el escenario, que se hace difícil ver los contornos exactos de su figura. ¿De la figura o de la estatua?

Incluso ayer, el dinámico prefecto dio a una moderna calle de la ciudad el nombre de Archanjo y nuevamente se promovió al autor de *La vida popular de Bahía* para patrono de empresarios, en discurso de un concejal bastante analfabeto. Ni siquiera el prefecto con toda su autoridad consiguió poner las cosas en su justo lugar, ni él pudo restituir a Archanjo a su época y a su pobreza. Impresionante: nadie se refiere a la obra y a la lucha de Archanjo. Artículos y discursos, anuncios y carteles de propaganda utilizan su nombre y su gloria para elogiar a terceros: políticos, industriales, cabos del ejército.

Me contaron que en un reciente homenaje a su memoria —inauguración del colegio Pedro Archanjo en el popular barrio de Liberdade—, en presencia de autoridades civiles, militares y religiosas, el orador oficial de la ceremonia, el doctor Saúl Novais, funcionario responsable de los asuntos culturales, advertido a tiempo sobre lo inconveniente de las referencias a la democracia racial, el mestizaje, la mezcla, etcétera, temas subversivos —todo aquello que fue obra y vida del homenajeado—, no tuvo dudas, resolvió el problema de

forma radical (y admirable): eliminó al maestro Archanjo del discurso. Su magnífica alocución, himno a los más nobles sentimientos de patriotismo de los brasileños, versó sobre el otro Archanjo, «el primero, aquel que partió como soldado voluntario para defender en el campo de la guerra, en el Paraguay, el honor y la grandeza de la patria». Habló del heroísmo, de la valentía, de la obediencia ciega a las órdenes de sus superiores, supremas cualidades que le valieron galones y nombramientos antes de morir en el puesto de combate, ejemplo para su hijo y para las generaciones futuras. Así, de paso, rápida y discretamente nombró a Pedro Archanjo, retoño del inmortal soldado. Salió bien parado, fue muy astuto.

¿Quién soy yo para meterme en semejantes proezas? ¿Por qué mostrar al maestro Archanjo viejo y decadente, bajando por el Pelourinho rumbo a los míseros burdeles? El monumento crece a la luz de los homenajes: en la estatua es casi un blanco puro, sabio oficial de la facultad, castrado y mudo, vestido con el uniforme del soldado. Pedro Archanjo, gloria de Brasil.

Me despido, amigos, dejo a Pedro Archanjo en la cárcel.

DE LA PREGUNTA Y DE LA RESPUESTA

1

—Volvamos al principio, al sillón del barbero —dijo el maestro Lídio Corró.

Si tuviera que volver a afeitar clientes, ¿sabría cómo? Ya no tenía ese pulso increíble, la mano ligera. Mano firme y habilidosa, sin embargo, para ilustrar milagros. Dibujar milagros era su verdadero oficio, y si lo había cambiado por el taller tipográfico, de mucho mayor rendimiento, nunca abandonó por completo la antigua profesión y arte. Por falta de tiempo rechazaba la mayoría de los encargos, pero caía en la tentación cuando el milagro se imponía a su inventiva por lo raro o por lo extraordinario: «Milagro que realizó el glorioso Señor del Bonfim a los seiscientos pasajeros del transatlántico inglés *King of England*, víctima de un pavoroso incendio a la salida de la barra de Bahía». Seiscientos pasajeros, todos protestantes, un único bahiano que, en la hora del peligro, gritó con los ojos puestos en la Colina Santa: «¡Sálvame, señor del Bonfim!». Prometió un cuadro conmemorativo para la iglesia, la matanza de un novillo y de un buey en honor a

Oxalá, y en ese mismo momento una gigantesca ola barrió la cubierta y apagó el enorme incendio.

En el día del despido y del cautiverio de Pedro Archanjo («el negro está preso, mi blanco», había informado el agente al profesor Argolo, por encargo del jefe de policía), tras el paso de los policías por la Tienda de los Milagros, del taller nada quedó. El aprendiz había corrido hacia la comisaría con la noticia estampada en la cara: la patrulla había invadido la imprenta, empastando las máquinas, rompiendo estantes, destruyendo las resmas de papel compradas al fiado para completar la edición de los *Apuntes* —«necesitamos por lo menos quinientos ejemplares, todo el mundo quiere comprarlo y leerlo»—. Pusieron los tipos en bolsas de arpillera, confundidos con los libros. La orden era secuestrar los ejemplares de los *Apuntes*, pero se llevaron todos los libros de Archanjo; se salvaron sólo los que estaban en la mansarda, los de lectura cotidiana, de cabecera. Allí se fueron presos Hovelacque y Oliveira Martins, Frazer, Ellis y Alejandro Dumas, Couto de Magalhães y Franz Boas, Nina Rodrigues, Nietzsche, Lombroso y Castro Alves, muchos otros, una extensa lista de filósofos, ensayistas, novelistas, poetas, decenas de volúmenes, la traducción al español de *El Capital* en una edición barata, con el texto resumido, impresa en Buenos Aires, y el *Libro de San Cipriano*.

Llevados uno a uno por detectives y agentes, los libros terminaron en las tiendas de segunda mano. El propio Archanjo logró recuperar algunos, comprándoselos a Bonfanti: «Lo vendo por el precio que pagué, *figlio mio*, no gano un centavo». De los *Apuntes* fueron secuestrados cuarenta y nueve volúmenes —los demás habían sido enviados por el maestro Corró a universidades, facultades, bibliotecas, profesores,

críticos, redacciones, entregados a librerías o vendidos directamente—, y no todos «ardieron en las hogueras de la Inquisición encendidas en la Central de policía por las exigencias de Savonarola Argolo de Araújo», según contó el profesor Fraga Neto en una carta a Silva Virajá. Varios fueron vendidos a escondidas y a altos precios por los policías, y no hubo comisario ni delegado que no se llevase su ejemplar a casa para echarle una ojeada a la famosa lista del mulaterío, siguiendo en esto el ejemplo del jefe de policía. «¡No se olviden de guardar un ejemplar para el gobernador!»

Debiendo hasta los ojos de la cara, sin ninguna posibilidad de volver a organizar el taller, desesperado por necesidades de dinero, el maestro Lídio vendió las máquinas y los restos de los tipos casi a precio de chatarra. Libre de los acreedores más insistentes, se consideró resarcido del desastre: el compadre Archanjo había arrancado plumas y pedrería, las falsas joyas que engalanaban a presuntuosos e intolerantes profesores de mediocres méritos, sabihondos de mierda, sarta de soberbios, animales descomunales, personas de juguete. En la plaza, expuestos desnudos y sin maquillaje, sólo pudieron apelar al rebenque de la policía, a los facinerosos y a los agentes. Terminaron siendo el hazmerreír de la ciudad.

Pero eran dos mulatos fuertes, dos alegres compadres. El maestro Lídio Corró ilustra milagros; el maestro Pedro Archanjo enseña gramática y aritmética a los niños, y tiene unos cuatro alumnos de francés.

En verdad, Lídio se siente enfermo; acaba de cumplir sesenta y nueve años. Si camina un poco de más, las piernas se le hinchan por sus problemas de circulación. El doctor David Araújo le prescribió una vida sedentaria, una severa dieta, comida controlada sin *dendê*, sin coco,

sin pimienta, ni un traguito de alcohol. Sólo faltó que le prohibiera las mujeres. Tal vez no lo haya hecho pensando que Lídio ya había enfundado el facón, que ya no se ocupaba de esas cosas. «Es imposible, doctor, prohibirle el *dendê* y la cachaza a un hombre que acaba de perder sus escasos bienes en la punta de los revólveres, en las patas de los policías, y recomienza de la nada. En cuanto a las mujeres, todavía lo prefieren a mucho joven. Si quiere enterarse, basta con preguntar por los alrededores.»

Ocho años más joven, Pedro Archanjo no se queja de su salud. Esbelto y elegante, dedicado al comer y al beber, siempre con una amante nueva y más de una. Sin embargo, no disimula que le disgusta enseñarle a los niños, ya no tiene la misma paciencia; el tiempo es corto y valioso como para desperdiciarlo dando clases de gramática.

Lo que le gusta, y mucho, es una buena conversación. Ir de puerta en puerta, de tienda en tienda, de casa en casa, de fiesta en fiesta. Asistir, en el taller del santero Miguel, a la procesión de los afligidos y necesitados en busca del mayor Damião de Souza. Suele pasarse allí mañanas enteras, garabatea en la pequeña libreta negra y hay quien cree que es el secretario del mayor.

Le gusta oír intimidades de *orixás* de boca de Pulquéria y de Aninha, historias del tiempo de la esclavitud contadas por ancianos de cabellera blanca; presenciar los ensayos del *Afoxé* dos *Pandegos* del África, de cuya dirección aceptó formar parte a petición de Mãe Aninha cuando Bibiano Cupin, *axogun* del *candomblé* de Gantois, volvió a levantar el glorioso estandarte para llevarlo a la calle; sentarse en el banco de la orquesta en la Escuela de Capoeira del maestro

Budião o en la de Valdeoir, tocar el *berimbau* y crear cánticos:

Cómo vas, cómo estás
´Camunjerê,
Cómo estás de salud
Camunjerê
He venido hasta aquí a verte
Camunjerê
Para mí es un placer saber
Cómo vas, cómo estás
Camunjerê

Le gusta entonar cánticos en el *terreiro*, dando su bendición a hechiceras y a *iaôs*, sentado junto a la *mãe de santo*:

Kukuru, Kukuru
Tibitiré la wodi la tibitiré.

«Comiendo mal o bien, siempre se vive. ¿No es así, padre *Ojuobá*? La bendición, me estoy yendo, quien venga después que arree.»

Mientras el maestro Lídio busca clientes, anuncia su regreso a la iluminación de milagros —ilustrador como él no hubo ni habrá—, el maestro Archanjo reduce el número de alumnos y de clases, se pasa el día entero en la calle, conversando con uno y con otro, riéndose, preguntando, «abra la boca, camarada, desate el ovillo, explique la charada». Oye y cuenta y no hay quien cuente con tanta precisión y gracia tantas adivinanzas: sólo al final de la historia da la clave del enigma.

No sintió tantas ansias y urgencias de vivir ni siquiera en la adolescencia, cuando, al regresar de Río, se

sumergió en la vida bahiana. El tiempo se redujo, los días son más cortos, semanas y meses pasan en un soplo. El tiempo no alcanza para nada y todavía debe gastarlo para darles clases a niños. Cuando Bonfanti le encargó el libro de recetas, lo usó como pretexto para despedir a los pocos alumnos que le quedaban. Ahora se sentía libre de cualquier compromiso de horario o de obligación. Dueño de su tiempo, vuelto a la calle y a la gente.

Contempla al maestro Lídio apurando la mano en la ilustración del milagro, eligiendo los colores para la agitada escena. Cuarentona y gorda, caída delante del tranvía, el vestido roto, la sangre en el muslo herido, doña Violeta mira en una súplica la imagen del Señor del Bonfim. El dramático atropello —caída peligrosa, tranvía asesino, mirar piadoso— ocupa un pequeño espacio en el cuadro. En las dos terceras partes restantes, el tranvía es una festiva sala de visitas, en la cual pasajeros, *motorman*, conductor e inspectores, un guarda civil y un perro discuten lo sucedido. El artista trabaja figura por figura, un hombre bigotudo, un viejo negro llevando de la mano a un niño blanco, la mujer amarilla, el perro de un rojo furioso.

De repente, levanta la mirada hacia Archanjo:

—Compadre, ¿sabes que llegó Tadeu, que está en Bahía?

—¿Llegó Tadeu? ¿Cuándo?

—No sé, hace unos días ya. Me enteré hoy, temprano por la mañana, en la barraca de Terência. Damião se lo encontró en la calle. Dice que viaja a Europa. Está en la casa de la familia, de Lu...

—Es su familia, mi viejo. ¿Acaso no es el yerno del coronel, el marido de la hija?

—No apareció por aquí...

—Ya aparecerá, seguro. Llegó, tendrá cosas que hacer, paseos pendientes, parientes que visitar.

—¿Parientes? ¿Y nosotros?

—¿Eres su pariente, mi querido? ¿Desde cuándo? ¿Porque te llamaba tío? Cosas de aprendiz, camarada.

—¿Y tú tampoco eres pariente?

—Soy pariente de todo el mundo y de nadie. Si hice hijos, no los tengo, no me quedé con ninguno, mi viejo. No te molestes, cuando Tadeu disponga de un tiempito, seguro que aparece por aquí. Para despedirse.

Lídio bajó la mirada hacia el cuadro; la voz de Archanjo era neutra, casi indiferente. ¿Dónde había quedado el amor entrañable, ese enorme afecto?

—Basta hablar del diablo y se aparece —se rió Pedro Archanjo, y Lídio levantó la vista.

En la puerta de la Tienda, con elegancia sobria y cuidada, sombrero de paja, el bigote bien recortado, las uñas arregladas, cuello alto, polainas, bastón con puño de madreperla, un príncipe, Tadeu Canhoto dijo:

—Hasta hoy no me he enterado de lo que pasó. Estaba a punto de venir a saber de ustedes dos. Me apresuré a venir en cuanto me lo contaron. ¿Es verdad, entonces? ¿Ni siquiera pudieron salvar las máquinas?

—Pero nos divertimos mucho —aclaró Archanjo—. Tanto yo como el compadre Lídio creemos que valió la pena.

Tadeu entró, fue hasta ellos y besó la mano de su padrino. Lídio, conmovido, lo tomó entre sus brazos.

—Estás hecho un lord.

—En mi posición, me tengo que presentar bien vestido.

Pedro Archanjo evaluó con ojos amistosos al importante caballero que estaba de pie frente a él. Tadeu debería andar por los treinta y cinco años; tenía catorce

cuando Dorotéia lo había traído al *terreiro* y entregado a Archanjo: «Sólo habla de lecturas y de cuentas, no me sirve de nada, pero no puedo torcer su destino, cambiar el futuro del *moleque*». «Tampoco yo puedo torcer el destino, cambiar los caminos, detener el tiempo, impedir el ascenso, mi querido compadre Lídio. Tadeu Canhoto recorre su camino, llegará a lo alto de la escalera; para eso se preparó, y nosotros, mi camarada, lo ayudamos. Vea, Dorotéia, cómo sube su muchacho, va a llegar lejos.»

—Quiero saber cómo puedo ayudarlos. Tengo un dinero reservado por si tuviera algún problema en Europa. Ya lo saben, ¿no? Gané una beca del gobierno para hacer un curso de urbanismo en Francia. Lu viene conmigo. Con todo, llevaremos un año viajando. A mi regreso debo ocupar el lugar del jefe que se va a jubilar. Así por lo menos se dice y parece que es bastante seguro.

—No escribes, ¿cómo íbamos a enterarnos? —se quejó Lídio.

—¿De dónde saco tiempo? Vivo apresuradamente, tengo bajo mis órdenes a dos equipos de ingenieros; todas las noches tengo compromisos, Lu y yo salimos mucho. Un infierno.

Por el tono de la voz era fácil deducir cuánto le gustaba aquel infierno.

—Decía que tengo algún dinero, algunos ahorros. Pensaba gastarlos en un tratamiento para que Lu se quede embarazada y no aborte. Ya perdió tres bebés.

—Guarda tu dinero, Tadeu, que Lu haga su tratamiento, nosotros no necesitamos nada. Decidimos terminar con la imprenta: mucho trabajo, pocas ganancias, y Lídio matándose noche y día. Para nosotros es mejor así: el compadre ilustra milagros, mira qué belleza el cuadro

que está pintando. Yo enseñé cuando tengo tiempo, di clases toda mi vida; ahora el italiano me encargó un libro y lo estoy haciendo. No precisamos dinero; para ti es más importante; un viaje de éstos no es broma.

Tadeu se había quedado de pie, la punta del bastón colocada sobre las tablas carcomidas del piso. De pronto, los tres se quedaron sin tema de conversación. Finalmente, Tadeu decidió hablar:

—Lamenté mucho la muerte de Zabela. El coronel Gomes me contó que sufrió mucho.

—Se engaña el coronel. Zabela tenía muchos dolores, estaba tullida, le gustaba quejarse. Pero vivió alegre y a gusto hasta el último día.

—Mejor así. Ahora me tengo que ir. No se imaginan la cantidad de gente de la que todavía tenemos que despedirnos. Lu se disculpa por no haber venido. Nos dividimos, yo para un lado, ella para otro; sólo así podemos cumplir con todos. Me pidió que les hiciera llegar sus recuerdos.

Tras los abrazos y los deseos de un buen viaje, cuando Tadeu atravesó el umbral de la puerta, Archanjo lo siguió hasta la calle:

—Dime una cosa. En esas andanzas, ¿no pasarás por Finlandia?

—¿Finlandia? Seguro que no. No tengo nada que hacer allí. Nueve meses en Francia, el tiempo que dura el curso. Después, una pasada por Inglaterra, por Italia, Alemania, España, Portugal, *à vol d'oiseau*, como diría Zabela —sonrió, iba a retomar su camino pero detuvo el paso—. Finlandia, ¿por qué?

—Por nada, no importa.

—Entonces, hasta la próxima.

—Adiós, Tadeu Canhoto.

Desde la puerta, Archanjo y Lídio lo vieron subir la ladera a paso firme, dando vueltas al bastón; un señor importante, bien vestido, con su anillo en el dedo, circunspecto y distante, el doctor Tadeu Canhoto. Esta vez la despedida era para siempre. Conmovido, Lídio Corró retomó la pintura del milagro.

—No parece el mismo.

«¿Para qué luchamos, compadre Lídio, mi amigo, mi camarada? ¿Por qué estamos aquí, dos viejos sin un centavo en el bolsillo? ¿Por qué estuve en la cárcel, por qué destruyeron la imprenta? ¿Por qué? Porque dijimos que todos deben tener derecho a estudiar, a progresar. ¿Te acuerdas, compadre, del profesor Oswaldo Fontes, del artículo de la revista? La negrada, el mulaterío, están invadiendo las facultades, ocupando las vacantes; hace falta ponerles un freno, intervenir, prohibir esta desgracia. ¿Te acuerdas de la carta que escribimos y mandamos a la redacción? Se convirtió en el artículo de fondo y las páginas del diario fueron pegadas en las paredes del *terreiro*. Tadeu partió de aquí, aquí comenzó su escalada, subió y ya no es de aquí, compadre, es del Corredor da Vitoria, de la familia Gomes, es el doctor Tadeu Canhoto.»

En la escuela de Budião, los *capoeiristas* cantaban una melodía antigua, de la época de la esclavitud:

*Cuando yo tenía dinero
Comía en la mesa con ioiô
Dormía en la cama con iaiâ
¡Compañerito, eh
Compañero!*

«El doctor Fraga Neto dice que no hay blancos ni negros, que sólo existen pobres y ricos. ¿Qué pretendes,

compadre? ¿Que el *moleque* estudie y permanezca aquí, en la pobreza del Tabuão? ¿Estudió para eso? Doctor Tadeu Canhoto, yerno del coronel Gomes, heredero de tierras y ganado, beca en Francia, viaje a Europa, no hay ni blancos ni negros, en el Corredor da Vitoria el dinero emblanquece, aquí la miseria ennegrece.

»Cada uno con su destino, compadre. Los *moleques* de esta calle, camarada, van a separarse, cada uno seguirá por su camino. Algunos usarán zapatos, corbata, serán doctores de facultad. Otros seguirán aquí, entre la espada y la pared. Amigo, la división entre blancos y negros se termina con la mezcla, que ya se terminó como la conocimos. La división es ahora otra, y quien venga que cierre las barreras. Adiós, Tadeu Canhoto, en tu camino hacia la cima. Si llegaras a pasar por Finlandia, busca al Rey de Escandinavia, Oju Kekkonen; es tu hermano, dale mis saludos. Dile que su padre, Pedro Archanjo *Ojuobá*, está muy bien, que nada le falta.»

—Doctor Tadeu Canhoto, hombre ilustre y rico, compadre. La vida va para delante, la rueda no gira hacia atrás. Vamos a salir a pasear, querido. ¿Dónde hay hoy una fiesta, camarada?

2

Días después, al caer la tarde y al regresar del negocio de Bonfanti, adonde había ido a recibir las

pruebas del libro sobre cocina bahiana, Pedro Archanjo encontró al llegar a la Tienda de los Milagros a Lídio Corró, compadre, amigo, hermano, gemelo, muerto sobre un milagro inconcluso. Sangre verdadera teñía los trazos.

La brocha del pintor borró las letras de la fachada. Ya no existe la Tienda de los Milagros. Un anciano baja la ladera con paso lento.

3

Inicialmente restringida a los conductores, inspectores de tranvías y demás empleados de la Compañía Circular de Bahía, extendida luego a sus subsidiarias, la Compañía de Energía Eléctrica y la Compañía Telefónica, la huelga encontró al maestro Pedro Archanjo ocupado en subir y bajar las laderas del Pelourinho, del Carmo, del Passo, de Tabuão y en recorrer la Baixa dos Sapateiros llevando recibos de la luz. Había obtenido el empleo por medio del doctor Passarinho, abogado de la empresa. Trabajo fatigoso y mal pagado, aun así lo prefería al trabajo sedentario con los chicos. Al entregar recibos, iba de casa en casa, de negocio en negocio, de tienda en tienda. Conversaba, escuchaba una historia, contaba otra, comentaba acontecimientos, aceptaba un trago de cachaza. Donde había estado la Tienda de los Milagros, un turco había abierto un negocito, un bazar de baratijas.

A pesar de que el personal de Energía Eléctrica se había demorado unos días en adherirse a la huelga, en cuanto la iniciaron chóferes e inspectores, Pedro Archanjo no se perdía reunión en el sindicato, con una actividad y un entusiasmo contagiosos: pocos eran los jóvenes que podían competir con aquel viejo en acción y en iniciativas. Porque él no actuaba porque se lo ordenaran, por obligación, para cumplir con una tarea de grupo o de organismo partidario. Lo hacía porque le parecía justo y divertido. Se detuvo por primera vez en seis años ante la puerta de la Facultad de Medicina. Los alumnos de su tiempo ya se habían licenciado, Archanjo no conocía a los actuales, quienes tampoco lo conocían a él. Sin embargo, los docentes, al reconocer al antiguo bedel, detenían su marcha. Algunos lo saludaron. Pedro Archanjo esperaba al profesor Fraga Neto, a quien se dirigió al verlo aparecer entre los estudiantes, en acalorada charla.

—Profesor...

—¡Archanjo! Cuánto tiempo... ¿Quieres hablar conmigo? —Les preguntó a los estudiantes—: ¿Saben quién es? —Los muchachos se volvieron hacia el mulato pobre, la ropa deshilacliada, vieja pero limpia, los zapatos lustrados. Los hábitos de limpieza se resistían a la pobreza creciente y a la vejez—.

Éste es el famoso Pedro Archanjo. Fue bedel de la facultad durante unos treinta años y es un profundo conocedor de la vida bahiana, de las costumbres populares; es un antropólogo con libros impresos, libros en serio. Fue expulsado de la facultad porque escribió un libro que respondía a un trabajo racista del profesor Nilo Argolo. Archanjo probó, con su libro, que en Bahía todos somos mulatos. Fue un escándalo...

—Escuché hablar del asunto. ¿Fue por eso por lo que el Monstruo Argolo se jubiló?

—Es verdad. Los alumnos no le perdonaron la intransigencia. Sólo lo llamaban por el nombre de... ¿Cómo era, Archanjo?

—Oubitikô.

—¿Por qué ese nombre?

—Es uno de los apellidos del profesor, uno que nunca usó. Apellido heredado de Bomboxé, un negro tatarabuelo del profesor. Y, por casualidad, también mío...

—«Mi primo, el profesor Argolo»... —recordó Fraga Neto—. Discúlpenme, señores, me despido, me voy con Archanjo, hace mucho que no lo veo.

El profesor y el ex bedel se sentaron en el bar Pérez, como antes.

—¿Qué va a tomar? —preguntó Fraga Neto.

—No rechazo un traguito de cachaza. Si usted me acompaña...

—No, no puedo. Nada de alcohol, ni cerveza, lamentablemente. Problemas con el hígado. Pero me tomo un agua tónica.

De reojo había examinado a Archanjo: se había venido bastante abajo. No sólo había envejecido; tampoco conservaba la antigua prestancia. ¿Por cuánto tiempo sostendría el esfuerzo de mantener la ropa limpia, de lustrarse los zapatos? El profesor no veía a Archanjo hacía años, desde la muerte de fray Timoteo. Habían estado juntos en el convento, velando el cuerpo del fraile holandés. En otra ocasión, lo había buscado para ver si conseguía un ejemplar de los *Apuntes*, pero no halló la Tienda de los Milagros. En el local encontró un bazar de un turco. ¿Pedro Archanjo? No sabía bien dónde vivía, a veces se lo veía por allí, si quería dejar un

mensaje... Fraga Neto no lo hizo. En la mesa del bar lo comprobaba: se había hundido mucho el viejo Archanjo.

—Profesor, vine a buscarlo por lo de la huelga de la Circular.

—¿De la huelga, no? ¿Es general? Paró todo, ¿no es así? Tranvías, remolcadores, el Elevador Lacerda, el Xarrió, todo parado. ¡Qué formidable!

—Realmente formidable. Es un movimiento justo, profesor; los salarios son miserables. Si se adhieren los de Energía Eléctrica y los de Telefónica, nuestra victoria está asegurada.

—¿Nuestra? ¿Qué tiene usted que ver con esto?

—Es que usted no lo sabe. Soy empleado...

—¿De la Circular?

—De Energía Eléctrica; en el fondo es lo mismo. Es un *trust*, como dice usted, profesor.

—Es verdad, el *trust* imperialista —se rió Fraga.

—Pues bien, profesor, soy miembro de una comisión de solidaridad con los huelguistas. Vine a verlo...

—Dinero...

—No, señor. Quiero decir: el dinero también ayuda, por supuesto, pero eso tiene que ver con otra comisión, la de finanzas. Si usted quiere cooperar con dinero, hablo con alguien de finanzas para que contacte con usted. Lo que yo quería era otra cosa: su presencia en el sindicato. Estamos en sesión permanente, día y noche, y mucha gente se acerca para expresarnos su solidaridad; los diarios lo publican, es importante. Han venido profesores de derecho, diputados, periodistas, literatos, mucha gente buena, estudiantes a montones. Pensé que usted, con sus ideas...

—Con mis ideas... Tuvo razón en pensar en mí, tengo mis ideas, no cambié. Para los trabajadores no hay nada más justo que la huelga, es su arma. Sólo que no puedo

ir. No sé si usted está al tanto: voy a concursar para catedrático...

—¿Y el profesor Virajá? Sé que todavía vive, hace pocos días daban noticias sobre él en el diario.

—El profesor Silva Virajá se jubiló; no le pareció correcto mantener su cátedra, ya que no estaba dando clases, y no pretende regresar. Hice todo para impedirlo, pero no lo logré. Tengo dos competidores, Archanjo. Uno bastante capaz, docente de la materia en Recife. El otro es un animal de aquí dentro, con todas las influencias del mundo. Va a ser una batalla de las buenas, maestro Archanjo. Espero ganar, pero estoy siendo víctima de una campaña terrible; usan todo en mi contra, especialmente mis ideas, esas a las que usted se refiere. Si fuera a su sindicato, estimado amigo, puedo despedirme de la cátedra... ¿Entiende, Archanjo?

Éste asintió con la cabeza. El profesor agregó:

—No soy político. Tengo mis convicciones, pero no milito en política. Tal vez debería hacerlo, sería lo correcto. Pero, mi buen Archanjo, no todos tenemos su fibra para jugarnos empleos y títulos defendiendo nuestras ideas. No me juzgue mal.

—Un título de bedel... Muy poco, profesor, comparado con el de catedrático. Cada cosa tiene su precio, su valor. ¿Por qué habría yo de querer juzgarlo, profesor? Voy a decirles a los compañeros de la comisión de finanzas que contacten con usted.

—Por la noche, en casa, es mejor.

Archanjo se puso de pie; Fraga Neto se levantó también; sacaba la billetera para pagar lo que habían tomado:

—¿Cuál es su trabajo en la Energía Eléctrica?

—Repartidor de cuentas de luz.

Bajando la voz, un tanto conmovido, el profesor preguntó:

—¿Puedo ayudarlo en algo, Archanjo? ¿Aceptaría usted...? —Sacaba un billete de la cartera.

—No se ofenda, profesor. Guarde el dinero, súpelo a lo que iba a aportar para la huelga. Suerte en el concurso. Si no me hubieran prohibido entrar en la facultad, iría a hacer fuerza por usted.

Fraga Neto lo siguió con la mirada: el viejo era incorruptible. Nervioso, con paso vacilante, salió del bar en dirección al coche. Demonio de viejo chiflado, reducido a repartidor de cuentas. Un concurso es un concurso, una cátedra es una cátedra. Un joven candidato a la docencia, recién llegado de Europa, tiene derecho a la locura y a proclamarse marxista. Un profesor de la Facultad de Medicina, en vísperas de disputar una cátedra enfrentándose a dos rivales, uno competente y otro protegido de varios ministros, sólo iría a un sindicato de huelguistas si quisiera perder el concurso, poner fin a su carrera. Es lo mismo que tirar la cátedra por la ventana, Archanjo. Un título de bedel es una cosa y el título de catedrático es otra; no tienen comparación, usted mismo lo dijo. Pobre bedel, miseria y orgullo. Catedrático rico, ¿dónde están el orgullo y la decencia? ¿Sólo el bedel puede tener orgullo, ser decente? Apura el paso, casi corriendo detrás del viejo:

—¡Archanjo! ¡Archanjo!, ¡espere!

—Profesor...

—El sindicato, ¿a qué hora, dígame, a qué hora debo ir?

—Ahora mismo, si quiere profesor... Venga conmigo, mi querido amigo.

El profesor Fraga Neto no perdió la cátedra; se impuso de manera brillante en el concurso, derrotó

sobradamente al competente y al protegido. Pedro Archanjo sí perdió el empleo, pues el chiflado del viejo no se conformó con llevar gente solidaria al sindicato. Se metió a agitador, conversó, convenció, fue uno de los que difundieron la huelga en la Compañía de Energía Eléctrica, continuada después por la Telefónica. Huelga general, victoriosa, en ese momento nadie perdió el empleo. Un mes después comenzaron los despidos. Entre los primeros, el de Pedro Archanjo.

Bajó por el Pelourinho riéndose. Desempleado. Sí, Zabela, *chomeur*.

4

Tuvo una larga y mezquina lista de empleos, todos de escasa permanencia y menor salario. Ya era difícil conseguir un trabajo para gente mayor, y ese demonio de viejo no respetaba los horarios, dejaba los encargos por la mitad, llegaba tarde y se iba temprano, no regresaba, distraído por las conversaciones en las calles. Imposible retenerlo, pese a la buena voluntad general.

Fue suplente de corrector en el taller de un matutino. Al comienzo de la noche se acercaba a ver si precisaban de sus servicios, hoy fallaba uno de los titulares, mañana otro no venía; el viejo tenía cierta práctica, tenía buena gramática y buena ortografía. Por la madrugada, entre el *sarapatel* y la cachaza, transmitía las noticias del país y del mundo a los amigos, a Miguel, al mayor, a Budião, a

Mané Lima, los primeros en enterarse. Estaba mal el mundo, iba de desastre en desastre. Los fascistas mataban a negros en Abisinia, derrumbando el trono de Saba, ¡ay, Sabina dos Anjos, Saba, tu rey fue llevado a un campo de concentración! Se sucedían las masacres de judíos, se proclamó oficialmente la supremacía aria, la guerra mundial se aproximaba al son de los tambores. En Brasil, aquello, el Estado Nuevo, las bocas calladas, las prisiones repletas. No pasó mucho tiempo para que el viejo no sólo fuera despedido sino para que figurara en las listas negras de los diarios.

Todo hace creer que el viejo tergiversó a propósito un artículo que endiosaba a Hitler, firmado por un mandamás del gobierno, el coronel Carvalho, y distribuido entre los diarios por el Departamento de Prensa y Propaganda con expresas indicaciones de que se lo publicara en lugar destacado. Las erratas y borrones se sucedían a todo lo largo del artículo. Todavía podía aceptarse, dijo y repitió el jefe de la censura estatal al director del diario, que apareciese «Hitler, pus del mundo» en lugar de «Hitler, luz del mundo», comprensible descuido del linotipista. Era bastante más difícil de admitir «matador de la humanidad» por «salvador de la humanidad» como figuraba en el original. Totalmente inaceptable la palabra *chibungo*, repetida dos veces al lado del nombre de Hitler. Por suerte, en Río no se sabe que *chibungo* es sinónimo de «maricón». Aun así, las órdenes llegadas desde allí eran terribles y él mismo se jugaba su cargo al reducir el escándalo y el castigo al secuestro del número y a la suspensión por ocho días de la publicación; ocho días hábiles, además de ordenar a los censores del diario una pronta investigación para establecer responsabilidades.

Los censores no pusieron nada en limpio; era imposible descubrir las pruebas revisadas; habían desaparecido misteriosamente. Era de una avasallante unanimidad la ignorancia al respecto; eran todos ciegos y mudos. Siendo el viejo sólo un sustituto ocasional, su nombre apareció de inmediato. Incluso el propietario del diario, furioso con la suspensión y los prejuicios pero todavía más furioso con la dictadura, se calló el nombre del demente, aunque lo inscribió en la lista negra de la prensa: «Si sigue corrigiendo pruebas, va a terminar por mandarnos a todos a la cárcel». «¡Viejo desgraciado!», decían los linotipistas. El ejemplar del diario, vendido clandestinamente, alcanzó un alto precio.

Copista de actas en el despacho de tribunales, si se limitase a no trabajar no tendría importancia, según le explicó el escribiente Cazuzza Pivide al mayor Damião de Souza. «Lo peor es que no trabaja y no deja trabajar a nadie; apenas llega, todo se para; ese viejo endemoniado es un manantial de historias, cada cual más embarullada, más cautivante, señor mayor. Hasta yo abandono lo que estoy haciendo para ir a escucharlo.»

Bedel en un colegio, sólo duró un día en el empleo: los niños internados le parecían prisioneros, sacados del hogar y de la calle, sujetos a una intolerable disciplina, con permanentes ansias de comida y de libertad. En la primera y única noche de guardia, les ofreció a los chicos una función literario-musical: poemas y *cavaquinho*. Habrían cantado hasta la llegada de la aurora si el director, llamado precipitadamente, no hubiera hecho valer su autoridad poniendo fin a aquella «confusión indescriptible». Como portero de un hotel, salía de su puesto a la primera invitación. Acomodador en el cine Olimpia, en la Baixa dos Sapateiros, dejaba que los

chicos entraran gratis a las matines de los domingos. Encargado de una obra en construcción, bajo el sol o la lluvia, les daba conversación a los obreros, caía el ritmo de trabajo; el viejo no había nacido para vigilante y menos aún para capitán de a bordo, para capataz de trabajadores. Al final, mal pagados, explotados, ¿por qué deberían ellos, picapedreros, carpinteros, oficiales y albañiles, matarse para que otros se ganaran fácilmente el dinero? El viejo jamás había cumplido horarios: incluso la disciplina en sus estudios era interna, no la controlaba valiéndose del reloj; jamás se sujetó a esquemas ni calendarios.

Las ropas gastadas, las camisas ajadas, los zapatos rotos. Un solo traje, tres camisas, dos calzoncillos, dos pares de calcetines: imposible mantener la buena presencia. Aun así, el horror a la suciedad lo llevaba a lavarse él mismo esas pocas prendas, y Cardeal, limpiabotas en el *terreiro* hacía más de veinte años, le cepillaba gratis los zapatos:

—Venga, padre, vamos a darle un brillito a esos botines.

Iba contento, de un lado para otro. En la librería Dante Alighieri trataba de ladrón a Bonfanti: «¿Dónde está el dinero de mi libro de recetas, maldito calabrés?». «Dime ladrón, pero no me digas calabrés, *io sono toscano, Dio, merda!*» En la tienda de Miguel, en los talleres del Pelourinho, en las barracas del Mercado de Ouro, del Mercado Modelo, del mercado de Santa Bárbara, se pasaba las mañanas y las tardes conversando. Come aquí y allí, alegre invitado. Es presencia permanente en la mesa de Terência, servida ahora por su sobrina Nair, de veinticinco años y madre de seis hijos pequeños. El primero era nieto de Terência, pues Nair lo había tenido del primo Damião, que no era

tonto como para dejar en manos de cualquier atrevido aquel manjar familiar. Los otros cinco, uno de cada padre en una escala de colores que iba del rubio al negro; Nair no tenía prejuicios ni perdía el tiempo.

—Nunca vi algo así... Ve un par de pantalones... —se quejaba Terência, la cabeza blanca y los ojos posados en su compadre—. No tiene su orgullo, compadre.

—¿Mi orgullo, comadre? ¿Y por qué dice eso?

Leyó la respuesta en los ojos lastimeros: tantos años a la espera de una palabra, de una petición, de una súplica. No fue orgullo, comadre, fue respeto. Tanto hablaba usted del Tuerto Souza, con voz de rabia y corazón expectante. Yo comía de su pan, le enseñaba a leer al *moleque*, respeté la cama vacía pensando que... Compadre tan inteligente, compadre que es los ojos de Xangô, ay, compadre, ¿cómo no fue capaz de ver? Ahora ya es tarde, somos dos viejos sin arreglo. ¿Seguro que no tenemos arreglo, comadre? ¿De quién es el penúltimo de Nair, ese travieso adorable? Todavía no cumplió dos años y el padre, mi comadre, sépalo si es que ya no lo sabe, es este servidor a sus órdenes...

En las escuelas de *capoeira*, discutiendo con Budião y Valdeoir, en las pastorales, en la sede del *Afoxé dos Pandegos* del África, en los *terreiros*, durante las madrugadas en las Sete Portas, en Agua dos Meninos siempre de charla en charla, tomando notas en la pequeña libreta negra, haciendo llorar y reír con historias y sucesos, corriendo de aquí para allá, vivió el viejo Pedro Archanjo los últimos días de su vida. Tanta correría, tanta gente, tan solo.

Solo desde la muerte de Lídio Corró, había tardado en recuperarse y precisó de todas sus fuerzas y de su pasión por la vida. Ai poco tiempo, resucitó al compadre, haciéndolo protagonista predilecto de mil historias. Todo

cuanto el viejo había hecho y realizado había sido en compañía de Lídio; fue una obra en común. Hermanos, gemelos, siameses. «Una vez, hace muchos años, el compadre Lídio y yo fuimos a una fiesta de Yansan muy lejos, por el lado de la Goméia, en tiempos del delegado Pedrito, cuando los azotes visitaban todos los días las espaldas de la gente-de-santo. El compadre Lídio...»

Viéndolo tan pobre y necesitado, *mãe* Pulquéria, a quien él tanto ayudaba en la solución de los problemas del *terreiro*, le propuso un cargo remunerado. Necesitaba que alguien se ocupara de cobrar las mensualidades de los miembros del *axé*, parientes y simpatizantes de las *filhas de santo*, y que vivían en las casuchas y viejos caserones levantados en tierras rurales. Alguien de confianza que llevara las cuentas; ella no tenía tiempo para eso. La paga era escasa pero siempre serviría para algo, un dinerito para el tranvía. Desde la huelga, ya no pagaba el tranvía. Comida tenía de sobra; muchas eran las mesas y variado era el menú. «Me ocupo del asunto, *mãe* Pulquéria, como una obligación de *Ojuobá* será un placer; con una condición, lo hago gratis, no acepto que me pague, no me ofenda, madre mía.» Pensó para sí: «Si todavía creyese en el misterio, si todavía no hubiese penetrado el secreto del enigma, tal vez pudiese, creyente y convencido, recibir dinero del santo. Ahora no, *Mãe* Pulquéria: quien cumple el encargo es sólo un buen amigo. Se le paga al hermano de creencias, no se le paga al amigo; la amistad no se alquila, no se vende, su precio es otro, muy diferente: si no que lo diga yo mismo». Hasta el fin de sus días, Pedro Archanjo se ocupó de las mensualidades de los miembros de la secta, hijos del *Terreiro* de Pulquéria, la cuota y el alquiler de inquilinos y moradores, llevó a la perfección las cuentas del *axé* y todavía, cuando le fue posible, pu-

so unas monedas de su bolsillo en la vasija del *orixá*, en el *peji* de Xangô, en la morada de Exu.

En cierta festividad desapareció por unos días, y cuando sus amigos se dieron cuenta, se armó un gran alboroto. Busca que te busca en todas partes, y nada: ¿Dónde estaría viviendo? Desde que había desalojado la mansarda sobre el mar, su vivienda durante treinta años, nunca más tuvo un lugar fijo para dormir; se mudaba de cuarto y de cama una vez por mes, y vivió a la buena de Dios. Finalmente fue descubierto por Ester, dueña de una casa de mujeres en Maciel de Cima, madama respetada. Siendo joven y camarera en un café, se había dedicado al santo. Ya la vieja Majé Bassan apenas podía caminar y *Ojuobá* la ayudó mucho a conducir aquel barco de *iaôs* al puerto seguro de *orunko*, día en que recibirían el nombre. En el momento de rapar a Ester, Majé Bassan, ya sin fuerzas, tomó prestada la mano de *Ojuobá* y le dio la navaja.

En una pocilga infecta, sin lecho, sin colchón, una manta deshilachada, un trapo, un cajón con libros — Ester jamás había visto miseria semejante—, Archanjo estaba abrasado por la fiebre y decía que no era nada, apenas un simple resfriado. El médico le diagnosticó un principio de neumonía, le recetó pildoras e inyecciones y su inmediato traslado. Al hospital, nunca, se opuso Archanjo, allí no pondría los pies. El hospital es muerte segura para los pobres. El médico se encogió de hombros: a cualquier lugar donde pueda vivir un cristiano, de ninguna manera puede quedarse en este cuchitril húmedo donde ni las ratas sobreviven.

En lo más hondo del burdel, Ester tenía un cuartito destinado al mozo que servía cerveza, vermú y coñac a los clientes, aseguraba el orden y protegía a las prostitutas. Funciones tan variadas e importantes

estaban adjudicadas a la competencia de Mário Formigão. Era un mulato albino, achaparrado, y padre de familia ejemplar, que vivía con su mujer y sus hijos. El cuartito estaba libre. Una casa de putas no era lugar para el padre *Ojuobá*, pero Ester no halló otra solución, ya que el viejo testarudo no aceptaba siquiera hablar de irse al hospital.

En aquel cuarto, en el fondo del burdel de Ester, en un estrecho cubículo, vivió su última etapa, feliz con su vida. De empleo en empleo —ya no eran empleos, eran changas, rebusques—, atravesó sin festejos sus setenta años y dio comienzo una guerra que fue su único trabajo, ocupándole los días, las horas y los minutos.

En todos los rincones de la ciudad, desde los burdeles hasta los mercados, de las ferias a las tiendas, de los talleres a los *terreiros*, en casas y calles, se discutió y se peleó. Estaba en juego cuanto había pensado y hecho, corría peligro, un peligro mortal. Fue soldado y general, él, el civil más civil. Táctico y estratega, trazó y desarrolló batallas. Cuando todos se desalentaron y se dieron por vencidos, él asumió el mando de un ejército de mulatos, de judíos, de negros, de árabes, de chinos, y partió a enfrentarse con las hordas nazis. ¡Vamos, querido, a vencer la muerte sin freno, esa infame!

Inveterado andariego, el viejo acompañó el desfile, desde el punto de partida en Campo Grande hasta la Praça da Sé, donde la importante manifestación por los cuatro años de la Segunda Guerra Mundial culminó en una reunión gigantesca. Para poder aguantar durante el recorrido, había forrado con papel los zapatos con la suela agujereada; ya no trataba de disimular las manchas en el traje ni los costurones en el pantalón.

Las fuerzas antifascistas habían reunido a millares de manifestantes; un diario habló de veinticinco mil asistentes, otros de treinta mil. Estudiantes, intelectuales, obreros, gente de todos los estamentos sociales. A la luz de las antorchas encendidas con el prohibido petróleo brasileño —cuya existencia era oficialmente negada; muchos fueron sometidos a proceso y cumplieron pena de prisión por haberla afirmado—, en inmensa y desordenada procesión, la masa se desgastaba y repetía eslóganes y gritos de salutación o abucheos.

Banderas de los países aliados, carteles y estandartes, enormes retratos de los líderes de la guerra contra el nazifascismo. Abriendo el cortejo, por encima de los miembros de la conducción del Frente Médico, el retrato de Franklin Delano Roosevelt. El viejo reconoció, sosteniendo las andas de aquella especie de altar, al profesor Fraga Neto, con la cabeza erguida, la barba puntiaguda y el bigote rubio. Había sido de los primeros en romper con las prohibiciones policiales y reclamar en público el envío de tropas brasileñas a los campos de batalla.

Los seguían los retratos de Churchill, de Stalin, entre desbordadas aclamaciones, de De Gaulle, de Vargas. Dos reivindicaciones dominaban la manifestación. La primera exigía la formación inmediata de un cuerpo expedicionario, capaz de dejar sin efecto el carácter

puramente simbólico de la declaración de guerra de Brasil a las potencias del Eje para transformarla en una realidad efectiva. La otra reclamaba medidas que llevaran a la práctica la investigación y explotación del petróleo brasileño, ya probadamente descubierto en el Recóncavo. Se oían también las primeras peticiones de amnistía para los presos políticos. Respecto de la libertad, el pueblo la estaba conquistando en la práctica, en manifestaciones y mítines. El viejo harapiento y desocupado no se perdía una manifestación, tenía sus preferencias por determinados oradores, estaba en condiciones de distinguir las inclinaciones políticas de cada uno, todos ahora en un frente único por la victoria en la guerra.

Delante de la Escuela Politécnica, en São Pedro, el desfile hizo una breve parada, y desde una ventana del primer piso del edificio se elevó una voz en denuncia de los crímenes del nazismo racista y totalitario y en elogio de los soldados de la democracia y del socialismo. Cada palabra arrancaba aplausos. El viejo se había subido con esfuerzo a un banco para ver mejor al orador, uno de sus favoritos, Fernando de Sant'Ana, alumno de ingeniería y líder indiscutido de los estudiantes, voz plena y frases impecables. Delgado y moreno, del mismo color que Tadeu. Muchos años antes, cuando la Primera Guerra Mundial, el viejo había oído al estudiante Tadeu Canhoto exigir desde aquella misma ventana la participación de Brasil en el conflicto contra el militarismo germánico. Aquella gran guerra no lo había afectado mayormente, aunque hubiese gastado saliva y argumentos a favor de Francia y de Inglaterra. Vibraba, eso sí, con los discursos de Tadeu, con la fascinante inteligencia del muchacho, la frase justa, el razonamiento claro. Hacía pocos días había leído en los diarios, entre elogios al «talento del

notable urbanista bahiano», la noticia del nombramiento del ingeniero Tadeu Canhoto como secretario de Obras Públicas de la Prefectura del Distrito Federal. Los Gomes se habían mudado a Río de Janeiro para poder ayudar en la crianza de los nietos, que finalmente llegaron. ¿El tratamiento de Lu en Francia o la promesa de doña Emilia al señor del Bonfim?

Ahora es diferente: el viejo bebe ávido cada palabra del joven estudiante, ardoroso mestizo que denuncia al racismo, impetuosa juventud que vislumbra el futuro. Baja del banco: en esta guerra le toca ser veterano, combate en ella hace ya muchos años, consumió su vida en las trincheras.

La manifestación vuelve a detenerse en la Plaza Castro Alves y la multitud invade la Barroquinha, la Montanha, incluso una parte de la ladera de São Bento. Desde allí, de la mitad de la ladera, el viejo de paso lento vio al mayor en el pedestal del monumento al Poeta, el dedo en ristre. El viejo sólo escuchó los aplausos, no le llegaron hasta allí las palabras del orador. Pero no era necesario: las sabía todas, ritmos y frases, los adjetivos grandilocuentes, las interjecciones, ¡oh, pueblo, pueblo de Bahía! Presente en toda la ciudad, justiciero de los pobres, esperanza de los presos, providencia de los necesitados, saber de los analfabetos, Rábula del Pueblo, su muchacho Damião, de pie en los escalones de la estatua. Ya un tanto acalorado a esa hora, animado por una buena dosis de cachaza, lúcido y brillante, nadie logró descubrirlo nunca borracho. Cada uno de los demás oradores era representante de esta o aquella organización, frente, sindicato, grupo estudiantil, gremio, partido perseguido o clandestino. Sólo el mayor hablaba por el pueblo. Allí, casi al nivel de la calle, sobre el bajo pedestal de la estatua.

En gigantesco serpenteo, la manifestación subió por la calle Chile; desde el balcón del Palacio, el interventor contemplaba a la multitud. Desde la Prefectura, el profesor Luis Rogério dirigió la palabra a la masa: ¡Venceremos! El viejo se acuerda de él, jovencito, estudiante de medicina en el jocoso entierro simbólico del profesor racista; en el *terreiro*, con su discurso contra el despido del bedel.

En la Praça da Sé, en alegre despliegue de banderas, el acto de clausura. El viejo se cuela entre las filas apretadas, pide permiso, y cuando por casualidad lo reconocen, le abren paso. Logra acercarse al escenario. Un joven y alto mulato de cabellos lacios, voz de bajo, habla en nombre del Frente Médico antifascista; su nombre es Divaldo Miranda. Recién licenciado, el viejo no lo había llegado a conocer, pero he aquí que, en aquel 1 de septiembre de 1943, el joven rescata acontecimientos olvidados, desentierra sombras y fantasmas. Se refiere al estudio para proyecto de ley escrito por un cierto profesor de la Facultad de Medicina, Nilo Argolo de Araújo, de acuerdo con el cual los mestizos brasileños deberían ser aislados en regiones inhóspitas del país, y aquellos que se mantuvieran con vida pese al clima y las enfermedades serían deportados al África. La propuesta no tuvo apoyo, provocó risas e indignación. Cuando Hitler asumió el poder en Alemania y anunció el comienzo del milenio racista, el profesor estaba aún vivo y lo saludó en un artículo delirante: «EL ENVIADO DE DIOS». Enviado de Dios para exterminar a negros y judíos, árabes y mestizos, al sórdido mulaterío, para transformar en ley el proyectado genocidio.

En la plaza, mientras admiraba al joven tan bello e impetuoso, el viejo recordó un diálogo, ocurrido hacía más de treinta y cinco años. Acababa de publicar su

primer libro y el profesor Argolo lo había interpelado en el pasillo de la facultad: «Se trata de un cáncer —había dicho el docente, refiriéndose al mestizaje—. La cirugía parece ser una forma cruel de la medicina, y en verdad es beneficiosa e indispensable». Archanjo, joven de espíritu abierto como el orador de la tribuna, comenzó a reír y preguntó: «¿Matarnos a todos, uno por uno, profesor?». Se había encendido una luz amarillenta de fanatismo en los ojos del catedrático. Pronunció la condena sin piedad, implacable: «Eliminarlos a todos, un mundo sólo para los arios, de seres superiores, donde se conserve únicamente a los esclavos indispensables para las tareas inferiores». Un genio, un líder, un enviado de Dios tomaría en sus manos la espantosa idea; invicto señor de la guerra dispuesto a cumplir la suprema misión: limpiar al mundo de judíos, árabes y amarillos, barrer de Brasil «esa escoria africana que nos enloda».

Todo cuanto exigiera y previera el profesor se había hecho realidad. Todo cuanto pregonara y defendiera el viejo estaba en peligro. Nuevamente se enfrentaban tesis e ideas. Pero ya no en un debate intelectual, sino con las armas en la mano. Corría la sangre, las legiones de soldados empuñaban la muerte.

Si Hitler venciera, Hitler o cualquier otro fanático racista, ¿podría terminar con todos ellos en la muerte y la esclavitud? El profesor había dicho que sí y reclamó un líder capaz de llevar a cabo la tarea; desde las brumas de Alemania, Hitler respondió: *¡Presente!* Si venciera, ¿podría matar y esclavizar al pueblo? El viejo busca una respuesta en las palabras de los oradores.

Giocondo Dias, revolucionario probado en la acción, saludó a los combatientes del mundo libre en nombre de los trabajadores brasileños y pronunció la palabra

«amnistía», repetida por la masa en un continuo clamor que sólo habría de callarse cuando se abrieron, en vísperas de la victoria, las puertas de las prisiones. Néstor Duarte, profesor de leyes, escritor, de voz ronca y palabra ardiente, atacó las limitaciones a las libertades decretadas por la dictadura y reclamó democracia, «en defensa de la democracia los soldados empuñan las armas contra el nazismo».

Rostro apasionado y sufrido, en la voz el dolor de guetos y pogromos, el profesor Tzalie Jucht representa a los judíos. Figura popular y querida, orador de largo alcance, Edgar Mata cierra el acto con un barroco vaticinio: «¡Flagelo de Satanás, Bestia del Apocalipsis, Hitler reptará en el fango de la derrota!».

La multitud aplaude, gritos, palmas, entusiasmo y apuro. Se mueve la colosal masa, se aprieta, comienza a evacuar la plaza. A los empujones, el viejo busca una salida; allí se va la pregunta sin su respuesta: ¿Alguien podrá realmente terminar con todos ellos? ¿Hitler u otro cualquiera, hoy o mañana? Casi aplastado, aprovecha el camino abierto por un marinero, escapa, respira con dificultad.

Inicia la marcha en dirección al *Terreiro* de Jesús; el dolor, intenso, lo alcanza. No es la primera vez. Trata de apoyarse en la pared del Palacio Episcopal pero no lo logra. Ya a caerse cuando una joven llega para sostenerlo. El viejo se recupera, el corazón se recompone, el dolor cede; ahora es un suave corte de puñal, distante.

—Gracias.

—¿Cómo se siente? Dígame, soy estudiante de medicina. ¿Quiere que lo lleve a un hospital?

Le tenía horror a los hospitales; un pobre en un hospital termina en el ataúd. «No fue nada, sólo que en

medio de tanta gente me faltó el aire, me sentí sofocado. Nada serio, muchas gracias.»

Los ojos gastados contemplan a la morena que lo protege. Una belleza que le resulta conocida, íntima, familiar. ¡Ah, si pudiese ser la nieta de Rosa! Reconoce claramente la dulzura, el ritmo, el ansia, la seducción, la extrema hermosura.

—¿Tú eres la nieta de Rosa? ¿La hija de Miminha?
—la voz infinitamente cansada, pero aun así alegre.

—¿Cómo se dio cuenta?

Tan igual y tan diferente, ¿cuántas sangres debieron mezclarse para hacerla así, tan perfecta? Los largos cabellos sedosos, la piel fina, los ojos azules y el denso misterio del cuerpo alto y abundante.

—Fui amigo de tu abuela. Asistí al casamiento de tu madre. ¿Cómo te llamas?

—Rosa, como ella. Rosa Alcántara Lavigne.

—¿Estudias medicina?

—Estoy en tercer año.

—Pensé que jamás volvería a ver una mujer tan bonita como tu abuela. Rosa Alcántara Lavigne... —Miró los ojos azules de la joven, ojos francos y curiosos, herencia de los Lavigne. ¿O de los Alcántara? Ojos azules, piel morena—: Rosa de Oxalá Alcántara Lavigne...

—¿De Oxalá? ¿A quién pertenece ese nombre?

—A tu abuela.

—Rosa de Oxalá... Es hermoso, creo que lo voy a adoptar.

Un grupo de estudiantes la llama: «¡Rosa! ¡Rosa! ¡Vamos, Rosa!».

—Ya voy —respondió Rosa, nieta de Rosa, tan igual y tan diferente.

Se disolvía el acto, la gente llenaba los tranvías, caía la noche sobre los postes de lámparas apagadas; el viejo sonrió, cansado y alegre. La muchacha percibía confusamente que ese torpe anciano, tal vez enfermo, con la chaqueta sucia, los pantalones remendados, agujeros en las suelas, con el corazón deteriorado, era alguien cercano, ¿tal vez un pariente? Jamás había conocido exactamente cómo era la familia de su abuela; en la familia de Oxalá los rastros estaban perdidos, rodeados de un silenciado misterio.

—Adiós, hija mía. Fue como haber visto nuevamente a Rosa.

En un arranque, empujada por quién sabe qué fuerza o sentimiento extraño, la joven tomó la mano oscura y pobre y la besó. Después salió corriendo hacia el alegre grupo de compañeros que cantando bajó por la vereda en sombras.

El viejo atravesó lentamente el *Terreiro* de Jesús rumbo a Maciel de Cima, ya era hora de la cena en el burdel de Ester. ¿Podría alguien, por más poderoso señor de ejércitos que fuera, hacer que el pueblo se disolviera en la muerte y la esclavitud y terminara con Rosa y su nieta, con la perfección?

—La bendición, padre mío —pide la prostituta, casi una niña, en busca del primer cliente de aquella noche. Las sombras envuelven al viejo, paso torpe, duro enigma, ¿quién le proveería la clave del misterio?

Tras el noticiario, los boletines de guerra, «¡esos rusos son unos genios!», Maluf sirvió aguardiente, comentaron la manifestación y el acto, el valor de los indómitos ingleses, la epopeya norteamericana en las islas perdidas de Asia, las hazañas soviéticas. Ataúlfo, un pesimista, no creía que la victoria fuera cierta y que estuviese asegurada. Lejos de eso, Hitler aún tenía muchos ases escondidos en la manga de su chaqueta, armas secretas que podrían destruir el mundo.

¿Destruir el mundo? Si Hitler ganase la guerra, ¿podría matar y esclavizar a todos los que no fuesen blancos puros, arios comprobados? ¿Acabar con la vida y la libertad, y todos nosotros, sin excepción, muertos, o, lo que es peor, esclavos?

La discusión subió de tono: que puede, que no puede, ¿por qué no puede? ¡Vaya si puede! El herrero desafió:

—Ni Dios, que hizo al pueblo, puede matar a todos de una vez, va matando de a uno, y cuanto más mata, más nace y crece gente y ha de nacer, crecer y mezclarse, y ningún hijo de puta lo ha de impedir.

Al golpear con la enorme mano —que ni la de Manoel de Praxedes ni la de Zé Alma Grande— sobre el mostrador, volcó el vaso y allí se fue el resto de la cachaza. El turco Maluf, hombre bueno y solidario, invitó a otra ronda.

El viejo Pedro Archanjo repitió la finalmente escuchada respuesta:

— ... y ha de nacer, crecer y mezclarse, y nadie lo ha de impedir. Tienes razón, camarada, es eso, nadie puede terminar con nosotros, nunca. Nadie, mi viejo.

Ya era tarde, aún sentía el brazo adormecido y el dolor allí, en lo hondo, al acecho. Se despidió alegre: hasta mañana, queridos, vale la pena vivir cuando se

tienen amigos, un trago de cachaza y una certeza así,
tan firme. Me voy, quien me siga que cierre la puerta.

En la oscuridad de la ladera, con paso lento, en el último esfuerzo, el maestro Pedro Archanjo recorre el camino, sigue hacia delante. El dolor lo parte en dos. Se apoya en la pared del caserón, rueda por el suelo. Ay, Rosa de Oxalá.
DE LA GLORIA DE LA PATRIA

El ínclito doctor Zèzinho Pinto lo había previsto correctamente, había elegido con acierto: el salón de actos del Instituto Histórico y Geográfico de Bahía, pequeño e imponente, estaba repleto. Al ver a tan ilustre asamblea, el director de la Facultad de Medicina le dijo a su excelencia, el gobernador: si cayese en este momento una bomba sobre el predio del Instituto, Bahía perdería de golpe lo mejor de su inteligencia, capital y reservas. En realidad, para celebrar el centenario del nacimiento de Pedro Archanjo se encontraban allí las figuras de pro, los grandes de la región. Unánimes en el cumplimiento de un deber cívico de los más placenteros: exaltar a una auténtica gloria de la patria.

Al abrir la magna sesión e invitar al gobernador para que la dirigiera en pequeña y elegante alocución, el presidente del Instituto no se abstuvo del placer de lanzar una ironía dedicada a los hipócritas y pretenciosos: «Nos hemos reunido aquí para celebrar una gran efeméride centenaria de aquel que nos enseñó los nombres completos de nuestros antepasados».

A pesar de su edad avanzada y de su relevante obra como historiador, el presidente Magalhães Neto disfrutaba de un buen epigrama y los rimaba en la mejor tradición bahiana.

Compuesta la mesa, el gobernador le cedió la palabra al doctor Zèzinho Pinto, propietario del *Jornal da Cidade*, dueño de la función. «Al promover estos grandiosos festejos, el *Jornal da Cidade* ha cumplido con uno de los puntos más importantes de su programa:

honrar y divulgar los nombres de los excelsos varones cuyo ejemplo ilumina el camino de las nuevas generaciones. Despertada por los clarines del *Jornal da Cidade*, Bahía finalmente marcha aceleradamente sobre los rieles del desarrollo y del trabajo y salda la deuda de gratitud contraída con Pedro Archanjo, quien entrega glorias a la patria y le provee banderas de éxito internacional.»

A continuación, el profesor Calasanz, satisfecho de haber llegado con vida y en libertad al fin del maratón, leyó la traducción de la carta dirigida por el gran James D. Levenson a la comisión de honor. El Premio Nobel, además de elogiar la iniciativa, daba cuenta del éxito obtenido por la traducción de los libros del bahiano, no sólo en Estados Unidos, sino también en todo el mundo culto. «La difusión de la obra de Pedro Archanjo hizo que la original y notable contribución brasileña a la solución del problema de las razas, alta expresión de humanismo antes ignorada, sea actualmente objeto de interés y estudio apasionado en los más diversos y prestigiosos centros científicos.»

El doctor Benito Mariz, en nombre de la Sociedad de los Médicos Escritores, celebró antes que nada en Pedro Archanjo al estilista de lenguaje depurado, «terso y atildado», que «aprendió en la convivencia con los maestros de medicina que manejan igualmente la ciencia y las bellas letras». El director de la Facultad de Medicina insistió en su conocida tesis: «Pedro Archanjo pertenece a la Facultad de Medicina, es patrimonio de esta gran institución, allí trabajó y construyó, la facultad le brindó el ambiente y las condiciones para ello».

Por la Facultad de Filosofía no habló nadie, pues el profesor Azevêdo, todavía atragantado con la prohibición del seminario sobre mestizaje y *apartheid*, había

rechazado la invitación: su homenaje a Archanjo era un libro ya en prensa. Le explicó los motivos a Calasanz:

—Son capaces de pedirme el discurso para leerlo y censurarlo.

—¿Quiénes? —preguntó la secretaria del Centro de Estudios, Edelweiss Vieira, cada vez más inmune a las sutilezas de lenguaje, indispensables en tiempos de vida política confusa y clara intervención en la cultura.

—¿Intervención de quién? Por favor, doña Edelweiss, no pregunte más, empiece a hablar, ocupe la tribuna.

Subida al escenario, en conmovida página, Edelweiss Vieira agradeció al «padre de los estudios folclóricos bahia- nos» la inmensa riqueza preservada del olvido y salvada del abandono en las páginas de sus libros. Mulata blanca de rostro redondo y hablar pausado, sonrisa tímida, simpatía personal, al término de su texto de gratitud y amor se dirigió al finado y le pidió: «La bendición, padre Archanjo». Al investigar los territorios por él labrados, al recorrer veredas y atajos abiertos por el autor de *La vida popular de Bahía*, en medio de tanta formalidad, de tanta palabrería elocuente y vacía, la folclorista parecía una devota hija del *terreiro* puesta de rodillas ante el pequeño sacerdote. En aquel instante se proyectó nítida en la sala la figura de Archanjo. Fue apenas un breve momento, pues enseguida tomó la palabra el preclaro académico Batista, orador principal de la noche, ya que el profesor Ramos de Río de Janeiro había dejado de venir: motivos idénticos a los alegados por el profesor Azêvedo. «Susceptibilidades de doncellas», comentó el doctor Zèzinho. Puta vieja de la política, le tocaba tragarse sapos y culebras.

Hasta aquel momento, todos los discursos habían sido razonablemente cortos, ninguno había excedido la media hora, los oradores se habían sujetado a las

indicaciones del secretario Calasanz: «Media hora para cada uno hacen tres horas de retórica; es lo máximo que puede aguantar el público».

Cuando, sin embargo, nuestro conocido Batista se subió a la tribuna, el desánimo se reflejó en la asistencia, y si no se produjo una desbandada general fue en consideración al *Jornal da Cidade*, al doctor Zèzinho, a la presencia del gobernador y, dígase toda la verdad, a cierto sentimiento de temor. El profesor Batista era el hombre principal del momento, responsable, según se comentaba, de muchas denuncias y de algunos procesamientos a elementos subversivos. En semejantes condiciones, no había lugar para la menor esperanza: estaba libre de abusar cuanto quisiera, extenderse en elogios y más elogios todo lo que se le antojara.

Parte del extenso discurso había sido escrita hacía bastante tiempo, durante el pasaje de Levenson por Bahía. Estaba destinada a la cena de homenaje rechazada por el extravagante Premio Nobel, más interesado en la vida popular y en los encantos de Ana Mercedes que en el trato con personalidades eminentes. A ese antiguo introito, el copioso Batista había agregado capítulos referentes a Archanjo y a problemas de interés general e inmediato. Así fue como compuso una «pieza magistral de erudición y patriotismo», según la calificó el redactor del *Jornal da Cidade*. Magistral e interminable. De todos modos, un tanto polémica. Para comenzar, Batista discutió con James D. Levenson, probando que la ciencia y la cultura no eran monopolio del gringo: él mismo, orador, si bien reconocía los méritos del norteamericano, no le temía a la confrontación. Celebró sobre todo en Levenson los títulos, la cátedra, el renombre, la nacionalidad, digna de todos los elogios. Le

criticó la permanente herejía científica, la falta de respeto a los nombres reconocidos, la facilidad con que destruía tabúes y trataba a augustas cumbres de «tremendos charlatanes». A continuación polemizó con Archanjo. En su opinión, el homenajeado de la noche, objeto del generoso aplauso de los presentes, jamás debería haber atravesado los límites de las investigaciones folclóricas: «Aunque viciadas de cuantiosos defectos, representan un intento prometedor y merecen ser admitidas en la práctica de los eruditos». Sin embargo, al pretender cosechar en campos de grandes sabios de la estatura de Nilo Argolo y Oswaldo Fontes, «dio forma escrita a extravagancias sin la menor base para sustentarse». No llevó mucho más adelante el tema «Pedro Archanjo». Ocupó la mayor parte del discurso en el elogio de la «verdadera tradición, única efectivamente digna de culto, la de la familia brasileña y cristiana». El profesor Batista había asumido recientemente la presidencia de la benemérita Asociación de Defensa de la Tradición, de la Familia y de la Propiedad y se sentía responsable de la seguridad nacional. Penetrante ojo policial, descubría en todas partes a los enemigos de la patria y del régimen. Incluso sospechaba que ciertas personas del gobierno estatal estaban en connivencia con los subversivos, y hay constancia de que ha denunciado a algunos; por favor, no pregunte a cuáles ni a quién, doña Edelweiss.

Todo se termina alguna vez; también las piezas del amenazador Batista llegaron a su final hacia las once y media de la noche, con la sala en pesado silencio y malestar unánime. Por lo visto y oído, si Archanjo apareciese por allí, probablemente el orador llamaría a la policía.

Con un suspiro de alivio, el gobernador se dispuso a cerrar la sesión:

—No habiendo quien quiera ya hacer uso de la palabra...

—¡Pido la palabra!

Era el mayor Damião de Souza. Tarde, como siempre, con los ojos inyectados, pues a aquella hora de la noche ya había absorbido buena parte del alcohol de Bahía, había entrado en la sala al comienzo del indigesto brebaje del virtuoso Batista. Había llegado en compañía de una mulata mal vestida, en avanzado grado de embarazo, un tanto a disgusto en tan fausto ambiente. El mayor le ordenó al sociólogo y poeta Pena:

—¡Bardo!, cédale el asiento a esta desdichada que espera un niño y no puede estar de pie.

Fausto Pena se levantó y junto a él, solidaria y enamorada, se puso de pie una delicada literata, reciente estreno en la «Columna de la Joven Poesía», la criatura más reciente del poeta.

—Siéntate, hija mía —le dijo el mayor a la mulata. Él se sentó en otra silla vacía, fijó la mirada e inmediatamente se durmió. Se despertó con los aplausos, a tiempo de pedir la palabra.

En el atrio, luego de una mirada melancólica dirigida al vaso de agua mineral —«¿cuándo les ofrecerán cerveza a los oradores?»—, se dirigió a las autoridades y aquel «ramillete de talentos» reunido allí para celebrar a Pedro Archanjo, maestro del pueblo y del propio mayor, a quien le había enseñado las primeras letras, sabio que se había hecho grande gracias a su propio esfuerzo, nombre excepcional de Bahía, que componía con el de Ruy Barbosa y el de Castro Alves la «Suprema Trinidad del Genio». Tras el oscuro discurso de Batista, salpicado de sobrentendidos y amenazas, las palabras del mayor, grandilocuentes, barrocas, bahianísimas, hacían que el aire pudiera volver a respirarse y merecieron festivos

aplausos del auditorio. El mayor extendía los brazos, dramático: «Muy bien, mis señoras y mis señores. Todos estos homenajes rendidos al maestro Archanjo a lo largo del mes de diciembre, que ha reunido a lo más excelso de la inteligencia de Bahía, son todos ellos maravillosos, pero...».

—Si alguien le enciende un fósforo cerca de la boca lo incendia... —susurró el presidente del instituto al gobernador, pero lo dijo con enorme simpatía; prefería mil veces la voz cascada y el aliento a cachaza del mayor Damião de Souza antes que la voz impostada y la mirada siniestra del abstemio Batista.

Brazos abiertos, la voz sollozante, el mayor llegó al punto culminante: «... tanta fiesta, tanto discurso, tanto elogio a Archanjo, merecedor de eso y mucho más, pero he aquí la otra cara de la moneda. La familia, los descendientes de Archanjo, sus parientes, todos ellos morían en la mayor de las penurias, vegetaban en una miseria absoluta, pasaban hambre y frío. Allí mismo, mis ilustres señores, en esa sala donde se desarrollaba tan grandiosa fiesta, allí mismo padecía una parienta cercana de Archanjo, madre de siete hijos, esperando al octavo, viuda que lloraba la muerte del esposo adorado, necesitada de un médico, de hospital, de remedios, de dinero para darle de comer a sus hijos... Allí, en esa sala donde se oían tantos elogios a Pedro Archanjo, allí...».

Apuntó hacia la mulata sentada.

—¡Levántate, hija mía, ponte de pie para que todos vean en qué estado se encuentra una descendiente, una parienta cercana del inmortal Pedro Archanjo, gloria de Bahía y de Brasil, gloria de la patria!

De pie, con la cabeza gacha, sin saber dónde colocar las manos y hacia dónde mirar, la barriga enorme, los

zapatos torcidos, el vestido remendado, una pobreza absoluta. Algunos se subían a las sillas para ver mejor.

—Señoras y señores, en lugar de adjetivos y elogios, ahora os pido la dádiva de un óbolo para esta pobre mujer por cuyas venas corre la sangre de Archanjo.

Dijo esto y bajó de la tribuna con el sombrero en la mano. Comenzando por la mesa de la presidencia, recogió dinero de cada uno de los presentes. Cuando llegó al fin de la sala, el gobernador estaba dando la sesión por terminada, «en el meritorio ejercicio cristiano de la caridad», y el mayor depositó en el regazo de la avergonzada beneficiaria los billetes de distintos valores, todo el dinero. Vaciado el sombrero y tomando del brazo a Arno Melo, le propuso:

—Mi negro, págume una cerveza, tengo la boca seca y estoy sin blanca.

Allí se fueron para el bar Bizarría. Los dos y Ana Mercedes. Ana Mercedes del brazo de Arno, finalmente establecida en el territorio de la promoción y de la publicidad. Impresionante revelación en el área de contactos; no había cliente que se resistiera a sus argumentos. Ya en la calle, Arno le pidió permiso al mayor: «Déjeme besarla, hace tres horas que no siento el sabor de su boca y he oído tantas tonterías que estoy ávido por olvidarlas, y puedo llegar a morir si no lo hago». «Haga como le parezca, mi estimado amigo, desahóguese, pero dese prisa, no se olvide de que la cerveza nos está esperando. Después, si quiere, le enseño dónde queda un motel discretísimo, del tiempo de Archanjo.»

Mientras la sala se vaciaba, el profesor Fraga Neto, con perilla y bigotes blancos, anciano aún espigado y discutidor, se acercó a la parienta pobre y cercana de Pedro Archanjo: —Fui amigo de Archanjo, hija mía, pero no sabía que hubiese tenido familia, que hubiese dejado

descendientes. ¿De quién es hija usted, cuál es su grado de parentesco?

Todavía avergonzada, apretando con fuerza la bolsa ordinaria donde había guardado los billetes —¡nunca había visto tanto dinero junto!—, la mulata contempló al viejo curioso que tenía enfrente:

—Señor, nada sé de eso. Nunca conocí a ese tal don Archanjo, no sé quién es, hoy oí hablar de él por primera vez. Pero el resto es todo cierto, bueno, más o menos, los niños no son siete sino cuatro, señor, mi hombre no murió sino que se fue sin dejarme un centavo en casa... Y entonces fui a buscar al mayor para que me ayudase. Lo encontré en el bar Triunfo, me dijo que estaba sin dinero pero que fuera con él a un lugar donde me iba a conseguir ayuda. Me trajo aquí... —Sonrió y traspuso la puerta; a pesar de estar embarazada, iba meneando las caderas en un vaivén igual al del fallecido Archanjo.

El profesor Fraga Neto también sonrió, y sacudió la cabeza. Desde la primera idea de Zèzinho Pinto hasta las últimas palabras del discurso de Batista Tradición y Propiedad —¡peligroso animal!—, en esas conmemoraciones todo había sido una farsa, una sarta de absurdos. Tal vez lo único verdadero había sido la invención del mayor, la mulata preñada y sin comida, necesitada y harapienta, falsa parienta, parienta verdadera, gente de Archanjo, universo de Archanjo. Repitió de memoria: «La invención del pueblo es la única verdad, ningún poder logrará nunca negarla o corromperla».

«DEL TERRITORIO MÁGICO Y REAL»

En el carnaval de 1969, la Escola de Samba Filhos do Tororó llevó a las calles el *enredo* «Pedro Archanjo en cuatro épocas», por el cual obtuvo mucho éxito y algunos premios. Ai son del samba-*enredo* de Waldir Lima, victorioso sobre cinco óptimos competidores del ala de los compositores, la Escola desfiló por la ciudad cantando:

*Escritor emocionante
Realista sensacional
Deslumbró al mundo
¡Oh! Pedro Archanjo genial
Su vida en cuatro épocas
Presentamos en este carnaval.*

Finalmente, Ana Mercedes puede ser Rosa de Oxalá, y en nada fue inferior en cuanto a requiebros y bamboleos. El trasero suelto, los senos libres, bajo la fina bata de lino y bordados, la mirada de quien pide cama y verga competente —porque esa mulata, ay, no es para cualquier cosita de hacer pis— enloquecieron a la plaza y al pueblo. ¿Quién no soñó con esas caderas altas, el vientre liso, el desafiante ombligo? Borrachos y disfrazados se arrojaron a sus danzantes pies. Ana Mercedes se exhibía entre los principales bailarines del desfile y cada uno de ellos representaba a un personaje del *enredo*: Lídio Corró, Budião, Valdeleir, Manoel de Praxedes, Aussá y Paco Muñoz. En el carro alegórico, el *Afoxé dos Filhos da Bahía*, el Embajador, el Bailarín,

Zumbi y Domingos Jorge Velho, los negros de Palmares, los soldados del imperio, el comienzo de la lucha. Se desgañitaban cantando:

*Del territorio mágico y real
Grandeza de la inteligencia nacional
Extrajo del aire y de las cosas
Un lirismo espontáneo.ç*

Kirsi de nieve y de trigo, vestida de Estrella del Alba, iba al frente del grupo pastoril, tan rubia y blanca, bella cabellera escandinava. Decenas y decenas de mujeres, gran parte del ala femenina en la que se inscriben bellezas, estrellas, princesas y mucamas de la mejor calidad, todas en poses sensuales sobre un lecho colosal que ocupa por sí solo uno de los carros alegóricos, tal vez el de mayor impacto. Precediéndolo, y sobre el tablado, el maestro de ceremonias exhibe un cartel con el título de la alegoría de tantas mujeres reunidas en un lecho común e infinito: *EL DULCE OFICIO DE PEDRO ARCHANJO*. Allí estaban todas entre conversaciones y risas, las amantes, las comadres, las prostitutas, las casadas, las ingenuas, las negras, las blancas, las mulatas, Sabina dos Anjos, Rosenda, Rosália, Risoleta, Terência pensativa, Quelé, Dedé, cada una por turno. Desde el lecho partían semidesnudas hacia la ronda del samba:

*Gloria, gloria
Del mulato brasileño
Contemporáneo
Gloria, gloria.*

En los *atabaques*, *agogôs*, las campanillas y *cabaças*, el *candomblé* de hechiceras, *iaôs* y *orixás*. Procópio recibe latigazos en el ballet siniestro de la policía; Ogun, negro enorme del tamaño de una casa, hace correr por las calles al delegado auxiliar Pedrito Gordo; hace que se mee de miedo. Prosigue la danza incansable.

Los *capoeiristas* intercambian golpes imposibles, Mané Lima y la Gorda bailan *maxixe* y tango. La vieja, con la sombrilla abierta, sale con enaguas al ritmo del cancán, es la condesa Isabel Tereza Martins de Araújo y Pinho, para los íntimos Zabela, Princesa del Recôncavo, ciudadana de París.

Con cuernos de diablo, envuelta en llamas de papel rojo, Dorotéia anuncia el final del desfile, desaparece en una llamarada de azufre.

*Alabemos, pues, las glorias alcanzadas
En sus grandes jornadas
En este mundo de mi Dios
Y todo lo que exponemos en las avenidas
Son historias ya vividas
Contadas en los libros que escribió.*

Capoeiristas, hijas de santo, *iaôs*, pastoras, *orixás*, el *terno* de *reis* y el *afoxé*, comparsas y hechiceras cantan, bailan, se desparraman. El maestro Pedro Archanjo *Ojuobá* pide paso:

*Gloria, gloria
Gloria, gloria.*

Pedro Archanjo *Ojuobá* llega bailando; no es uno solo, es muchos, numerosos, múltiples, viejo, cuarentón,

joven, niño, andariego, bailarín, conversador, bueno para el trago, rebelde, sedicioso, huelguista, ruidoso, guitarrista y ejecutante de *cavaquinho*, enamorado, amante tierno, frecuentador de meretrices, escritor, sabio, un hechicero.

Todos pobres, pardos y civiles.

FIN

Vila Moreira, en la casa fraternal de Nair y Genaro de Carvalho, Bahía, de marzo a julio de 1969.

GLOSARIO

ABARÁ: Plato bahiano a base de hojas de banano, camarones y aceite de *dendê*.

ABC: Literatura de cordel en la que se relataba la historia de héroes populares y que solía leerse en lugares públicos para oyentes generalmente analfabetos. El propio Jorge Amado escribió el *ABC de Castro Alves* dedicado al poeta antiesclavista bahiano.

ABEBÊ: Pequeño abanico de metal con cascabeles, instrumento e insignia de Oxun.

ACARAJÉ: Especie de buñuelo frito, que se rellena de distintas maneras, generalmente con camarón, y que se vende por las calles.

ADJÁ: Especie de campanilla de metal, que puede ser simple o doble.

AFOXÉ: Designa tanto una fiesta de *candomblé* como un grupo que participa en el carnaval, de menor tamaño que una escuela.

AGBÉ: Palabra yoruba que designa la calabaza.

AGOGÔ: Instrumento musical rítmico de metal. Consta de dos campanillas de diferente tamaño, con forma de cilindro achatado, unidas por un arco en U.

AIDÊ: Ciudad de Togo.

AIOKÁ: Barrio de Bahía, al borde del mar.

ALABÊ: El encargado del instrumental del *candomblé*.

ALAKETU: Uno de los apellidos más comunes en los nombres del *candomblé*.

ALUÁ: Bebida no alcohólica preparada a base de jugo de ananá, jengibre y azúcar.

- AMALÁ:** Plato que tiene dos recetas diferentes, según sea de Ogun, más suave y a base de frijoles, o de Xangô, más picante y con carne de vaca, en especial rabo.
- ATABAQUE:** Tambor de piel de animal, que se toca con las manos.
- AXÉ:** Cada uno de los objetos sagrados de los *orixás*; también es una interjección usada para desear buena suerte.
- AXEXÉ:** Ceremonia fúnebre de los *candomblés*, posterior a la muerte de un *pai-de-santo*.
- AXOGUN:** Persona encargada de la muerte de los animales, matarife del *candomblé*.
- BABALORIXÁ:** Maestro de ceremonias del *candomblé*.
- BABALAÔ:** Sacerdote del culto yoruba, *pai-de-santo*.
- BAIXA DOS SAPATEIROS:** Calle de Bahía que en los tiempos de la novela era ocupada sobre todo por inmigrantes nordestinos. Dio lugar a una exitosa canción de Ary Barroso.
- BALANGANDAN:** Pulsera de dijes.
- BATICUM:** Lugar con mucho barullo.
- BEJU:** Tortilla hecha de masa muy fina de tapioca o mandioca.
- BERIMBAU:** Instrumento de percusión consistente en un alambre atado a una madera, que se toca con un palito.
- BESOURO:** Género de insectos coleópteros, de alas membranosas con una especie de cobertura córnea, zumbido fuerte, muy nocivos para la agricultura.
- BESOURO CORDÃO DE OURO:** Apodo de Manuel Henrique Pereira, considerado el mejor *capoeirista* de todos los tiempos.
- BLOCO:** Grupo carnavalesco.
- BORI:** Madera de palmera que se usa en la confección de tablas.

BUMBAMEU-BOI: Danza folclórica que incluye una representación dramática de la que participa un buey de madera, que muere herido por un campesino y luego resucita.

BÚZIO [BUZIO] (*Cyproca moneta*): Pequeño caracol blanco-amarillento, de forma ovalada, con una protuberancia de un lado y una hendidura aserrada del otro. Se emplea en los cultos afrobrasileños como ofrenda, adorno ritual, y en el acto adivinatorio.

CAAPORA: Entre los indios, hombre de la selva.

CABAÇA: Calabaza, usada para esculturas artesanales.

CABOCLO: Mulato descendiente de indio cuya piel es cobriza.

CACHAZA: Aguardiente muy popular en todo Brasil que se prepara con la melaza de la caña de azúcar.

CAFRE: Negro del sur del África.

CAFURINGA: Mezcla de indio y negro; tiene matiz despectivo.

CANDOMBLÉ: Religión de culto de los *orixás* instalada en Brasil desde tiempos de la esclavitud. Pese a las persecuciones y prohibiciones, sigue funcionando hasta hoy. Se estima en tres millones sus seguidores en Brasil.

CANGAÇO-CANGAÇEIRO: Bandido popular del nordeste brasileño. Si bien la acepción primigenia de *cangaço* es diferente, termina por denominar el oficio de *cangaçeiro*.

CAPOEIRA: Juego atlético, sistema de ataque y defensa, surgido entre los esclavos procedentes de Angola.

CARURÚ: Plato hecho con quingombás, camarones secos, pescado, maní, castañas de cajú y otros ingredientes, condimentado con aceite de *dendê* y mucha pimienta.

CARYBÊ: Nombre artístico de Héctor Julio Paride Bernabó (1911-1997), pintor figurativo brasileño de origen

argentino, cuya estilización gráfica lo acercó a la abstracción.

CAVAQUINHO: Instrumento musical de tamaño pequeño y cuatro cuerdas, muy usado en orquestas populares.

CAXIXI: Pequeño canasto de mimbre relleno de semillas, que se usa en la *capoeira* y el *candomblé*.

CHIBUNGO: Sucio, asqueroso.

COCADA: Postre hecho a base de leche de coco, azúcar y leche.

CORDÃO: Cortejo o grupo de participantes en el carnaval.

CUCUMBI: Danza festiva de origen africano.

DAGÃ: La muchacha más antigua en las obligaciones del *terreiro*.

DENDÊ: Aceite extraído del fruto de una palmera (*Elaeis guineensis*), de color rojizo, sabor dulce y consistencia de manteca.

EBIRI: Insignia del *orixá* Naná, hecha de hojas de palmera.

EBÓS: Ofrenda hecha a las divinidades afrobrasileñas, en especial a Exu.

EFÓ: Guiso de camarones con hierbas, aceite de *dendê* y pimienta.

EKÉDE: Mujer responsable de los cánticos a los *orixás*.

ENREDO: Tema de una escuela de samba.

ERUEXIM: Especie de látigo de metal terminado con pelos de caballo.

ERUKERÉ: Látigo hecho de pelos de toro.

Exu: Espíritu maligno.

Exu AKSSAN: EXU que inspecciona las actividades mercantiles.

FEIJOADA: Plato típico del Brasil. Y un guiso a base de judías negras, carne de cerdo y legumbres.

GAMÃO: Juego de damas.

GÊGE: Nación de los negros provenientes del Dahomey, de piel aceitunada.

IABA: Diablesa.

IAKEKERÊ: Especie de joya con dijes.

IAÔS: Mujer que es preparada para ser *hija de santo*.

IBEJI: Divinidades gemelas infantiles.

IJEXÁ: Una nación originaria del sur del África.

ILÊ: Sitio donde se halla el *candomblé*.

ILUS: Instrumento de percusión de origen yoruba que se toca con las manos.

ITÁ: Mejillón.

IYALORIXÁ: Sacerdotisa del *candomblé*.

JAGUNÇO: En Bahía, guardaespaldas, capataz.

KETU: Nación africana.

LÊ: Pequeño tambor de origen árabe.

LUNDUM: Canto de origen africano. Común sobre todo en zonas rurales.

MACUMBA: La palabra se usa con más de una acepción. En principio, nombra una religión de origen africano y también el lugar donde se realizan sus rituales.

MÃE DE SANTO: Sacerdotisa en los diversos cultos afrobrasileños. Se comunica con los *orixás*, suele actuar como curandera y encabeza algunos oficios religiosos.

MALÊS: Naturales de Malí.

MANDUS: Imbécil, tonto.

MAXIXE: Danza urbana popular, en compás rápido de dos por cuatro.

MOLEQUES: Denominación que se da a los niños y negritos, y que tiene un cierto tono discriminatorio.

MOQUECA: Guiso hecho con pescado, frutos del mar, carne o huevos, que lleva leche de coco, *dendê* y condimentos.

MUÇURUMIM: Nombre que se daban a sí mismos los negros originarios de Malí.

NAGÔ: Una de las religiones afrobrasileñas, también conocida como yoruba.

NANAN BUROKÔ: El *orixá* más anciano del reino de los cielos.

OBÁ: Una de las esposas de Xangô.

OBIS: Nombre dado a la nuez moscada, indispensable en ciertas ceremonias del *candomblé*.

OGANS: Sacerdotes encargados de la música; cantan y tocan los tambores.

OGUN: Dios de la mitología yoruba, protector de todos los que trabajan con metales (herrereros, agricultores), de espíritu guerrero.

OGUNJÁ: Participantes del *candomblé*.

OMOLU: Deidad afrobrasileña, al que se considera dios de la muerte pues se encarga del paso de las almas. Además, es el señor de las enfermedades.

ORIXÁ: Divinidad introducida en Brasil por los esclavos negros de África occidental, cuyo culto se celebra en *candomblés* de Bahía. Originariamente los *orixás* eran divinidades que intermediaban entre la congregación y Olorum, el dios supremo, y personalizaban fuerzas naturales y otros fenómenos. Los *orixás* viajan desde las costas africanas, donde se supone que residen; son llamados por medio del canto y del ritmo de los tambores, y eligen entre los mortales a algunas *filloas de santo* que les sirvan de «cuerpo». Cada *orixá* está materialmente representado en el *peji* (altar de los *candomblés*) por fetiches. El *orixá* tiene cantos, toques de *atabaque*, danzas, vestimentas, insignias y días de celebración propios. Las *filhas de santo* de cada *orixá* usan colores específicos.

OROBÔS: Fruta que hace que se cumpla una maldición proferida.

OXALÁ: *Orixá* asociado a la creación del mundo y de la especie humana. Se presenta de dos maneras: joven —llamado Oxaguiam— y viejo, llamado Oxolufan. El símbolo del primero es una *idá* (espada), y del segundo, una especie de cayado de metal, llamado *ôpá xôrô*. El color de Oxaguiam es el blanco levemente mezclado de azul, el de Oxolufan es sólo blanco.

OXÓSSI: *Orixá* de los cazadores, que, en las macumbas, es representado por un arco atravesado de flechas.

OXUMARÊ: *Orixá* del arco iris, representado por una serpiente de dos cabezas, y que liga el cielo con la tierra.

OXUN: Una de las esposas de Xangô, celebrada los sábados, cuyo fetiche es el canto rodado y, siendo un *orixá* femenino, también el espejo.

PADÊ: Ceremonia en honor de Exu, que antecede a las fiestas del *candomblé*.

PAI DE SANTO: Sacerdote en los diversos cultos afrobrasileños.

PANDERO: Pandereta.

PASTORILES: Festividad popular que se representa, entre la Navidad y la Epifanía, en un tablado al aire libre, donde aparecen, además de un jocosos personaje masculino, o *Velho*, algunas figuras femeninas que bailan, las *pastoras* o *pastorinhas*.

PAXORÔ: Vara de dijes de Oxalá.

PÉ-DE-MOLEQUE: Postre hecho con maní y miel.

PEJI: En el rito del *candomblé*, es el santuario donde se colocan los fetiches de los *orixás* y ante los cuales se ubican platos con la comida especial de cada una, u otras ofrendas.

PELOURINHO: Columna de piedra o de madera, utilizada antiguamente para atar a los presos o condenados y someterlos a la vergüenza pública o a azotes. En Brasil se lo usaba en el castigo a los esclavos. Un barrio de Bahía lleva ese nombre, pues había allí un *pelourinho*.

PITANGA: Fruto de la pintangueira, arbusto brasileño de flores blancas que crece en los terrenos arenosos próximos al mar.

PROCESIÓN DE LOS NAVEGANTES: Fiesta muy popular en homenaje a Yemanjá.

PUBA: Mandioca remojada en agua o leche para que quede blanda.

QUILOMBO: Aldea en la que se concentraban los esclavos que se fugaban de las haciendas, minas y casas de familia.

QUINDIM: Dulce hecho con yema de huevo, coco y azúcar.

RANCHO: Grupo de carnaval.

RECÔNCAVO: Nombre de una región de Bahía que rodea los municipios de la bahía de Todos los Santos.

REIS-CONTO DE REIS: Moneda en circulación en Brasil a principios del siglo xx. Su valor es un tanto impreciso. El *conto* equivale a diez mil *reis*.

REISADO: Fiesta popular que se realiza el día de la Epifanía.

RUMPI: Instrumento de percusión usado en el *candomblé*.

RUM: Instrumento de percusión usado en el *candomblé*.

SAMBA DE RODA: Variedad de samba con ritmo bien marcado con palmas o instrumentos, en que los bailarines arman una ronda y eligen un sustituto con un golpe de ombligo.

SAPOTI (Bot.): Fruto comestible, *Manilkura zapota*.

SARAPATEL: Plato típico preparado con entrañas de cerdo y muy picante.

SAVEIRO: Tipo de barco pesquero muy usado en el nordeste de Brasil, de velas generalmente cuadrangulares.

SENZALA: Alojamiento o conjunto de alojamientos donde vivían los esclavos.

SERTÃO [SERTÓN] : Meseta que abarca la tercera parte de Brasil: desde su centro —el estado de Goiás— se extiende al oeste hacia el Mato Grosso, al este hasta Bahía, al norte hacia la cuenca del Amazonas.

SERTANEJO: Habitante del sertão.

TERREIRO [TERRERO]: Templos donde se realizan los diversos rituales de las religiones afrobrasileñas.

TOSTÃO: Centavo.

URUBÚ: Ave parecida al buitre y que se alimenta de carroña.

VATAPÁ: Plato con patata, arroz, maní, camarones, leche de coco y castañas de cajú.

XANGÔ: Dios de la justicia en la religión umbanda.

XAÔRÔ: Collar de dijes que se usa en el *candomblé* como signo de sumisión.

XERES: Especie de tambor.

XINXIN: Guisado de gallina con diversos condimentos y camarones secos molidos, a lo que se agrega aceite de dendê.

YANSAN: *Orixá* de los vientos y las tempestades.

YEMANJÁ: Diosa de las aguas.

ZABUMBA: Tambor de grandes dimensiones.

ZE-PEREIRA: Figura del carnaval que desfila cubierto por una enorme cabeza.

ZUMBÍ: Líder de la resistencia de los negros a la esclavitud durante el siglo XVII. Luchador de la libertad de cultos.